Simply Books
FIGHTING
Silence
ALY MARTINEZ

Este libro llega a ti
gracias a

Simply Books

¡Descubre tu próxima aventura!

Staff

Moderadora:

Carosole

Traductoras:

Axcia	*vivi*	*Carosole*	*Niki26*
Jane'	*Liv*	*Molly Bloom*	*Adejho*
Mona	*Rihano*	*Nelly Vanesa*	*a_mac*
	Nelshia	*Loby Gamez*	*Né Farrow*

Correctoras:

Osma	Khira	Niki26	mayelie
Just Jen	Pachi15	María_clio88	Sabrinuchi

Recopilación

Just Jen

Diseño

Móninik

Índice

Sinopsis
Prologo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Próximamente
Sobre la autora

Sinopsis

El sonido es un concepto abstracto para la mayoría de las personas. Pasamos la vida bloqueando la estática para centrarnos en lo que creemos que es importante. Pero, y si cuando la claridad se desvanece en el silencio, ¿es el extraño ruido de fondo que darías cualquier cosa para aferrarte?

Siempre he sido un luchador. Con padres que apenas se las arreglaron para permanecer fuera de prisión y dos hermanos pequeños que por poco evitaron la familia de acogida, me convertí en experto en esquivar los golpes que la vida me lanzaba. Al crecer, no tuve nada que pudiera llamarlo mío, pero en el momento en que conocí a Eliza Reynolds, siempre fue mía. Me hice completamente adicto a ella y al escape de la realidad que nos brindábamos. A lo largo de los años, ella tuvo novios y yo novias, pero no hubo ni una sola noche que no escuchara su voz.

Ves, conocer al amor de mi vida a los trece nunca fue parte de mi plan. Sin embargo, tampoco fue quedarme lentamente sordo a los veintiuno.

Ambas cosas ocurrieron, de todos modos.

Ahora, estoy en las cuerdas atravesando las batallas más duras de mi vida

Luchando por mi carrera.

Luchando contra el silencio inminente.

Luchando por ella.

Cada noche, antes de quedarse dormida, ella suspira cuando su último respiro consciente la deja.

Creo que ese es el sonido que voy a extrañar más.

Prólogo

Till

—Baja del auto. —La punta fría de un arma presionaba contra mi sien.

—No tengo dinero —anuncié rápidamente, levantando cuidadosamente mis manos en el aire.

—¡Sal. Del. Maldito. Auto! —gritó un hombre alto, bien vestido, antes de abrir la puerta de mi camioneta.

—Toma lo que quieras, hombre —dije mientras salía.

—Oh, planeo hacerlo. ¿Dónde mierda está mi dinero? —Giró la culata hacia mi rostro, pero fue demasiado lento. Me rozó mientras me inclinaba hacia un lado.

El impulso hacia delante lo hizo tropezar, e hice mi movimiento antes que pudiera recuperar el equilibrio. Le di un puñetazo, seguido de un gancho de derecha. Escuché al arma dispararse.

—¡Till! —gritó mi papá desde algún lugar en la distancia.

Tenía que largarse de allí. Ambos teníamos que hacerlo.

—¡Tiene un arma! —le advertí mientras me lanzaba hacia el hombre. No tenía idea si me había disparado ya, pero sabía con certeza que lo haría si no podía sacarle el arma.

Fui capaz de tirarlo a sus pies, pero no lo suficientemente rápido para evitar que recuperara el control del arma.

—Muévete un maldito centímetro más y juro que voy a hacer que sea el último —prometió, apuntando a mi cabeza a menos de treinta centímetros de distancia.

No tenía otra opción que quedarme quieto.

—¡Mierda! —gritó, tocándose la boca con sus pulgares. La sangre se derramaba de su nariz y simplemente la limpió con su manga, luego, puso el arma contra mi pecho—. Camina —ordenó con un profundo gruñido, señalando al oscuro almacén.

—No —respondí firmemente—, no voy a ir a ningún lado contigo. Toma mi camioneta, mi billetera, lo que sea que quieras.

—¿Sabes lo que quiero, hijo de puta? Mi. Maldito. Dinero.

—¡No tengo tu dinero!

—¡Tonterías! —Tomó la parte posterior de mi cabello y puso el arma debajo de mi barbilla—. ¡Esa mochila que robaste de Clay Page me pertenecía! Solo dame el maldito dinero y te irás sin un agujero en tu maldita cabeza.

Dos simples palabras me congelaron.

Clay Page.

Él era la única razón por la que estaba allí, en primer lugar. Una hora más temprano me había llamado para que lo llevara a casa. Sonaba desesperado y me ofreció veinte dólares. Había pensado que estaba borracho, pero con un arma presionada en mi cuello, se hizo claramente obvio que no estaba en el lugar y momento equivocado.

Había sido arreglado.

Por mi propio padre.

—No le robé nada.

—No tienes que mentir, Till. Dale a Frankie el dinero —dijo mi papá, saliendo del almacén. Su rostro estaba golpeado y sangre goteaba de lo que parecía ser una herida de bala en su pierna.

Mi cuerpo se tensó ante la vista, así como también, el puño de Frankie en mi cabello.

—¿De qué demonios estás hablando? —refunfuñé hacia mi papá—. ¡Sabes que no tengo su dinero!

Continuó hacia nosotros hasta que el arma fue de repente sacada debajo de mi barbilla y apuntada hacia él.

—No te acerques más, Clay. Tumbaré tu culo justo allí.

Lentamente, se detuvo y levantó las manos en el aire.

Con un fuerte empujón, fui arrojado para unirme a él, en el lado equivocado del arma. Fue entonces cuando conseguí el primer vistazo real del matón.

Un inusual tatuaje de dragón se veía por debajo de la manga de su camisa de vestir y continuaba hasta el dorso de la mano. El monstruo verde lanzaba llamas en cada uno de sus temblorosos dedos y el arma se movía. Sus ojos estaban bien abiertos y vidriosos, parpadeando nerviosamente entre nosotros. Era una noche fría, pero estaba empapado en sudor. El chico estaba peor que solo enojado, estaba hecho un manojo de nervios y era impredecible.

—Mira, amigo, tengo como doscientos dólares en mi camioneta. Tómalos.

Inclinó su cabeza amenazadoramente.

—¿Doscientos dólares? ¿Dos. Cientos. Dólares? ¡Había más de cuarenta mil dólares en ese maldito bolso! ¿Y quieres darme doscientos? —Se apresuró hacia delante, sin detenerse hasta que su mano estuvo alrededor de mi garganta y el arma plantada firmemente en el centro de mi frente—. ¡Eso ni siquiera es un anticipo! —

Saliva voló de su boca mientras perdía todo el sentido de la compostura que le quedaba.

—¡Relájate! —supliqué—. ¡No tengo tu dinero! ¡Nunca lo tuve!

Movió el arma hacia mi papá.

—¿Es verdad? Voy a poner una bala en el que sea que me esté mintiendo.

—No. Él lo tiene. ¡Lo juro! —gritó mi padre, con tanta convicción que casi le creí.

Siempre había sabido que Clay Page era un pedazo de mierda. Lo había odiado desde que tuve la edad suficiente para darme cuenta de la serpiente manipuladora que realmente era. Pero en contra de mi mejor juicio, con solo la promesa de veinte dólares como incentivo, básicamente me he metido en esta situación por no confiar en mi instinto.

Nunca más.

Y ahora mismo, mi instinto me gritaba que permaneciera fiel a lo que había estado haciendo desde que había llegado al mundo, dieciocho años atrás. Si iba a morir esta noche, lo iba a hacer *peleando*.

Tiré la cabeza hacia adelante y golpeé de lleno a Frankie en la nariz. El arma se disparó por encima de mi hombro, pero en ese momento, no podría haberme importado menos el lugar dónde se alojó la bala y eso incluía la cabeza de Clay Page.

Había tomado solo tres golpes en su rostro antes que cayera al suelo, arrastrándome con él. Escuché el arma rozando a través del pavimento y antes que aterrizara encima de él, había plantado otro golpe en su boca. Su cabeza golpeó fuertemente el hormigón, pero no dejé que eso me detuviera. Eventualmente, dejó de luchar, pero la única cosa que me detuvo fue el sonido de las sirenas en la distancia.

Me levanté, cubierto de sangre y me dirigí de nuevo a mi camioneta. Miré sobre mi hombro hacia el hombre que me había llevado allí esa noche. Estaba sosteniendo su estómago y rodando por el suelo. Había dejado claro que no se preocupaba por mí. Y mientras me alejaba, estaba demasiado dispuesto a devolverle el favor.

Después que me acomodé en la cabina, mi camioneta me llevó por sí sola por caminos conocidos. La traición de mi padre se filtraba a través de mi cerebro con cada giro. No tenía ni idea hacia dónde estaba yendo; después de esa noche, no pertenecía a ningún lugar.

Odiaba mi vida y todo lo que era, pero especialmente, todo lo que no lo era.

Dios ya me había condenado a un futuro que gradualmente caería en silencio. Provocándome con el presente y burlándose con todo lo que eventualmente perdería. Incluso antes que mi propio padre hubiera estado dispuesto a firmar mi sentencia de muerte solo para salvarse, ya había sido ahogado en el océano de la vida. Cada bocanada de aire era una lucha. Al igual que llegaba a la superficie, para

llenar mis pulmones con esperanza y determinación para pasar otro día, me veía obligado a caer de nuevo, más profundo cada vez.

Solo había un lugar donde el mundo no succionaba la vida fuera de mí. Independientemente de cuánto tiempo estaba allí, segundos u horas, me ofrecía un respiro y me recargaba.

Quería ir a *casa*.

Pero mi casa no era donde ponía mi cabeza todas las noches. En realidad, no vivía allí en absoluto, pero era el único sitio donde me sentía vivo. Lo que necesitaba era el sueño que solo existía en el interior de esas cuatro paredes.

La necesitaba a *ella*.

Habían pasado seis meses desde que me arrastré fuera de esa ventana. Seis meses desde que había visto su cuerpo desnudo quitarme más de lo que jamás pensé que podría ofrecer.

Esos mismos seis meses de vivir en el mundo real me habían destruido.

Necesitaba la fantasía que solo ella podía dar.

Pero no importaba lo que soñara, sabía que no estaría allí.

A la mierda. Orgullo a un lado. Volvería a ella.

Con un giro en U, finalmente me rendí a la atracción que amenazaba con superarme diariamente. Sabía dónde vivía. Sabía dónde apoyaba la cabeza cada noche. Pero por encima de todo eso... Sabía dónde pertenecía.

Con Eliza.

1

Eliza

5 años antes...

A los trece años, conocí a Till Page en un apartamento en ruinas que no era mío ni por casualidad. Inmediatamente lo reconocí de la escuela. Había sido difícil no hacerlo, él había sido precioso incluso de niño. Eso fue antes que encontrara el gimnasio o que su ropa deshilachada estuviera de moda. En aquél tiempo, era sólo un chico flaco con cabello enmarañado y sonrisa traviesa.

No sabía qué clase de vida tenía Till, pero sabía que probablemente era mejor que la mía. Mis padres eran personas decentes, que no tenían tiempo para mí, o mejor dicho, el deseo de hacer tiempo para mí. Siempre fui una carga para ellos. La mayoría de las noches, me escondía en mi habitación y los escuchaba pelear por dinero, o por falta de ello. Me encantaba escabullirme a ese apartamento deteriorado. Era mi propia fortaleza privada de soledad, hasta que Till apareció una tarde.

Me dio un susto de muerte cuando llegó trepando por esa ventana. Sus ojos estaban rojos y sus mejillas manchadas con lágrimas.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó, limpiando sus pantalones ya sucios.

Me puse de pie, tirando mi cuaderno de dibujo y los pocos lápices de colores, que había podido llevarme de la clase de arte, por todo el piso de linóleo.

—¡Mierda! —grité, apresurándome a recogerlos. Cuando terminé de juntar mis preciadas posesiones, lo miré y vi que se estaba secando los ojos con sus mangas.

—Si le dices a alguien que estaba llorando, les voy a decir que intentaste besarme.

—¡No intenté besarte! —grité, paralizada por la idea, y tal vez un poco interesada también.

—Entonces quédate callada o toda la escuela va a creer que lo hiciste.

Mi boca debió haberse abierto por su intento de chantaje ya que rápidamente termino con:

—Puede que quieras cerrar tu boca antes que esa araña en tu hombro lo tome como una invitación.

Con la sola mención de la araña, empecé a gritar, sacudiéndome alrededor de la sucia habitación. Tiré mi camiseta sobre mi cabeza, vagamente consciente que su risa había sido silenciada.

—Uh… —tartamudeó cuando finalmente me quedé quieta.

No me tomó ni un segundo darme cuenta que estaba vestida con mi sujetador.

—¡Oh, Dios! —chillé mientras me volteaba, cubriendo mi pecho con los brazos.

—Aquí. —Me lanzó mi camiseta, que me golpeó en la espalda y me provocó otro ataque de histeria.

—¡La araña podría estar allí todavía! —grité en la pared.

—O podría estar en tu cabello.

Fue entonces, cuando decidí dejar de cubrir mis apenas pechos y empecé a sacudir mi cabello, tratando de quitar cualquier posible insecto no deseado.

Se echó a reír.

—¡Deja de reírte! —grité.

Levantó una vez más mi camiseta, pero esta vez, la inspeccionó cuidadosamente antes de lanzármela.

—No tiene arañas. Till Page lo garantiza.

Lo miré con desconfianza, pero finalmente respondí:

—Gracias. —Mientras me la volvía a poner, deseando prenderla fuego.

—No hay problema. Por lo menos, ahora si decides hablar, no voy a tener que mentir cuando le cuente a toda la escuela que me mostraste tu sujetador.

—No lo harás. —Le lancé una mirada malvada que lo hizo sonreír.

—Pruébame —dijo con una confianza asombrosa que nunca había visto en un niño de mi edad. No es que tuviera planes para decírselo a alguien, de todos modos, pero con una mirada, lo confirmó aún más.

—Como quieras. —Volví a mi pequeño depósito improvisado y comencé a vaciar los contenidos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó curiosamente mientras apilaba todos mis viejos cuadernos de dibujo y los escasos lápices de sobra.

—Estoy juntando mis cosas, así no las robas.

—No voy a robar tu mierda. No soy un ladrón —respondió y había algo en su voz que me hizo sentir culpable por haberlo sugerido.

—Sí. Bueno. No me voy a arriesgar. No sé quién más viene aquí. —Miré alrededor de la habitación por algo que pudiera cargar la pequeña pila que había

acumulado, pero cuando me di vuelta, todo cayó al piso—. Uyy —gemí, inmediatamente me agaché para juntarlos.

—No tienes que tomar tus cosas. No las voy a tocar. —Se agachó y empezó a ayudarme a recogerlas—. Además, no le tengo mucha utilidad a un lápiz rosado de un centímetro. —Levantó los restos del piso y los sostuvo para mí. Sus ojos eran cálidos, completamente diferentes a los que habían sido cuando me molestó unos minutos antes.

—Gracias —respondí, mirándolo con desconfianza. Sin embargo, sin ningún otro lado para guardar mis dibujos, estuve obligada a tomar su palabra.

Mi madre odiaba que pasara mucho tiempo con mi arte. Cada vez que podía, tiraba mis suministros. Yo pensaba que tenía menos que ver con mis dibujos y más con mi padre siendo un artista sin trabajo que se negaba a conseguir un empleo de otra cosa.

—Entonces, ¿vienes mucho aquí? —preguntó Till, quitándose su gorro de lana y pasando una mano por su despeinado cabello oscuro.

—Bueno, sí. —Puse los ojos en blanco, pero entrecerró los suyos y permaneció en silencio mirándome desde unos pocos centímetros de distancia. Fue la charla más torpe de mi vida adolescente, pero no se movió y yo tampoco.

De repente, un grito enojado de una mujer vibró contra las ventanas, asustándonos.

—¡Till, trae tu culo de vuelta a casa ahora mismo!

Rápidamente, tomó mi mano y me arrastró contra la pared, escondiéndonos de la vista.

Con un dedo sobre su boca dijo:

—Shh. —Se estiró el tiempo suficiente para mirar por la esquina de la ventana—. Agáchate —ordenó y luego me tiró al suelo a su lado.

Después de unos segundos, escuchamos su voz alejarse y dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Era tu mamá? Sonaba enojada. Probablemente deberías irte.

—Siempre suena así, exactamente por eso no voy a ir a casa. Solo quiere que cuide a mis hermanos así puede seguir a mi papá y asegurarse que no vaya más a ver a la señora Cassidy.

—¿La señora Cassidy? ¿No está casada?

—Sí —respondió, indiferente.

—¿Cómo tu novia, Lynn Cassidy? ¿Su mamá?

—Sí —repitió Till, sin reaccionar a mi tono de disgusto—. Oye, ¿Cómo sabes que Lynn es mi novia?

—Porque hemos estado yendo a la escuela juntos desde el jardín de infantes. —Le di otra mirada de disgusto y puse los ojos en blanco.

—¡Lo sabía! ¡Pensé que ibas a East Side también!

Sabía todo acerca de Till Page, sin embargo, él *pensó* que íbamos a la escuela juntos. *Qué halagador*.

—¿Cómo te llamas? —preguntó cuando nos sentamos contra la ventana, y puse mi cuaderno y lápices en mi regazo.

—Cindy Lou —respondí, sin mirarlo y deseando desesperadamente que se fuera.

—No, no lo es.

—¿Daphne?

—No, tampoco.

—¿Ivy? —Me arriesgué una última vez, fingiendo garabatear relámpagos.

—No —respondió, pero no preguntó más—. Entonces, ¿te importa si pasamos el rato?

—Es un mundo libre, Till. Exactamente no soy la dueña del lugar —dije, desinteresadamente, aunque en mi interior, lo estaba.

—De acuerdo. —Se dejó caer en la pared opuesta.

Durante treinta minutos, se sentó allí, mirándome. Era inquietante, pero traté de no hacérselo saber. Hice mi mejor esfuerzo en ignorarlo, pero cuando mi lápiz se movía sobre el papel, sus ojos seguían las líneas.

Finalmente, se levantó y se dirigió a la ventana.

—Nos vemos mañana —dijo por encima de su hombro.

Al día siguiente en la escuela, Till ni me registró en absoluto. No era como si había esperado que se sentara conmigo en el almuerzo o algo así. No éramos amigos, pero aun así, dolió cuando pasó junto a mí y ni se molestó en mirarme. Sin embargo, quizás era mejor, después de lo tonta que fui el día anterior.

Esa noche, como siempre, caminé hacia el apartamento abandonado tan pronto como mis padres empezaron a discutir sobre la factura de la luz. Cuando entré, vi una pequeña bolsa de plástico en el suelo. Había algo escrito en una hoja arrancada de un cuaderno.

Garabato:

Pensé que quizás podrías querer lápices que fueran lo suficientemente largos para ser medidos con una regla. No pude encontrar rosa, pero espero que estos sirvan.

Till

Abrí la bolsa y encontré un set de lápices de carbón coloreado de varios colores. No eran de primera mano, pero eran mucho mejor de lo que hubiera sido capaz de pagar. Me maté pensando en cómo Till se los había permitido, o mejor aún, por qué habría gastado su dinero limitado en mí. Eso era si había pagado por ellos. No me obsesioné con esos pensamientos cuando abrí la caja y empecé a dibujar.

—Garabato, ¿eres buena en matemáticas? —preguntó Till mientras subía por la ventana una hora más tarde.

—¿Qué? —pregunté, confundida por su repentina aparición y por el uso de lo que suponía que era mi nuevo apodo.

—Matemáticas. El señor Sparks está a punto de reprobarme. Si lo hago, no puedo jugar fútbol. —Se acercó y se sentó en el suelo junto a mí—. Oh, genial. Trajiste comida. Estoy hambriento. —Metió la mano en la bolsa de papas que traje desde casa como cena.

—Uh... Traje comida para mí. —Alejé la bolsa, pero no antes que tomara un puñado.

—Oye, ¿te gustaron esos lápices? —preguntó masticando las papas.

Me había dado lápices. *Cierto*.

Le pasé el resto de las papas.

—Son geniales. Gracias.

—No hay problema. —Se encogió de hombros y me lanzó una sonrisa con la boca cerrada—. Entonces. ¿Matemáticas?

—No, de verdad, Till. Son realmente lindos. Estoy segura que fueron caros.

—No. No es gran cosa. —Se levantó y fue a la lámpara de la esquina—. ¿Cómo tienes electricidad aquí? —La apagó y encendió de nuevo.

—Supongo que la compañía eléctrica nunca la quitó. Es lindo porque traigo una pequeña estufa en invierno, así no me congelo.

—No jodas. Debería mudarme aquí —murmuró para sí mismo. Solo lo entendí porque era el mismo pensamiento que había tenido al menos una docena de veces.

—¿Te puedo pagar por los lápices?

—No. Pero puedes ayudarme a no ser expulsado del equipo. —Metió otro puñado de papas en su boca.

—Vamos. Te puedo pagar un par de dólares por semana o algo. Me hará sentir mejor.

—¿Por qué? Dije que no era gran cosa.

—Porque ninguno de los dos tiene dinero para comprar cosas como esta. Realmente lo aprecio. —Sonreí firmemente.

—¿Estás diciendo que soy pobre? ¡Porque no lo soy! —gritó, y honestamente me sorprendió.

—No —dije prudentemente, sin estar segura que hacer con su reacción—. Estoy diciendo que *somos* pobres. Till, vivimos en los mismos apartamentos. Voy a suponer que tu familia no vive aquí por la lujosa vista.

—Solo olvídalo. —Quitó la caja de mi mano y se dirigió a la ventana.

—¡Oye! No te puedes llevar esos. Me los diste. —Me incliné hacia adelante para tomarlos.

Se produjo una guerra de tirones… hasta que saqué la última carta de triunfo.

—¡Ayy! —grité, acunando mi brazo mientras caía al piso sucio.

Sus ojos se agrandaron.

—Mierda. Lo siento mucho. ¿Estás bien? —Se arrodilló a mi lado.

No tardé ni un segundo en recoger la caja de sus manos y la oculté debajo de mi cuerpo.

—¡¿Estás bromeando?! —gritó.

No pude evitar reír por mi victoria.

Duró poco, ya que ni un segundo después, se inclinó cerca de mi oído y susurró:

—Araña. —Logró que mi cuerpo convulsionara y me puse de pie.

Se desplomó en el suelo con un ataque de risa. Traté de usar *La Fuerza* para lanzar láser de mis ojos. Desafortunadamente, parecían faltar mis trucos mentales de Jedi.

—¡Eres tan idiota!

—¡Oh por Dios, Garabato! —Siguió rodando por el suelo—. ¡Pensé que estabas teniendo un ataque!

—Espero que seas bueno jugando porque definitivamente no tienes futuro en la comedia —dije, inexpresiva.

—Oh, ¿pero tú sí? —Empezó a saltar alrededor de la habitación, gritando exageradamente—: ¡Ow!

Me crucé de brazos y mordí mis labios, tratando de contener la risa. Se estaba burlando de mí, pero se veía ridículo haciéndolo. No había manera de que pudiera estar enojada por eso. Unos minutos después, se detuvo y me lanzó una sonrisa de infarto. O al menos, mi corazón pensó que lo era.

—Te voy a ayudar con matemáticas, siempre y cuando prometas no hurtar más materiales de arte.

Su sonrisa se desvaneció cuando miró hacia sus zapatos, avergonzado.

—Gracias por el regalo y no te atrevas a pensar en llevártelos. Pero no más, ¿de acuerdo?

—Sí. Bueno —dijo, con la vista hacía el suelo.

—Muy bien, tonto. ¿Por dónde deberíamos empezar? Por favor dime que no tengo que volver hasta dos más dos son cuatro —bromeé, golpeándolo con mi hombro cuando pasé.

—Queeeeé, graciosa —bromeó, pero me siguió hasta sentarse en la manta.

Dos horas más tarde, con la tarea de matemáticas completa para tres días, se arrastró hacia la ventana. Justo antes de desaparecer, dijo:

—Nos vemos mañana, Garabato.

No lo sabía en ese entonces, pero nunca había tenido más razón. Después de eso, no hubo muchas mañanas en que no viera a Till Page.

2

Eliza

3 años después...

—¿Quieres ir a ver una película esta noche? —preguntó.

Mordí el interior de mi mejilla para contener mi grito de colegiala.

—Sí, eso suena genial —dije con indiferencia antes de volver mi rostro a mi casillero. Estaba demasiado cerca y necesitaba un escape. El interior de mi oscuro casillero parecía ser la opción más obvia.

Incliné mi cabeza dentro, fingiendo buscar un libro y le permití a mi gran sonrisa expandirse. La sola idea de decirle a Crystal acerca de nuestra cita me emocionó tanto como la cita misma. Iba a tener un derrame cuando le cuente que finalmente me invitó a salir. Había tomado bastante tiempo, eso era seguro. Pensé que toda la escuela sabía que estaba interesado en mí, pero no era exactamente una de los populares. Pero por otro lado, él tampoco. No muchos deportistas se inscribían en cada una de las clases de arte, incluyendo las que la escuela ofrecía después de hora. Era diferente y eso me gustaba. Mucho.

—¿Estás bien, Eliza?

Sentí su mano en mi espalda y literalmente chillé. Probablemente no fue mi movimiento más sutil, pero ese chillido había reprimido un suspiro. Podría tener solo dieciséis, pero sabía que ese suspiro nunca ayudaba cuando intentabas ser genial.

—Sí, estoy bien. —Me volví para enfrentarlo y sus manos encontraron mis caderas. Chillé de nuevo.

De repente, un par de desconocidos ojos de color avellana captaron mi atención. Oh, conocía cada curva de su ridículamente atractivo rostro. Me atraían más de lo que quería admitir. Pero en este edificio, no conocía esos ojos tan singulares.

La sonrisa desapareció de mi rostro mientras se acercaba.

—Bennett, tienes que ir al gimnasio. El entrenador te está buscando —dijo Till cuando se detuvo delante de nosotros.

Me había acostumbrado a su frialdad con los años. Cada noche pasaba horas a mi lado en mi apartamento, pero ni una vez me había reconocido en la escuela. Me había molestado al principio. Sí, bueno. Aún me molestaba.

—¿Qué? ¿Por qué? —Daniel Bennet retiró su mano de mi cadera.

En lugar de otro chillido, un gruñido, dirigido a Till, retumbó en mi garganta.

—No se sentía seguro sobre algunas de las jugadas. Así que vamos a ver los videos de la última semana, otra vez. —La comisura de su labio se curvó en una media sonrisa.

Ahora *eso* lo reconocía. No era nada bueno.

—¿De verdad? Tengo planes esta noche. —Daniel gimió.

—Lo siento, amigo. Son órdenes del entrenador. —Till se encogió de hombros y llevó sus manos a los bolsillos de su pantalón deshilachado.

Recientemente había ganado peso, así que sus pantalones rápidamente se estaban haciendo demasiado pequeños y no se ajustaban a su gran figura, pero los usaba como si ese fuera el único propósito. Infiernos, conociendo a Till, quizás lo era.

—¿Toda la noche? —preguntó Bennett, inclinando su cabeza hacia mí.

Till contuvo el aliento, sabía que lo estaba disfrutando.

—Eso parece.

Moví la cabeza hacia un lado, sin saber cómo tomarme su repentina aparición; pero si llegó a ver mis escrutiñadores ojos, nunca lo demostró.

—Mierda —murmuró Bennett, volviéndose hacia mí—, ¿crees que, en su lugar, podríamos ir a cenar después del juego de mañana? El entrenador ama sus videos, así que esto tomará años.

Dejé escapar un suspiro decepcionado.

—No puedo. Tengo que trabajar mañana en la noche. Smokehouse tiene al menos doce clientes las noches de los viernes. ¿Cómo van a poder dejar todo arreglado sin mí? —respondí sarcásticamente.

Gimió de nuevo.

—¿La semana que vienes, entonces?

—Sí. Puedo hacer eso. —Le lancé una sonrisa dulce.

—Bueno. La semana que viene. Cena y película —confirmó antes de alejarse.

—¡Cuidado! —Reí mientras chocaba a uno de los estudiantes de primer año.

—Lo siento —se disculpó antes de guiñarme un ojo.

Cubriendo mi boca, traté de ocultar una sonrisa. Lo miré hasta que se perdió de vista y luego volví a mi casillero; pero me detuve porque Till estaba a mi lado.

No estaba segura de por qué se estaba quedando. Cerrando mi casillero, abrí mi boca para decir algo, pero se adelantó.

—Garabato —dijo en forma de saludo y despedida.

Mi mandíbula cayó abierta mientras se alejaba.

Tres años. Tres *largos* años y la primera vez que me había hablado en la escuela; lo único que obtuve fue el estúpido apodo, que me encantaba tanto que ni siquiera podía estar enojada.

3

Till

Seis meses después...

—Hola, señora Noelle. ¿Puede prestarme su teléfono? —pregunté a la vieja cascarrabias que vivía al lado.

—¿Otra vez? —se quejó, tendiéndome el teléfono inalámbrico a través de la grieta de la puerta.

—Lo siento. —Comencé a marcar el número de la madre de mi amiga, Tracie. Ella tenía un teléfono celular e incluso aunque era una perra total, esperaba que fuese capaz de ayudarme.

—Tracie. Hola, soy Till. ¿Sabes dónde está mi madre? —pregunté tan pronto como contestó.

—Jesús. Till. Deja de llamarme y malgastar mi tiempo. ¿Va a ser tu culo roto el que pague mis facturas cuando esté acabada? No lo creo. No tengo ni idea de dónde demonios está tu madre. Deja de llamarme. —Me colgó tan rápido como había contestado.

—Mierda —maldije en voz baja, tendiéndole el teléfono de vuelta a la señora Noelle.

—¡De nada! —gritó mientras regresaba al apartamento de mis padres.

—Sí, gracias —respondí distraídamente.

Regresé dentro y comencé a caminar de un lado a otro en la sala. Eliza estaba esperándome. Sabía que lo estaba.

Su novio, Daniel Bennet, tenía un toque de queda a media noche, así que siempre la dejaba sobre las once y media. Era lo suficientemente malo tener que compartirla con él, pero desde que las excursiones de mi madre a comprar cigarrillos se habían convertido en largas excursiones de seis horas, había una buena oportunidad que fuese a perderme todo su cumpleaños.

Yo estaba a dos edificios de distancia, cuidando de mis hermanos. Flint tenía once. Probablemente habría estado bien durmiendo solo en el apartamento, pero Quarry solo tenía seis. No podía dejarlos.

—¡Mierda! —grité, quitándome mi gorra de lana y tirándola en el sofá—. ¡Esta de todas las malditas noches! —Empecé a gritar para mí mismo.

—¿Till?

Escuché a Quarry mientras salía de su habitación, vestido con ropa sucia. Por lo que sabía, el niño solo tenía dos pares de pantalones. Olvídate de los pijamas.

—Está todo bien, Buddy. Vuelve a la cama.

—¿Mamá todavía no ha regresado? —preguntó, frotándose el sueño de los ojos.

—No, pero todo está bien. Solo vuelve a dormir. —Alboroté su cabello negro y grueso.

—¿No tenías una cita?

—Algo así.

Era el mayor eufemismo del año. No era algo como eso. *Era Eliza*. Era algo más grande que eso. Había pasado un montón de semanas ahorrando para comprarle el regalo.

Ahora, ni siquiera podría dárselo para su cumpleaños.

Di vuelta mi labio inferior con mis dedos y debatí qué hacer. Mi madre aparecería con el tiempo, pero estaba seguro que no sería hasta por la mañana. Solo Dios sabía dónde infiernos estaba mi padre. Era incluso más inútil que ella. Nunca había perdido una noche con Eliza y estaba seguro como el infierno que no iba a empezar en su cumpleaños.

—Oye, Quarry. Ponte unos zapatos. Vamos a dar un paseo muy rápido.

—¡Bueno! —dijo emocionado, haciéndome reír por primera vez en horas.

Fui a la habitación de los hombres y le di un codazo a Flint.

—Oye. Voy a llevar a Q a dar un paseo. ¿Vas a estar bien unos minutos solo?

—Sí —se quejó, volteándose y quedándose inmediatamente dormido.

Abrí el armario y saqué el florero que había escondido en la parte de atrás.

—¡Listo! —exclamó Quarry.

Recorrí con mis ojos su camiseta sucia y negué.

—Vamos. Fui a la puerta con él pisándome los talones.

Hablaba sin parar mientras nos dirigíamos a través de los edificios.

—Oye, ¿a dónde vamos? ¿Hiciste esas flores? ¿Son para tu novia? ¿Incluso tienes una novia? ¿Cuál es su nombre? ¿Puedo conocerla?

—¡Jesús! ¡Quarry, cállate! —refunfuñé, pero solo se calmó por un minuto.

—¿Vive aquí? —susurró y le di una mirada frustrada que solo lo hizo sonreír.

Cuando llegamos al apartamento, podía ver la luz saliendo por la ventana.

Ella estaba allí.

Mi corazón empezó a latir apresuradamente, justo como hacía cada vez antes de verla.

—Quédate aquí —le dije a Quarry mientras empezaba a aproximarme a la ventana, pero escuché sus pasos siguiéndome. Rápidamente me giré hacia él—. ¿Qué estás haciendo? Dije que te quedaras en la acera.

—¡Está oscuro! —se quejó como respuesta.

—No puedes ir conmigo. Solo… Quédate. Aquí. —Continué dirigiéndome hacia la ventana y Quarry una vez más se movió conmigo—. ¡Deja de seguirme! —grité susurrando.

—¡Está realmente oscuro, Till! —gritó murmurando.

Lancé una maldición.

—Entonces quédate debajo la luz en ese pasadizo cubierto. —Señalé hacia el edificio de al lado.

—Bien. Llévame allí.

Le di una mirada de impaciencia que fue justo encima de su cabeza.

—Vamos. —Caminé arrastrando los pies, frustrado.

Incluso con seis años tenía las bolas de reírse mientras me seguía.

Una vez que dejé a Quarry a unos centímetros lejos de la luz, regresé a la ventana. Mi corazón estaba martilleando y el jarrón en mis manos estaba sacudiéndose mientras me acercaba.

Era solo Eliza.

Mierda. Era *Eliza*. Mi pulsó se disparó otra vez.

—¡Hola! —exclamó mientras abría la ventana.

Mis nervios se calmaron inmediatamente en cuanto vi su rostro. *Todavía está aquí.* Casi cuatro años después, ella *todavía* estaba aquí.

—¡Hola, cumpleañera! —Tuve cuidado de tener mis manos bajas para que así no pudiera ver el regalo.

—¿Por qué estás esperando ahí afuera? Entra.

—Ugh. No puedo. Mi madre salió… —Callé, no queriendo soltar toda mi mierda esta noche. Debería haber estado cantando "Feliz Cumpleaños" y sosteniendo su cuaderno, o mejor aún, mirando hacia su camiseta mientras se inclinaba para pintar.

—¿Adónde habrá ido?—preguntó, levantándose desde una manta en el piso. Hice una nota mental de encontrar algo más cómodo para que se sentara.

—A conseguir cigarros…

—Oh, bien.

—...hace seis horas —terminé.

—Ah. —Cuando se detuvo, estaba solo a unos centímetros de la ventana, pero nos dividía un mundo entero, de igual forma que la ventana.

—Lo siento, Garabato. No puedo dejarlos solos. Solo... Bueno, feliz cumpleaños. —Levanté el jarrón lleno de flores de papel.

—¡Till! —Suspiró mientras sus manos cubrían su boca. Entonces una fuerte risa escapó de su garganta cuando lágrimas familiares llenaron sus ojos.

Eliza era una llorona. Pretendía que solo lo era cuándo estaba enfadada. Aunque era una mentira. Lloraba cada vez que el viento soplaba para el norte. Feliz, triste, enfadada, no importaba.

Amaba cuando lloraba de felicidad. Reía cuando lo hacía de enfado. Estaba hecho polvo cuando lloraba de tristeza. La había apoyado a través de todos aquellos momentos. Pero su reacción esa noche fue extraordinaria. Supuse que mi regalo era también extraordinario.

Había estado farfullando durante meses sobre esos pinceles especiales que quería. Cincuenta dólares, costaban una locura para niños como nosotros. Pero cuando me di cuenta que su cumpleaños se acercaba, sabía exactamente lo que quería conseguirle. Doblé un millón de piezas de un cuaderno de papel en esas pequeñas flores y puse unas cuantas en el final de cada pincel. ¡Entonces los coloqué en un jarrón y bam! Tenía flores que no se marchitarían. Había pensado que era una buena idea, pero ahora pensaba que eran incluso mejor de lo que esperaba.

—¿Las hiciste tú? —preguntó desde atrás de sus manos.

—Sí —dije orgulloso.

—Son esos...

—Sí —confirmé y sus ojos se volvieron más amplios—. Los compré —añadí rápidamente cuando recordé la primera vez que le había dado suministros de arte.

Estalló en risas. Dios, amaba tanto ese sonido. Sabía que nunca sería el mismo cuándo lo perdiese en el silencio. Felizmente desistiría de todos los ruidos del mundo si solo pudiese mantener el de su risa. Pero mi vida no funcionaba de esa manera.

—¡Till! —Se asomó por la ventana y lanzó sus brazos alrededor de mi cuello—. Gracias.

—De nada, Garabato —susurré en el cabello de la cima de su cabeza. Sosteniéndola imposiblemente fuerte, extrayendo la calidez que solo ella podía darme.

Se apartó y sus ojos se calentaron inmediatamente al fijarse en mi boca. Eliza siempre me miraba así y mientras los años pasaban, se volvía más y más difícil contenerme a mí mismo y no besarla, tocarla, reclamarla. Pero sabía que si lo hacía,

eventualmente la perdería. Las relaciones no funcionan en el instituto. Algo pasaría, nosotros tendríamos que terminar y, entonces, la habría perdido completamente. Necesitaba a Eliza tan malditamente mal, de cualquier forma.

Había pasado años amándola desde lejos, bueno, realmente solo de lejos cuando salíamos de nuestro pequeño refugio privado. No era seguro notarla fuera de estos muros.

Siempre había sido hermosa. Incluso a los trece, sus profundos ojos azules me tenían cautivado. Su cabello castaño por los hombros era perfectamente lacio, pero a menudo jugaba nerviosamente con las puntas, por lo que se había formado un rizo permanente en el frente. Su piel tenía pecas que podía trazar de memoria. Y su cuerpo… *Jesús*. Su cuerpo había sido hecho para mí. Era naturalmente delgada, pero con una pequeña curva redondeada en su caderas. Esas mismas curvas que se burlaban diariamente de mis manos. Por lo menos era unos metros más alto que ella y como mínimo cuarenta y cinco kilos más, pero por dentro, ella era más fuerte.

Mira, Eliza Reynolds volaba bajo el radar. Muy pocas personas en la escuela sabían quién era y yo intentaba mantenerlo de esa forma. Si atrapaba la atención del equipo de fútbol, entonces, estaría inundada de citas. Así que la ignoraba a toda costa para que no le prestasen atención de ella. No podía arriesgarme a que alguien se la llevara lejos de mí.

Seguro, estaba saliendo con Daniel Bennet, pero él era una herramienta. Quería matarlo diariamente cuándo los veía juntos en el instituto. ¿Pero qué se supone que haga? No era mía… al menos, no que alguien supiera.

—¿Qué te regaló Bennet? —pregunté solo para medir la competencia. No estaba forrado, pero tenía un auto con el que la llevaba a citas cada fin de semana. Estaba curioso, pero hice que su sonrisa cayera.

Murmuró algo, pero no podía escucharla.

—¿Huh?

Me miró y repitió:

—Zarcillos de mariquita.

Parpadeé hacia ella antes de romper en risas.

—¡Cállate! —dijo severamente. Entonces se rió conmigo.

—Garabato, solo déjame asegurarme que estoy en lo cierto. ¿Le compró zarcillos de mariquita a una chica que nunca usa zarcillos y que además está aterrada por los insectos? —Me volví a reír.

—Oh, se vuelve peor. No estaba segura qué decir cuando los abrí, entonces le dije que me encantaban. Ahora voy a tener que conseguir perforarme las orejas para que no se sienta mal.

—¿Qué? Eso es ridículo. —Dejé de reír—. Tienes miedo de las agujas. ¿Sabes que así es como las perforan, no?

—Bueno, mierda. Till Page. ¡En realidad me escuchas cuando te hablo! —Sonrió y envolvió sus brazos alrededor de mi cintura, abrazándome otra vez—. Gracias.

—Escucho todo lo que dices. Incluso las cosas aburridas.

Se rió y besé la cima de su cabeza.

—La luz se apagó —dijo Quarry, apareciendo de repente, asustándonos a ambos.

Eliza debió de haber saltado como tres metros en el aire.

—¡Jesús, Q! ¡No sorprendas a la gente así! —grité mientras intentaba ralentizar mi propio corazón acelerado.

—Lo siento —dijo, avergonzado e inmediatamente me sentí culpable por gritarle.

—Oye, está bien, amigo.

—¿Es ese Quarry? —Eliza casi chilló.

—Deberíamos irnos —mascullé, no queriendo que se pasase al mundo real.

—Sí. Soy Quarry. —Movió sus pies.

—Vaya. Eres lindo. —Eliza se agachó frente a él y todo lo que podía pensar era que notaría su ropa sucia.

—Vamos, Q. —Empecé a alejarme, pero me ignoraron.

—¡Gracias! —Quarry sonrió—. Oye, cuando sea mayor, ¿tal vez podríamos ir a una cita o algo? —Mi cabeza saltó ante eso y levanté una ceja como pregunta.

—Realmente me gustaría. —Eliza encontró decir a través de una sonrisa—. Debería probablemente decirte mi nombre primero. Sabes, así podrás encontrarme en unos años.

—Oh, sí. Lo necesitaré. ¿Puedo conseguir también tu número de teléfono? —preguntó.

Mi mandíbula cayó abierta. Fantástico. Incluso mi hermano de seis años estaba tratando de quitármela.

—Sin duda estás relacionado con Till. —Se rió en voz alta—. Bueno, Quarry Page, mi nombre es Eliza Reynolds. Haré que tu hermano te dé el número más tarde. Estoy realmente deseando nuestra cita. —Levantó la mano para chocar los cinco, los cuales Quarry chocó emocionado.

Sacudiendo la cabeza, rompí la conexión amorosa de Quarry.

—Está bien, tenemos que irnos. Flint está en casa durmiendo. Feliz cumpleaños, Garabato. —Me incliné hacia delante y besé su frente.

Recogió el jarrón del alfeizar de la ventana y lo abrazó contra su pecho.

—Gracias. ¿Te veré mañana?

—Por supuesto. —Sonreí y le guiñé un ojo—. Aquí. Te ayudaré. —La levanté sobre sus pies facilitándole entrar nuevamente por la ventana. Habría usado cualquier excusa para tocarla.

—¡Buenas noches, Quarry! —Sopló un beso que provocó una lenta sonrisa en sus labios.

Tan pronto como estábamos unos pasos más lejos, Quarry empezó a hablar otra vez.

—¿Vas a casarte con ella?

—No lo sé. Probablemente deberías haber comprobado eso conmigo antes de pedirle una cita. No estoy seguro de cómo me siento de ti seduciendo a mi chica —me burlé y su sonrisa cayó—. Estoy bromeando. —Golpeé suavemente su hombro.

—Oye, ¿por qué saltó a través de la ventana? ¿Su casa no tiene una puerta? Sería genial trepar por las ventanas todo el tiempo. ¿Aunque tendrías que poner un pomo en la ventana?

—¿Quieres escuchar algo interesante?—interrumpí solo para hacerle dejar de hablar.

—¡Sí!

—Esa ventana por la que se arrastró es mágica.

—No, uh —dijo con incredibilidad, pero dejó de caminar y se giró para mirarme.

—Es en serio. Es un portal mágico que te lleva a un mundo de fantasía. No hay padres ni profesores. Todo es bonito y lindo y la despensa siempre está llena. La mejor parte, sin embargo, es que siempre está ahí.

—¿Ella es mágica también? —Respiraba con los ojos abiertos completamente.

Me lo pensé antes de contestar.

¿Era Eliza mágica?

Lo es para mí.

—Absolutamente.

4

Eliza

Seis meses después...

—¿Por qué estás sentada en la oscuridad? —preguntó Till mientras se arrastraba a través de la ventana de nuestro departamento.

Siempre me había preguntado por qué nunca usaba la puerta.

Desde hace tiempo la electricidad de nuestro refugio nocturno había sido cortada. Le había dicho a Till que no robara más por mí, pero cuando hubo redirigido un cable de extensión viejo del edificio de al lado hacia aquí, había hecho una excepción por la electricidad. Él lo había enterrado en la tierra para que nadie pudiera verlo, pero lo había tenido que remplazar varias veces a lo largo de los años. Siempre se aseguraba que tuviéramos luz y una conexión para el pequeño calentador portátil que había comprado en una tienda de segunda mano.

Poco a poco Till arregló este sucio y deteriorado departamento. Sus esfuerzos no habrían impedido que la ciudad cambiara su estatus de ruinas, pero lo hicieron cómodo para nosotros.

Fue trayendo restos y piezas de muebles descartados como los iba encontrando. Nunca fue nada grande. Sospechaba que él no podía llevar sofás por su cuenta y me encontraba relativamente segura que nunca le había dicho a nadie acerca de nuestro lugar. Lo sabía porque yo no lo había hecho.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, alejándome rápidamente para esconder mis lágrimas.

—Um, vivo aquí —contestó con el tono de listillo que había aprendido a amar.

—No lo haces.

—Bueno, bastante cerca. —Me miró con curiosidad—. ¿Por qué estás llorando? —Cruzó los brazos sobre su pecho, el cual cada día parecía más grueso.

No es que me diera cuenta o algo así. No era como si lo estuviera mirando o detrás de su cuerpo... a diario. Nop. En absoluto. Till era mi mejor amigo, el hermano que nunca tuve... y la imagen de cada orgasmo que alguna vez me hube dado a mí misma.

—No es nada —le dije con desdén.

—¿Por qué estás llorando, Garabato? —repitió, claramente sin desestimar el hecho.

—Es una estupidez. —Me sequé los ojos con el dorso de las manos—. ¿No ibas a salir esta noche con Helen Chapman? —pregunté tratando de distraerlo.

—¿Qué? ¿Quién te dijo eso?

Juro que a veces ni siquiera recordaba que asistíamos a la misma escuela. Nada había cambiado. Till y yo éramos uña y carne dentro de este departamento, pero era nuestro pequeño secreto del mundo exterior, o más exactamente, era el secreto de Till.

—Nadie tuvo que decirme. Toda la escuela hablaba de ello. —Me puse de pie desde los cojines con los que habíamos hecho un sofá improvisado en el piso.

Una pequeña sonrisa creció en la comisura de su boca.

—En realidad no debes creer todo lo que oyes.

Solté una carcajada.

—Curioso, no es la primera vez que me lo han dicho esta noche.

Arqueó una ceja y ladeó la cabeza, pidiendo una explicación más detallada, pero no se la di.

—¿Tienes hambre? —Caminé hasta el pequeño armario que él había convertido en una despensa. Nunca se encontraba lleno, pero por lo general al menos teníamos algo en caso que nos diera hambre.

En promedio pasábamos cerca de dos horas por noche en nuestro departamento, pero durante los fines de semana, pasábamos casi todo el día sino estábamos trabajando. Mis padres nunca se molestaron en preguntar hacía donde desaparecía y, eventualmente, paré de salir a escondidas, en su lugar, empecé a salir por la puerta principal.

—Deja de evitar mis preguntas. —Me tomó del brazo para detenerme—. ¿Qué es lo que te tiene escondiéndote y llorando en la oscuridad?

Dejé escapar un suspiro, sabiendo que no habría escapatoria de esto. Ya sea que le dijera esta noche o no, estaba segura que lo sabría el lunes a primera hora cuando el tren de chisme de la escuela llagara a la estación.

—Daniel se enredó con Crystal —dije sin emoción, pero mi barbilla empezó a temblar.

—¿Bennett? Imposible —dijo con incredulidad.

—Totalmente cierto. —Tiré mi abrazo de su agarre y recogí una lata de ravioles y un tenedor.

—Crystal lo confesó.

Tomó la lata de mi mano y siguió preguntándome.

—Espera. ¿Crystal, tu amiga? —Después removió la lengüeta y metió una cucharada llena en su boca.

—Síp. Me llamó para informarme que eran amantes trágicos. Divagó sobre alguna tontería de Romeo y Julieta y después me dijo que habían pasado una noche bajo las estrellas en la parte de atrás de su auto, los dos perdiendo su virginidad —resumí sus palabras con mi propio toque de sarcasmo.

Till se atragantó con una carcajada, rociando salsa roja barata en mi rostro. Con la noche que había tenido, ni siquiera reaccioné al haber sido cubierta con saliva y ravioles. No era más que la guirnalda del pastel de mierda.

Bajando la lata, se lanzó hacia adelante.

—Mierda, lo siento. —Se rió entre dientes. Levantando la parte inferior de su camisa secó mi rostro y lo limpió, incluyendo un par de lágrimas escondidas que se las habían arreglado para escapar de mis ojos—. ¿Le dijiste que Romeo no era virgen?

Mis ojos se precipitaron hacia los suyos.

—¿No lo era?

—Um… —Se detuvo, meciéndose nerviosamente con la punta de los pies mientras sus ojos vagaban por toda la habitación.

—¿Till?

—Está bien, Garabato. Bennett tiene una gran boca.

—¿Qué exactamente está bien? —Entrecerré los ojos, pero mis mejillas se empezaron a calentar.

Era muy cercana a Till Page, más cercana que nadie más en el mundo, pero seguía siendo un chico y yo era una chica de diecisiete años, que aún era virgen. Esta conversación era embarazosa.

—Ya sabes… Bennett y tú. No es asunto mío. —Afortunadamente, él parecía igual de incómodo—. Quiero decir, estuvieron juntos como un año. Todo el mundo pensó que ustedes lo estaban, de todas formas.

—¿Pensaron que estábamos qué? —Mi vergüenza despareció mientras mi sangre comenzó a hervir.

Para mi desgracia, lloraba cuando me encontraba enojada y las siguientes palabras de Till abrieron las compuertas.

—Me refiero a que… uh, le dijo a todos que ustedes lo estaban haciendo. —Hizo una pausa cuando mis ojos se ampliaron—. Como regularmente.

—¿Qué? —Solté un grito ahogado, aunque no estaba realmente sorprendida. Eso era lo que los chicos adolecentes hacían, ¿verdad? Mentían sobre sexo. El único

problema era que esa mentira fue sobre *mí*. Las lágrimas se resbalaban por mi rostro, pero me las arreglé para chillar—: Nosotros nunca…

—Mierda —maldijo Till, dando un paso adelante inmediatamente, arrastrándome a su pecho. Pude sentir el ladito de su corazón y sus músculos tensarse mientras pasaba mis manos innecesariamente por sus costados—. Arreglaré esto —me tranquilizó.

—¿Estás planeando en regresar el tiempo? Porque estoy bastante segura que no hay arreglo para esto.

En ese mismo momento, me prometí castrar a Daniel Bennett. Originalmente había pretendido que fuera un pensamiento, pero cuando sentí que el pecho de Till comenzó a temblar me di cuenta que había emitido mi amenaza en voz alta.

—¿Le mentirías a la policía por mí cuando haga eso, verdad? Necesitaré una coartada. —Levanté la cabeza para atrapar su mirada.

Soltó una carcajada.

—No, no quiero ser la coartada. Sin embargo, estaré encantado de sujetarlo para ti. —Sonrió, frotando su mano en mi espalda. Till y yo no éramos exactamente sentimentalistas, pero tampoco eludíamos los sentimientos.

Cuando mi madre había destrozado el cuaderno de dibujos que hubo encontrado en mi mochila durante nuestro primer año, Till me había sostenido por horas mientras lloraba. Fue la primera vez que me di cuenta en lo mucho que había empezado no solo a depender, sino también a confiar en él. Conocía mi vida y no me juzgaba por ello. Éramos tal para cual. Puede que no hubiésemos sido los únicos chicos pobres con padres jodidos, pero a veces se sentía de esa forma.

—Oh Dios. Voy a lucir como una idiota el lunes en la escuela. No solo estaba, supuestamente, teniendo sexo como monos con Daniel, sino que no fui lo suficientemente buena para evitar que durmiera con mi mejor amiga —me quejé, pisando fuerte para hacer ver mi punto.

—¿Sexo como monos? —preguntó Till con humor llenando su voz.

—Cállate. Sabes lo que quiero decir.

Aún no me había liberado, así que enterré mi cabeza en su pecho. Si me lo ofrecía, lo tomaba.

—¿Quieres que le patee el culo? —Lo hizo sonar como una broma, pero sabía que hablaba en serio.

—No —murmuré. Mi respuesta tenía mucho menos que ver con preocuparme sobre la seguridad de Daniel y más con no querer que Till se metiera en problemas por hacerlo.

—¿Quieres que difunda algo de mierda sobre Crystal? —Dejó caer sus brazos alrededor de mi cintura y apoyó su barbilla en la cima de mi cabeza.

—No. Lo que quiero que hagas es encontrar una forma de embotellar un virus de clamidia para dárselo a los dos.

—Bien. Empezaré a investigar eso mañana. Conozco algunas chicas que probablemente nos podrían suministrar una muestra.

—Puaj. Eso es asqueroso. Por favor dime que Helen no es una de ellas. —Di un paso fuera de sus brazos y sus ojos bailaron con humor.

—Oh, no sabría sobre Helen.

—Mentiroso —acusé y su sonrisa creció.

—Oye, ¿sabes lo que apuesto te haría sentir mejor?

—¿Cambiar de preparatoria? —Lo miré mordazmente sobre mi hombro mientras caminaba de vuelta a los cojines en el suelo.

—Nop. Rascarme mi cabeza.

—¿Por qué te pica la cabeza? ¿Tienes piojos?

—¿Qué? ¡No! —gritó a la defensiva—. Eso es una cosa de niños pequeños, ¿verdad?

—En su mayoría, pero cualquier persona puede contraerlos. Además, de todos modos, ¿qué edad tienen Flint y Quarry? Podrían haberlos traído a casa desde la escuela.

—Seis y once, pero no compartimos habitación o algo así. —Parpadeaba mucho y me di cuenta que empezaba a preocuparse.

—Till, solo porque duermes en el sofá no quiere decir que ellos no los dejaran ahí para ti. Vamos, siéntate y comprobaré. Crystal tuvo piojos cuando estábamos en quinto grado. Fue miserable. —Hice una pausa tan pronto una idea me golpeó—. ¡Oye! Si realmente tienes piojos, ¿puedes dárselos a Daniel y a Crystal antes de que te deshagas de ellos?

—Claro. ¡Estaría encantado! ¿Cómo se los doy? —preguntó, tan genuinamente interesado que no pude evitar sonreír.

—Simplemente frota tu cabeza en ellos o algo así. Tal vez Bennett te preste uno de sus gorros tejidos —bromeé, pero aun así Till se quedó estudiándome por un momento.

—Lo siento —fue todo lo que dijo antes de sumergirse en mí.

Me pilló con la guardia baja, y me derribó de espaldas. Antes de incluso tener la oportunidad de reaccionar, tuvo mis brazos atrapados y se sentó a horcajadas en mi cadera.

—¿Qué demonios? —grité cuando empezó a frotar la parte superior de su cabeza contra la mía. Fue bastante minucioso, torciendo la cabeza de un lado al otro para tocar cada centímetro de la mía.

—Ahí —dijo antes de apartarse de mí—. Ya que todo esto de los piojos fue tu idea, pensé que deberíamos experimentar juntos. —Una lenta sonrisa se deslizó a través de su boca. Obviamente, se sentía orgullo de su razonamiento.

—¿Has perdido la maldita cabeza? ¿Por qué tratarías de pegarme los piojos? ¡No fue mi idea! Tienes comezón en la cabeza, así que simplemente pregunté si tenías piojos. ¡Eso es todo!

—Bueno, mierda, Garabato. No me di cuenta que serías así de ingrata. Solo trataba de ser un buen amigo, así podríamos apoyarnos mutuamente en los momentos difíciles. —Me guiñó un ojo.

Como, en realidad un *guiño*. Probablemente tenía bichos merodeando en mi cabello y Till estaba guiñándome.

Aquel momento probablemente resumía nuestra relación mejor que cualquier otra. Till siempre hacía las cosas difíciles para mí, pero también en una extraña forma, siempre las hacía infinitamente mejor.

Por ejemplo este caso.

Difícil: Durante veinte minutos, Till se acostó con su cabeza en mi regazo mientras nerviosamente inspeccionaba su cabello para ver si *teníamos* piojos. No teníamos.

Mejor: Por dos horas, después de eso, se acostó con su cabeza en mi regazo riendo y sosteniendo mi cuaderno de dibujo contra su pecho mientras dibujaba muñecos vudú de Crystal y Daniel. Rasqué su cabeza con una mano y señaló los defectos adicionales que debía de añadir a nuestra Julieta y su Romeo.

De vez en cuando, Till iría un paso más allá y sacaría lo *mejor*. Justo cuando bajaba mi mirada para hacerle una pregunta, me encontraba con sus ojos color avellana mirándome. No apartó la mirada o se volteó incomodo después de ser atrapado. En su lugar, una sonrisa cálida se levantaba en la comisura de su boca.

Sus ojos no ardían con deseo en la forma en la que estaba segura que los míos lo hacían, en su lugar eran profundos y contentos.

Si.

Lo absolutamente mejor.

Cuando la intensidad de nuestra mirada se volvió demasiado, me aclaré la garganta y pregunté:

—¿A qué hora la de servicios sociales viene mañana? Probablemente deberías de irte a casa.

—A las once. —Miró su reloj—. ¿Quieres quedarte aquí conmigo esta noche? No tengo ganas de volver allí. Sin embargo, necesito levantarme temprano y limpiar ese infierno antes que lleguen. Ella amenazó con llevarse a Flint y Quarry la última vez, si las cosas no son mejores.

—Mierda —solté.

—Todo estará bien. Flint ha hecho mucho la semana pasada. Mamá está dejando a Tammy hacer sus uñas en la mañana, así que al menos voy a lograr que se vea decente mientras no está. Puede que no le importe un comino, pero a mí sí. Simplemente no puedo lidiar con su mierda esta noche. —Trató tanto de actuar como si no fuera la gran cosa, pero cuando levantó su mano para jugar con su labio inferior, supe que estaba molesto.

—Está bien. Me quedaré —dije simplemente antes de acostarme al lado de él. Mis padres no iban a preocuparse si no llegaba a casa, pero me preocuparía por Till no despertándose a tiempo si lo dejaba—. Sabes que si alguna vez necesitas… —Me interrumpió antes que pudiera ofrecer alguna ayuda.

—Buenas noches, Garabato. —Rodó lejos, deteniendo toda conversación futura.

Con el tiempo, me quedé dormida. No estábamos acurrucados de la forma en la que hubiera preferido estar la primera vez que durmiéramos juntos, pero después de una noche terrible, aún me quedé dormida con las mejillas adoloridas por la sonrisa.

Incluso a los diecisiete años sabía que amaba a Till Page, pero no tenía grandes sueños de lo perfecta que sería nuestra vida juntos. Tal vez porque no quería prepararme para la decepción. Pero creo que era más porque no quería afrontar el hecho que había un futuro en todo, uno que podía o no haberlo incluido. Solo quería vivir con Till el presente, en donde no había presión para pretender ser alguien más. Un presente en donde mantenía su estómago lleno de alimentos enlatados y él me mantenía cálida y necesitada. Le rasqué la cabeza y me sanó el corazón.

Un día iban a derribar este edificio y arrebatarnos esta vida.

Pero con un chico mitad hombre roncando fuertemente a mi lado, me encontré felizmente cegada por el presente.

5

Till

El día que encontré el gimnasio de boxeo On The Ropes, mi vida cambió para siempre. Había estado yendo a la escuela, trabajando en dos lugares y gastando casi todo mi dinero para mantener un techo para mis hermanos. Pasaba ese edificio vacío todos los días de camino a mi trabajo en la tienda. Entonces, un día, hubo veinte camionetas fuera y obreros en la acera. No le había dado mucha importancia al pasar, pero lo juro, en el momento en que llegué a casa esa noche, había un nuevo gimnasio con ventanas con calcomanías.

Al día siguiente en la escuela, repartieron volantes anunciando un nuevo programa después de clase en On The Ropes. Contenía mi palabra favorita: gratis.

Había rumores que el ex campeón de peso pesado Slate "La Tormenta Silenciosa" Andrews era dueño del gimnasio y que llevaría el programa personalmente. La mayoría de la escuela tenía planes para inscribirse solamente para conocerlo.

En esos días, me gustaba mantenerme lo más ocupado posible. Pero cuando la temporada de futbol terminó, quedé con demasiado tiempo entre la escuela y cuando Eliza aparecía en el apartamento. Estaba seguro que no quería pasar el tiempo en ese agujero que mis padres llamaban hogar, el mismo por el que trabajaba en dos lugares ya que mis padres no podía hacerlo.

Un programa gratis de boxeo sonaba perfecto.

Decidí saltarme química para ir a averiguar y, con suerte, asegurar mi lugar antes de que fueran después de la escuela.

—Bueno, eso fue rápido —dijo Slate *jodido* Andrews desde la recepción cuando entré al gimnasio.

El lugar era increíble. Todo era nuevo y de brillante color blanco, rojo y negro. Había dos rings en el medio de la gran habitación, pesas y varias bolsas de boxeo ocupando el resto. Espejos cubrían todo un lado y sogas de saltar estaban colgadas en ganchos en cada esquina. Pero mis ojos fueron instantáneamente atraídos por las palabras gigantes pintadas arriba de los espejos:

Hogar de

Primer Campeón Mundial

On The Ropes

—¿Tu nombre va a ir en el espacio? —preguntó cuando siguió mi mirada.

—Uh…

—Bueno, quizás debemos empezar con: ¿cuál es tu nombre? —Sacó un portapapeles de atrás del mostrador de madera.

—Um… —Seguí tartamudeando, asombrado.

Rió y extendió su mano.

—Slate Andrews.

Sequé mi palma en mi pantalón antes de dársela.

—Lo siento. Till Page.

—Bueno, gusto en conocerte, Till. —Puso el portapapeles delante de mí—. Nuestras tarifas dependen del plan que elijas. Tenemos anual, mensual…

—Oh, um, lo siento. Creí que era gratis. —Lo miré, avergonzado.

—¿Gratis? —Levantó sus cejas mientras se cruzaba de brazos.

—Sí. El programa después de clases. Lo siento. Debí haberme confundido. No me puedo permitir ir a un gimnasio. —Me alejé, listo para salir.

—¿Eres estudiante?

—Sí —respondí.

Entrecerró sus ojos.

—Es sí, señor. —Luego, me hizo un gesto para que lo repitiera.

—Sí, señor.

Asintió con aprobación.

—Cristo, eres grande para ser un chico. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—¿Juegas futbol?

—Sí, señor.

—¿Último año?

—Segundo —corregí.

Me miró de arriba hacia abajo y negó.

—Muy bien, entonces. Déjame cambiar esto para ti. —Después de sacar un grueso sobre del cajón, lo deslizó en mi dirección—. ¿Por qué no estás en la escuela ahora mismo, Till Page?

—No tengo clases a la última hora —mentí.

—Entonces, ¿puedo esperar que estés aquí a las dos, todos los días? Ya sabes, ya que no tienes clases a la última hora. —Me lanzó una conocedora sonrisa: *atrapado.*

—Bueno… —Empecé pero me interrumpió.

—Si faltas a la escuela, no vienes aquí. ¿Entendido?

—Sí —respondí rápidamente, me miró—. Sí, señor.

—Mejor. Mira, este programa es para chicos honestos. Si me mientes, terminarás en la calle. Así que intentemos esto de nuevo. ¿Por qué no estás en la escuela ahora mismo, Till Page?

Miré mis zapatos, incómodamente.

—Yo, uh, quería inscribirme en el programa. Me preocupaba que se llenara antes que consiguiera lugar, así que me salté la clase.

—De acuerdo. Me debes cuatro kilómetros. —Se acercó a un archivador antes de volver con un papel amarillo.

—¿Cuatro kilómetros de qué?

—¡Cardio! Tenemos nuestro propio sistema punitorio aquí en On The Ropes. Faltar a clase son cuatro kilómetros. Estate contento que solo sea una. Si faltas todo el día, ganas lavar los suspensorios. —Rió cuando hice una mueca de disgusto—. Todo está calculado aquí. Además de las cuotas.

Ladeé la cabeza en confusión.

—Creí que el programa después de la escuela era gratis. ¡Acabo de decirte que no puedo pagar las cuotas un gimnasio! —Mi actitud colapsó.

Su comportamiento amistoso desapareció. Me frunció el ceño e incluso tan duro como fingía ser, me asustaba demasiado.

Cambié el final de mi arrebato.

—Lo siento.

—No me tienes que pagar con dinero, así que técnicamente es gratis. No te preocupes. Tuve un abogado revisando ese volante antes de repartirlo. No hay publicidad falsa aquí. —Guiñó un ojo—. El trabajo manual es mi moneda de cambio. En la parte de atrás —señaló el papel—, describe los precios de tu tiempo aquí. Todo, desde barrer los pisos hasta limpiar los baños, doblar las toallas está aquí abajo. También muestra los precios por las comidas con trabajo manual. ¿Necesitas algo para comer? Te alimentaré. Pero no es una limosna. Vas a trabajar por eso.

—¿Comidas? —pregunté, más que poco interesado.

—Sí. Probablemente pensarás que son asquerosas como el infierno. Son cosas realmente saludables. Estoy entrenando boxeadores, no holgazanes.

—Oh, de acuerdo —respondí mientras miraba la "lista de precios".

Slate había puesto un "costo" para todo, desde pasar el rato en el gimnasio después de la escuela hasta clases privadas con él. Podías "comprar" ropa de entrenamiento o tus propios guantes con trabajos extra, también.

Jesús. Llevaba un taller clandestino, pero estaba bien para mí.

—Máximo, diez horas semanales. Haces esas horas, y luego todo va a estar a tu alcance: comidas, entrenamiento, programa de verano, un conjunto de ropa de entrenamiento por mes. E incluso eso viene con mi promesa de mantener mi boca cerrada cuando te encuentre llorando por tus doloridos músculos en el vestuario. —Sonrió.

Puse los ojos en blanco.

—No voy a lanzarte mierda. Espero trabajo duro dentro y fuera de ese ring. Vas a la escuela y luego vienes aquí. Eso es todo.

—Tengo dos trabajos —le informé.

—Bien. Escuela, trabajo y luego On The Ropes. Nada más.

Eso sonaba perfecto. Bueno, nada más excepto Eliza. Ni siquiera el entrenamiento profesional con Slate Andrews me detendría para hacer tiempo para pasarlo con ella.

Después de unos segundos, se aclaró la garganta:

—Entonces, ¿aún estás interesado en unirte?

—Sí. Absolutamente.

—Bueno, bien, entonces. Lleva ese paquete a casa y haz que tus padres firmen en las x y nos veremos mañana después de la escuela. Ahora, ve y corre en la pista de atrás.

—¿La pista? —pregunté.

—Me debes cuatro kilómetros, ¿recuerdas?

—Estoy usando pantalones —respondí, incrédulo.

—Bueno, quizás deberías haberlo pensado antes de faltar a clase. —Se alejó sin mirar hacia atrás.

6

Eliza

Un año más tarde...

Un megáfono estrictamente prohibido sonó a través del silencioso auditorio mientras mi nombre era dicho para recibir mi diploma de escuela secundaria. A pesar que en realidad nunca lo vi, no tuve ni una sola duda que fue Till. Me eché a reír hasta que se me retorció el estómago. Me molestó más de lo que esperaba que no estuviera caminando a través de esa plataforma conmigo.

La vida de Till había sido ajetreada. Había estado pasando mucho tiempo en un gimnasio de boxeo cercano, así como con dos trabajos: limpiando los equipos de construcción y reabastecer las estanterías en el supermercado. Incluso con todo eso, todavía no se perdía una noche en nuestro apartamento. Sin embargo, se perdió el noventa por ciento de su tarea de matemáticas y física, reprobando ambas, lo que lo dejó incapaz de graduarse. Había actuado como si no le molestó cuando le habían dicho que no tenía suficientes créditos para caminar por la plataforma con el resto de nuestra clase, pero pude ver la decepción en sus ojos. Había reído como si fuera poco, diciendo que no era como si tuviera algunos enormes planes de ir a una universidad de renombre, ni nada.

Yo, sin embargo, había sido admitida en la universidad local con una beca. Decidí sacar todos los préstamos estudiantiles posibles que pudiera conseguir y salir del apartamento de mis padres. Till hasta se había reído cuando propuse una apuesta para ver cuánto tiempo les tomaría notar que me había ido. Aposté una década. Él, una semana.

Esperé fuera del auditorio después que la graduación había terminado, en busca de Till, pero en el fondo supe que solo había un lugar donde lo encontraría.

—Oye —dijo, arrastrándose a través de la ventana. Se quedó paralizado mientras su gran cuerpo entraba por la abertura—. ¡Santo infierno, mírate Garabato! Estás en un vestido. —Sonrió, una sonrisa ladeada que habría derretido a otras chicas. Para mí, era divertida.

—¿Ves? Solo una prueba más del mal estado del sistema educativo en este país. No tengo ni idea de por qué no te permitieron graduarte hoy con habilidades de observación como esa.

—Cállate, listilla. Nunca te había visto con un vestido antes.

—Sí, no tenía ganas de ir a casa a cambiarme. Mi madre ya se quejaba de tener que ir a mi graduación hoy.

—Jesús, esa mujer es una bruja —murmuró para sí mismo—. Bueno, te ves bien. Esos muchachos universitarios no van a saber qué hacer con ellos mismos. —Su boca se torció en algo que él esperaba que creyera fue una sonrisa.

No me lo creí, pero sabía por qué estaba allí.

—Sí, he escuchado que los estudiantes becados que les gusta dibujar y pintar están de moda en estos momentos.

Sus ojos se estrecharon por mi evaluación.

—Sin embargo, a pesar de la remota posibilidad que encuentre a alguien que aprecie mi indiscutible genialidad, todavía tengo que explicar por qué cierto chico siempre está pasando el rato en mi *nuevo* departamento. —Moví las cejas con entusiasmo.

—¿Tienes un departamento? —Todo su rostro se arrugó en una mueca dolorosa antes que fuera capaz de detenerlo.

—¡Sí!

—¿Cuál?

—Um…

—¿Cuál? —Repitió lentamente, sabiendo la respuesta por mi reacción.

—El único que no te gustaba. —Me mordí el labio y miré hacia otro lado.

—Garabato, eso es un desastre. No puedes vivir allí. Es peligroso.

—Bueno, es mi única opción en este momento. Es todo lo que puedo pagar sin tener que vender mis órganos. No sé tú, pero estoy muy apegada a mis riñones.

—Vamos. Sé seria —criticó de manera muy diferente a Till. La arruga en la frente era antinatural y parecía fuera de lugar en su rostro fuerte.

Till ya no era un niño en ningún aspecto. Medía casi un metro noventa y cada plano de su cuerpo estaba cubierto con bordes cincelados y músculos contorneados. Sus manos eran grandes y callosas, como un hombre que trabaja mucho más allá de sus dieciocho años. Los chicos no se veían así. Los hombres sí.

Till lo hacía.

Tampoco parecía que no era la única que había notado los cambios en Till. No había escasez de mujeres que competían por su atención. Pero si tuvieron la suerte de atraparlo, no lo sabía. Siempre esquivó mis preguntas acerca de sus relaciones románticas. Finalmente me había dado por vencida y dejé de preguntar. Realmente no quería saber la respuesta de todos modos.

Se aclaró la garganta para captar mi atención, pero solo llevó mi mirada hacia su garganta. Vi cómo la nuez de Adán se balanceaba cuando tragó. Era increíble que apenas pudiese apartar mis ojos. Y cuando lo hice, fue solo para bajar a los músculos gruesos en la base de su cuello.

—¿Hola? Tierra a Garabato. —Hizo un gesto con la mano delante de mi rostro.

Tartamudeé por un momento antes de recordar lo que estábamos hablando.

—Till, mis préstamos estudiantiles no me llevaron muy lejos. Además, tengo que pagar por los servicios públicos y esas cosas. Por no hablar de la compra de libros y materiales. Eso es caro. Incluso si aumento mis horas en The Smokehouse, no sería capaz de comer la mitad del tiempo si eligiera uno de los otros departamentos. No es tan malo y, de esta manera, puedo ofrecerte el otro dormitorio. —Sonreí con orgullo.

—Oh, mierda es fantástico. Vas a estar viviendo allí sola —espetó y entonces comenzó a caminar en un pequeño círculo.

—Oye. —Di un paso delante de él—. Si tengo mi propio lugar, podemos abandonar este y estar ahí. —Sonreí, entusiasmada con la posibilidad.

Till me miraba fijamente.

—Um, ¡hola! Es algo bueno. ¿Me escuchaste? —le pregunté.

Soltó una carcajada sarcástica en voz alta.

—Síp. Fuerte y malditamente claro. —Cruzó los brazos sobre su pecho y me miró por un segundo más—. No vivirás allí —declaró definitivamente, *haciéndome* imitar su reacción anterior y sacar una carcajada sarcástica propia.

—Oh, ¿no lo haré? —Levanté una ceja y crucé los brazos sobre mi pecho, imitándolo. Tenía la sospecha que mi mirada no fue tan eficaz como la suya, pero se la mantuve de todos modos.

Debimos de haber permanecido allí durante cinco minutos completos. Ni siquiera estaba segura de si parpadeé. En el momento en que Till retorció su labio por la ridícula forma en que nuestras miradas estaban enganchadas, no pude contenerme más y reí ruidosamente, colapsando sobre las almohadas en el suelo.

Utilicé una voz profunda para burlarme de él mientras rodaba alrededor, histérica, diciendo:

—Garabato, no vivirás allí.

No se sorprendió con mi impresión extraña.

Por último, fui capaz de levantarme lo suficiente para mirar hacia su dirección. Esperaba plenamente que estuviera molesto, pero me estaba viendo con una amplia sonrisa.

Dios, es precioso.

—¿Has terminado? —preguntó con un brillo de algo que no pude averiguar en sus ojos.

—No lo sé. ¿Terminaste de decirme dónde estoy autorizada a vivir? —Incliné mi cabeza en forma de pregunta.

Contuvo el aliento antes de soltarlo con un suspiro duro.

—Solo me preocupa que vivas sola. No es como si tu padre fuera a mover su lamentable trasero y estar allí para asegurarse que nada te suceda.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Puso sus manos en sus caderas y, si no fuera por el hecho que estaba irritada por su actitud, habría tomado al menos un minuto para comerme con los ojos sus bíceps.

En cambio, me centré en la actitud mencionada.

—Noticia de última hora. No necesito a nadie para asegurarse que nada me pase. Soy una adulta, Till.

—Cierto. Por supuesto que sí. —Dejó escapar un gemido de frustración y puso los ojos en blanco—. ¿Podemos dejar de hablar de esa mierda? Te traje un regalo de graduación. —Se dirigió hacia la ventana.

—¡Me trajiste un presente! —grité. Toda mi molestia desapareció.

Me había dado un montón de cosas a lo largo de los años. La mayoría de ellas eran de las que encontraba por el departamento cuando la gente se trasladaba del edificio o, más frecuentemente, eran desalojados. Las amaba, no obstante.

—Bueno, un poco. En realidad, te hice un regalo.

—¡Me *hiciste* un regalo! ¡Eso es aún mejor! —Me levanté de un salto y empezó a reírse de mi entusiasmo.

—Bueno, me puse a pensar hace unos días… ¿Qué demonios vas a hacer cuando no esté allí para llevar tu cuaderno de dibujo en mi pecho mientras dibujas? —preguntó con una enorme sonrisa, pero se fue la mía.

—¿Por qué no estarías allí para llevar mi cuaderno de dibujo?

No era estúpida. Sabía lo que estaba tratando de decir, pero todavía dolía. Hacía un gran esfuerzo para no pensar en la posibilidad que Till no fuera parte de mi futuro. Había sido una constante en mi presente por demasiado tiempo.

—Oh, vamos, Garabato. Tendrás tu propia mitad de un departamento al otro lado de la ciudad. No tendrás tiempo para relajarte conmigo todas las noches en este sucio agujero.

—¿Estás bromeando? *Sí*, lo haría.

—¿Aquí? —cuestionó, e incluso a mis oídos, su voz era un poco demasiado optimista.

—Bueno, quiero decir… tal vez no *aquí*, pero vamos a estar juntos en algún lugar, definitivamente.

Sus ojos se iluminaron por una fracción de segundo antes de oscurecerse por completo.

—Sí. Estoy seguro. ¿Sabías que ese nuevo departamento tuyo está a ocho kilómetros de aquí? Eso es un infierno de caminata diaria para dos personas que no tienen un auto —soltó antes de volverse hacia la ventana.

—¿Y qué? Me estoy mudando más cerca de la universidad, a *ocho kilómetros de distancia*. No es como si me estuviera moviendo al otro lado el país. ¡Estoy totalmente esperando para que me ayudes a encontrar un sofá y luego sentarnos en él todas las noches! —grité con una risa mientras las lágrimas brotaban de mis ojos.

Pensaba que me iba. La idea de lastimar a Till era mucho peor que la idea de sentarme en un sofá sin él. Y sabía que esa idea dolía mucho, mucho.

—Cierto. —Me lanzó una sonrisa condescendiente—. ¿Cuándo te vas?

—Esta noche, si no dejas de actuar como un idiota. —Traté de sonar severa, pero las lágrimas cayeron de mis ojos.

Quería culparlo por el hecho que estaba enojada, pero esas lágrimas eran mucho más.

Fueron cinco años de codependencia, mil veintiséis días donde había conocido a alguien que estaba esperando por mí y una noche en que el mundo se sintió bien mientras dormí a su lado.

Tragó saliva. Usando la manga de su sudadera con capucha negra, estirada sobre la palma de la mano, limpió mis lágrimas. Entonces, después de recoger mis pies, me tomó con fuerza y nos sentamos en los cojines del piso.

—No llores. Es solo que va a ser raro no tenerte alrededor todo el tiempo —murmuró en mi cabello.

Incliné mi cabeza hacia atrás con la esperanza que, de alguna manera, podría transmitir mi promesa a través de las únicas palabras simples que tenía para ofrecer.

—No voy a ninguna parte.

—Mentirosa —susurró, mirando hacia abajo justo cuando levanté la vista.

Con sus labios apenas a un susurro de los míos y más cerca que nunca, mis ojos se dirigieron a su boca y su cabeza de inmediato cayó contra la pared.

—No hagas eso —se quejó—. No esta noche.

—¿Hacer qué? —le pregunté inocentemente mientras lamía mis labios. Levanté la barbilla para que mi nariz rozara su mejilla. Podría haber sido un toque inocente de piel. Eso *absolutamente* no lo era, sin embargo.

—En serio, ¿cuándo te vas? —Cambió de tema y quitó su cabeza de mi alcance, pero sus brazos aún me abrazaban fuertemente.

—No tengo que irme. —Volví a mirar su boca. No estaba segura de lo que había en el aire esa noche. He querido a Till por un largo tiempo, pero ni una sola vez tenía planeado realmente actuar en consecuencia.

—Sí, lo haces. Tienes que ir a la universidad y buscar una manera de salir de aquí. Estoy feliz por ti, Garabato. —Su voz era sincera y nada llena de mentiras.

No dudaba que era feliz por mí; solo quería venir conmigo. Quería eso también. Tanto que las palabras se dirigieron a la superficie antes que pudiera detenerlas.

Respiro profundamente.

Luego exhalo completamente.

Till.

Y Garabato.

—Te amo. No voy a ninguna parte. Lo prometo. —Sus ojos miraron los míos.

—Oh Dios —gimió.

—No hay manera que pudiera dejarte, Till. Yo. Te. Amo. —Respiré, moviéndome aún más cerca. Podría haber sido una declaración inocente y amable de amor.

Pero, una vez más, no lo era.

Eso fue todo lo que tomó; su boca se estampó contra la mía. Finalmente, esos labios esculpidos que me habían perseguido en sueños, tanto de día como de noche, se movieron contra los míos. Estaban necesitados y frenéticos.

Era por todo el tiempo atrasado.

Lo empujé hacia abajo a medida que pasaba una pierna por encima para sentarme a horcajadas, apretando mi centro contra el suyo.

—Garabato, por favor —rogó para que me detuviese, incluso cuando levantaba sus caderas, encontrando las mías.

El contacto nos hizo jadear a los dos. Sus manos recorrían mi espalda y por debajo de mi trasero mientras su cabeza amenazaba con romper la almohada por el esfuerzo que hacía para escaparse de mí.

—No puedo tenerte sin reclamarte para siempre.

—Entonces reclámame. También te reclamaré.

—Eso es exactamente de lo que tengo miedo, *Eliza*.

Respiré sorprendida. Si Till había sabido, realmente, mi nombre antes de ese momento, no podría haber estado segura. Pero el mero sonido de él en sus labios lo había arruinado para cualquiera que siquiera intentara pronunciarlo después de él.

Con un solo golpe rápido, se sentó y me arrancó el vestido por encima de mi cabeza. Su boca se aferró a mi pezón, cubierto por el sujetador, enviando una oleada de calor que se estrellaba por todo mi cuerpo.

—Till —gemí, enredando mis dedos en su cabello.

—¿Acaso alguien te ha tocado antes así, Eliza?

Mi respiración se entrecortó cuando sus manos encontraron el camino hacia mis bragas.

—¿Eh? —preguntó, demandando una respuesta.

—No —susurré, incorporándome en mis rodillas para darle más espacio. El suave movimiento de sus dedos ásperos apuntaba a cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

—Bien. —Ronroneó y luego se inclinó hasta cubrir mi boca con la suya.

Su lengua se deslizó contra la mía, suave y con práctica, por lo menos de su parte. Inclinando la cabeza, tomé con avidez su boca más profundamente. No tenía mucha experiencia; pero cuando gimió en mi garganta, me hizo sentir poderosa y valiente.

Su dedo encontró mi clítoris hinchado, trabajándome mientras su boca robaba el aire de mis pulmones. Mis caderas se deslizaban con su ritmo. Estaba demasiado perdida en sus movimientos para siquiera preocuparme por cuán lasciva me veía.

Estaba en sus brazos.

—Dilo otra vez. Dime que no te irás —intentó ordenarme, pero sonó más como una súplica. Y luego llevó su asalto oral a mi cuello.

—Lo juro.

—¿Por qué no? —me siguió preguntando y una sonrisa tiró de mis labios.

—Porque te amo.

Un profundo rugido de aprobación vibró en su pecho. De repente, quitó su mano y rodó, de manera que quedé acostada de espaldas; se colocó de rodillas entre mis piernas. Era pequeña y Till era enorme. Casi me tironeaba. A pesar que no era duro, definitivamente era con ímpetu.

Su pecho se agitaba mientras sus ojos brillaban entre los míos, de vez en cuando miraba hacia abajo a mi sujetador y más de una vez a mis bragas. Tragó saliva.

—Lo quiero todo —susurró, lamiéndose los labios antes de continuar—. Todas las primeras veces que tengas para dar, las quiero. —Mientras hablaba, sus ojos se fundían, convirtiéndose en alguien mucho más joven que sus dieciocho años y una cruda comparación a su apariencia física. Eran inseguros y desesperados.

Me flexioné hacia arriba. Mientras sostenía su mirada, llevé las manos atrás y desabroché mi sujetador, dejándolo caer por mis brazos.

—Entonces son todas tuyas—prometí.

Un suspiro ahogado se escapó de su garganta y sus ojos oscuros se calentaron de una manera que nunca había visto antes. Enganchando los dedos en el algodón rosado, me bajó las bragas por las piernas, descartándolas en el piso al lado nuestro.

Completamente expuesta, me recosté frente a Till, esperando su próximo movimiento. Sus ojos viajaron por mi cuerpo, pero sus manos permanecieron congeladas a un costado.

—Till —susurré.

—Shhh. —Continuó mirándome fijamente.

Jamás en la vida había estado desnuda frente a un hombre. Era aterrador.

—Me estás poniendo nerviosa.

—He esperado demasiado tiempo por esto —dijo con voz temblorosa—. Te he imaginado así, a cada momento, durante años. —Sus ojos se dirigieron a los míos—. Nunca pensé que te tendría.

—Siempre me has tenido. Tócame, Till.

Respiró hondo y luego levantó una mano vacilante a mi pecho. Su pulgar rozó mi pezón y me levanté de la almohada, arqueándome, ante el contacto.

—¡Demonios! —dijo entre dientes.

Empezando desde mi ombligo, poco a poco fue dejando un rastro de besos hasta mi pecho, succionándolo antes de pasar al otro. Era suave y gentil mientras exploraba mi cuerpo.

Desde mis pechos, se movió a mi cuello y, finalmente, a mi boca. Era lento y calculado.

Pero no importaba dónde me tocara, era exactamente el punto exacto.

Solté un gemido en su boca a medida que su mano se deslizaba por mis piernas. Su dedo largo presionó dentro de mi apertura y, cualquiera haya sido el ruido que hice, fue subyugado por su fuerte gruñido.

A medida que su dedo encontraba su ritmo dentro de mí, extendí la mano y tomé la parte de atrás de su sudadera.

—Quítatelo —le ordené valientemente—. También quiero sentirte.

Su mano se detuvo y me miró con recelo.

—¿Por qué? —preguntó.

Al principio, me sentí confundida. Supuse que "*quiero sentirte*" era bastante explícito de por sí. Pero cuando miré a sus ojos inseguros, me di cuenta que era mucho más que una pregunta superficial.

Así que le devolví sus palabras.

—Porque también he esperado por mucho tiempo. Cada. Simple. Momento. Durante. Años.

Las palabras apenas habían salido de mis labios antes que Till se pusiera salvaje.

Su boca se estrelló contra la mía mientras se sacaba la sudadera, deteniendo el beso solo para quitársela. Lo seguí mientras se sentaba y nuestras manos, juntas, buscaron a tientas el botón de sus jeans. Consiguió sacárselo más allá de la cadera antes de volver a acostarme. Usando mis pies, me apresuré a quitarle el resto.

El cuerpo desnudo de Till me cubría completamente. Su erección se deslizaba contra mi estómago a medida que su cadera rodaba contra la mía. Pasé los dedos por los músculos ondulados de su espalda, gimiendo cuando se flexionaba para sentarse.

Usando sus dos manos, extendió mis piernas ampliamente. Observé cómo descendía entre los cojines, sus ojos me sostuvieron la mirada hasta que se asentó en sus codos. Luego bajó la cabeza y arrastró su lengua sobre mi clítoris.

—¡Oh Dios! —grité.

—¿Alguna vez te has corrido? —Me lamió otra vez e instintivamente levanté la cadera.

—Sí. —Suspiré.

Su cabeza se levantó, dejando completamente perdida.

—¿Con un hombre? —cuestionó duramente.

—No.

Una media sonrisa se formó en sus labios.

—Bien. Quiero eso también.

Rápidamente selló su boca sobre mi capullo sensible y una de sus manos se movió a mi apertura. Lentamente presionó la punta de su dedo en el interior antes de agregar otro. Grité ante la intrusión sorpresiva y un poco dolorosa, pero cuando su lengua comenzó un ritmo suave, los gritos se transformaron en unos de éxtasis.

Me retorcía debajo de él mientras traía el inminente orgasmo a la superficie. No era rápido ni perfecto, pero era dedicado. Me corrí en su lengua y entre sus dedos mientras gritaba su nombre.

Continuó con sus tortuosas caricias aun cuando ya había vuelto a calmarme.

—Till, por favor —le rogué cuando las sensaciones eran algo más de lo que mi cuerpo estremecido podía soportar.

Tomé sus hombros, tratando de levantarlo. Soltando un suspiro mientras se sentaba, se puso de rodillas entre mis piernas. No sacó sus dedos. En su lugar, miraba intensamente cómo, despacio, los deslizaba dentro y fuera de mí. Quería sentirme avergonzada y taparme. Era extraño por decir lo mínimo, pero la mirada llena de calor en su rostro me hacía tirar, descaradamente, las rodillas hacia los costados.

—Eres hermosa —susurró.

—Tú también. —Pasé mis uñas por su pecho y las bajé hacia los definidos bordes de sus abdominales.

Me quedé quieta cuando vi por primera vez su tirante erección. Subió su mano y comenzó a acariciarse entre nosotros. Quería apartar la mirada, pero mis ojos tenían otros planes ya que continuamente bajaban para mirar.

Till se rió y mi mirada se disparó a la suya.

—Preferiría que fuera tu mano. —Sonrió.

Yo también.

Me acerqué tímidamente, tomando su eje y empecé a imitar sus movimientos. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero sabía lo esencial. No pasó mucho tiempo antes que encontrara un ritmo que hiciera que Till dejara caer su cabeza hacia atrás y que mirara fijamente el techo.

—¡Dios, Eliza! —Flexionó su pecho y sus abdominales.

Había imaginado que su cuerpo sería increíble, pero Till desnudo y reaccionando a mi tacto era una vista para la que nunca hubiera podido estar preparada.

Seguí acariciándolo mientras me levantaba para unirme a él, también de rodillas. Mirando fijamente su pecho, comencé a darle besos con la boca abierta a sus pectorales y a bajar a sus abdominales. Se estremecía cada vez que mi lengua se deslizaba para probarlo.

Cerrando su mano sobre la mía, siseó:

—De acuerdo, suficiente.

Empujándome suavemente hacia abajo, tomó mi boca en un beso duro. Abrí los ojos para encontrarlo mirándome. Era desconcertante… y magnético.

De repente, sentí su mano en mi entrada a medida que se guiaba para introducirse en mí. Todo mi cuerpo se tensó y él debió haberlo sentido también. Girando su cabeza, Till Page dijo las palabras que me hicieron suya para toda la eternidad.

—Te amo, Eliza.

Me relajé a medida que, muy de a poco, me llenó.

Hubo fuegos artificiales.

Estrellas.

Todos los clichés posibles que podría decir.

Pero eso no era el sexo.

No. *Era él.*

Éramos jóvenes e imprudentes.

No hubo condón.

Ni discusión.

Hubo manos, bocas y lenguas.

Uñas rastrillando su piel y su mano en mi cabello.

Deslizamientos lentos seguidos de empujes profundos.

Desesperación.

Comodidad.

Era Till.

Y Eliza.

7

Till

No se supone que el sexo duela, pero con cada empuje, una pieza era arrancada de mi alma.

No se suponía que esto pasara. El sexo. El dolor. Eliza. Nada de eso.

Pero me *amaba*.

Mientras miraba su cuerpo desnudo tensarse debajo de mí, sabía que habría arriesgado todo solo por escucharla decir eso de nuevo.

Había dicho que no me dejaría, pero era mentira. Finalmente, estaba siguiendo adelante y empezando una vida, haciendo todas las cosas que habíamos estado soñando a través de los años. Pero ni siquiera me había graduado de la escuela, así que estaría haciendo todo eso sin mí. Mi vida se detuvo completamente, mientras la suya se alejaba de mí. Conocería a un chico en la universidad que vería lo increíble que era realmente. Entonces, pronto, estaría sentado solo en este departamento, torturado con su recuerdo y la realidad.

Tenía que tenerla, tomar las piezas que podía reclamar antes que desaparecieran para siempre. Necesitaba que me recordase en su nueva vida, con suerte, incluso mientras estuviera en los brazos de alguien más. No podía hacer que se quedara; pero, tan cierto como que hay infierno, se lo haría para que así no pudiese entregarse a ningún otro.

Nuca tuve nada que pudiera llamar mío, pero Eliza Reynolds siempre sería mía.

Pasé mis manos sobre su pequeño cuerpo, memorizando cada centímetro. Hice notas mentales de las nuevas pecas descubiertas, incluyendo la que estaba debajo de su pecho derecho. Grabé esa en mi memoria mientras miraba sus pechos moverse cada vez que empujaba en su interior.

Las recordaría todas.

Porque eso era lo único que pensaba que tendría de ella.

Ese momento.

—Oh, Dios, Till —gritó y su voz se entrecortó.

—Dilo de nuevo, Eliza. Dímelo —exigí y luego la llené duramente.

Tenía que ser suave. Esta era su primera vez, pero estaba desesperado. Tenía que *oírla* correrse otra vez.

Siempre existía la posibilidad que en algún momento en el futuro, la encontrara y la convenciera de estar conmigo nuevamente. Quizás podría arreglar mi vida y merecerla. De hecho, tener algo que ofrecerle.

Pero incluso si esa improbable fantasía se hiciera realidad, había una gran posibilidad que nunca la escuchara de nuevo.

—Te amo —susurró, girando su cabeza para tomar mi boca.

—¿Crees que puedes correrte para mí, otra vez? —pregunté cuando me alejé. Me obligué a deslizarme lentamente.

—Yo, uh… no lo sé.

—Córrete. Por favor. —Me senté y encontré su clítoris con mi pulgar.

—Mierda. —Todo su cuerpo se arqueó mientras abría aún más sus piernas.

—Por favor, córrete —rogué, inclinándome hacia delante para succionar su pezón.

No estaba usando un condón, así que tuve que alejarme. Pero tenía que reclamar esta última *primera vez* antes de hacerlo. Quería ser el último hombre que tuviera alrededor, pero podía conformarme sabiendo que era el primero. Puse cada recurso que tenía para que se corriera. Pero con cada toque, me estaba obligando también a mí.

—Mierda —maldije cuando perdí la batalla con mi propia liberación.

Saliendo, bombeé semen en su estómago. Me derrumbé encima, enterré mi rostro en su cuello y repetí su nombre como si fuera la última vez que lo fuese a decir. Y podría serlo.

—Lo siento. —Empezó a rastrillar sus uñas en mi espalda.

—¿Por qué? —respondí, sin aliento y con temblores aún en mi polla.

—Porque no me corrí otra vez.

—No te disculpes por eso. Te acabo de cubrir de semen. —Reí, girando para recuperar mis bóxers y usarlos para limpiar su estómago mientras se reía y retorcía debajo de mí.

Con mis bóxers fuera de servicio, me puse los pantalones y me acomodé en mi lado, sosteniéndome en un codo para mirarla.

A pesar que tenía sus bragas puestas, permaneció en topless. No había manera que me pudiera ir mientras estuviera desnuda. Recogí mi sudadera del piso y se la di. Con una sonrisa ansiosa, se la puso.

Aparentemente, no se sentía, ni de cerca, tan incómoda como yo. Porque tan pronto como se relajó en las almohadas, se acurrucó en mi pecho. Puse mi brazo

debajo de su cabeza y se acercó más. Era absolutamente perfecto. Pero sabía que era pasajero.

—¿Estás bien? —pregunté, un poco preocupado de haber sido demasiado brusco.

—Mmm, mucho —murmuró contra mi pecho, enfatizándolo con un beso.

—¿Eliza?

—¿Sí?

—Lo digo en serio.

—Yo también —respondió perezosamente, apretándome.

La sostuve por varios minutos antes de *escucharla* inspirar profundamente y soltarlo con un suspiro mientras se dormía. Era música para mis deteriorados oídos. Pero también era doloroso, porque señalaba el final.

Nuestra despedida estaba destinada a suceder. Personas como nosotros no conseguían la felicidad en bandeja de plata. Teníamos que trabajar por ello. Su trabajo significada irse a la universidad, el mío sería moverse y romperse el culo solo para sobrevivir.

No quería dejarla ir, pero el final estaba cerca. Se iba a ir. No iba a ser el que se quedara sentado, viéndola irse. Algunos podrían considerarlo egoísta, pero para mí, era instinto de supervivencia. Recordaría esta noche. La mejor entre las mejores.

Permanecí allí un rato más, afligido por la pérdida. No me arrepentí de haber tomado el riego por pensármelo dos veces. Incluso, si me olvidaba con el tiempo, siempre tendría una noche. Un breve momento, donde mi fantasía se había hecho realidad en un mundo en el que Eliza era mía de todas las maneras posibles.

Cuando fui capaz de escaparme de su agarre, caminé hacia la ventana y puse el caballete que le había hecho como regalo de graduación. No era nada lujoso. En realidad, eran restos de madera que había recogido de mi trabajo en la obra. Uno de los chicos me hizo un favor y me prestó una lijadora y algo de pintura, así al menos se veía bien. No era mucho, pero sabía que le encantaría. Lo dejé allí para que lo encontrara. No podría estar aquí en la mañana para mirar su rostro cuando lo viera, pero, de todos modos, quería que lo tuviera.

Consideré salir por la puerta esa noche, dejando este mundo de fantasía de una vez por todas. Entrar por la ventana pudo haber sido una tonta superstición que había empezado todos esos años anteriores, pero se sentía real para mí. Fui tan lejos como para agarrar el pomo pero, en el último segundo, no pude seguir adelante. Así que, después de una última mirada por encima de mi hombro a Eliza mientras dormía en mi sudadera, me arrastré fuera de la ventana mágica por última vez.

Los primeros días en el mundo real fueron insoportables. Mi mamá era una perra y mi papá un idiota que siempre hacía alguna cagada, la mayoría de las cuales eran ilegales. Los servicios sociales estaban allí, una vez más, por Flint y Quarry. Era siempre la misma canción, pero esta vez tenía que lidiar con todo sin el escape que Eliza y nuestro pequeño departamento me daban.

No sabía cómo obligarme a permanecer alejado. Empecé a tomar una ruta diferente para el trabajo, así no tenía que pasar por ese edificio abandonado todos los días. Podría estar allí… pero probablemente no lo estaba. Se estaba mudando y yo, hundiéndome.

El boxeo era lo único que me mantenía cuerdo. Cuando la extrañaba, trabajaba. Cuando la necesitaba, entrenaba. Y cuando el mundo se volvía demasiado, la imaginaba. Su sonrisa. Su risa. Esa maldita peca que me volvía loco. Cosa que me hacía extrañarla, así que entrenaba un poco más. Mi vida era un ciclo sin fin que empezaba y terminaba con On The Ropes… con Eliza.

Sin embargo, mi cuerpo podía tomar demasiado abuso. Diez horas era lo máximo que un chico podía trabajar en el gimnasio, pero fácilmente hacía veinticinco horas semanales. Slate me empezó a obligar a irme cada noche. Prefería haber estado limpiando los suspensorios que ir a casa.

Tres meses después que dejé a Eliza, me despidieron de mi trabajo en la obra. No solo estaba desesperado por dinero, de repente, me sobraba el tiempo libre. *Era una pesadilla*. No podía pagar el alquiler y no tenía nada más que tiempo para preocuparme de eso. Afortunadamente, un chico del gimnasio me ayudó a conseguir trabajo limpiando el taller mecánico donde trabajaba. El dinero estaba bien y aprendí mucho de los mecánicos. Me ayudaron a comprar una camioneta de mierda, de un cliente que no podía arreglarla. Llevó meses ponerla en marcha, pero cuando salí del estacionamiento en una camioneta que era completamente mía, sentí como si fuera el mayor éxito del planeta.

Después de eso, el mundo se abrió ante mí. Poder viajar más allá de un kilómetro de mi casa, me dio la libertad que nunca había experimentado antes. Claro, había transporte público, pero cuando la vida se iba al diablo no tenía que revisar el horario del autobús. Podía meterme en mi camioneta y conducir hasta donde mi depósito de gasolina, normalmente vació, llegara.

Esa camioneta fue la razón por la que terminé con mi padre la noche que todo salió mal. La noche que se volvió contra mí y lo di por muerto.

La noche que Eliza me salvó de nuevo.

8

Eliza

Me desperté sobresaltada por un fuerte golpe en mi ventana. Mi corazón empezó a latir desde la sorprendente llamada de atención, pero mientras me las arreglaba para despertar a mi rezagada mente a la conciencia, automáticamente supe quién estaba al otro lado. Podía imaginar su liso y negro cabello apenas saliendo bajo los bordes de un gorro de lana y sus ojos color avellana, los que podrían revolver algo dentro de mí con un solo vistazo. Podía imaginar claramente la sonrisa sexy que solo inclinaba un lado de su boca mientras su pulgar nerviosamente jugaba con su labio inferior, de esa manera que llamaba la atención de todas las mujeres en un radio de ochenta kilómetros.

Mientras caminaba hacia la ventana, repasé cada posible excusa de por qué no debía abrirla. Tal vez debería haber regresado a la cama y enviarlo lejos sin otra mirada atrás. Sin embargo, no lo haría. Independientemente de que me hubiera rechazado, me encontré absolutamente incapaz de devolverle el favor. Por desgracia, yo era transparente aunque Till Page obviamente también sabía eso.

—Garabato, abre—susurró desde el otro lado del cristal.

—Till, es tarde. Ve a casa —lo insté, sabiendo que no sería capaz de resistir abrirla durante mucho más tiempo.

—Yo, um… —Sus palabras atrapadas con una emoción inusual.

—¿Till?

—Por favor, Garabato. —Su voz se quebró, lo que hizo añicos cual fuera la determinación imaginaria que estaba manteniendo.

Aparté las cortinas y me asomé por la ventana abierta. Basándome en la manera en que él sonaba, estaba temerosa de lo que encontraría al otro lado. Mis sospechas fueron confirmadas cuando vi su camiseta empapada de sangre.

—Oh Dios mío, Till. ¿Estás bien? ¿Es esa tu sangre?

—No. —Fue su única respuesta. Mis ojos recorrieron su cuerpo, en busca de cualquier daño posible, pero con la excepción de los nudillos abiertos, no había una marca en él.

—Entra aquí. —Me alejé para darle espacio para meterse dentro.

—No —repitió con los ojos vidriosos. Se inclinó apenas suficiente para tomar mis caderas y arrastrarme fuera por la ventana.

—¿Qué demonios estás haciendo? —grité mientras me llevaba a una camioneta destartalada.

No respondió mientras me colocaba en el asiento y cerraba de golpe la puerta detrás de mí. Till podría haber estado allí físicamente, pero su mente estaba perdida en algún otro lugar.

Justo cuando se sentó detrás del volante, sus ojos vacíos giraron hacia los míos.

—¿Qué está pasando? —susurré.

—Te necesito —dijo desesperadamente.

—Entonces estoy aquí. —Estiré la mano para apretar su brazo, pero no hice nada para relajar su tenso y rígido cuerpo—. ¿De quién es esa sangre?

Tragó duro y negó en respuesta.

No fue suficiente, sin embargo.

—Por favor. Tienes que darme algo aquí. No te he visto en seis meses y esta noche, te presentaste en mi ventana cubierto de sangre. Estoy asustada —dije en voz baja, para no asustarlo. Este no era mi roca, Till. Este era un niño prácticamente irreconocible, nervioso.

—Voy a decirte en el departamento —murmuró y una punzada de culpa robó mi aliento.

—No. Dime aquí —le exigí—. No me estoy yendo.

—En el departamento —repitió.

—No había nada en ese departamento, excepto nosotros. Así que ya estamos ahí. Cierra los ojos. —Me acerqué y puse mi mano sobre la suya.

De inmediato abrió su mano y entrelazó nuestros dedos.

—Solo quiero ir a casa, Garabato. —Su voz se quebró cuando se inclinó, apoyando su cabeza en mi regazo como lo había hecho tantas veces antes.

Comencé a pasar mis dedos por su cabello, rascando su cabeza de la manera en que sabía que lo calmaría, pero no fue así esta vez. Su enorme cuerpo se arrastró más cerca, envolviendo ambos brazos a mi alrededor para abrazar mis piernas.

—Háblame —lo insté de nuevo.

—No. Habla tú. Quiero oírte mientras todavía pueda.

Mientras todavía pueda.

Sus palabras empezaron a rebotar a través de mis oídos como una bala perdida disparada desde un arma desconocida. Habían tenido la intención de ser inocentes, pero eran mortales para mí. Me mostraban que no tenía la intención de quedarse esta vez tampoco. Esto era solo una breve parada para Till. Reclamar lo que sea que

necesitaba en el momento antes de dejarme a un lado, una vez más. Mi pulso comenzó a correr.

Tenía que estar allí para él, pero ¿quién iba a estar allí para mí cuando se alejara de nuevo? ¿Dónde estaba él cuando lo necesitaba?

—Tú eres el que se fue, Till. Yo no habría ido a ninguna parte. —Abrí la puerta y salí fuera de su alcance. Entonces me apresuré a regresar a mi departamento, deseando que todo esto fuera una pesadilla y que él se hubiera ido.

Escuché sus pasos en la acera detrás de mí.

—¡Garabato! ¡Por favor!

Lo ignoré y seguí avanzando hacia mi puerta delantera, mi único refugio del doloroso mundo sin Till.

—Por favor —continuó rogando detrás de mí y esa sola sílaba me destruyó—. Solo necesito ir a casa esta noche.

Es curioso, quería ir a casa también. Sin embargo, había querido eso durante mucho tiempo de mierda.

Mi temperamento resbaló y lágrimas brotaron de mis ojos. Me di la vuelta para enfrentarlo y se quedó quieto a solo dos pasos de distancia.

—No hay un departamento, Till. Llamé al consejo municipal y les dije que la gente estaba escondiéndose en él. Lo limpiaron, lo vaciaron y luego lo cerraron a cal y canto. Me senté en el estacionamiento y los observé hacerlo. ¡Se ha ido, mierda! —Obtuve un gran placer al ver las palabras golpearlo como golpes físicos.

Sí, patearlo mientras estaba tan obviamente deprimido no debería haberse sentido bien, pero aliviaba el dolor con el que había estado viviendo. Ya era hora que alguien más viviera con esa mierda. Estaba agotada.

—No. No, no, no, no, no. —Se tambaleó hacia atrás antes de correr hacia adelante—. ¿Por qué harías eso? —Sopló antes de repetir en un rugido—. ¡Por qué harías eso!

—¡Necesitaba que desapareciera! —grité a través de mis lágrimas—. Justo como tú lo hiciste. —Lloré, reviviendo la mañana de despertar sin él, de nuevo.

—¡Eso no era tuyo para tomarlo! —Explotó en la noche de otro modo silenciosa. Sus palabras resonaron en los edificios de los alrededores, cada ola cortándome en lo más vivo de nuevo—. Ese era nuestro lugar. No tuyo. —Su voz se quebró justo al lado de mi corazón.

—Sí, bueno, había un montón de cosas que no eran tuyas para tomarlas tampoco. —Sostuve su mirada, tratando desesperadamente de ser fuerte, pero cuando sus ojos se abrieron como platos, lloriqueé.

Sus largas piernas avanzaron hacia adelante y se detuvo a pocos centímetros de distancia de mí. Me estaba desplazando, pero todavía se inclinó más cerca de mi rostro.

—No hay nada en este mundo que fuera aún más mío que tú —declaró.

A pesar que era la verdad absoluta, deseaba con todo mi corazón que fuera una mentira.

—Till. —Lloré, limpiando las lágrimas de mis ojos.

—¡Por qué! —gritó, haciendo que sus músculos se tensaran bajo la fuerza—. ¡Maldita Sea! Necesitaba ese lugar.

Las luces de los porches se encendieron en los departamentos de los alrededores, iluminando no solo la oscuridad, sino también mi rabia.

Empujé mis manos contra su pecho.

—¿Qué hay de lo que yo necesito? ¡Te fuiste! Esperé en ese maldito departamento por semanas.

No se movió, pero mis pies descalzos resbalaron, enviándome hacia el suelo. Imposiblemente rápido, la mano de Till serpenteó y atrapó mi brazo. Pero no dejé que su gesto caballeroso apagara mi fuego. Tenía palabras por el valor de seis meses para decirle al hombre del que estaba irrevocablemente enamorada.

—Tomaste lo que querías. Entonces me dejaste.

—Garabato —susurró.

Había estado peligrosamente cerca del borde de la locura y con una sola palabra, él me había empujado de nuevo.

Lo perdí por completo.

Golpeando mis puños contra su pecho, grité a todo pulmón:

—¡Es Eliza! ¡Mi nombre es Eliza! ¡No Garabato! —Giré para marcharme, pero los brazos de Till se envolvieron a mi alrededor, levantándome de mis pies para contenerme.

Era minúscula en comparación con él. No tenía sentido luchar, pero todavía pateé mis piernas, irracionalmente desesperada por alejarme de él, pero solo porque sabía que no podía mantenerlo para siempre.

—¡Basta! —refunfuñó en mi oído—. Conozco tu maldito nombre, probablemente mejor de lo que conozco el mío.

Mientras estaba envuelta en los brazos fuertes de Till, el valor de seis meses de lágrimas cayó de mis ojos.

Me llevó a mi departamento y me guió de regreso, a través de la ventana antes de seguirme dentro. Luego se despojó de su camisa empapada de sangre antes de arrastrar las mantas hacia abajo y subirse a la cama detrás de mí. Lloré durante un tiempo en sus brazos, incluso girando para encararlo, solo para llorar en su pecho. Lo había extrañado demasiado.

Sabía que había amado a Till desde hace años, pero esto era más. Lo necesitaba para poder funcionar en un nivel muy básico. En conjunto, el mundo no se sentía tan grande y abrumador. Él era mi escape… el sueño personificado.

Till Page era cómodo.

Sus manos se arrastraron hacia arriba y abajo de mi espalda mientras me arrullaba hasta que las palabras se abrieron paso hacia fuera.

—No podía dejar de ir —anuncié en un susurro roto—. No sabía adónde te habías ido. Y por primera vez desde que tenía trece años, estaba sola dentro de mi propia cabeza. Dios. Era un lugar escalofriante. —Traté de bromear, pero las lágrimas corriendo por mi rostro dijeron la verdad.

—Lo siento —respondió con un suspiro—. No me podía quedar.

—¿Por qué? —me quejé, pero me acurruqué más contra su pecho, necesitando sentirle más que cualquier otra cosa.

—No sé, Garabato —mintió.

¡Dios! Era una maldita mentira. Lo sabía tan bien como yo. Solo no quería decírmelo.

—¿A dónde fuiste?—presioné.

No había manera que alguna vez hubiera esperado su respuesta, pero eso no fue porque esta fuera una idea original. No. Su respuesta fue sorprendente, porque era la fuente de mi angustia también.

—Al mundo real. —Besó mi frente.

—Correcto. —Me incorporé bruscamente, secando mis ojos—. Eso es exactamente el por qué esto duele. Podríamos haber ido juntos. Pero hiciste esa elección por ambos. Habría dado absolutamente cualquier cosa para estar en el mundo real contigo.

—No entiendes. —Comenzó a jugar con su labio inferior—. Garabato, no eres real para mí.

Hasta la fecha, era la cosa más dolorosa que alguien me hubiera dicho alguna vez. Las lágrimas se secaron al instante y una sonrisa desagradable cruzó por mi boca.

Sí. Eso duele como el mundo real.

—Fuera —ordené. Por primera vez, de verdad y racionalmente, lo quería fuera de mi vida. Nadie, incluyendo a mis padres, me pudo haber lastimado más de lo que él lo había hecho con esas cinco palabras.

Me apretó imposiblemente fuerte.

—No. Escúchame.

—Fue. Ra —le dije a su pecho a través de los dientes apretados, mientras estaba tensa en sus brazos. Ya no estaba regresando su abrazo; ya no estaba devolviendo nada.

—Ni una sola vez me has preguntado por qué estaba llorando ese primer día cuando nos conocimos —dijo al azar y traté de moverme saliendo de sus brazos. Lanzó una pierna por encima de mis muslos para encerrarme aún más fuerte.

—¡Déjame ir! —Comencé a luchar contra él.

Nunca siguió bien las órdenes. En cambio, me contó una historia.

—La escuela envió una nota a la casa pidiéndole a mis padres que me hicieran una prueba de audición. Al parecer, algunos de los profesores se habían dado cuenta que no siempre respondía cuando me llamaban. Se necesitaron tres semanas para que mi mamá sacara su culo perezoso y me llevara a ver a alguien. Fallé la prueba de audición con gran éxito. —Se rió y eso me enfureció. No quería caminar por el carril de la memoria.

—¡Déjame ir! —exigí una vez más.

—No. —Besó la cima de mi cabeza—. El médico hizo algunas pruebas antes de decirnos que mi pérdida auditiva era neuro-sensorial y causaría que me volviera finalmente sordo.

Me quedé inmóvil cuando mi corazón se sumergió en mi pecho por su anuncio de la realidad.

—Lo dijo justo así, también. Fue rápido y al grano, sin pelusa. Supongo que obtienes por lo que pagas y por desgracia para mí, estábamos en la clínica gratuita. —Se rió de nuevo, pero mi estómago dolía.

—¿Estaba en lo cierto? —pregunté con una mueca de dolor, sin querer oír la respuesta.

—Sí —confirmó, haciéndome jadear—. Cuando tenía trece años, estaba escuchando en torno al ochenta por ciento y predijeron que iría cuesta bajo bastante constantemente.

—Pero no estás… —Mi voz se apagó, poco dispuesta a terminar el pensamiento.

—Podría tomar años. Todo depende de mi tasa de degeneración. La clínica nos envió a un especialista, pero en su verdadero comportamiento de Mamita Querida, preguntó cuál era el punto de ver a un especialista si no había ninguna manera de evitar quedarme sordo. Todavía puedo recordarla vívidamente mirando su reloj mientras hablaba con el médico. Debía haber tenido algún otro lugar en el que estar que era más interesante que escuchar el diagnóstico que cambiaría mi vida para siempre.

—Demonios —susurré.

—Tan pronto como salimos de la oficina de ese doctor, me dijo que necesitaba que cuidara a mis hermanos porque tenía planes ese día. Planes. ¡Planes de mierda! —Su voz se elevó por primera vez durante su relato—. Habría dolido si no hubiera sabido ya que perra egoísta era.

Mis manos se encontraban aferrando los músculos de su espalda y lo jalé imposiblemente más cerca.

Era todo lo que tenía para ofrecer.

—Así que tan pronto como llegamos a casa, me lancé desde el auto y me fui a través de los departamentos, subiendo a través de la primera ventana que encontré. Ahí fue cuando te encontré. Al principio, seguí regresando porque pensaba que eras divertida y me distraías del mundo que seguía girando bajo mis pies.

—El sueño de cada chica, una distracción —refunfuñó contra su pecho, pero no podía estar segura si me había escuchado.

Continuó:

—Pero luego se convirtió en un lugar donde no estaba obligado por mi vida fuera. Dentro de las cuatro paredes de ese departamento de mierda, conseguía ser quien quería. No era pobre o me estaba volviendo sordo. Los servicios sociales no estaban golpeando a nuestra puerta, ni la policía estaba buscando a mi padre. Siempre me encontré con una sonrisa y un sentido de pertenencia. Eras tú. Teníamos una vida completamente independiente allí. Juntos, lo manteníamos limpio. Me aseguraba que siempre tuviéramos electricidad y tú te asegurabas que yo no muriera de hambre. Eso era con un demonio mucho más de lo que tenía en casa. Cuidaste de mí y con lo poco que tenía, me hice cargo de ti.

Todavía estaba furiosa, pero él estaba hablando con el lenguaje de añoranza y aceptación que entendía y esa es la única razón por la que acaricié mi cabeza contra él.

—Así que, Garabato. La cagué esa última noche juntos. Tomé el riesgo y confundí fantasía con realidad.

Mi cuerpo se tensó de inmediato, pero no estaba segura qué término había dolido más. Quién quería ser para Till aún seguía siendo un misterio incluso para mí.

Con un deslizar de su mano por mi garganta, guió mis ojos para encontrar los suyos.

—Así que decidí alejarme de ti antes que tú pudieras alejarte de mí, cuando te dieras cuenta de cuán jodido estaba en el mundo real. —Sus labios se quedaron cerca de los míos, pero no era del tipo bueno. Era del tipo tortuoso.

Si me dieran la opción con Till, tomaría la vida real. Cada. Vez.

—Soy muy consciente de lo jodido que estás —le dije y lo sentí estremecerse—. ¿Alguna vez pensaste que tal vez sentía lo mismo por ti? Mis padres podrían no haber dado una mierda por mí, pero sabía que tú lo hacías. Sabía que siempre

estarías ahí. Podías llegar tarde, podías oler como el perfume barato de mierda de Rochelle Lane, podías estar en un estado de ánimo de mierda, pero estarías allí. Entonces, un día, no estabas. Me senté en el departamento noche tras noche durante dos meses. La mayoría de las veces, solo me quedé mirando la ventana, deseando que de repente se abriera.

—Jesús. Lo siento. No sabía a dónde más ir esta noche. Necesitaba la fantasía de vuelta.

—Bueno, yo no —le dije y comenzó a rodar lejos—. Detente. Solo escúchame. He puesto mi vida en orden los últimos meses. He seguido adelante en el mundo real. No quiero volver a la fantasía. Ni siquiera para estar contigo. —Sentí sus hombros caer—. Pero si quieres unirte a mí aquí, estoy de acuerdo con eso.

—No sé ni siquiera por dónde empezar para estar allí contigo. —Tomó aire, liberándolo en un vibrato.

—Empieza por decirme de quién es la sangre que estabas llevando esta noche. No necesito detalles, pero tienes que dejarme saber si tengo que dar testimonio que estabas conmigo toda la noche. Soy una mentirosa terrible. —Rastrillé mis uñas por su espalda.

—De un tipo llamado Frankie —respondió débilmente.

Nuestros cuerpos estaban enredados juntos. Cuando me puse rígida, se volvió flexible, envolviéndose a mi alrededor.

Yin y yang. Tomé la fuerza que débilmente ofreció. Y me mantuvo lo suficientemente apretada para transferirla a través del mero contacto.

—¿Está muerto? —Finalmente encontré las palabras, pero nunca había querido menos una respuesta.

—No. Pero mi padre podría estarlo.

—Oh, Dios. —Un sollozo quedó atrapado en mi garganta.

—No malgastes ni una puta lágrima en ese idiota. Traté de protegerlo, pero se volvió contra mí. ¡Me tiró a los malditos lobos! —exclamó sin levantar la voz.

Sus ojos se llenaron de ira, pero era más que eso. Estaba herido... y decepcionado... y *abandonado*. Estaba devastada solo viendo la gran cantidad de emociones pasando sobre su fuerte rostro.

—¿De verdad crees que está muerto?

—Lamentablemente no. Probablemente está respirando todavía. Pero está muerto para mí de todos modos.

Lo miré con recelo, sin saber cómo reaccionar a esta noticia. Era obvio que él no quería hablar de ello. Pero siempre hubo una cosa que funcionó para nosotros. El humor.

—Bueno. Si viene la policía llamando, estuviste conmigo toda la noche. No he salido de este departamento desde el mediodía. Viniste por la ventana poco después. Comimos las sobras de espaguetis luego vimos Dancing With the Stars. Tuvimos sexo, tú te viniste, yo no.

Comenzó a reír, enterrando su cabeza en mi cuello.

—Entonces me cantaste himnos para combatir el insomnio recién descubierto.

—¿Himnos? ¿Realmente, Garabato? Mierda. Me voy a la cárcel de por vida—se quejó antes de aferrar mi culo.

—Oye. ¡Manos! —Abofeteé a medias su mano.

—Lo siento. Necesitaba una última probada de una mujer antes que esté apartando culos cada vez que se caiga el jabón en la ducha.

Me eché a reír y llorar al mismo tiempo.

—Shhhh. Estoy bromeando. No iré a la cárcel. Los chicos malos no delatan a otros tipos malos a los policías.

—¿Estás seguro? —pregunté, mirando a través de mis pestañas a sus ojos con motas doradas.

—Positivo. —Sonrió y apartó el cabello de mi rostro.

—Realmente te he echado de menos —le confesé con valentía.

Sus ojos se calentaron cuando la emoción hizo su camino desde debajo de su resistente exterior.

—Te he echado de menos, también. Siento habernos arruinado.

—Oye, tú no nos arruinaste. Por la mañana, solo volvemos a ser amigos. Somos buenos en eso. El pasado está hecho. Solo amigos de aquí en adelante. Mañana comienza la vida real... juntos. Voy a ayudarte a encontrar un departamento. Tienes que salir del de tus padres y podemos reunirnos aquí todas las noches como en el antiguo lugar. Solo que esta vez, voy a conseguir la electricidad y tú traes la comida. —Sonreí.

—¿Crees que podremos ser amigos de nuevo? —Se veía francamente esperanzado mientras preguntaba.

—No, si no sales de mi cama y dejas de agarrar mi culo. Puedes dormir en mi sofá hasta que encuentres un lugar. ¿Está bien?

—Sí. Gracias.

—Oye, ¿cuándo fue la última vez que viste a un médico sobre tu audición?—pregunté, haciéndolo gemir.

—Hace unos tres años—dijo mientras se levantaba de la cama y se dirigía a la ventana.

—Necesitas conseguir que te revisen, Till.

—Sí, lo sé —dijo por encima de su hombro mientras trepaba al exterior.

—Lo digo en serio. Eso no es algo para jugar. Tal vez el especialista podría hacer algo para evitarlo. Nunca lo sabrás hasta que preguntes.

—Voy a hacer una cita. Lo juro —mintió, pero tuve que dejarlo ir.

No podía obligarlo a ir a la oficina de un médico, no importa lo mucho que esta nueva revelación me preocupaba.

—¿A dónde vas? —pregunté.

—A cerrar mi camioneta. Hay una mujer loca que dejó la puerta abierta de par en par más temprano. —Me lanzó una sonrisa.

—Sabes que tengo una puerta, ¿verdad?

Soltó una carcajada.

—Sí, lo sé, Garabato.

—Umm... entonces ¿por qué no la usas?

Me miró durante unos segundos desde fuera de mi ventana antes de finalmente responder:

—Porque me temo que eso lo cambiaría todo.

—Es una puerta, Till. Estoy relativamente segura que la increíble magnitud de que camines a través de esta no sacaría la a Tierra de su órbita.

—Tal vez no, pero te necesito demasiado para darle la oportunidad —dijo, y esto obligó a la sonrisa a caer de mi rostro—. Decidí hace mucho tiempo que la ventana en el viejo departamento era una especie de portal a una dimensión completamente distinta. Una donde la vida era fácil y la gente como tú existía. Solía pensar que, si venía por la puerta, te habrías ido. Podemos estar empezando en el mundo real juntos, pero todavía no estoy listo para dejar de lado la fantasía.

—Till —suspiré cuando otras palabras me fallaron.

—Sí. De todos Modos. Volveré pronto. Déjala abierta para mí, ¿de acuerdo? —Guiñó un ojo antes de alejarse.

Gracias a Dios, nunca fui secuestrada o robada, porque desde ese día en adelante, nunca cerré mi ventana ni una vez. Y no importa lo ridículo que era, sonreía diariamente cuando Till venía trepando a través de esta.

9

Till

Me quedé en el departamento de Eliza durante unas semanas. Era la mejor sensación posible, tenerla otra vez todo el tiempo alrededor, pero me sentí como un idiota inútil durmiendo en su sofá. Me gasté el poco dinero que tenía en comida para que al menos pareciera como si estuviera ayudando, pero ella todavía me cocinaba la cena cada noche.

Volver a ser amigos no fue ni de cerca tan difícil como me había preocupado. *¿Todavía me atraía? Absolutamente*. Pero mantenerla en mi vida significaba no actuar sobre eso. Nuestra nueva relación se asemejaba vagamente a la antigua. Atrás quedaron las horas dedicadas a acurrucarnos o a acostarme en su regazo. Antes que tuviéramos sexo, tocaba a Eliza todo el tiempo. No había nada que interpretar de aquellos besos en la frente y de los momentos inocentes que pasábamos abrazados. Pero ahora, conocía su cuerpo, por lo que cada roce de nuestra piel me recordaba cómo se siente tenerla desnuda debajo de mí. Ninguno de nosotros podía negar que la chispa estuviera allí; solo teníamos que evitarla. En realidad, solo la tuve por una noche, pero mis manos dolían por tocarla como si fuera lo normal.

Esas primeras semanas me mataron. La vida continuó, sin embargo. Me enteré que mi padre había caído preso después que la policía lo hubiera encontrado ensangrentado y golpeado esa noche. Sus bolsillos, aparentemente, estaban llenos de metanfetamina, por lo que fue condenado con varios cargos de posesión, ganándose unas largas vacaciones en la prisión. Me importa un carajo si incluso era una sentencia de cadena perpetua. Estaba muerto para mí. Le conté a Eliza pequeñas partes de lo que ocurrió esa noche, pero en realidad, solo traté de sacarla de mi mente.

Un día, cuando volvía a casa del trabajo, vi a dos chicos bajar con torpeza una cama por las escaleras del apartamento ubicado encima del de Eliza.

—Oigan, ¿necesitan una mano? —Corrí a tomar el colchón justo antes que cayera encima de la baranda.

—Mierda. Gracias, hombre. —El chico bajito gimió cuando lo llevamos el resto del camino hasta un camión.

—Maldita Sea. Eso era más pesado de lo que parecía. —El más alto de los dos tronó su cuello mientras lo empujaba con una mano para meterlo entre los dos armarios.

Me reí y me dirigí hacia el apartamento de Eliza, pero me detuvo a pocos pasos de distancia.

—¡Grandote, espera! ¿Quieres ganar rápidamente cincuenta dólares?

Dinero.

—¿Qué tienes en mente? —le pregunté mientras me giré para mirarlo.

—Tengo que irme como en una hora y no hay manera que nosotros dos seamos capaces de bajar esa mierda por las escaleras.

—¿Una hora? ¿Cincuenta dólares? —Definitivamente podría usar el dinero en efectivo, si tengo que combinarlo con el entrenamiento de bajar todas sus cosas, no me puedo quejar.

—Esa es la oferta.

—Está bien. La mitad ahora. La mitad cuando termine. —Crucé los brazos sobre mi pecho.

Buscó en sus bolsillos, sacando un fajo de billetes.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó, entregándome el dinero.

—Till.

—Soy Daniel. Este es Scott. Sígueme, Till. Vamos a noquear esto para que pueda largarme de aquí.

Cuarenta minutos más tarde, estaba bajando la última caja hasta su camión. No tenía mucho, así que no me tomó demasiado tiempo, pero a ellos les habría tomado una eternidad. Resultó que Scott se estaba quedando en el apartamento, pero Daniel se estaba mudando a Wisconsin para estar con una chica que conoció en línea. Scott le dio una cantidad infinita de mierda por eso también. Fue muy gracioso escuchar su tira y afloja. Ambos parecían buenos chicos.

—¡Me voy de aquí! —dijo Daniel, chocando los puños con Scott—.Oye, por favor trata de encontrar a alguien que ocupe mi habitación. No puedo permitirme pagar este lugar más de un mes.

Giré bruscamente mi cabeza hacia Scott.

—¿Buscas un compañero de cuarto?

—Lo estoy ahora que este pendejo se está librando de mí para mudarse con su novia por correo. ¿Por qué? ¿Buscas un lugar?

—¡Sí! —Salté adelante con demasiado entusiasmo —. Apliqué aquí, pero no tenían nada disponible. Me pusieron en una lista de espera de doce kilómetro de largo, pero realmente no puedo permitirme otro lugar que haya visto.

Daniel miró a Scott, quien se encogió de hombros.

—¿Tienes un trabajo? —preguntó Scott.

—Dos.

—¿Eres fiestero?

—Nop. Trabajo, voy al gimnasio, luego a dormir.

—La renta es de quinientos cincuenta al mes. Así que necesitarías tener doscientos veinticinco en efectivo para el primero de cada mes. Si estás retrasado, es un extra de cien dólares. Todas las cuentas se dividen por la mitad. Sin excepciones.

—Estoy bien con eso —dije rápidamente mientras empezaba a ponerme aún más emocionado. Esto eran cien dólares más barato de lo que había pensado que iba a tener que gastar para conseguir mi propio lugar.

—Bueno, está bien, entonces. Sé que viste el dormitorio, pero, ¿quieres ir y echar un vistazo al resto del departamento?

—¡Sí, definitivamente! —contesté, aunque, no había ninguna oportunidad que algo que pudiera ver me impidiera firmar un contrato de arrendamiento. *Necesitaba un lugar*.

—Me voy. Háganme saber si esto funciona. Gracias de nuevo por tu ayuda, Till.

Daniel sacó la otra mitad del dinero que me debía y lo pasó con un apretón de manos.

—No hay problema. En cualquier momento. —Metí el dinero en mi bolsillo y me volví hacia Scott—. Echémosle un vistazo.

—Claro. Que tengas un buen viaje —le dijo a Daniel por encima del hombro mientras se dirigía hacia las escaleras.

Lo seguí, escondiendo la sonrisa que se estaba formando en mi rostro sin importar cuánto intentara luchar contra ella.

—Trabajo de noche y duermo durante el día, así que no me verás mucho. Tengo una chica que vive en la ciudad, así que a veces me quedo por allá durante los fines de semana.

Caminamos a través de la puerta e inmediatamente se quedó quieto mientras éramos recibidos por música alta retumbando a través de los tablones del piso.

—Mierda. Debe estar en casa. Está bien, quizás esto sea algo bueno. —Soltó un bufido que me mostró que lo que iba a decir era todo menos bueno—. Mira, el único truco de este lugar es que el edificio es una mierda. Juro que creo que los pisos están hechos de cajas de pañuelos. Puedes oír todo lo que pasa en el departamento de abajo. Es una chica muy agradable quien vive allí, pero su gusto musical es casi criminal. Nos deleita con Justin Timberlake, al menos, una vez al día. Me molesté cuando nos mudamos por primera vez. Bajé a quejarme porque su

música estaba muy alta, pero te juro que era más fuerte en nuestro departamento que en el suyo, así que después de hablar con ella, solo lo deje pasar. No dolió que sea jodidamente sexy. —Guiñó un ojo.

Alcé mis cejas por la sorpresa. Ella era sexy. Por lo menos acertó en eso.

También era mía.

Continuó:

—No estoy lo suficiente en casa para que me moleste, pero tu habitación estaría justo encima de la suya. La mala noticia es que eres capaz de escuchar cada sonido que hace. Sin embargo, la buena noticia es que *eres capaz de escuchar cada sonido que hace*. —Terminó con otro guiño y mi autocontrol ese día debe haber estado alineado con la Madre Teresa porque mi puño se mantuvo a mi lado y no en su boca.

—¿Cuándo puedo mudarme? —dije con una sonrisa falsa.

—¿No quieres primero echarle un vistazo?

—Nop. Lo tomo. ¿Cuánto te debo por este mes? —Tenía doscientos dólares a mi nombre y eso incluía los cincuenta dólares en mi bolsillo. Todavía quedaban tres semanas del mes, pero me pagaban en dos días. Podría manejar la renta, siempre y cuando comiera en el gimnasio todos los días.

—Solo dame doscientos veinticinco cuando te mudes. Daniel ya pagó el alquiler de este mes, así que puedas aprovecharlo, utilizaré tu primer pago para cubrir el mes que viene.

Parpadeé hacia él y sonreí, una gran sonrisa.

—Sí. Puedo hacer eso —contesté.

—Está bien. Bienvenido a casa, Till. Voy por el formulario de subarrendamiento para que lo firmes. —Extendió una mano para sellar el trato, y no podía sacudirla lo suficientemente rápido.

Eliza eligió justo ese momento para empezar a cantar a todo pulmón. Instantáneamente una sonrisa se extendió a través de mis labios mientras escuchaba a su menos que estelar actuación en solitario.

Sí. Bienvenido a casa, Till.

—¿Puedes darme un segundo? —Me excusé y arrastré mi culo por las escaleras y hacia el lado del edificio.

Abrí su ventana y luego me metí dentro, corriendo a través de su pequeño departamento para encontrarla. Estaba parada en la cocina, cantando y moviendo su trasero, pero tenía su cabeza baja mientras movía su mano sobre un cuaderno de dibujo.

Me apoyé en la pared durante unos segundos, viendo el espectáculo que estaba dando sin saberlo. Traté de no imaginar su cuerpo desnudo mientras se movía al ritmo de la música.

Sus pechos se balanceaban con sus caderas, solo el hecho de saber que la puta peca también se balanceaba era más que suficiente para traer a mi pene a la vida.

—¡Mierda! —gritó cuando finalmente me notó parado en el pasillo—Maldita sea, Till —murmuró, tratando de recuperar el aliento.

—Ven aquí por un segundo. —Tomé su mano y la arrastré a su habitación, pero no para los propósitos horizontales que realmente quería—. Espera aquí. —Me dirigí a la ventana, apagando su música antes de salir.

—¿Qué estás haciendo?

—Solo espera. —Sonreí y luego corrí hacia las escaleras.

Abrí la puerta principal de mi nuevo departamento y luego pasé rápidamente a Scott. Una vez que entré en mi nueva habitación, me quedé mirando el alfombrado manchado.

—¡Garabato! —grité innecesariamente alto.

—Uh, ¿Till? ¿Qué estás haciendo?

No estaba seguro de cuanto podía oír, pero su voz llegó débilmente a mis oídos como si estuviera parada a pocos metros de distancia. Estaba claro que, de hecho, sería capaz de oír *todo*.

—Oh, no mucho. Solo relajándome en mi nuevo departamento. — Disimulé mi entusiasmo, pero su chillido me hizo saber que ni siquiera estaba tratando de ocultarlo.

—¡Voy a subir!—gritó.

Corrí a la puerta principal para encontrarla. Scott, observaba desde el sofá mientras yo abría la puerta. No le tomó más de un segundo abrirse paso a través de esta.

—¿Hablas en serio? —Se rió mientras que lágrimas de felicidad brillaban en sus ojos.

—Completamente —confirmé, lo que la llevó a lanzarse a mis brazos.

Dios, se sentía bien mientras envolvía sus piernas alrededor de mi cintura. Se rió en voz alta en mi oído, no pude evitar unirme a ella.

Miré a Scott, quien tuvo la sensatez de lucir sorprendido, e incluso un poco avergonzado, mientras me observaba abrazarla fuertemente. Le di una mirada mordaz cuando recordé sus comentarios acerca de Eliza. La última cosa que necesitaba hacer era entrar en una discusión con él incluso antes de firmar el contrato de arrendamiento. Pero, por suerte, inmediatamente levantó sus manos en señal de rendición y murmuró.

—Lo siento.

Levanté mi barbilla en su dirección, luego, volví a abrazarla.

—¡Vas a vivir en el piso de arriba! —exclamó, deslizando sus pies al suelo y alejándose demasiado pronto—. Quiero ver tu habitación.

La conduje por el pasillo hasta la pequeña y vacía habitación en donde solo cabía la cama y un armario que no tenía.

—Son solo doscientos veinticinco al mes. No debería tener ningún problema a la hora de pagarlo. —Me apoyé en el marco de la puerta mientras miraba alrededor.

—¿Y si es un bicho raro? —susurró.

—¿Quién?

—Tu compañero de cuarto. Lo conocí una vez, pero no puedo jurar que no sea un asesino en serie.

—Creo que estaré bien. Su nombre es Scott y parece bastante agradable. He estado aquí durante más o menos una hora. Daniel me dio cincuenta dólares por ayudarlo a mudarse.

—¡Así que era eso! Oí que hacían algo aquí.

Justo en ese momento, algo comenzó a pitar. Ambos miramos alrededor de la habitación, tratando de encontrar la fuente, pero no encontramos nada. Cuando salimos de la habitación, el sonido se hacía más fuerte a medida que nos acercábamos a la cocina.

—¿Qué es eso? —Preguntó Eliza.

Por suerte, Scott estaba allí para responder.

—Tu temporizador del horno

—¿Mi temporizador del horno? No es posible. Apenas se escucha en mi departamento.

—Es posible. Podemos oír casi todo a través del piso.

Eliza abrió sus ojos como platos.

—Espera. También puedes escucharnos, ¿verdad?—preguntó Scott.

—Bueno, quiero decir, sí. Supongo. Solo asumí que eran muy ruidosos.

—Nop. Solo pisos baratos. —Se encogió de hombros—. Así que… ¿qué estás cocinando? —preguntó con una sonrisa.

—¡Oh, mierda! Mi pizza. —Eliza salió corriendo por la puerta, la seguí porque… bueno, pizza sonaba bien.

Corrió hacia el interior a través de su puerta principal y entré por su ventana.

—Así que, ¿qué te parece? —pregunté, sentándome junto al horno.

—Creo que necesitas quitar tu culo de mi mostrador y los dos fuimos afortunados que no quemé la cena, pero sobre todo, creo que es realmente emocionante que vayas a estar viviendo en el piso de arriba. —Sopló el cabello de sus ojos y puso la pizza encima de la estufa.

Sonreí y robé un pepperoni de la parte superior, quemando mi jodida boca mientras lo metía.

—Maldita sea, eso es caliente —murmuré, soplando.

—Genio. Acabas de verme sacarla del horno. ¿Esperabas que estuviese fría?

—No, solo estaba hambriento. Oh, eso me recuerda. —Salté del mostrador y saqué un billete de veinte de mi bolsillo—. Usa esto para la comida.

Miró mi mano y empezó a cortar la pizza.

—No, solo guárdalo. Vas a necesitar un montón de cosas para el nuevo departamento. ¿Tienes suficiente para el primer mes? Me dan mi cheque del préstamo estudiantil la próxima semana. Puedo ayudarte un poco y puedes devolvérmelo…

Rápidamente la interrumpí.

—Detente. Estoy bien, te lo juro. Te lo agradezco, pero me pagan el viernes…

Entonces me interrumpió.

—Pero, ¿qué pasa con el alquiler de tu mamá? Sé que tú y tu papá… Bueno, lo que quiero decir… ¿Vas, um… a ayudarla este mes? —Tímidamente me miró a través de sus pestañas. Mi papá era un tema sensible e incluso mencionarlo usualmente me ponía de un humor de mierda. Respiré profundamente.

—No lo sé. He estado pagando su alquiler por años. Pero ahora, tengo mis propias cuentas por las que preocuparme. No me podría importar menos si es echada a la calle, pero Flint y Quarry no pueden estar desamparados. No quiero darle el dinero, si realmente no lo necesita, porque, seamos honestos aquí yo lo hago. Pero al mismo tiempo, está un mes atrasada, por lo que si no paga antes del primero, pueden desalojarla.

—Entendido, bien y si vas a la oficina el día justo antes que se venza. Si paga, impresionante. Si no, puedes pagar para que no sea desalojada, pero luego asegúrate que realmente entienda que no pagarás de nuevo. Y si tienes que pagar, deja que te ayude, al menos por este mes. —Levantó la mirada de la pizza y rogó con sus ojos mucho antes que con su boca—. Por favor.

Una sensación cálida pasó por mi cuerpo. Nunca tomaría el dinero de Eliza. Vivía contando sus monedas de la misma manera en yo lo hacía. Pero el hecho que estuviera dispuesta a darme lo poco que tenía…

No había palabras. Me golpeó profundamente.

—Muy bien, ricachona. Si llega al extremo, te dejaré ayudar. Comencemos contigo tomando estos veinte dólares y luego alimentándome con algo de pizza.

Torció sus labios. Sabía que estaba mintiendo, pero no se molestó en delatarme. En cambio, tomó el dinero y me pasó un plato lleno con más de la mitad de una pizza.

Un día, le iba a comprar a esta mujer todo lo que quisiera. No sabía ni cuándo ni cómo. Solo sabía que, de un modo u otro, lo haría.

10

Till

Tres años antes

—¡Oye, Till! —vociferó Derek Bailey cuando entré en el gimnasio.

—¿Qué ocurre? —grité, poniendo los ojos en blanco.

Odiaba a ese chico intensamente. Era un maldito lame culos. No era uno de los chicos pobres. No, su papi tenía mucho dinero y pagaba un montón para que su hijo fuera parte del gimnasio. Así que mientras yo limpiaba los pisos para ganarme la vida, él se sentaba y me hablaba. Era odioso. Además de ser adinerado, algo acerca de él me molestaba.

—Flint llamó hace un minuto cuando estaba cubriendo los teléfonos. Dijo que tienes que ir a casa lo más pronto posible. Algún tipo de policía apareció en la casa de tu madre.

—Nada nuevo —murmuré mí mismo—. Sí, bueno. Lo voy a llamar y ver qué sucede después de acomodar las toallas.

—De acuerdo. Aunque sonaba jodido. Dijo que se encontraban allí por tu hermano pequeño.

—¿Quarry? —Me volteé para mirarlo, confundido.

—Eso es lo que dijo, hombre. —Se encogió de hombros.

—Mierda. —Mi pulso se aceleró cuando tiré todos mis bolsos y corrí fuera del gimnasio.

Mis pies golpeaban el pavimento mientras corría las pocas cuadras al departamento de mi mamá. Quarry tenía diez y de ninguna manera era un niño dorado. Tenía una mala actitud. Mientras que Flint era inteligente, Quarry era ingenioso y escurridizo. Había estado vigilándolo recientemente. Pero mientras más crecía, más escurridizo se volvía.

Sin embargo, aún era un niño.

No me detuve hasta que abrí la puerta de mi madre. Ella se hallaba sentada junto a algún imbécil repulsivo con camisa de seda y frente a un oficial uniformado. Miré alrededor de su departamento deteriorado por un segundo y lo encontré

sorprendentemente no tan mal. Todavía estaba sucio, pero todo parecía estar en su lugar. Claramente, Flint había estado ocupado y esperando esta visita.

—¿Qué diablos sucede? —pregunté a la habitación y Flint dejó escapar un suspiro de alivio desde la esquina—. ¿Dónde está Quarry?

—Hola, cariño. —Mi mamá se levantó y se acercó a abrazarme, haciendo el espectáculo más falso que jamás había visto.

—Suéltame. —Me alejé y puse mis manos en mis caderas—. ¿Dónde está Quarry? —repetí.

—Se encerró en su habitación —respondió Flint.

Mi madre lo miró.

—¿Es el padre del chico? —preguntó el oficial.

Sabía que mi tamaño me hacía ver más grande que veintiuno, ¿pero de verdad? ¿Su padre?

—No. Soy su hermano, Till Page. —Le ofrecí la mano.

—¿Vive aquí? —preguntó, mirándome, pero no tomó mi mano.

—No, señor. Tengo mi propio lugar pasando la cuidad. —Mi uso de "señor" pareció convencerlo que no era un delincuente juvenil.

—Bueno, su hermano no ha estado yendo a la escuela en diez días. Me pidieron que hiciera un viaje aquí y viera lo que estaba sucediendo.

Mi cabeza rápidamente se volvió a mi madre.

—¿Diez días? —pregunté, incrédulo.

—Till, cariño. Estoy tan sorprendida como tú —susurró y eso me enfureció.

—¿Diez días? —repetí con un grito que la hizo estremecerse.

El vago del sofá saltó en su defensa.

—¡Oye! ¡No le hables así!

—¿Quién diablos eres tú? —refunfuñé.

—Till, este es mi novio, Ray Mabie.

—¿Tu novio? —Reí—. ¡Vaya! Felicitaciones, Ray. ¡Debes ser el tercero de repuesto!

—¡Till! —siseó mamá.

—¿Quizás el cuarto? No puedo mantenerme al día. Veamos… todos los jueves visita a papá en prisión. Luego, está el mecánico, Pete, duerme con él porque le paga su alquiler y mantiene este lujoso techo sobre su cabeza. La mejor parte es que en realidad yo pago la renta cada mes porque ella gasta cada centavo manteniendo sus uñas. Luego, está el gerente de la tienda en que trabajo, quien insiste en entregar

mercadería personalmente una vez a la semana. Ni siquiera me hagas empezar en como paga por eso. —Le di una mirada de disgusto.

La mandíbula de mi madre cayó y tartamudeó varios segundos antes de empezar con sus mentiras.

—¡Eres un mentiroso! —Se volvió hacia Ray—. No es verdad, bebé. Él es solo un niño malvado y desagradecido.

Pude haber reído ante su tono dulce, pero tenía otras cosas de que preocuparme.

—Lo siento, oficial. Personalmente me voy a asegurar que Quarry regrese a la escuela.

—No estoy seguro de que eso sea suficiente. Quarry estuvo faltando y nadie en casa ni siquiera lo notó. Lo lamento, hijo. Voy a tener que hacer un informe y enviarlo a los servicios sociales.

—Señor, por favor. Voy a hacer lo que sea para mantener esto extraoficial. ¡Espere! ¿Qué hay de esto? Soy cercano a Slate Andrews en On The Ropes. Apuesto a que puedo hacer que Quarry sea aceptado antes del programa de después de la escuela. Eso garantizaría que vaya a la escuela por las mañanas. Solo tiene diez años, pero estoy seguro de que puedo hacer que Slate haga una excepción.

—¡No voy a hacer trabajo esclavo en ese gimnasio! —gritó Quarry desde su habitación.

—¡Oh, sí que lo harás! —grité, nunca apartando mis suplicantes ojos del oficial.

Miró a Flint y luego a mí, ignorando completamente a mi madre. Luego, sacó su teléfono de su bolsillo y me lo entregó.

—Quiero pruebas. Llama a Andrews y haz los arreglos, pero déjame hablar con él antes que cuelgues.

—Sí, por supuesto. —Me apresuré mientras marcaba el número del gimnasio.

—Mientras hacemos esto, ¿puedes traer a Quarry aquí y dejarme hablar con él un minuto? Quizás lo pueda asustar.

—Claro. ¡Quarry! —grité—. Ven aquí. Y antes de que digas que no, te debo advertir. Si me haces quitar la puerta desde las bisagras, te juro que nunca la voy a poner de nuevo. ¡Adiós privacidad!

Flint rió desde la esquina.

Quarry amaba su privacidad. Hace un año, había hecho un programa que asignaba horarios específicos así él y Flint pasaban tiempo solos en la habitación que compartían. No quería saber qué demonios hacía allí dentro, así que fingí que le gustaba leer en paz y tranquilo.

Levanté un dedo al oficial, miré hacia el pasillo y encontré la puerta abierta. Sonreí y volví a marcar. Decidí evitar el número del gimnasio y llamar a la oficina de Slate. Todos lo teníamos, pero era solo para casos de emergencia.

Cuando la secretaria de Slate atendió el teléfono, Quarry se acercó tímidamente.

—Hola, Claire. Es Till. ¿Está Slate por ahí?

—Hola, amigo. Está en el ring. ¿Puedes llamar después?

—*Realmente* necesito hablar con él. —Mis ojos fueron hacia el oficial hablando con Quarry—. ¿Puedes ponerlo al teléfono? Por favor. No tomará mucho.

—No hay problema. ¿Toda está bien? —preguntó amablemente. Tenía al menos sesenta años y nos trataba a todos como sus propios hijos, incluso a los idiotas como Derrick Bailey.

—Sí. Solo tengo que hablar con él.

—Está bien, cariño. —Su afecto era genuino, a diferencia de mi madre biológica, que estaba acurrucada en el pecho de Ray, jugando a la madre desconsolada y preocupada. Un segundo después, Slate estuvo al teléfono.

—¿Qué sucede, Till?

—Escucha, necesito un gran favor. No lo pediría si no estuviera desesperado. Pero… —Empecé a jugar nerviosamente con mi labio—. Mira, mi hermano pequeño, Quarry, ha estado faltando a la escuela y la policía está aquí… ¿hay alguna posibilidad que puedas hacer una excepción y permitirle que entre en el programa a los diez en vez de a los doce? Por favor. Voy a hacer cualquier cosa. Trabajaré sus horas si tengo que hacerlo. No sé qué otra cosa hacer para que esto no sea informado a los servicios sociales. Acabamos de salir de su radar. No puedo…

Slate me detuvo cuando empecé a divagar.

—Tranquilízate y respira. Lo tomaré. No es gran cosa.

Suspiré de alivio.

—Muchas gracias. Voy a hacer cualquier cosa que necesites.

—¿Es grande como tú y Flint?

Sonreí y negué. Slate siempre estaba pensando en el boxeo. Entrenaba a todos sin importar su tamaño, pero ya que era un peso pesado, éramos sus favoritos.

—Lo será.

—Eso es lo que me gusta escuchar. Bueno, tráemelo y lo acomodaré esta tarde. Puede empezar en la mañana.

—Muchas gracias, Slate. Oye, creo que el oficial quiere hablar contigo un minuto. ¿Está bien?

—Sí. Ponlo al teléfono. Te veo en un rato.

Le pasé el teléfono y volví mi atención a mi madre.

—Voy a dejar que los chicos duerman en mi lugar. En la mañana voy a llevar a Q al gimnasio.

—De acuerdo, es un gran plan, Till. ¿Vas a necesitar que firme los formularios de autorización como hice con Flint?

Puse descaradamente los ojos en blanco.

Ella no firmó esos malditos formularios cuando Flint cumplió doce y entró en el programa unos meses después que yo. Habían estado en la encimera una semana antes que falsificara el nombre de papá y los llevara.

—No te pediría que hicieras algo tan arduo. Yo lo haré. —Mi voz estaba llena de sarcasmo.

—No seas tonto. No eres su padre. —Sonrió y se movió más cerca de Ray.

Alcé mis cejas y me crucé de brazos.

—Bueno, entonces nos hace dos, porque tampoco lo eres tú. El solo haberlo traído al mundo no te hace su madre. Chicos, recojan sus cosas. Nos vemos afuera. —Me dirigí a la puerta y el oficial me siguió sin ninguna otra palabra de mi madre.

—Bueno, Till. Debes mantenerlo fuera de problemas y en clase a partir de ahora. El señor Andrews habla muy bien de ti. No dejes que esto suceda de nuevo, o el próximo oficial podría no estar dispuesto a deshacer los papeles.

—Gracias. No tienes idea lo mucho que aprecio esto.

Asintió y luego, se dirigió escaleras abajo.

La puerta se cerró apenas salieron los chicos cuando escuché el cerrojo desde adentro.

—¿Ya se fue el policía? —preguntó Quarry, mirando hacia el estacionamiento mientras el auto se alejaba—. Oh, gracias a Dios. Pensé que nos iba a seguir al gimnasio. —Se giró hacia la puerta principal.

—¿Dónde crees que vas? —Tomé su bolso, obligándolo a volver.

—No voy a limpiar ese gimnasio. Tú y Flint disfrutan limpiar pisos, bien. ¡Pero yo no voy a hacerlo! —declaró, quitándose las correas de su bolso.

—Bien. Tienes razón. Todos tienen derecho a tomar sus propias decisiones. —Di un paso amenazador hacia adelante. Con mis manos firmemente en mis caderas, me incliné a su nivel—. O llevas tu trasero a On The Ropes o lo llevaré yo. Pero en los próximos cinco minutos y todos los días después de eso, vas a estar en On The Jodido Ropes. —Entrecerré los ojos—. Entonces, ¿qué va a ser, Q?

No cedió la actitud, pero tuvo la prudencia de no faltarme el respeto. Flint miraba inocentemente nuestro enfrentamiento. Los ojos de Quarry se movieron a él mientras parecía calcular sus opciones. Esperaba que Flint se metiera para mantener

la paz, pero permaneció sorprendentemente silencioso. Finalmente, Quarry se volvió y bajó las escaleras.

—No creo que debas decir "jodido" a los niños —murmuró.

Cuando me pasó, le di un golpe detrás de su cabeza.

—No jodidamente maldigas.

—Seguuuuro —dijo sarcásticamente, haciendo reír a Flint mientras trotaba escaleras abajo detrás de él.

11

Eliza

—¿Garabato? —llamó Till desde la ventana de mi habitación, mientras Justin Timberlake sonaba a través de los altavoces de mi equipo de música.

—¡Estoy aquí!

—¿Garabato? —gritó de nuevo.

Puse los ojos en blanco. Me sequé las manos en una toalla y caminé hacia mi habitación.

—¿Qué?

—¡Oh, bien! Estás en casa. No respondiste. —Sonrió mientras se frotaba el hombro.

—Estaba en la cocina. ¿Por qué estás ahí?

—¿Honestamente? Slate me mató hoy en el gimnasio. Todo mi cuerpo duele. Tendrías que estar muriendo o tener esa cosa de patatas con queso para que venga aquí esta noche.

—Son patatas al horno, Till. Te dije cómo hacerlas.

—¡Lo intenté! Gasté mis últimos cinco dólares en patatas quemadas. ¡No, gracias! Esperaré a que las hagas otra vez. —Se inclinó y olió el aire—. Ahora, tengo hambre. No estás haciéndolas esta noche, ¿no?

—No —respondí, luego empecé a reír cuando sus hombros cayeron con decepción.

—Probablemente es lo mejor. Tengo a los chicos. Acaban de comerse todo. Oye, ¿puedes venir y ayudar a Quarry con su tarea? Es oficial, matemáticas de quinto está por encima de mi límite. Fue un gran golpe para mi ego.

—¡Oh Dios, no! ¡No, tu frágil ego! —Golpeé las manos en mis mejillas y fingí horror, ganándome una sonrisa ladeada de Till.

—Lo sé. Fue duro. Tuve que calentar durante cinco minutos frente al espejo antes de ser capaz de venir.

Con esta probable verdad se ganó una de mis grandes sonrisas.

—¿Solo cinco minutos? —pregunté sospechosamente.

—Bueno, está bien. Me descubriste. Fueron diez. —Siguió el juego y lanzó sus manos al aire, solo para hacer una mueca de dolor por el movimiento.

—Dame un segundo. Estaba haciendo pastel de carne. Lo cocinaré en tu casa. ¿Comieron en el gimnasio?

—Sí, pero siempre puedo comer un poco más.

—¿Tienes arroz? De esa manera no nos moriremos de hambre cuando dividamos una patata horneada.

—¡Tengo fideos! —Movió sus cejas, sabiendo exactamente lo mucho que odiaba su deseado ramen[1].

—Bueno. Está bien, entonces. Llevaré arroz.

Rió y negó.

—Nos vemos en la entrada.

Después de empacar la comida, lo encontré afuera. Inmediatamente, Till tomó la olla de mis manos y esperó a que subiese las escaleras delante de él.

—¿Por qué tienes a los chicos en una noche de escuela?

—Mi mamá tuvo una visita de un inspector de ausentismo hoy. Aparentemente, Q pensó que juntar latas para reciclar era más lucrativo que ir a la escuela. Faltó diez días. Por suerte el oficial estuvo dispuesto a esconder los trapos sucios después de pedirle a Slate que lo admitiera antes en el programa.

—¡Vaya! ¿Diez días?

—Sí. Quiere abandonar. Advertencia: también está enojado por eso. Así que lo más probable es que sea un poco grosero esta noche.

—Oh, por favor. Quarry me ama. No lo será conmigo.

Till se encogió de hombros y abrió la puerta principal.

Mis ojos inmediatamente aterrizaron en Quarry, boca abajo en el sofá con Flint sentado encima. Los brazos y piernas de Quarry se agitaban y Flint se estaba riendo.

—¡Oye! Déjalo —refunfuñó Till.

—Intentó irse cuando bajaste las escaleras. —Volvió su atención a mí y sonrió—. Hola, Eliza.

Flint Page tenía quince años y era, prácticamente, un calco de su hermano mayor, el mismo cabello negro y la sonrisa ladeada. La única excepción eran sus ojos azul bebé. Amaba boxear y era increíble en eso. Pero su verdadero amor estaba entre las páginas de un libro. Era un lector voraz al que nunca encontrarías sin un libro de la biblioteca.

[1]**Ramen:** es la versión japonesa de los fideos chinos.

Cada dos sábados, los chicos pasarían la noche en lo de Till. Yo llevaría a Quarry al gimnasio para ver a Flint y Till pelear en la liga local amateur de Slate, organizada junto con otros gimnasios locales. Nunca había visto perder a Flint, pero para ser honesta, nunca había visto a Till recibiendo un golpe decente. Ambos estaban en la cima de sus divisiones.

—Hola, Flint —respondí y guiñó.

Era del tipo tranquilo, pero aun así coqueteaba como sus dos hermanos.

—Quítate de encima, idiota. —Quarry forcejeó para levantarse, mientras que Flint mantuvo su posición sentado en su espalda.

Till se acercó y se inclinó hacia el rostro de Quarry.

—¿Acabas de decir idiota? ¿Qué mierda te dije de maldecir? Tienes diez, no veinte. ¡Actúa como tal!

Quarry se tranquilizó bajo la mirada de Till.

—Entonces, haz que se baje de mí —se quejó, recordándome lo joven que realmente era.

—¿Vas a tratar de irte de nuevo?

—No.

—Lo juro, Q, si dejas este departamento, voy a buscarte y dejarte en la comisaría yo mismo. ¡Quién sabe! Quizás a papá le vendría bien algo de compañía en prisión.

Con la sola mención de su padre, la energía se drenó de la habitación. Inmediatamente Quarry parecía avergonzado y los ojos de Flint cayeron al piso. Odiaba ver esos rostros. Podría haber estado enamorada de un hombre Page, pero absolutamente quería a todos los chicos Page.

—De acuerdo. Flint, levántate —ordené y se levantó sin dudarlo—. Till, pon ese pastel de carne en el horno y Quarry, vamos a hacer algo de tarea. Apuesto a que tienes un montón para ponerte al día.

Por lo menos, siguieron bien las instrucciones. Till fue a la cocina y encendió el horno, Quarry recogió su mochila y Flint abrió un libro.

—¿Qué quieres decir con que ella se fue? —le pregunté a Till tres días después, mientras paseaba por mi habitación.

—¡El apartamento está vacío! Fui a la recepción y dijeron que no fue desalojada, pero tampoco entregó las llaves cuando se fue.

—¿Y las cosas de los chicos?

—¡Tampoco están! Encontré un poco de ropa en el armario. Pero todos los muebles y sus cosas, como los videojuegos de Quarry y los libros de Flint, no estaban.

—¿Tal vez le robaron? —ofrecí la única explicación razonable que podía pensar.

—Se fue con ese idiota. Casi lo puedo garantizar. No le importa nadie excepto ella. Mi padre era todo un caso, pero era el único que mantenía unida a la familia. Apenas puedo creer que duró tres años sin él. —Till detuvo el paseo y se quitó la gorra de lana negra de la cabeza antes de lanzarla contra la pared—. ¡Los abandonó! —Luego negó y se apretó el puente de la nariz.

Respiré profundamente y miré al techo.

—Sé que es abrumador, pero están mejor contigo.

Me miró a los ojos y susurró:

—No estoy seguro de que lo estén.

—¿Estás bromeando? Los amas y, a veces, eso es lo más difícil de un chico. —Sus ojos se volvieron cariñosos con el entendimiento—.Nunca los vas a dejar, así que con seguridad, eso es mejor que lo que sea que tuvieron con ella.

—Entonces, ¿qué hago? Comparto un departamento de dos habitaciones. Scott es genial cuando los chicos se quedan los fines de semana, pero mudarlos es un poco diferente.

—Till, nunca está allí. Pasa cada noche con Anna. Si no tuvieras que ayudar a tu madre con la renta, podrías tener el apartamento tú solo. Háblalo con Scott. ¿Quién sabe? Podría estar feliz de dejar la renta y mudarse con su novia.

Me miró, jugando nerviosamente con su labio.

—Sigue —dijo.

—Deja que Flint consiga trabajo.

—No —respondió firmemente.

—Ambos trabajábamos casi treinta horas a la semana cuando teníamos quince.

—Sí y también no me gradué de la escuela por eso. Saca A y lo disfruta. No va a buscar trabajo. Fin.

De repente, la voz de Flint vino a través del techo, uniéndose a la conversación.

—¿Y si solo trabajo un par de horas a la semana o los fines de semana? Prometo no hacer lío con la escuela.

La barbilla de Till cayó a su pecho en derrota.

—¿Y si dejas de escuchar a escondidas y no te metes en nuestra conversación? Ve a ver la televisión o algo.

Luego, habló Quarry, haciéndome morder el labio para contener la risa.

—¿Puedo decir que me gusta la idea de Eliza, también? Preferiría vivir contigo que regresar a lo de mamá. No puedo creer que se llevara mi maldita Xbox

—¡Quarry! —gritamos Till y yo al unísono.

—Lo siento. Se me escapó.

—¡Ve! —gritó Till al techo antes de mirarme con frustración exagerada.

—Puedes hacer esto. Sé que puedes.

—Mierda —murmuró—. ¿No tendré que hacer todas las cosas de la custodia? No tengo dinero para un abogado.

—Ni siquiera me molestaría con eso ahora mismo. Se fue. ¿Realmente crees que va a aparecer mañana y luchar por ellos? Si por algún milagro, de repente decide ponerse en orden y ser una madre, ahí es cuando nos podemos preocupar. Solo mantén a los chicos en la escuela y fuera de problemas, nadie tiene que saber que viven contigo. No pasará mucho antes que Flint se mude si quiere y nos preocuparemos por Quarry si llega el momento.

Me miró fijamente y empezó a jugar con su labio.

—Básicamente, estoy nervioso por ser un padre a los veintiuno.

—Bueno, ¿ayudaría si hiciera patatas al horno para cenar para ayudarte a aliviar tu nuevo papel?

Sus ojos se dirigieron a los míos.

—No te burles, mujer.

—Acabo de comprar una nueva bolsa de patatas —cantó juguetonamente.

—¡Maldición! ¡Di que sí! —gritó Quarry desde arriba.

Seguido por Flint regañándolo.

—Jodidamente calmado, Q.

—¿Qué? ¡Quiero esas patatas! —respondió Quarry, haciéndome reír.

Till resopló y negó, pero dio un paso hacia adelante y me abrazó.

—De acuerdo. Consigue las patatas y llamaré a Scott.

—¡Anotación! —celebró Quarry.

Lo entendía, porque envuelta en los brazos de Till, también estaba festejando.

—Ehm. —Se aclaró la garganta cuando me acurruqué más cerca.

—Oh, cierto. Patatas.

—Para que lo sepas, voy a necesitar dos. Ya sabes… combustible para mis deberes nuevos y todo.

—Por supuesto. —Le seguí la corriente—. ¿Y si hago todas?

—Me gusta como piensas, Garabato. Ese es un cerebro sexy con el que estás trabajando.

Mis mejillas se enrojecieron por su cumplido. Después de un último apretón, Till me dejó ir y se dirigió a la ventana.

—Voy a hacer hamburguesas. Trae las patatas y hazlas en mi casa. A Quarry le encantaría ayudar —anunció sobre su hombro, provocando que Quarry gimiera y saliera de la habitación de Till.

12

Till

Scott estaba muy entusiasmado cuando le dije que quería quedarme con su departamento. Su contrato no terminaba hasta dentro de nueve meses, pero como estaba planeando proponérsele a Anna, era el momento justo para todos. Después de escuchar por qué necesitaba el departamento, me hizo una súper oferta con la cama y los muebles. Así que, al final de la llamada, no solo tenía una habitación, sino también una cama para los chicos y una cómoda para que pudieran guardar la bolsa de basura llena de ropa que había logrado recuperar del lugar de mi mamá.

Finalmente algo iba a mi favor.

Dos semanas después, todo iba tan bien como era posible. Los chicos estaban en la escuela, Quarry parecía que tenía todos sus problemas controlados y Eliza venía todas las noches cuando salía del trabajo para ayudarlos con la tarea. Todavía seguíamos contando el dinero para pagar las cuentas, pero estábamos juntos. Había valido la pena el sacrificio

Flint se enfadó cuando me puse firme para que consiguiera un trabajo. Así que decidió tomar el asunto en sus manos e ir a chismeárselo a Slate, quien, por suerte, estuvo de mi lado… o algo así.

Estaba de acuerdo con que Flint necesitaba enfocarse en la escuela, pero que también era su derecho poder ayudar en el hogar. Así que Slate hizo lo que siempre hacía por nosotros: lo arregló.

Flint fue el primer chico contratado en On The Ropes al que le pagaban con dinero en efectivo. Todavía tenía que ganarse lo suyo en el gimnasio, pero durante dos horas todas las tardes, Slate le pagaba para que ayudara a los chicos que tenían dificultades en el colegio. A Flint le encantaba y, todas las semanas, me daba su sueldo. Mentiría si dijera que no ayudaba. Lo hacía, pero no era como si comiéramos filete y langosta todas las noches. Los chicos eran increíblemente caros. *¡Demonios!* Especialmente dos en edad de crecimiento. *¡Dios! ¡Cómo comen!*

Me encantaba tenerlos cerca. Nos sentíamos como una verdadera familia por primera vez en la vida. Todavía seguíamos peleando por tonterías y Quarry no paraba de maldecir, sin importar lo que hiciera, pero eran buenos chicos: honestos

y respetuosos. No podía imaginar cómo había sucedido ya que habían sido criados por dos idiotas con negocios dudables como nuestros padres.

Tenía que agradecerle a Eliza por mi forma de ser… pero ellos habían aprendido cómo ser buenas personas por su cuenta.

Era sábado y estábamos yendo a una lucha de liga en On The Ropes. Me encantaban las noches de lucha, pero esta en particular nos tenía muy nerviosos, especialmente a Eliza. Era la noche en la que Quarry debutaría en el ring. Había estado boxeando por solo unas semanas, pero, Jesús, tenía talento natural. Sabía que yo mismo era bueno, pero nunca había visto a alguien tomar un par de guantes como Quarry "El puño de piedra" Page. Nos había dicho cuál sería su sobrenombre aproximadamente doce segundos después que Slate lo dejara luchar.

—¡Oye tú, Till! —Derrick Bailey entró al vestuario pavoneándose en un par de pantalones caqui y una camisa turquesa. Era un personaje.

—¿Cómo vas? ¿No peleas esta noche? —le pregunté solo para no parecer un idiota por ignorarlo.

—No, hombre. ¿Slate no te lo dijo? ¡Me va a llevar a las ligas profesionales!

Ladeé mi cabeza confundido. No solo me fallaban los oídos, sino que ahora también inventaban palabras para fastidiarme.

—Disculpa. ¿Qué?

—Síp. Voy a las profesionales. Mi primera lucha es el mes que viene. —Rebotó sobre sus talones y puso sus manos en alto, en señal de triunfo—. Me van a pagar para golpear a la gente en el ring. —Lanzó un golpe a mi barbilla en cámara lenta.

Estaba demasiado perplejo para seguir su pequeño juego.

—Slate no está con las ligas profesionales —dije confundido.

—Bueno, ahora sí. Supongo que no podía dejar pasar un talento como el mío. —Hizo de cuenta como si se limpiara los hombros juguetonamente; pero debido a que estaba usando una camisa de al menos cien dólares, solo se veía como un idiota.

—Sí, seguramente —dije mientras me daba la vuelta para enfrentar el casillero.

Derrick era un buen boxeador, solo que no un campeón.

Hay dos clases de boxeadores: los oponentes y los campeones. Los oponentes son los que usualmente y, poco amablemente, se les llama holgazanes. Claro que pueden ser buenos boxeadores, pero no grandiosos. Todos comienzan como oponentes, pero los que caen se convierten en holgazanes y aquellos que se levantan y se separan de la manada son campeones.

En realidad, todo se reducía a lo bueno contra lo grandioso.

Derrick era bueno en el ring de aficionados, pero no había dudas que sería superado en el mar lleno de profesionales. Así que me perturbaba y, honestamente, me enfadaba que Slate siquiera estuviera de acuerdo con la transición.

—¡Page! —Slate entró haciendo ruido en el vestuario.

—Sí, señor —respondieron Flint y Quarry al mismo tiempo.

—Mierda, hay un montón de ustedes ahora. Lo lamento, me refería a Till

—Aquí estoy.

—Escucha, estamos cambiando el orden de las peleas esta noche. Al autobús que traía a los pesos ligeros desde el otro gimnasio se le pinchó un neumático. Vamos a empezar con los pesos pesados y de ahí para atrás, así les damos tiempo a que lleguen. Atrasaremos la primera campana media hora para darles tiempo a que terminen el calentamiento. Nos encontramos en el vestuario. Necesito vendarte. —Luego dio la vuelta y se marchó, dejándome, una vez más, mirando fijamente a Derrick Bailey, el sonrisitas imbécil.

—Bueno, voy a sentarme. Hazles pasar un infierno. Escuché que el tipo que te toca esta noche es una bestia. Mantén tu brazo izquierdo arriba y consigue unas cuantas victorias más. Tal vez Slate te lleve a las ligas profesionales también.

De repente sentí una urgencia abrumadora de levantar mi brazo, preferiblemente a la altura de su estúpida boca.

Justo cuando la puerta se cerró detrás de él, Flint susurró:

—¡Qué imbécil! ¿De verdad Slate lo llevó a las ligas profesionales? Va a avergonzar a todo el gimnasio.

—No lo sé. Igualmente, hay algo que no me convence.

—Eres el mejor luchador aquí. ¿Por qué elegiría a Derrick?

Esa era una muy buena pregunta y tenía toda la intención de averiguarlo.

—Solo vístete y preocúpate por tu pelea —le dije mientras salía de la zona de casilleros dando grandes zancadas.

Me encontré a Slate riendo con otro de los entrenadores en el camerino.

—¿Estás listo para vendarme?—le pregunté.

—Sí. Siéntate en la mesa. —Terminó de hablar y luego recogió un rollo de gaza y cinta del armario—. ¿Cómo te sientes? —preguntó mientras comenzaba a vendarme la mano.

—Ehm… ¿Honestamente? Un poco confundido.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? —Me miró. Seguía envolviendo la gaza metódicamente alrededor de mis manos mientras me sostenía la mirada.

—Escuché que estás llevando a Derrick a las ligas profesionales, ¿es verdad?

—Síp. Le conseguí su primera pelea el mes que viene. No es nada importante, pero le dará algo de dinero y hará que la gente comience a hablar mientras lo trabajamos.

—Pensé que no ibas a las profesionales. Mandaste a Hutchins a otro gimnasio cuando quiso avanzar.

Se encogió de hombros.

—Las cosas cambian. Supongo que lo extraño. Me encanta estar en la liga de aficionados, pero el verdadero talento da el gran salto.

—Exactamente. ¿Y elegiste empezar con el idiota de Bailey? —me exalté.

Sus ojos se dispararon.

—¿Disculpa? Si tienes un problema entonces escúpelo, pero no te atrevas a tener esa actitud conmigo.

—Sí, tengo un problema. ¿Cuánto va a ganar en esa pelea el mes que viene? —Todavía estaba enfadado, pero bajé la intensidad de mi actitud.

—No mucho. Cuatrocientos o quinientos dólares.

—Claro. No mucho —me burlé—. Soy claramente tu mejor luchador. Si esto es algo que querías hacer, ¿por qué demonios no me lo pediste a mí? Necesito el dinero. Bailey es un holgazán y lo sabes.

—Till, tienes más que suficiente con todo en tu vida sin añadir algo más. Derrick está persiguiendo un sueño. No soy estúpido, me doy cuenta. ¿Creo que tienes más talento que él? Absolutamente. Pero tienes una familia y responsabilidades fuera de este ring.

»¿Tienes idea cuánto tiempo toma luchar profesionalmente? No es algo que haces por una o dos horas todas las noches cuando sales del trabajo. Al menos no para ninguno de mis luchadores. Es un trabajo a tiempo completo. Más de cuarenta horas a la semana en este gimnasio.

»Hacer ejercicio, entrenar, estudiar, entrenar un poco más. No *puedes* darte el lujo de hacer todo eso.

—Te las arreglaste, ¿o no? Me has dicho, al menos una docena de veces, cómo no tenías nada más que tu talento cuando entraste. Estabas tan en banca rota como yo cuando empezaste. ¿Cómo te las arreglaste?

Terminó de vendar mi primera mano y salté de la mesa, ya que me sentía físicamente incapaz de seguir sentado.

—Tienes razón. No tenía *nada* cuando empecé. Pero tú sí tienes *algo*... en forma de dos hermanos pequeños que dependen de ti para comer y para proveerles un techo.

Odiaba cada palabra que salía de su boca, pero sabía que tenía razón.

Habría dado todo por ser un boxeador profesional. He imaginado esa pelea y hecho los movimientos frente al espejo un millón de veces. No era el dinero solamente tampoco. Sabía que los boxeadores no ganaban mucho al principio; pero ya estaba en banca rota, así que no era como si tuviera que acostumbrarme al esfuerzo. No. Esto se trataba de finalmente hacer algo que pudiera mejorar mi futuro. Sin embargo, como la mayoría de las cosas, esa no era mi vida.

Esta era la realidad.

Y ni siquiera podía darme el lujo de soñar.

—Tonterías —mascullé para mí mismo, pero me senté de nuevo en la mesa.

—Mira, ¿qué te parece aumentar tus horas en el gimnasio y lo reevaluaremos en un par de meses?

—¿Aumentar mis horas? Trabajo casi sesenta horas a la semana. Y luego paso otras veinte en el gimnasio, ya sea limpiando basura para pagar mis deudas o entrenando. ¿De dónde quieres exactamente que saque esas horas extra? Apenas si tengo tiempo para dormir así.

—No sé qué decirte. Sabes que haría casi cualquier cosa por ti. Pero ponerte en un ring profesional sin el entrenamiento apropiado y verte fallar no es una de esas cosas.

—Cierto. Supongo que no era consciente que Bailey era el próximo Muhammad Ali. —Estaba actuando como un niño petulante, pero estaba enfadado y frustrado.

—Definitivamente no. Pero su papi está financiando su gran persecución de ser profesional. No me dolerá nada verlo perder.

—Bueno, tal vez debería. Va a hacerte quedar en ridículo como entrenador —dije mordazmente justo cuando terminaba de envolver mi segunda mano.

Caminé pisoteando fuertemente hasta la puerta y, al momento que la abría, lo oí decir algo detrás de mí que no pude comprender.

—¿Qué? —Dejé salir un suspiro de exasperación y me giré para enfrentarlo, pero ya se estaba dirigiendo hacia mí.

Cuando me alcanzó, utilizó la palma de su mano para cerrar la puerta de un portazo. Inclinándose a mi rostro, gruñó:

—Y esa es otra cosa. Tendrías que ir al puto otorrino para un examen médico. Te concreté una cita e inclusive la pagué, pero parece que no puedes arrastrar tu culo para tu prueba de audición.

Descaradamente, puse los ojos en blanco por su preocupación.

Acercándose más, Slate chocó su pecho con el mío mientras igualaba mi mirada.

—¿Sabes qué? Terminé. Te permití atacar una vez. Estás enfadado, lo entiendo. Pero no voy a permanecer de pie aquí y verte actuar como un mocoso. Recuerda con quién demonios estás hablando o márchate de mi gimnasio para siempre.

Estábamos de pie, narices enfrentadas, mirándonos fijamente.

Estaba equivocado. No estaba solamente enojado. Estaba *celoso*. De él, de Bailey, de todos los que podían perseguir su sueño, de la gente que tenía dinero y, sobre todo, de la gente que no tenía que arrastrarse por las ventanas para poder sentir un solo minuto de felicidad en su vida.

Pero nada de eso era la culpa de Slate. Él podría ser lo más cercano a un padre que he tenido. Pero lo que me dejó alucinado era por qué lo hizo. Era bueno con todos los chicos del gimnasio, pero desde el primer día había ido más allá de lo esperado para ayudarme. Después a Flint y ahora a Quarry también.

—Iré al médico la semana que viene —prometí.

—Eso sería un buen comienzo. —Se alejó un paso.

—Y añadiré un par de horas en el ring los domingos.

—Otra buena respuesta.

—Lo lamento —finalicé balbuceando.

Slate me apretó el hombro.

—Lo entiendo Till. Joder si entiendo cómo te sientes. Anhelas más en la vida, y esa es una cualidad muy buena que un hombre debe tener. Nunca lo pierdas. Sigue anhelando. Mantente hacia adelante. Mantente enfocado. Pero tienes que recordar que siempre velo por tus intereses. Siempre.

—Lo sé y te lo agradezco. De verdad.

—Lo sé, hijo. Así que, antes que te ablandes conmigo, mantengamos esa adrenalina y comienza a calentar. Hagamos un trato: mantenlo dos rounds, luego tienes mi permiso para noquearlo completamente en el tercero.

Abrí los ojos como platos.

—¿De verdad?

Slate siempre nos alentaba a hacer los tres rounds completos. Siempre nos repetía que la liga local era para practicar y para ganar experiencia, no para derribar a tu oponente. Todavía pasaba algunas veces, pero no era el objetivo.

—Su entrenador está hablando puros disparates hoy. Aparentemente, este tipo es el nuevo chico de oro en el gimnasio Three Minutes. Vi un video en el que peleó hace tres semanas y te juro que solo es un niño gordo que puede tomar un golpe. Pero si los escuchas a ellos, te dicen que podría hacer diez rounds con Holyfield.

Me reí de la evaluación.

—Sabes, la mayoría de la gente terminaría esa frase con tu nombre.

Ahora era Slate quien reía.

—Vamos, vete de aquí. Te veo allí.

—Gracias, Slate —le respondí y ambos sabíamos que era por más que solo vendar mis manos.

No era suficiente. Pero era todo lo que tenía.

13

Eliza

—¡Aquí vamos! ¡Ya está arriba! —Me levanté de mi silla metálica plegable para aplaudir.

—Así que, ¿desde hace cuánto conoces a Till? —preguntó Derrick a mi lado.

Había estado dibujando en uno de mis cuadernos que mantenía escondido en mi bolso cuando me sorprendió sentándose a mi lado. Ya lo había visto, brevemente, un par de veces en todos estos años que veía luchar a Till. Como había un retraso de media hora, teníamos mucho tiempo para charlar mientras esperábamos que empezaran las peleas.

—Dios... em... ocho años. Nos criamos juntos —le respondí con una sonrisa.

Derrick estaba bastante bueno, no podía negarlo. Era un poco pijo, como un alumno de colegio privado, pero no tanto como un snob, por lo que podía pasar por alto ese detalle. Su cabello era castaño claro y estaba perfectamente peinado; sus ojos eran azul brillante y su sonrisa blanca y radiante era cegadora, pero no me producía un infarto como la de Till.

—¿Así que, ustedes dos... están juntos? —masculló incómodamente.

—No. Solo somos amigos.

—Bien —susurró y mis mejillas se calentaron y tiñeron de rosa.

Justo entonces Till "El Asesino" Page entró por un pasillo lateral. Me encantaba ver luchar a los chicos. Era pura emoción.

Miré al otro lado del ring justo cuando el corpulento rival de Till entraba.

—¡Mierda! —dije en voz baja—. ¡Es enorme!

Till era grande, pero este tipo le sacaba cinco centímetros y un poco más de veinte kilos. Donde Till era duro y definido, el hombre del otro lado del ring tenía una gruesa capa de grasa sobre los músculos que apenas podía ver.

—Lo llaman "La pared de ladrillos" por una razón—intervino Derrick.

—¿Es bueno? Till no dijo algo sobre este tipo.

—Lo agregaron la semana pasada. No estoy seguro de si Till siquiera sabía quién era. He oído que esta sería su única pelea en las ligas de aficionados antes de irse a las profesionales.

—¡Mierda! ¿Irá a las profesionales? —dije sin aliento, nunca alejando mis ojos del ring.

—Síp. Al igual que yo. —Me regaló una amplia sonrisa.

—¿Vas a las profesionales? ¡Eso es genial! Felicitaciones —le respondí mientras todos comenzaban a sentarse nuevamente.

—Gracias estoy completamente emocionado. Ser capaz de hacer una carrera de algo que amas…

Siguió divagando, pero dejé de prestarle atención cuando, ni bien me senté, Derrick pasó un brazo por detrás. No me estaba tocando, pero era muy consciente de su presencia. Se reclinó en su asiento y cruzó una pierna sobre la otra, poniendo el tobillo sobre la rodilla. Solo fue un segundo en que me di vuelta para morderme el labio antes de volver a mirar al ring.

Y me encontré con una dura mirada de ojos color avellana.

Till estaba de pie en su esquina sacudiendo sus brazos, pero sus ojos no estaban en su oponente como deberían. Me miraban exclusivamente a mí, o mejor dicho, al brazo que Derrick había envuelto alrededor de mi silla.

—¿Qué? —le murmuré, confundida. A Till no le encantaba que hablara o saliera con otros tipos, pero usualmente solo lo ignoraba. Lo mismo que yo cuando nos encontrábamos con una mujer que obviamente lo conocía. Éramos amigos, nada más. Sin embargo, el infierno que amenazaba en sus ojos decía otra cosa.

Sacudió la cabeza y se volteó hacia Slate, susurrándole algo al oído.

—No —le dijo Slate lo suficientemente alto como para que se pudiera escuchar por encima del murmullo de la multitud.

Till se encogió de hombros y comenzó a rebotar sobre los dedos de sus pies golpeando los guantes.

En segundos, la campana sonó y salté poniéndome de pie.

—¡Vamos Till! —grité logrando que la pareja delante de mí se diera vuelta para mirarme con desaprobación. No me importaba. Estábamos en un combate de boxeo, no en la biblioteca y, por sobre todas las cosas, mi hombre… eh… Bueno, algo así, estaba en el ring.

El primer round pasó volando. Cuando sonó la campana y los luchadores se retiraron a sus esquinas, Miré hacia abajo solo para encontrarme con que Derrick ya estaba sentado y tocando la pantalla de su teléfono. Su brazo todavía estaba plantado firmemente en la parte trasera de mi silla. Yo no había apartado la atención de la pelea, así que no podía estar segura de si él había visto algo en absoluto.

—Vaya este tipo puede resistir los golpes—le dije dejándome caer.

—Sí. Till va a tener que esforzarse mucho más —dijo maliciosamente sin alejar la mirada de su teléfono.

—Emmm… ganó totalmente ese round en puntos —dije enojada y sus ojos, finalmente, se levantaron para encontrarse con los míos.

Una sonrisa lentamente se posó en su rostro.

—Oh, no lo dije de mala manera. Claro que ganó el round. Solo que tiene que tener cuidado de no cansarse. Eso es todo.—Movió su mano a mi espalda y suavemente frotó mi hombro—. Till puede, estoy seguro. —Me guiñó el ojo y mis mejillas se calentaron una vez más.

Sentí, físicamente, el momento en que los ojos de Till me encontraron otra vez. Pudo haber sido por su mirada furiosa, pero lo más probable, era porque Derrick eligió justo ese momento para alcanzar una hebra de cabello suelta y meterla detrás de mi oreja. Él era muy consciente de que Till nos estaba mirando.

Dejé de prestarle atención a sus hipnotizantes ojos azules justo cuando la campana sonó. Apenas me puede poner de pie antes que la pelea terminara. Con solo tres golpes, Till había logrado que "La pared de ladrillos" se desmoronara. El árbitro todavía no había terminado de contar cuando Till comenzó a sacarse los guantes con los dientes. Slate podía haber estado negando en la esquina, pero se reía.

Till no se demoró en disfrutar de su victoria. Rápidamente desapareció. Les tomó un par de minutos más sacar a "La pila de ladrillos" de la colchoneta, pero eventualmente salió caminando del ring con lo que podríamos describir una ronda de aplausos corteses. La única lesión obvia era la de su ego.

La siguiente pelea estaba en el segundo round cuando de repente Till saltó desde la fila de atrás y se pasó a la silla que estaba a mi lado. Antes de siquiera haberse acomodado, empujó el brazo de Derrick del respaldo de mi silla y lo reemplazó con el suyo.

Derrick miraba sin poder creerlo, pero Till lo ignoraba.

—¿Cómo va, Garabato? —dijo distraídamente, como si no hubiera meado en círculo a mi alrededor.

Los hombres eran ridículos. Así que, en lugar de discutir, alcance su brazo, lo saqué y decidí jugar su juego, haciéndome la distraída también.

—¡Derribaste a ese tipo! ¡Buen trabajo! —Levanté mi mano para chocar la suya.

Me dio una sonrisa de lado y chocó mi mano.

—No es para tanto. No era tan bueno como la gente le hizo creer. —Olfateo, pero fingiendo no hacerlo en realidad.

—Oh, cállate. Era bueno y lo destruiste —le dije, asumiendo que decía tonterías y logrando que su sonrisa creciera.

—¡Lo sé, sí! —Me apretó suavemente por arriba de la rodilla.

—Détente. —Comencé a reír mientras trataba de sacar sus manos torturadoras.

—¿Qué sucede? —preguntó, fingiendo estar preocupado mientras seguía haciéndome cosquillas en la pierna.

—¡Till, por favor! —Me doblé en la silla, usando mis dos manos para detener, sin éxito, solo una de las suyas.

—¿Estás bien, Garabato? Te ves como si estuvieras en problemas.

Seguí riendo, mientras lo amenazaba en voz baja. Finalmente recurrí a la violencia y lo golpeé el muslo con mis nudillos.

—¡Mierda! —maldijo masajeándose la pierna; pero al menos liberó la mía.

—De verdad, a veces te odio.

—No, no me odias. —Soltó su brazo en mi hombro y me empujó a su lado para abrazarme rápidamente. Pero no habría sido propio de Till no completar el círculo de orina sin besar mi sien.

Derrick se aclaró la garganta, recordándome que, de hecho, estaba allí, viendo nuestra pequeña pelea.

Podíamos tener veintiún años, pero prácticamente siempre actuábamos como si tuviéramos trece otra vez. Algunas cosas nunca cambian.

—Lo lamento —le dije a Derrick avergonzada por haber actuado como una tonta sonriente.

Me sonrió cálidamente y abrió la boca para hablar, pero Till se le adelantó.

—Oye, Q está en el vestuario vendándose las manos. ¿Quieres venir conmigo y desearle buena suerte?

—¡Sí! —Casi salto de mi asiento.

Podría ver a Flint y a Till pelear todo el día, pero todavía pensaba que Quarry era muy pequeño, así que realmente estaba muy nerviosa. Y Till lo sabía porque había pasado media mañana riéndose de mí por haber tratado, sin éxito alguno, de convencer a Quarry de esperar un par de meses.

Me levanté sin pensar ni una vez en el chico sexy de ojos azules a mi otro lado.

Till me llevó a través del gimnasio abarrotado de gente con una mano plantada en mi cintura.

Hacía tiempo que había dejado de intentar interpretar cada uno de sus toques. Se había vuelto demasiado agotador con los años. Pero que no le prestara atención a sus avances, no significaba que detuviera los míos. Ni bien puso su mano en mi cintura para empujarme hacia adelante, arqueé mi espalda seductoramente. Honestamente, no podía evitarlo. Dejó escapar un gruñido en voz alta, pero no podía descifrar si lo hizo porque no le gustaba, o peor, porque sí.

Un par de personas se detenían para felicitar a Till por su gran victoria, pero eventualmente, llegamos al vestuario. Mis nervios se calmaron ni bien vi a Quarry

sentado en la mesa usando solo un pantalón corto de boxeo. Slate estaba de pie frente a él vendándole las manos.

—Eso es asqueroso. ¡Tienes músculos! —le grité en broma.

—¿Te gusta lo que ves? —Quarry flexionó su brazo mostrando un pequeño, pero bien formado, bíceps.

—¿Estás contrabandeando uvas, Q? —bromeé y su sonrisa se hizo más grande.

—Podría hacerle la misma pregunta a tu sostén —respondió y me quede boquiabierta.

—¡¡¡Oye!!! —Till y Slate lo regañaron al mismo tiempo.

—¿Qué? —gritó inocentemente—. Estaba bromeando. Solo estábamos bromeando. Diles Eliza.

Tenía miedo que, si hablaba, la risa que estaba tan desesperadamente tratando de reprimir, se escapara.

—Sí, bromeando. Totalmente.

Me mordí el labio y me volteé para ver a Till que tenía las manos en las caderas. Como estaba completamente convencida que estaría enfadado con Quarry, me sorprendió ver que su actitud de mierda estaba dirigida a mí.

—¿Por qué esa cara?

Flexionó los hombros para hacer sonar su cuello.

—No quiero que le vuelvas a hablar nunca más.

—Empezamos… —murmuró Slate desde el otro lado de la sala.

—Eh… ¿a quién? ¿A Quarry? —le pregunté sorprendida.

—Derrick. No me gusta. Y estoy seguro que no te quiero cerca de él. —Entrecerró los ojos mirándome, su repentina actitud tomándome por sorpresa.

No era usual que Till fuera un idiota conmigo, pero tampoco era exactamente anormal. Sabía perfectamente cómo manejarlo.

Muy calmadamente, sonreí condescendientemente.

—Bueno, no lo sabía Till. Tal vez sería más sencillo si me hicieras una lista de las personas con las que tengo permitido hablar—le dije condescendientemente mientras buscaba en mi bolso un anotador. Dramáticamente, lamí la punta del lápiz antes de posarlo sobre el papel—. O espera, una correa podría ser mejor para controlar cerca de quién estoy. Estoy segura que por ahora podríamos fabricar una con una cuerda para saltar o algo. Por favor, dime qué crees que es lo mejor. —Levanté una ceja y me crucé de brazos.

—Bueno, eso podría haber ido mejor —Quarry le dijo a Slate y empezaron a reír detrás de mí.

—No me vengas con esa mierda, Garabato. No me gusta Derrick. Es un imbécil egocéntrico y arrogante.

—Ah, bueno. Deberías haberme dicho eso entonces. Ya tengo uno de esos, no necesito otro—dije insolentemente.

—¡Hundido! —susurró Quarry, pero ni Till ni yo le prestamos atención.

—¿De verdad? —Se cruzó de brazos igualando mi postura.

—No lo sé. Dime tú, ¿acaso hablas de verdad de toda esta mierda?

Respiró hondo por la nariz. Estaba furioso, pero lo contenía hasta que finalmente lo soltó con un suspiro de resignación.

—Mira, nunca, ni una sola vez, te he pedido que no salieras con alguien. Jamás. Tomas tus propias decisiones con los hombres y sin importar lo muy idiotas que sean, siempre mantengo mi boca cerrada. Pero no me puedo morder la lengua ahora. No me gusta ese tipo. Me pone la piel de gallina solo pensar que ya estás bajo su radar. Somos familia, ¿o no? Bueno, la familia se cuida entre sí. Así que, Garabato, te lo estoy pidiendo, por favor: mantente lejos de Derrick.

Me mantuve con la misma actitud un par de segundos más. Pero no era porque todavía estaba enojada, más que nada porque, si hablaba, empezaría a llorar.

Somos familia.

No había manera que él pudiera entender completamente lo profundas que esas palabras eran para mí.

Tragué saliva intentando retraer las emociones. Y por primera vez, funcionó.

—Está bien.

Tiró la cabeza para atrás como si lo hubiera abofeteado.

—Emm… ¿está bien?

—Sí. Está bien. Si hubieras comenzado con esta explicación en lugar de darme órdenes, esta conversación hubiera sido mucho más corta. Lo entiendo. No te gusta él. Voy a mantenerme alejada.

Till sonrió y se reflejó en mis propios labios.

—Además, estoy en una relación muy comprometida con Justin Timberlake ahora.

—Bien. Sigue así. —Acunó mi cuello y me empujó contra su pecho.

Envolví su cintura con mis brazos y lo sostuve mientras me acariciaba la espalda con su mano.

Tanto Till como yo sabíamos que teníamos una relación extraña. Era más que una amistad, pero no había nada de romance o sexo. Sin embargo, sí había amor. Una cantidad inconmensurable de amor. Sabía que Till tenía una gran fantasía conmigo. Pero de lo que no se daba cuenta es de todo lo que él también me daba

a mí. Él era lo único que siempre he tenido y, pensaba honestamente, que sin él yo no podría vivir. Till Page era mi alma gemela en todos los aspectos. Ya había aceptado que no tenía por qué ser una relación sexual la nuestra. Pero la verdad, habría sido más que feliz de estar sentada en una habitación vacía el resto de mi vida, siempre y cuando él estuviera sentado a mi lado.

Pero eran momentos como esos, en los que estaba en sus brazos tan protectores y con su corazón latiendo fuertemente en mi oído, que me hacían querer más.

14

Eliza

—Necesito que Till firme este papel para la escuela —dijo Quarry cuando abrí la puerta.

—Eh, ¿de acuerdo? Él no está aquí.

—¿En serio? Su camioneta está aquí.

Miré hacia el estacionamiento, y por supuesto, la camioneta de Till se encontraba estacionada delante y en el centro.

—No lo he visto en todo el día, en realidad.

—Bueno, él no estaba en el gimnasio esta tarde tampoco. Slate nos llevó a casa.

—¿Y has comprobado en su habitación?

—No. Pero no lo oí entrar. Debe haber pasado sigilosamente.

Me dirigí a mi habitación.

—¿Till? —grité al techo. Pero no tuve una respuesta—. ¡Till! —grité de nuevo.

—Sí.

Oí su voz, pero no venía desde el techo.

—¿Dónde estás?—Miré alrededor de mi habitación.

—Purgatorio —pronunció mal, luego se echó a reír.

Seguí su voz hasta la ventana, pero cuando la levanté, no lo vi por ningún lugar.

—¿Till? —Llamé de nuevo, frustrada.

—Jesús. Deja de decir mi nombre.

Me incliné hacia afuera y lo encontré sentado en el suelo con su espalda apoyada contra el ladrillo del exterior del edificio. Sus largas piernas estaban estiradas delante de él, y una botella envuelta en una bolsa de papel marrón se encontraba a su lado.

—¿Qué estás haciendo?

—Te lo dije. Estoy sentado en el purgatorio. Y dicen que yo soy el sordo.

—Oh, bueno, eso aclara las cosas —dije sarcásticamente—. Quarry te está buscando.

—Mierda. —Su voz se quebró cuando empezó a refregarse frenéticamente el rostro con ambas manos.

Su reacción al instante me preocupó.

—Dame un segundo. Ya salgo. —Cerré la ventana y corrí hacia la puerta, donde Quarry seguía esperando—. Lo encontré. Él se levantará más tarde.

—¿Puedes pedirle que firme esto? Estoy a punto de irme a la cama.

—Um…—respondí, recordando la manera en que Till había arrastrado sus palabras y la botella a su lado—. Aquí. —Tomé la pluma y el papel de su mano—. ¿Tu mamá deletrea su nombre con "ie" o "y"?

—"Ie".

Garabateé "Debbie Page" a través del papel y se la devolví.

—¡Oye, gracias! —Sonrió y echó a correr.

Hice una nota mental de discutir más adelante sobre la grande y roja F en la prueba que acababa de firmar, pero por ahora, necesitaba ver qué diablos estaba pasando con su hermano. Saqué uno de mis muchas cuadernos de dibujo de la mesa de centro y caminé por el lado de mi edificio.

—¡Garabato! —Till gritó en señal de saludo tan pronto como me vio.

Le di una patada en la suela de su bota.

—Muévete, borracho.

—¿Quieres un poco? —Levantó la bolsa marrón.

—Um. ¡Claro que sí!

—De eso es lo que estoy hablando. —Sonrió y me pasó lo que descubrí era cerveza.

Inmediatamente vertí su cálido contenido sobre la hierba antes de devolvérselo vacío.

—No está bien, Garabato. No está bien.

—Oh, lo que sea. ¡Ni siquiera bebes!

—Lo sé, porque esa mierda es cara, ¡y acabas de desperdiciarlo!

Me encogí de hombros.

—Puedo vivir con eso. Ahora, muévete.

—Está bien, pero no perteneces al purgatorio, por lo que solo puedes permanecer durante unos minutos.

—¿Por qué exactamente es el macizo de flores debajo de mi ventana el purgatorio? —le pregunté mientras él perezosamente se acercaba unos centímetros.

Usando un dedo, señaló sobre su cabeza a mi ventana.

—El cielo. —Luego hizo un gesto a todo delante de nosotros—. El infierno. —Y, por último, se refirió a la tierra donde estaba sentado—. Purgatorio.

Le di una mirada confusa que lo hizo retorcerse de la risa. No estaba segura si se estaba riendo de mí o de su propia broma. Nunca había visto a Till emborracharse antes, pero sabía en ese momento que lo prefería sobrio.

Me senté a su lado, palmeé mi regazo y le entregué el cuaderno de dibujo.

—Aquí. Sostén esto y acuéstate.

Sus cejas se alzaron.

—Mírate, usando toda la vieja escuela conmigo. Debes de estar muy preocupada —bromeó, pero no perdió el tiempo situándose de modo que su cabeza descansaba en mi regazo.

No era la posición más ideal, con sus piernas torcidas acuñadas entre dos de los crecidos arbustos, pero no se quejó. Abrió el cuaderno de dibujo y me entregó el lápiz.

Comencé rascando su cabeza con una mano y dibujando sus ojos con la otra. No dije nada durante varios minutos, y con el tiempo, sentí sus hombros relajarse mientras dejaba escapar un suspiro contenido.

—Voy a asumir que hoy no te fue bien con el médico —dije en voz baja.

Sus ojos se dirigieron de golpe hacia los míos.

—¿Qué?

—Dije: "Voy a asumir que hoy no te fue bien con el médico".

Negó ligeramente.

—Todavía estoy oyendo alrededor de un setenta por ciento.

Dejé de dibujar y alcé mi vista hacia él.

—Eso es bueno, ¿no? Solo te ha disminuido como, el diez por ciento en seis años. Se está desvaneciendo lentamente. Eso significa que tienes años antes de tener algún problema real, ¿verdad?

—Él no puede predecir eso. Dijo que todo el mundo es diferente. A veces, es lento. A veces, es rápido. —No parecía muy emocionado, pero sentí una abrumadora sensación de alivio.

Después. Podríamos lidiar con esto *después*. Muchos, muchos años después.

Volví a dibujar en un intento de restarle importancia a mi entusiasmo. Esto debería haber sido una buena noticia, pero con sus labios apretados firmemente, no podía entender qué era exactamente lo que pasaba con él.

—Entonces, ¿por qué estabas bebiendo? Pensé que Slate tenía una estricta política de no beber.

—Eso es solo para los niños. Tengo veintiuno. Él no puede evitar que tome si quiero hacerlo. Además, ¿planeas delatarme? —Levantó su mano y tiró de un mechón de mi cabello que se había escapado de mi cola de caballo.

—Tal vez. —Me encogí de hombros, rellenando sus largas pestañas negras en el papel—. Ahora, dime lo que realmente está pasando.

Till evitó mi pregunta mirando hacia abajo en el papel.

—Siempre me haces quedar como un pollito al dibujar mis ojos.

—No, no lo hago. ¿Y quién dijo que esos eran tus ojos?

—Está bien, ¿entonces de quien son esos ojos?

—Mi desagradable y viejo profesor de contabilidad.

—Bueno, él tiene unos ojos realmente sexys, entonces.

—Ella realmente los tiene, ¿no? —Sonreí, y Till se echó a reír.

De pronto se sentó, haciendo que mi cuaderno de dibujo cayese al suelo. Su risa fue silenciada cuando me arrastró a su regazo y enterró su cabeza en mi cuello.

—Oh, Dios, Garabato. —La agonía en su voz me rompió.

—Háblame—le dije más fuerte de lo necesario, ya que no me estaba mirando.

—El médico que vi hoy piensa que es genético —confesó en mi cuello—. Quiere examinar a Flint y a Quarry.

Mi estómago se retorció.

—¿Qué se supone que les voy a decir? Si ellos también tienen esto… Yo… ¡Mierda! No puedo hacer esto.

—Bueno. Detengámonos por un momento. —Me arrastré fuera de su regazo para poder verlo—. ¿Qué fue exactamente lo que dijo el doctor? Piensa que es genético, ¿por lo tanto no lo sabe con certeza?

—Está bastante convencido. Dijo que no podía estar seguro, pero no encajaba en ninguna categoría de la pérdida auditiva neurosensorial, así que está suponiendo que es una combinación que se ha trasmitido.

—Bien. ¿Cuáles dijo que eran las posibilidades de que lo tuvieran Flint y Quarry? Ellos no han mostrado ningún síntoma, ¿verdad? Me refiero a que tú ya estabas en el ochenta por ciento a los trece años, ¿no? Sin duda habríamos notado algo, por lo menos en Flint. ¿Qué tipo de examen iba a querer probar en ellos? ¿Y cuando quiere hacerlo? Cuanto antes mejor, ¿no? —Si seguía hablando, sentía como que podía solucionarlo. Pero cuantas más preguntas hacía, más parecían enojar a Till.

—¡No lo sé! —Se puso de pie y tropezó borracho.

—Bueno, vamos a averiguarlo.

—Maldita sea, ¡no sé cómo resolver esto! —gritó, sobresaltándome.

—¡Oye! ¡No me grites! Solo estoy tratando de ayudar. —Me levanté y sacudí el polvo de la parte posterior de mi pantalón.

—Bueno, no lo estás haciendo. Me estás haciendo sentir estúpido por no preguntar toda esa mierda. —Se pasó una mano por el cabello.

—¡Estoy tratando de encontrar una manera de arreglar esto!

—¡No puedes arreglar esto! Nadie puede. ¡O bien van a ser sordos o no!

—Cálmate y deja…

—No. Esto es una maldita pesadilla. Me voy a la cama. No puedo hacer esto. —Salió corriendo, tropezando con el borde del macizo.

—No es una mala idea. Duerme esa mierda —le grité mientras se tambaleaba lejos.

—¡Has arruinado el purgatorio! —gritó por encima del hombro y puse mis ojos en blanco por su dramatismo.

Till borracho era un imbécil.

Regresé a mi apartamento, y oí sus pesados pies caminando por las escaleras. Sabía que él no querría que los chicos lo vieran borracho y por mucho que quería permanecer enojada y que no me importara, todavía lo hacía. Me fui directamente a mi dormitorio y me saqué los zapatos. Y después de meterme en la cama, escuché a Till caminando hacia su habitación.

Varios minutos después, cuando todavía no había oído su puerta cerrarse, me empecé a preocupar.

—¿Till? —Llamé al techo.

—Sí —respondió, levantando mi ventana.

—¡Mierda! —grité—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué nunca estás donde se supone que estás esta noche? —le grité mientras trataba de frenar mi pulso.

Plantó su voluminoso cuerpo adentro. Por mucho que quería aferrarme a mi ira, con sus siguientes palabras, Till Page me robó mi derecho otorgado por Dios como mujer de estar enojada con un hombre estúpido.

—Tal vez estoy exactamente donde se supone que debo estar.

—Tal vez estás borracho —dije sarcásticamente con el fin de ocultar la forma en que mi corazón se detuvo.

Echando atrás las mantas, hice una invitación tácita a que se uniera a mí. No era inusual que Till pasara el rato en la cama conmigo. Nos acostábamos tarde por la noche y hablábamos de mierda al azar. No nos abrazamos exactamente, pero siempre encontraba la manera de tocarme.

—Lo siento. —Pateó sus zapatos al final de la cama, por lo que era bastante obvio que estaba planeando quedarse por un tiempo—. Es solo que… es demasiado, Garabato. —Hizo una pausa para cruzar los brazos detrás de su cabeza—. Quiero

darles a los chicos mucho más de lo que nosotros tuvimos al crecer, pero simplemente no tengo para dárselos. —Se dio la vuelta para mirarme y sus ojos brillaban con desesperación—. Quiero estar ahí para ellos, pero para pagar el alquiler y comprar la mierda que necesitan para la escuela, tengo que trabajar malditamente cerca de veinticuatro horas por día a la semana. Luego está el compromiso en el gimnasio. Me encanta la forma en que me siento dentro de ese cuadrilátero, pero supongo que podría renunciar a ello. Comemos dos comidas al día allí, sin embargo. Si dejamos de hacerlo, tendría que sacar más dinero de la cuenta bancaria ya en negativo para comestibles.

»Ahora Quarry está empezando a encajar en el gimnasio y está mostrando realmente talento. No estoy seguro de lo que sucedería si dejo de aparecer para entrenarlo cada noche. Todavía no sabe la ética de trabajo que Slate inculca. Aunque, ha pasado un mes desde que trató de faltar a la escuela, así que supongo que eso es progreso. Y Flint… —Se quedó en silencio. Casi me había convencido que se había quedado dormido cuando soltó—: ¡Cristo, ese chico es inteligente! No puedo pagarlo, Garabato. Todas las cosas después de la escuela que él quiere hacer. Y me refiero a las cosas buenas que los padres rezan para que sus hijos estén interesados. Es una bestia en el cuadrilátero, pero tiene igual de talento fuera de ello. Nunca lo han tenido fácil y ahora tienen que ser examinados para ver si en última instancia van a luchar por el resto de sus vidas. Es que no es justo joder.

—Bueno. En primer lugar, ya tienen más que nosotros porque estás lo suficientemente preocupado que estas enloqueciendo por esto.

—No estoy enloqueciendo —murmuró para sí mismo.

—Sí lo estás. Y eso es algo bueno. No lo conseguimos de nuestros padres. Yo te tenía y tú me tenías. Esa es la forma en que siempre ha sido. Bueno, ahora, Flint y Quarry te tienen, pero adivina qué, ellos también me tienen. No puedo hacer mucho para ayudar en el departamento financiero, pero puedo echarte una mano recogiéndolos y llevándolos al gimnasio para permitirte un poco más de tiempo en las mañanas o por las tardes. Tal vez tomar algunas horas extras en la tienda para ayudar a aflojar las cosas.

Se me quedó mirando mientras hablaba y podía ver el levantamiento de peso de sus hombros con cada palabra. Sí, amaba a Till, y había llegado a amar a Flint y a Quarry también, pero mi oferta de ayuda era completamente egoísta. No estaba solo en esto. Porque si lo estuviese, eso significaría que yo estaba sola también. Necesitaba a los chicos Page mucho más de lo que me necesitaban.

Till hizo las cosas un poco diferentes esa noche. Empezó con lo mejor.

—No te merezco. —Se dio la vuelta y me dio un abrazo—. Tú y los chicos son todo lo que tengo —susurró en mi cabello, me derretí contra él.

Luego sacó una *mejor*.

—Sabes que te amo, ¿verdad? No te lo digo lo suficiente, pero lo hago.

Mi respuesta fue amortiguada contra su pecho.

—Sí, lo sé.

—Bueno. Solo lo comprobaba. —Se rió e hizo cosquillas en mis costados.

Me retorcía en mi lado de la cama.

—Así que, ¿qué hago si dan positivo? ¿Qué pasa si mis inútiles padres pasaron esta mierda a todos nosotros?

—Hacemos lo que hacemos siempre. Vamos a la batalla contra el mundo. —Sonrió con ambos lados de su boca y era una vista realmente increíble—. Eres un luchador, Till. Esto no es diferente.

Soltó una carcajada.

—No puedo luchar contra lo inevitable.

—Tal vez no. Pero nosotros podemos. —Le devolví la sonrisa, pero la suya cayó al instante. Me miró parpadeando en lo que solo podría describir como admiración por varios segundos.

Del mismo modo que comencé a cuestionar su reacción, Till lo hizo todo más difícil.

Con ambas manos, tomó mi rostro y presionó sus labios contra los míos. Respiró hondo mientras sostenía mi boca como rehén. Mis ojos estaban muy abiertos por la sorpresa, pero Till bloqueó con reverencia los suyos mientras abría su boca y deslizaba su lengua contra la mía. No sé por qué mi boca se abrió o por qué mi lengua acarició la suya y no tenía ni idea de por qué un gemido escapó de mi garganta mientras él rodaba encima de mí. Por qué no sabía que incluso formara parte de mi vocabulario hasta ese momento.

Sabía solo una palabra.

—Till.

15

Eliza

Di un grito ahogado mientras deslizaba su boca caliente sobre mi cuello. Su lengua dejó una estela de escalofríos, mientras se dirigía hasta mi pecho.

—Quítate esto. —Sus manos callosas se deslizaron debajo de mi camiseta.

Levantando los brazos, le di permiso para quitarla. Observó como lamí mis labios. Entonces sus ojos se calentaron antes que bruscamente tomara mi boca otra vez.

Fue entonces cuando lo probé.

Cerveza.

Arrojé mis brazos de nuevo a la cama.

—Till, espera. No podemos hacer esto. —Volví la cabeza para desconectar el beso, pero solo lo llevó a prenderse a mi cuello de nuevo.

—Sí, podemos, —gruñó, rastrillando sus dientes a través de mi piel.

Sí, podríamos.

—No. No podemos. ¿Recuerdas la última vez? Casi arruinó todo. —Gemí mientras rodaba muy ligeramente sus caderas contra mi centro—. En serio, tenemos que parar. Estás borracho y no piensas con claridad. Vas a darme las gracias por la mañana. —Me moví hacia un lado, tratando de escabullirme debajo de su gran cuerpo, pero me tenía inmovilizada.

Su mano encontró mi pecho, enviando una oleada de calor entre mis piernas, sin pasar por mi cerebro completamente.

—No estoy borracho. Sí, estaba bebiendo, pero he querido tenerte otra vez desde el segundo que me retiré la primera vez. Te necesito.

Pero yo lo necesitaba también, en una manera totalmente diferente.

—No. La última vez, desapareciste durante seis meses. No puedo pasar por eso otra vez. —Me contoneé hacia arriba en la cama para escapar de la creciente presión que su erección estaba generando mientras él continuamente se desliza contra mí.

—No voy a irme nunca más. Lo juro. Somos tú y yo para siempre, Eliza.

Eliza.

Para siempre.

Con Till.

Sus ojos color avellana estudiaban como sopesaba mis opciones. Sabía que iba a mecer nuestro mundo, pero con su promesa de para siempre aún resonando en mis oídos, no me importaba si el mundo entero se volteaba al revés. Me podría haber sentado allí todo el día y tratar de racionalizar todo, pero el hecho era que mi cuerpo había tomado su decisión en el momento que él había dicho mi nombre.

Lamí mis labios de nuevo, luego me incliné hacia delante y lamí los suyos.

—Quítatela.

Dejó escapar un gruñido fuerte y luego se arrancó la camisa sobre la cabeza. Su boca cubrió la mía mientras comencé a buscar a tientas el botón de su pantalón. Apenas si los había desabrochado antes que introdujera una mano dentro y la envolviera alrededor de su pene.

—Demonios. —Jadeó, dejando caer su frente a mi pecho y balanceando sus caderas, deslizando su eje a través de mi mano.

Apoyándose en un codo, liberó un pecho de mi sujetador y lo chupó en su boca. Mi mano se congeló mientras me arqueaba en la cama. Recordé la primera vez que la lengua de Till rodeó mi pezón y eso no fue nada como esto. Esto era áspero y crudo. Sus dientes pellizcaban y su lengua calmaba. Su mano amasó la carne suave mientras sostenía mi pecho con su boca.

De repente, su boca desapareció, pero reapareció en forma de mordisco suave a mi costado.

Arrastró su lengua hasta la curva de mi pecho y tiró mi pezón entre los dedos antes de sensualmente rodarlo.

—¡Oh, Dios! —Jadeé y tomé su nuca, tratando de apuntar a su boca en alguna parte, aunque no estaba particularmente segura por dónde quería empezar.

Mi mano cayó mientras Till se elevó sobre sus rodillas. Vi cómo me ondulaba bajo su experto toque. Él no era el único hombre con quien había estado, pero era el único que mi cuerpo reconoció.

—Jodido infierno, Eliza. ¿Tienes alguna idea de lo duro que me pones? —Deslizó la otra mano sobre mi estómago hasta llegar a mi pecho—. Jodidamente amor, cuando llego aquí y ya estás en la cama, tus pezones se ponen duros para mí en el segundo que me arrastro a través de esa ventana. No puedo decirte cuántas veces he salido de aquí con bolas azules solo por estos putos pezones.

Eso fue sin duda una novedad para mí. Fan-jodidamente-tástico nuevo para mí.

Apretó firmemente mis pechos antes de inclinarse hacia adelante y deslizar la lengua por uno.

Luego pasó al otro y regresó de nuevo.

—Maldita sea, me encantan tus tetas —dijo a través de besos entrecortados, luego chupó en su boca tanto de mi pecho como pudo.

Su mano masajeó y su lengua se arremolinó. Me hubiera gustado que pudiera venirme solo por eso, pero necesitaba más. Mis piernas se abrieron y me moví yo misma por la cama mientras buscaba algún tipo de presión contra mi clítoris.

—Por Favor. Till. —Mis caderas hicieron círculos en la cama, pero llegaron vacías.

Se dio cuenta de mi necesidad y se movió hacia arriba en la cama, presionando su muslo contra mi núcleo cubierto.

Las chispas me encienden en el momento en que encuentro fricción. Justo cuando me extiendo hacia abajo para encontrar de nuevo su polla, sus manos desaparecieron, provocando que una objeción estrangulada escape de mi garganta.

—Tengo que verlo. —Su voz irregular exigió, pero no era como que estaba tratando de detenerlo. Le habría mostrado casi malditamente cualquier cosa que quisiera en ese momento. No sabía a qué se refería.

Guió mi espalda fuera de la cama, luego, con una mano, desabrochó mi sujetador y lo deslizó de mis brazos. Tan pronto como estuve expuesta, gimió profundamente y rozó su nariz a través de mi pezón, bañando con su lengua bajo la curva de mi pecho derecho.

—No he sido capaz de llegar sin visualizar esta peca. Jodidamente me arruinó.

—Es solo una peca. No te puede arruinar‘—le dije con voz entrecortada, sin dejar de molerme contra su muslo.

—Patrañas. Es tu peca. Podría destruirme.

Mi pecho se apoderó de sus palabras y mis caderas se quedaron inmóviles.

Siempre había sido Till para mí, pero con ese sentimiento, me sentía como tal vez era siempre yo para Till. El sentido de pertenencia abrumadora me enciende en llamas. El calor abrasador se desplazó por mis manos mientras enredo mis dedos en su cabello y hago un puño para inclinar su cabeza hacia atrás.

—Te quiero. Ahora —dije descaradamente.

Exhaló un siseo entre dientes, inclinándose lejos de mi alcance para aumentar la tensión.

Los músculos de su cuello se flexionaron mientras sus ojos se estrecharon, y una sonrisa de un solo lado tiró de sus labios. Era el lado equivocado sin embargo. Esta sonrisa era peligrosa, pero bajo su toque, no tenía miedo.

—Toma lo que quieras. Es todo tuyo de todos modos. —Terminó con un mordisco.

Le quité la camisa y luego fui a trabajar en su pantalón. Ya estaba desabrochado, pero quería que se fuera. Con brusquedad empujé a Till hacia abajo sobre su espalda y me deslicé fuera de la cama, tomando su pantalón conmigo. Después de eso, el mío fue a hacerle compañía en el suelo.

Su polla saltó libre y, sin un segundo de vacilación, me arrodillé en la cama y lo tomé en mi boca.

—Demonios —refunfuñó entre dientes mientras sus manos se abrieron paso en mi cabello. Lo acarició hacia un lado y me miró atentamente. Sus abdominales ondularon mientras lo trabajé, pero por mucho que me encantaba cada reacción involuntaria, sus ojos fueron lo que realmente mantenían mi atención.

Ellos me poseían, ambos lo sabíamos.

Till guió suavemente mi cabeza a un ritmo. Era sin complejos y aun así permisivo. Posesivo y aun así desesperado. Dominante y aun así buscando validación. Era la siempre presente dicotomía de Till Page. El niño y el hombre.

Me hubiera gustado, haber tenido más tiempo para disfrutar realmente viendo a Till perdido en las sensaciones que le proporcionaba. Pero habría suficiente tiempo para eso más tarde. Para siempre.

Con un gemido, él me arrastró a su cuerpo.

—Maldita sea, Eliza. Podía follar tu boca durante días, pero no estoy terminando hasta que te haya tenido por completo.

Después nos rodó de manera que él me cubrió, su boca se estrelló en la mía en una reunión necesitada.

No había nada suave mientras su mano se hundió entre mis piernas. Apenas me había ajustado a la intrusión de sus dedos antes que desaparecieran y su longitud presionara en mi entrada.

—Dios, Till. —Respiré, levantando mis caderas y animándolo a seguir. Sabiendo que estaba a solo unos segundos de distancia de tenerlo de nuevo y llegar a mantenerlo, me hizo impaciente.

Arrastró la cabeza de su polla a través de mis pliegues.

—¿Te pones así de húmeda por todo el mundo? —preguntó con un gemido doloroso. Me estaba torturando casi tanto como lo sufría él.

—Solo tú, —le susurré, y su cabeza saltó, indicando que no me había oído—. Solo tú —repetí.

—*Solo* yo.

No fue la confirmación de mi respuesta, era una orden. Una sonrisa amenazadora se formó en sus labios. No la reconocí del repertorio de sonrisas de Till. Pero de nuevo, nunca me recosté desnuda delante de Till, el hombre.

Mi boca se abrió mientras se presionaba dentro. Mis músculos se apretaron a su alrededor, saboreando cada centímetro que me daba.

Se quedó inmóvil una vez que me llenó.

—Esta noche, te vienes en mi polla. Es la única cosa que he estado extrañando. —Se deslizó fuera agónicamente lento y luego se condujo hacia adentro de nuevo. Un grito agudo escapó de mi garganta—. Oh, mierda te sientes bien, Eliza.

—¡Ahhh! —Respiré mientras él una vez más se movía con cuidado.

Mis ojos se cerraron y mi cabeza cayó sobre la almohada mientras ansiosamente esperaba otra estocada profunda. Pero se quedó inmóvil con solo la cabeza de su polla enclavada dentro de mí.

—¿Necesitas que lo tome con calma, nena?

—No. Por favor no lo hagas. Fóllame duro, Till.

Sus ojos se abrieron como platos y su polla se movió dentro de mí.

—Jesucristo. Debería follar tu boca con más frecuencia.

La pequeña sonrisa que apareció en la esquina de su boca me dio un destello del chico por el que había caído originalmente enamorada. Me encantaba esa versión sexy y sucia de Till, pero esa contracción de sus labios me encendió más de lo que cualquier palabra pudo nunca.

Y cuando fue reemplazada por una sonrisa, sentí mi núcleo apretando. Sabía que, pasara lo que pasara después de ese momento, nunca seríamos capaces de volver a ser amigos. Una mirada y era adicta.

Till

Me enterré hasta la empuñadura en su interior.

Mi mente estaba brumosa por el alcohol, pero sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Era un ladrón, pero me había convencido que no estaba mal. Solo estaba tomando lo que era mío por derecho.

La forma en que sus ojos se habían iluminado cuando anuncié "Para siempre", me dijo que pensó que esto era más. La hubiera corregido si no quisiese decirlo desde el fondo de mi alma. Simplemente había sabido que no podía seguir adelante.

—¡Till! —Jadeó ella.

—Necesito sentir que te vienes. —Me conduje dentro de ella en la forma en que jodidamente me encantaba y a juzgar por el sonido de sus gemidos, a ella también. Pero a pesar de lo duro que la tomaba, ella no se vino.

Gritó mi nombre y su cuerpo se retorció, pero no iba a bajar del borde.

—Maldita sea, dime lo que te gusta —Gruñí, tomando su boca en un beso frustrado.

—Aquí. —Ella pasó una mano entre nosotros para encontrar su clítoris.

Sabía cómo hacerla llegar con mis manos. Basados en la última vez que habíamos estado juntos, eso era fácil. Pero tenía tres años de sueños alimentándome con un tremendo deseo hacer que se venga con mi polla.

—Sin manos. —Tomé sus brazos y los empujé por encima de su cabeza, asegurando ambas muñecas en una de mis manos—. Quiero que te vengas a causa de esto.

Deliberadamente bombeé dentro de ella, conduciéndome hacia el borde del orgasmo con cada embestida.

—No puedo —gimió, luchando por liberar sus brazos.

—Sí, puedes.

Seguí un ritmo duro que estaba lentamente volviéndome loco. Sus gemidos y gritos fueron alentadores, por lo que establecí una guerra contra mi propia liberación.

Ella podía hacerlo. Se lo daría. Lo tomaría de ella.

—Usa *tus* manos entonces —negoció.

—No. Maldición. Es la única cosa que no tengo de ti, Eliza. Si tengo que follarte hasta que me ponga suave, entonces te voy a lamer hasta que consiga ponerme duro otra vez. Te vendrás sin usar tus jodidas manos.

Sus ojos brillaron hacia los míos con sorpresa… *y excitación*.

—Cristo, Till.

—Tengo toda la noche. Dime cómo conseguir que te corras.

—¡No lo sé! Maldita sea, por favor, solo tócame —jadeó, rastrillando sus uñas en mi espalda.

Estaba tan concentrado en encontrar la manera de tomar la última pieza que necesitaba para terminar mi colección de Eliza Reynolds, que me perdí el hecho que lo estaba arruinando para ella.

—Está bien, está bien. —Mantuve un ritmo, pero finalmente dejé caer mi mano entre sus piernas.

En el momento en que mi pulgar rozó su protuberancia hinchada, todo su cuerpo se convulsionó. No se vino, pero sabía que estaba en camino.

—Por lo tanto, mi polla te acerca, pero ¿esto es lo que necesitas? —Rodeé su clítoris y se tensó a mí alrededor. *Tan jodidamente cerca.*

—Sí. Lo siento. —Rodó sus caderas para conducirme desde el fondo.

—Discúlpate al ordeñar mi polla. Vamos, Eliza. —Deslizando un brazo debajo de su culo, levanté su mitad inferior de la cama para permitir un mejor ángulo. Con el pulgar moviéndose furiosamente, perforé en su interior.

Por fin jodidamente, todo su cuerpo tembló y sus músculos palpitaron.

Ahí está.

—Dios. Till.

Oh, me habría perdido en el dulce sonido de su éxtasis.

—Joder —digo apretando los dientes mientras mi polla disparó en su interior. Caí hacia adelante, atrapándome con mis brazos a cada lado de su cabeza mientras la llenaba—. Maldita sea, Eliza. —Traté de recuperar el aliento, pero las réplicas continuaron su curso a través de mis bolas.

—Te amo tanto. —Tomó mi boca hasta que empecé a suavizarme dentro de ella.

—Yo también te amo. Siempre —le prometí entre besos.

Durante la siguiente media hora, nos tumbamos en la cama besándonos y llegando a conocer el cuerpo desnudo del otro, en una naturaleza mucho menos sexual. Fue casual, pero necesitada. El sexo era increíble, pero estos momentos eran de los que mis fantasías estaban hechas en realidad.

Fantasía, pero no la realidad.

Eliza

No hablamos mientras nos quedamos dormidos a pesar que era muy consciente que teníamos mucho que discutir. No era estúpida. Conocía a Till, y probablemente estaba enrollando las cosas en su cabeza incluso mientras me quedaba dormida en sus brazos. Estaba demasiado saciada para disuadirlo desde cualquier cornisa, en que estaba segura se había subido en el minuto que había acabado y ya no estaba impulsado por su polla. Pero podríamos deducirlo todo más tarde. Ni una sola vez me mintió, así que dormí fácilmente sabiendo que siempre realmente significaba para siempre.

Pero llegar allí sería un tema totalmente independiente.

16

Eliza

—Hola. —Mis mejillas se calentaban mientras entraba al apartamento de Till.

Recuerdos de su boca en mis pechos inundaban mi mente y se aseguraban que mis pezones se endurecieran enseguida. Lo hubiera usado como ventaja, pero los chicos estaban presentes, así que rápidamente me crucé de brazos.

Quarry corrió hacia mí tan pronto como puse un pie en la alfombra.

—Eliza, ¿adivina qué? ¡Esta noche gané la pelea en el gimnasio! Así que la semana que vine voy a pelear con Chris. Y él es como, muy, muy bueno, pero puedo ganarle. Hace esta cosa como que deja caer las manos. Voy a…

Continuó divagando sobre boxeo, pero centré mi atención en Till, quien estaba en la cocina, sosteniendo una cuchara llena de mantequilla de maní congelada en el aire. Su mano libre fue enseguida a su labio superior ni bien hicimos contacto visual.

—Hola, *Garabato*.

Su saludo inmediatamente me puso a la defensiva. La forma en que había dicho "Garabato" bien podría haber sido la Gran Muralla de China por todo lo que nos dividió. La noche anterior, era *Eliza*.

Incliné la cabeza.

—¿Por qué me llamas así?

—Siempre te llamo Garabato —respondió, pero inclusive eso sonaba distante.

Ah, sí. Sin duda había tenido una confusión en su cabeza desde que salió de mi cama anoche.

—No siempre. —Entrecerré los ojos y él también.

Quarry seguía hablando de su día y Flint leía en el sofá. Como de costumbre, eran ajenos a la competición de miradas en la que estábamos metidos Till y yo.

Finalmente, una sonrisa se dibujó en sus labios mientras movía la cuchara y la introducía en la boca. Pude haber gemido mientras lentamente la retiraba. No intentaba ser sexy, pero los recuerdos de la noche anterior lo hacían casi eléctrico. Sin embargo, logró calmar mis nervios expuestos y empapar mi ropa interior.

—¿Tienes hambre? —preguntó, rompiendo la incomodidad producida en parte por nuestro primer encuentro post sexual y, en parte, porque lo estaba mirando con la boca abierta mientras comía la maldita mantequilla de maní.

—Si haces cualquier cosa menos macarrones con queso, entonces sí.

—Así queeeee, ¿no tienes hambre, entonces? —Levantó una bolsa de queso rallado del mostrador y arrojó un puñado en la olla que estaba en la estufa.

Me reí y seguí tratando de dilucidar qué había estado pensando en las últimas veinticuatro horas. El apodo había querido decir algo, pero, por otro lado, sus ojos recorriendo mi cuerpo decían otra cosa.

—No. Entonces, definitivamente, no tengo hambre. Mira, no me puedo quedar esta noche. Tengo un examen difícil de contabilidad mañana, solo quería saber si alguien necesitaba ayuda con la tarea antes de desaparecer.

—Estoy bien —respondió Flint sin despegar los ojos de su libro.

—Terminé toda la mía en el gimnasio —gritó Quarry, metiéndose una cuchara de mantequilla de maní en la boca.

—De acuerdo. Es un buen trato. —Volví mi atención a Till—. ¿Todavía vas a venir esta noche?

Dudó por un segundo.

—Eh... tú... ¿todavía quieres que vaya?

—Eso pensé ya que, tú sabes, vienes todas las noches.

—Exacto. Entonces, ¿por qué habrías de preguntar? —Arqueó una ceja.

Era mi turno para sentirme incomoda.

—Yo... —Mi voz se apagó.

Los ojos de Quarry iban de un lado al otro entre nosotros, curioso; hasta Flint se dio cuenta de nuestra incómoda conversación.

—Está bien, chicos coman algo —indicó Till a medida que caminaba hacia mí.

Luego me guió hasta la puerta de entrada.

—Entonces, ¿te veo esta noche? —le pregunté mientras salía conmigo.

Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y me miró mientras me preguntaba:

—¿Estamos bien? —Sus ojos miraron rápidamente a los míos.

Tal vez estaba mal, pero sus nervios me hicieron sonreír.

—Estoy *realmente* bien —ronroneé.

Decidiendo calmarlo, pasé mis brazos alrededor de su cintura y acurruqué la cabeza contra su pecho.

—¿*Tú* estás bien?

Dejó salir el aliento y se echó a reír mientras envolvía sus brazos a mi alrededor.

—Estoy bien.

—Así que, ¿te veré esta noche? —repetí y levanté la mirada para encontrarlo mirándome fijamente. Fue un breve segundo, pero cualquier preocupación que tenía sobre Till manteniendo su promesa desapareció.

En sus ojos ardía un "para siempre".

—Deja la ventana abierta.

Las dos veces que había estado con Till en el pasado habían sido espontáneas; pero, más tarde esa noche, realmente tenía la oportunidad de prepararme primero. Me bañé, me sequé el cabello, me rasuré… Todo. En vez de lavarme la cara como solía hacer, me maquillé antes de meterme en la cama. Me puse un sostén sexy y transparente, que solía esconder en el fondo de mi cajón, junto con su tanga a juego, que también era igual de fina.

—Hola. —Me levanté de la cama mientras entraba por la ventana.

Sus ojos se abrieron como platos cuando me vio, haciendo que, momentáneamente, perdiera el equilibro en el marco de la ventana y se cayera al piso.

—¡Dios, mierda! —maldijo mientras se ponía de pie disfrutando de mi nueva ropa—. Tú… yo… eh… —Llevó la mano hasta su labio.

Estaba plantado en el lugar, a tan solo un par de pasos, pero sus ojos recorrían cada centímetro de mi cuerpo, ida y vuelta.

Till se quedó sin palabras. Nunca me había sentido tan poderosa en toda mi vida.

—¿Estás bien? —Fingí estar preocupada mientras me acercaba poco a poco.

—Ni de cerca —le dijo a mis pechos, haciéndome reír.

Introduje una mano por debajo del dobladillo de su camiseta, pasé una uña sobre cada uno de sus abdominales y luego la metí en la pretina de sus jeans.

—Hoy estoy dolorida —le dije, cerrando la distancia entre nosotros. Mis pechos estaban presionados contra él, pero todavía ni siquiera había intentado tocarme. Tenía planes para solucionar eso. Sonreí y me puse de puntillas, besándolo en la base de su cuello—. Haz que me duela mañana también.

En el último segundo, pasé la lengua por el hueco en su cuello. Se suponía que era para tentarlo, pero ni bien sentí en la lengua el sabor de su piel, comenzaron a invadirme recuerdos de cómo tomaba más de él en mi boca. Se me escapó un gemido antes de siquiera darme cuenta.

Un fuerte ruido sordo sacudió su pecho, esa fue toda la advertencia que tuve. De repente, mis pies no estaban en el suelo y me encontraba en el aire. Ni bien aterricé en la cama, Till cayó encima de mí.

Su boca aterrizó bruscamente sobre la mía.

—Dime que no podemos hacer esto de nuevo —demandó mientras sus manos encontraban mis pechos.

—Definitivamente haremos esto de nuevo. —Arqueé mi cuerpo contra el suyo.

—Va a ser un desastre después, Eliza. Por favor.—Gimió cuando metí la mano en la parte delantera de su pantalón.

—Me llevo bien con el desastre. —Suspiré, llevando su mano desde mi pecho hasta dentro de mis bragas.

—¡Mieerdaaaaa! —maldijo cuando descubrió cuán minuciosa había sido con la rasuradora. Introdujo un dedo dentro de mí mientras deslizaba su cuerpo por la cama y se establecía entre mis piernas, bajando mis bragas en su descenso.

Sumó otro dedo en un ritmo para nada gentil, pero abrumadoramente embriagador.

—Dime que me detenga Eliza. No podemos hacer esto otra vez. —Rozó sus dientes en el interior de mi muslo.

—Ya lo estamos haciendo.

—Dime que me detenga.

—No.

—Nos va a arruinar.

—Si no paras de hablar, vas a arruinar esto.

—Lo digo en serio. —Besó el interior de mi otro muslo, sus dedos nunca vacilaban en su ritmo constante.

—Yo también. Deja de tratar de disuadirte de hacer esto mientras tus dedos están enterrados dentro de mí. —Enredé una mano en su cabello y le di un suave tirón.

—¡Maldita sea! Dime que me detenga —demandó por última vez, pero sus dedos aumentaron el ritmo antes de girarse de la manera más deliciosa.

Decidí darle lo que quería, pero solo porque sabía que ya no lo haría.

—Détente. —Rodé mis caderas forzándolo a entrar más profundo.

—Bueno, ahora ya es demasiado tarde, ¡joder!

Me hubiera reído, pero justo en ese momento su boca cayó sobre mi clítoris y me robo el aliento, las palabras, los pensamientos y un orgasmo. Mi cuerpo se sacudía a medida que me elevaba cada vez más alto, incluso si estaba cayendo. No debería de haber sido así; pero cualquiera que fuera la magia vudú que Till Page estuviera usando esta noche, estaba bien para mí. No paró de hacer remolinos con su lengua hasta que me aferré de su cabello para apartar su boca.

—¡Demasiado! —grité.

Me miró con una maliciosa sonrisa de orgullo. Su mano desapareció y, segundos después, su polla la reemplazó.

El sexo no estaba siendo prolongado como lo había sido antes. No estaba desesperado para lograr que me corriera, aunque de todos modos lo hizo. Till me llevó al borde del orgasmo y después metió una mano entre nosotros para hacerme volar. Y luego, rápidamente me siguió.

Con mis piernas envueltas alrededor de sus caderas, susurró mi nombre cuando se corrió.

—*Eliza*.

Dispersó besos lánguidamente sobre mi boca y mi cuello mientras se mecía en mi interior hasta ablandarse.

Varios minutos pasaron hasta que se recostó a mi lado y me abrazó debajo su brazo.

Pasando sus dedos suavemente sobre mis pechos, me susurró:

—Eres hermosa.

No había declaraciones de amor, pero estaban tan presentes como siempre.

—Me preocupaste antes cuando me llamaste Garabato —confesé contra su pecho, finalizando con un beso.

—Estamos bien, ¿de acuerdo? Siempre.

—Sí, siempre. —Lo abracé fuertemente—. Oye, ¿Till?

—Estoy aquí.—Me devolvió el abrazo.

—Por favor dime que usualmente eres más responsable usando condones que conmigo.

—¡Mierda! Lo lamento tanto ¡Joder! Lo juro… Siempre los uso. Sencillamente no pienso claramente cuando hago cosas contigo.

—Sí, lo entiendo. La verdad es que tampoco pienso claramente contigo. No tomo la píldora ni nada, pero creo que por ahora estamos seguros en este momento.

—De acuerdo, bien. —Suspiró y besó la cima de mi cabeza

—Pero la próxima vez, tenemos que usar uno. No corramos más riesgos.

—¿La próxima vez? —preguntó y podía escuchar la sonrisa en su voz.

Levanté la mirada y lo encontré sonriendo.

—Síp. Va a haber un montón de próximas veces. Probablemente deberías invertir en la caja más grande.

Su sonrisa se hizo más grande.

—Bueno, en ese caso no me pagan hasta el viernes, así que vas a tener que mantenerla en tus pantalones.

—Verás, ese es exactamente el problema. Lo *hemos* estado manteniendo en mis pantalones. Tal vez deberíamos probar guardarla en *tus* pantalones un tiempo.

Ambos reímos hasta que Till volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

—¿Cómo se supone que haremos que esto funcione? —Me giré a su lado.

Me incorporé para compartir la almohada y luego coloqué mi cabello detrás de la oreja mientras me acostaba.

—De la misma manera que siempre ha funcionado —dije—. Solo que ahora, además, puedes verme desnuda.

—Entonces, ¿como amigos con beneficios?

—Eh, no —le dije firmemente—. Como dos personas que se aman y que han decidido llevar la relación al próximo nivel y, de hecho, estar juntos.

No estaba lloviendo afuera, así que no podía estar completamente segura; pero juzgando por cuán rápido Till salió de la cama, pensé que seguramente lo había golpeado un rayo.

Solo lo sentí a través de un agudo dolor en mi corazón cuando Till gritó:

—¡No podemos hacer eso!

Pestañé. Supongo que esperaba algo así. Sabía que Till le daría muchas vueltas al asunto en cuanto diéramos este paso, pero no estaba ni un poco preparada para los ojos salvajes que me devolvían la mirada.

Hice mi mayor esfuerzo para mantenerme tranquila mientras le preguntaba:

—¿Y por qué no, exactamente?

—Porque no funcionará y entonces te habrás ido —declaró sus suposiciones como si fueran hechos reales que uno podría encontrar en una enciclopedia.

—No es cierto. Para siempre, ¿recuerdas? —Traté de tranquilizarlo, pero ya se estaba vistiendo, listo para irse—. Tranquilízate. Por favor. Siéntate y hablemos. —Me puse la bata y vi cómo comenzaba a caminar a lo largo de mi cama.

—No puedo estar contigo, Garabato. No de la forma que quieres.

—Eh... ¿Y por qué demonios no?

Abrió la boca, pero rápidamente lo interrumpí.

—Y te juro que si dices las palabras "fantasía" o "realidad" me voy a volver loca, ¡demonios!

—Porque no puedo perderte. Necesito...

—*¡O eso!* ¡No digas eso! ¿No puedes estar conmigo porque no puedes perderme? ¿Qué demonios quiere decir? —grité.

—¡Quiere decir que, qué pasaría si no funcionamos como "más"! —Igualó mi intensidad—. Somos buenos como amigos. Mantengámoslo así.

—Bueno, ¿y qué si decido mudarme a Zimbawe para convertirme en misionera?

Arqueó una ceja.

—¿De qué estás hablando?

—Oh, lo lamento. Pensé que estábamos jugando al juego de "y qué si..." —le contesté sarcásticamente—. Porque mis "y qué si..." son tan plausibles como los tuyos. ¡Demonios!, inclusive tal vez más.

—Deja de decir estupideces y ponte seria.

—Nunca dije algo más seriamente en mi vida. —Respiré profundamente, intentando volver a tener una apariencia de calma que claramente había perdido—. Till, te acurrucas conmigo mientras vemos películas de terror y sacas la basura cuando notas que está llena —dije y dejó de caminar el tiempo suficiente para inclinar la cabeza, confundido—. Cocino para ti casi cinco días a la semana y lavo más de la mitad de tu ropa después del fiasco "meter la sudadera negra con las toallas blancas".

»Eres la primera persona a la que recurro cuando he tenido un mal día porque me envuelves en tus brazos para que ya no parezca tan malo. Nunca, en ocho años, has faltado a mi cumpleaños o, milagrosamente, a una de las noches en que cocino "papas horneadas dos veces".

»Nos apoyamos el uno al otro en, prácticamente, todas las facetas de la vida. Cuando has tenido un mal día, no estoy segura si soy la primera persona a la que

recurres, pero sé que es un hecho que soy la única en la que confías plenamente para descargarte. Me protegerías con tu vida y haría lo mismo contigo. Si tienes un problema, lo resuelvo.

—Eso es, de hecho, Vanilla Ice.

—*Y* me rio de tus bromas, incluso cuando las dices en los momentos más inoportunos.

—Lo siento —dijo encogiéndose de hombros, sin parecer arrepentido.

—Nos amamos ferozmente... Y si los últimos días sirven de algo, estamos, sin duda, atraídos el uno al otro sexualmente también. Till, básicamente hemos estado casados por mucho tiempo. Hacerle frente a los hechos no va a cambiar nada.

—No puedo arriesgarme a sea que así, Eliza.

—Bueno, es demasiado tarde. Ya tomamos el riesgo anoche y, ni hace cinco minutos, lo estábamos arriesgando todo de nuevo. Te amo. Eso no va a cambiar nunca.

—¡Tonterías! Sí *va* a cambiar. Tienes razón. Sí nos apoyamos el uno al otro para casi todo y, si no estuvieras aquí, terminaría volviéndome loco. Esos seis meses en los que estuvimos separados casi me destruyen. Te amo e iría hasta el fin de la tierra para quedarme contigo. Pero *no* lo voy a joder tratando de convertir esto en algo que puede o no llegar a ser.

—Ah, ¿pero estabas de acuerdo con *joderme* anoche?

Hizo una mueca.

—No actúes así. No es justo. No estaba tratando de...

—¿No es justo? ¡Ah! ¿Así que ahora estamos hablando de lo que es justo? Bueno, déjame decirte cuan ridículamente *injusto* es esto para mí. Me enamoré de un hombre cuya fantasía es arrastrarse por mi ventana para escaparse de la realidad. Mientras tanto, *mi* fantasía es salir por la puerta para vivir la realidad a su lado. Estoy bastante segura que *esa* es la definición de injusto.

—Eliza. —Negó.

—No. Cállate. Estoy tan cansada de vivir en tu estúpida fantasía. ¿Sabes qué? ¡A la mierda! —Tomé su mano y lo saqué arrastrándolo de mi habitación.

No luchó a medida que íbamos a la puerta de la casa, pero frenó en el momento en que la abrí.

—Détente —dijo en voz baja.

—Vamos Till. Lo estuvimos haciendo a tu manera por ocho años, ¡demonios! Es mi turno. —Ya había pasado el punto de lo racional. Estaba más enfadada de lo

que recordaba haber estado alguna vez, pero ni una sola lágrima salió de mis ojos. De verdad, ya estaba harta.

Sus pies no se movieron.

—¡Vamos! —grité de nuevo, tirando de sus brazos.

No estaba segura qué estaba tratando de demostrar. Solo quería las cosas a mi manera de una buena vez. No era un problema de si Till me deseaba o no, me amaba o no, si podía tenerme o no. Se trataba de su estúpida necesidad de mantenerme reservada porque estaba asustado que algún día me fuera. No podía comprender que abandonarlo también me habría matado a mí. No podría haberlo hecho ni siquiera si de pronto el mundo se prendiera fuego. Hubiera muerto a su lado antes que mis piernas se movieran.

Me miró en silencio mientras las lágrimas finalmente llegaban a mis ojos. Pasé a su lado y se dio la vuelta, enganchándose de mi brazo y arrastrándome para abrazarme.

—Te amo. Te juro que te amo. Por favor, deja que eso sea suficiente —imploró, acariciándome el cabello y abrazándome fuerte.

Estábamos el uno para el otro y no se interponía nada en el medio, salvo el mundo de los sueños de un niño pequeño.

—Está bien. Estaremos bien. —Sollocé y di un paso fuera de su alcance.

Todo su cuerpo se aflojó mientras bajaba la barbilla a su pecho y cerraba los ojos aliviado.

Y entonces lo terminé.

Corrí hacia adelante y, con las dos manos, empujé a Till tan fuerte como pude. Atrapándolo con la guardia baja, lo saqué tambaleándose por la puerta.

Se quedó aturdido y sorprendido. Estaba boquiabierto y parpadeaba rápidamente. Era físicamente doloroso ser testigo de eso, pero tenía que hacerlo.

—Se terminó la fantasía. Avísame cuando estés preparado para usar la puerta. —Con un rápido empujón, cerré la puerta de mi relación con Till Page.

No la trabé. De hecho me quedé ahí de pie deseando que se apresurase y entrase de vuelta. Podía estar tan enojado como quisiera si tan solo abriera la puerta y entrara. No me moví hasta que escuché que sus pasos se dirigían a mi dormitorio. Corrí hasta allí y, justo cuando se acercaba, cerré la ventana también.

Sus amables ojos se volvieron asesinos.

—Abre la puta ventana —exigió a través del cristal.

—No.

—¡Abre la ventana! —gritó.

—Ya no más, Till. Te amo, pero estoy cansada de vivir en tu fantasía. Mi puerta siempre estará abierta para ti. —Mis lágrimas caían mientras observaba como cada palabra llegaba a su hermoso rostro—. Basta de ventanas. Basta de fingir.

—Eliza, no lo hagas. Empezaremos de cero. Volvamos a ser amigos.

—No puedo volver a eso. No después de haber experimentado lo que podemos ser estando juntos.

—¡Garabato! Abre la ventana. —Golpeó con el talón de su mano el edificio de ladrillo.

—Adiós, Till.

Sus ojos se abrieron como platos a medida que lentamente bajaba la persiana.

—¡Detente, Eliza! —gritó hasta que cerré las cortinas.

Una parte de mí esperaba que rompiera el vidrio para volver a entrar, pero supuse que eso habría arruinado su ventana mágica para siempre.

Después de varios minutos, lo escuché subir las escaleras. E inmediatamente después de eso, gritó y rompió cosas por varios minutos. No podía escucharlo, así que me puse los auriculares y me hice un ovillo en la cama, permitiéndome volverme loca también.

No podía mentirme a mí misma. Siempre había algo de romántico en que Till entrara por la ventana y la manera en la que me hacía sentir ser tan especial que le daba miedo usar la puerta. No estaba loco… sabía la verdad. Pero, a veces, en el mundo en el que vivíamos, donde todo era una lucha, era fácil llegar a depender de las cosas que adormecen el caos. Algunas personas recurren a las drogas o al alcohol como escape. Pero tenía a Till… y él tenía la fantasía.

17

Till

Explotó. Un minuto la estaba sosteniendo en mis brazos mientras se corría gritando mi nombre. Y minutos después, se había ido. Casi destruí el edificio esa noche. Y seguro como la mierda que destruí mi habitación. Hablando en serio, consideré levantar las tablas del piso y dejarme caer a su habitación desde el techo. Estaba loco, pero así era exactamente como se sentía mi vida también.

Flint vino a ver que estuviera bien, pero no hizo ni una sola pregunta acerca de por qué de repente estaba haciendo un alboroto contra mis muebles. Podríamos asumir que él y Quarry habían oído todo y sabían que su hermano era un tonto delirante. *Increíble*.

Durante veinticuatro horas enteras, me hundí en una profunda depresión. No tenía otra opción más que ir a trabajar. Hacía todos los movimientos, pero mi mente solo pensaba en Eliza. Era un zombi. Mi mente se dispersaba e imaginaba distintos escenarios que la traerían de vuelta, pero sabía que solo había una solución… imposible.

La primera noche sin ella, bajé hasta el purgatorio y dejé un nuevo cuaderno en la ventana.

La segunda noche, miré tan fijo al suelo que casi hago un agujero.

La tercera, me acosté en mi cama y le hablé… al menos esperaba que pudiera oírme.

Confesé todas las veces que había sentido algo y lo había disfrazado como algo inocente a través de los años. No tenía idea de lo larga que era la lista hasta que llegué a las dos horas.

La extrañaba.

Habían pasado tres días y la anhelaba en todas las maneras. Sin embargo, ella recapacitaría.

Lo hablaríamos y volveríamos a estar como siempre. Pero lo que honestamente me dolía, era eso. A pesar que sabía cómo tenían que ser las cosas, no quería volver a ser amigos. Quería arrastrarme por el piso y enterrarme dentro de ella.

Me dediqué completamente a la única cosa que parecía poder distraerme… On the Ropes.

—¿Qué sucede, Leo? —Le estreché la mano, pero me empujó y me dio una palmadita en la espalda.

—No mucho, hombre. ¿Cómo están ustedes?

Leo James era el jefe del equipo de seguridad de Slate y de su esposa, Érica. Estaba bastante en el gimnasio y, generalmente, traía a su familia consigo. No podía descifrar la dinámica de ese grupo, pero pensaba que tal vez, Leo y Érica eran parientes o algo así, de alguna manera. Eran muy unidos. Pero por muy protector que era Slate con Érica, nunca parecía perturbado por lo cercanos que eran.

—Estamos bien. Dios. ¿Tienes una guardería aquí? —Me hice a un lado, pues estaba a punto de ser avasallado por una jauría de niños enojados

Slate y Érica tenían dos chicos; Adam tenía tres años y Riley, que todavía era un bebé. Había estado en apuros para adivinar su edad. Después, Leo y su esposa, Sarah, tenían a Tyler, que tenía dos años y una niña de ocho llamada…

—Hola, Liv —saludó Quarry detrás de mí.

—Hola Q —respondió tímidamente antes de volver a jugar con Adam.

—Seguro como la mierda que, a veces, se siente así —respondió Leo riéndose—. Nos vamos a cenar y Slate dijo que cuidarías a los niños.

—¿Qué? —pregunté mientras mis ojos volaron a Slate, quien estaba charlando con Érica al otro lado de la sala.

—Sí. Es una cosa de toda la noche. Empaqué pañales de más, así que deberían alcanzar. Solo mantén un ojo en el niño. Le di un par de caramelos en el camino, así que va a estar raro.

Érica debió haber visto el miedo en mis ojos desde el otro lado de la sala porque gritó:

—¡Déjalo en paz! Ignóralo, Till. Nos encontraremos con un amigo aquí y después nos vamos a cenar. *Con* los niños.

—Oh, gracias a Dios—murmuré, causando que Leo y Slate se echaran a reír.

—Hablando de… —Slate asintió a la puerta del gimnasio.

Un tipo grande y tatuado y una rubia súper sexy entraron caminando tomados del brazo.

—¿Dónde están los niños? —gritó Sarah decepcionada.

—Vaya. También me alegro de verte, hermana —dijo la rubia sarcásticamente—. Los dejamos con Brett y Jesse. No hay manera que salgamos de la ciudad, consigamos una linda habitación de hotel y traigamos a los chicos.

—¡Te dije que tenía una niñera! —se quejó Érica, obviamente compartiendo la decepción de Sarah.

—Miren, no hemos estado solos desde que nacieron los gemelos. —Meneó las cejas sugestivamente y el hombre a su lado sonrió.

—Bueno, de acuerdo entonces. —Slate cambió de tema cuando las mujeres comenzaron a reírse—. Caleb, éste es Till Page. Till, Caleb Jones.

—¿Qué cuentas, hombre? He oído buenas cosas sobre ti. —Me extendió la mano.

—¿De verdad?

—Sí. Slate me ha estado diciendo desde hace años que eres el próximo gran…

Slate lo interrumpió.

—Bueno, salgamos de aquí. Till, Te quiero en el ring con Derrick esta noche. Los dos necesitan un buen entrenamiento, así que haz que suceda. —Sacó una cadena con una llave de su bolsillo—. ¿Crees que puedes cerrar esta noche?

Miré hacia abajo, a un guante de boxeo plateado.

—Esas son tuyas. No las pierdas.

Pestañé rápidamente. Era solamente una llave en un muy lindo llavero, pero era mucho más para mí. Por lo que sabía, nadie tenía llaves de On The Ropes más que Slate. Y el hecho que me estuviera dando una copia significaba mucho más de lo que alguna vez podría llegar a explicar.

Me aclaré la garganta así no sonaba como una perra toda sensible.

—Emm… ¿me las quedo?

—Sí. Ve con Leo y haz que te dé un código para la alarma.

¿También tendré mi propio código para la alarma? Mierda. Realmente era una perra sensible.

Media hora después, todo el equipo se fue. El gimnasio se calmó y, finalmente, se me permitían un par de minutos para obsesionarme con Eliza otra vez. *Demonios*. Hubiera entendido lo que esas llaves significaban para mí. Probablemente se hubiera puesto toda contenta y hubiera saltado de arriba abajo dándome la oportunidad de ver sus tetas rebotar. *Demonios, dos veces*.

—Till —me llamó Flint desde el ring, sacándome de mis pensamientos—. ¿Vienes?

—Mierda. Disculpa. Sí, voy. —Tomé un par de almohadillas y corrí hasta allí.

Distracción. Eso era justo lo que necesitaba.

Flint estaba haciendo un buen trabajo, mientras que Derrick Bailey entró pavoneándose al gimnasio. Por qué diablos venía al gimnasio en pantalón y una camisa rosa, nunca lo entendería.

—¿Dónde está Slate? —preguntó desde el rincón.

—Se fue. Tenía unos amigos que vinieron a la ciudad —le respondí distraídamente mientras los guantes de Flint golpeaban siguiendo un ritmo—. Quiere que entrenemos juntos esta noche. Ve a calentar.

La campana sonó y finalmente le dediqué mi atención.

—Na. Entrenaré yo solo mientras espero que vuelva. Volverá más tarde, ¿no? —preguntó con los ojos fijos en las dos chicas ricas que usaban el gimnasio como un club de campo.

—No. Yo cierro esta noche.

Volteó violentamente su cabeza hacia la mía. ¡Demonios! Cómo me encantaba esa sensación. Él no tenía llaves… eso era seguro.

—¿Tú?

—Síp. Slate me dio un juego de llaves. —Era algo obvio que ya había quedado implícito cuando le dije eso de *yo cierro*, pero en realidad, solo lo solté para echarle sal a la herida.

Asintió despacio mientras me miraba fijamente. Dios, se sentía bien estar por arriba de ese idiota.

—Ve a cambiarte y a calentar. Te veo en el ring en una hora. Tengo que terminar esto y después cambiar las toallas.

—¿Nunca te cansas de ser la sirvienta, Till? —Se rió mientras lo decía.

Esa era la manera de Bailey: un insulto envuelto en una sonrisa para disfrazarlo. Su boca pintaba el cuadro, pero sus palabras contaban la historia.

—Lo siento. No tengo un papi rico a quien le puedo chupar la sangre —le contesté. Sin risa. Solo una mirada perversa. *Esa era mi manera*.

—Claro. Bueno, ¿Cómo está tu papá? ¿Está soportando bien el encierro? —Sonrió.

Mis fosas nasales se abrieron más. No tenía idea si Bailey sabía algo de mi padre. No es como si alguna vez hablara de él. Pero con esa sonrisa come mierda cincelada en su estúpido rostro, sabía que había hecho su tarea conmigo.

—Terminemos. —Flint se paró delante de mí, bloqueando mi vista. Traté de mirar alrededor, pero Flint igualó todos mis movimientos—. Olvídalo —instó en voz baja.

Sí. Me olvidaría… hasta que entre en el ring con ese hijo de puta. Entrenar con Bailey de pronto sonaba muchísimo más divertido.

Una hora más tarde, con mi temperamento no menos calmado, me dirigí hacia el ring.

—¡Ve a decirle a Bailey que estoy listo para él! —le grité a Flint, que curiosamente no se había duchado o cambiado aún.

—Nah. Voy a dejar que tú vayas por él. —Sonrió torpemente.

—Lo está haciendo con esa chica en el vestuario —anunció Quarry mientras comía.

—¿Qué?

—Ya sabes, *haciéndolo*. Como teniendo sexo —aclaró Quarry, como si esa fuera la parte que no pudiera entender.

Flint lo golpeó en la parte de atrás de la cabeza y luego asintió, haciéndome saber que Quarry no estaba equivocado.

—Idiota —maldije mientras me dirigía echando humo hacia el vestuario.

La puerta del cuarto de masajes estaba cerrada, pero hasta yo podía escuchar los gemidos haciendo eco alrededor.

Golpeé el puño contra la puerta y escuché a una mujer chillar de sorpresa.

—Vamos, Bailey.

¡Joder, estaba cabreado! No porque me importara realmente que se estuviera follando a alguna chica de fraternidad, sino porque lo estaba haciendo en el gimnasio con varios niños todavía dando vueltas. Slate lo destruiría si se enterara.

—Dame un minuto... tal vez cinco —gritó, haciendo que la chica se riera. En cuestión de segundos, los gemidos comenzaron de nuevo.

¡Demonios! Iba a matarlo. Lisa y llanamente. Salí enfadado del vestuario pero solo para sacar las llaves de mi bolsa. Con solo girar la muñeca, abrí la puerta de su refugio no tan privado.

—¡Hijo de puta! —me insultó Derrick mientras la chica recogía su blusa para cubrirse los pechos.

—¡Fuera! —grité.

No se movió, pero la chica se puso los pantalones cortos mientras pasaba rápidamente a mi lado.

—¿De veras? —resopló, subiendo su propio pantalón.

—Aquí hay niños, carajo. ¿Qué diablos te pasa?

—Bueno, ahora, bolas azules. Gracias por eso, idiota. ¿Crees que puedo convencer a la otra de chupármela? —Sus ojos, su tono y su rostro, estaban

totalmente serios. Tanto, que me di cuenta que tenía problemas mucho más grandes que yo o que Slate.

Luego sonrió.

—¿Es una puta broma?—grité.

Metiéndose la mano en los pantalones, se sacó el condón. Ni se molestó en buscar un cesto antes de tirarlo en el suelo.

—Haz que los de la limpieza limpien eso por mí. —Se rió—. Oh, espera… eres tú.

Honestamente, estaba demasiado aturdido para reaccionar cuando pasó a mi lado. Bailey era un imbécil de mierda, pero no tenía pelotas. Y si de pronto decidía tener un par, iba a arrancárselas.

Me di la vuelta y tomé su camisa, tirándolo fuertemente contra la pared.

—¿Quién carajo te crees que eres? —rugí en su rostro.

—Vaya. Eso hizo que te enfadaras. —Se quedó allí sonriéndome, como si no le importara nada en el mundo.

No podía respirar sin preocuparme por la cantidad de cosas que se estaban elaborando en mi cabeza. Sin embargo, incluso con mi antebrazo apretando su garganta, sonrió. Me enfureció.

—Tú, pedazo de mierda bueno para nada. —Lo empujé con más fuerza, pero la pared de ladrillos detrás de él no cedió ante mi voluntad.

Quería descargar la semana de mierda que estaba viviendo en su rostro. Manos, puños, esperanzas, sueños, fantasías y, sobre todo, realidad. Quería romper todo… preferentemente sobre su cráneo. Justo cuando me convencí de que Slate entendería si cometiera asesinato en su vestuario, Flint vino volando entre nosotros.

—Detente. —Me empujó para atrás.

Me tropecé, pero Bailey enderezó su camisa de marica con una sonrisa.

Como el tonto que era, Bailey me provocó.

—¿Cuál es tu puto problema? No actúes como si nunca la hubieras echo en On The Ropes. ¡Oh, cierto! Esa pobre artista tiene dominado. Eliza, ¿no?

El sonido de su nombre saliendo de su lengua era más que suficiente para asegurarme un lugar en el corredor de la muerte. Sin embargo, el bastardo no había terminado.

—Tal vez debería ver que está haciendo ella ahora mismo. Apuesto que ese pequeño culo apretado suyo podría más que curar mis bolas azules.

Mi cerebro explotó, disparando adrenalina directo a mis venas.

—¡No! —gritó Flint, mientras pasaba a su lado, lanzando un puño con fuerza en la barbilla de Bailey.

Finalmente, esa puta sonrisa se le borró del rostro.

Flint empujó entre nosotros, tratando desesperadamente de separarnos. Apenas era capaz de mantenernos lo suficientemente separados para que no pudiéramos golpear cualquier otra cosa.

—¡Detente! ¡Cálmate! —me gritó en el rostro—. Los van a echar del gimnasio, a los dos.

No me importaba una mierda On The Ropes en ese momento, pero sí me importaba Eliza.

—Demonios, Till. Détente. No vale la pena.

Mi cuerpo luchaba, pero mi juicio finalmente ganó. Miré ferozmente a Bailey mientras dejaba que Flint me apartara.

—Tú, estúpido de mierda —maldijo Bailey frotándose la barbilla.

—Tranquilízate —me rogó Flint mirándome a los ojos—. Este no es el momento ni el lugar. Solo déjalo.

Respiré hondo y traté de calmarme. La desesperación en los ojos de mi hermano era lo único que me mantenía conectado a tierra.

Empecé a ir, a regañadientes, hacia la puerta, pero entonces oí a Bailey susurrar palabras que no pude comprender. Todo el cuerpo de Flint se puso rígido detrás de mí, revelando físicamente su severidad. Pero antes de siquiera poder preguntar que había dicho, Flint se volvió y, con un derechazo inesperado, derribó a Derrick Bailey.

Inconsciente.

—¡Mierda! —Tomé a Flint mientras lo intentaba de nuevo por unos segundos.

—Sí. Repítelo ahora, ¡perra! —gritó Flint sobre mi hombro, mientras lo sacaba del vestuario.

Algunos chicos estaban alrededor de la puerta, obviamente escuchando.

—Jacob, Sam, vayan a ver a Bailey —ordené mientras arrastraba a Flint a la oficina.

No estaba luchando contra mí, pero obviamente estaba enfadadísimo.

—¿Qué carajo dijo? —le pregunté ni bien la puerta se cerró detrás de nosotros.

—Nada. —Flint se dejó caer en la silla. Sus piernas y brazos estaban notablemente temblando a medida que se le iba la adrenalina.

—Oh, fue algo importante si te enfadó de esa manera.

—Es solo un idiota. Eso es todo. —Miró hacia arriba nerviosamente—. ¿Me van a echar del programa?

Flint acababa de cumplir dieciséis años. Era enorme y sería, fácilmente, más grande que yo en un par de años; pero todavía era un niño en el cuerpo de un hombre y estaba preocupado por meterse en problemas.

—No. Hablaré con Slate. Estará todo bien.

—De acuerdo.

Pareció ser suficiente para tranquilizarlo.

—¿Así que de verdad no me vas a decir lo que dijo? —le pregunté.

—No. Terminarías preso. Solo déjalo.

Ambos nos giramos para ver la ventana de vidrio mientras Bailey hacia la caminata de la vergüenza saliendo del gimnasio. No dijo ni una palabra cuando se fue, pero su rabo estaba firmemente entre sus piernas. Encontré especialmente gratificante ver a la chica que estaba con él antes mirándolo desde la caminadora.

—Oye, deberíamos celebrar. No todos los días puedes noquear a un boxeador profesional. —Miré a Flint, quien comenzó a reírse.

18

Eliza

Habían pasado casi dos semanas desde que había empujado a Till fuera de mi puerta. Me dolía. Lo echaba de menos. Echaba de menos a los chicos. Extrañaba el día a día, la rutina que teníamos. Apestaba.

Cuando tomé la decisión de cerrar de golpe aquella puerta, no tenía ni idea que aquello rompería mi fantasía también.

Había tratado de mantenerme alejada tanto como me era posible durante aquellas semanas. Me había quedado estudiando en la biblioteca de la universidad y tomado cada turno que pude conseguir en el trabajo. Simplemente no había sido capaz de permanecer en ese departamento. La vida había desaparecido para mi familia escaleras arriba. Y cada vez que había sido forzada a escucharlos hablando o riendo, me había despedazado.

Tarde una noche, escuché una fuerte conmoción arriba. Asumí que eran Flint y Quarry discutiendo o Till luchando con ellos. Cualquier otro día habría estado arriba incluso antes del primer grito. Pero en aquel momento, los había perdido a todos.

—¡Quarry, para! —gritó Till antes que la puerta golpeara.

Pies golpearon bajando la escalera y la pared tembló con el sonido del cristal quebrándose.

Miré por mi ventana lo suficiente para ver a Quarry alejarse corriendo. Se detuvo al final del camino como si se tratara del borde de la Tierra. Miró a la izquierda, luego a la derecha y a continuación se dejó caer al suelo.

Corrí afuera hacia él, completamente insegura acerca de qué estaba pasando pero todavía optimista de que tuviera que ayudar.

—¡Quarry! —grité, precipitándome hacia él—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —Me puse de cuclillas y comprobé que su cuerpo no tuviera lesiones. Pero solo sus mejillas manchadas de lágrimas parecían estar mal.

Ni siquiera dijo una palabra mientras se giraba y lanzaba sus brazos alrededor de mi cuello. Éramos prácticamente del mismo tamaño. Luché para mantenerme erguida. Era pura fuerza de voluntad que no cayera sobre él.

—¿Qué está mal? —Me giré para ganar una mejor tracción, pero si la sacudida de mis rodillas al momento que me encontré con los devastados ojos de Till fuese una indicación, el suelo se había hundido completamente.

Se quedó de pie en las escaleras del pasillo mirándonos, su mano frotando furiosamente su labio inferior.

—¿Qué? —gesticulé hacia él mientras sostenía a Quarry apretadamente en mis brazos.

Fue un simple gesto que debió haberme confundido, pero mi corazón se hundió hasta mi estómago al segundo en que levantó un dedo y tocó su oreja.

Oh, Dios. Quarry también se estaba quedando sordo.

Till

La miré sosteniéndolo lleno de impotencia. No estaba seguro de si Quarry estaba llorando, pero sabía con absoluta certeza que saladas lágrimas estaban fluyendo de los ojos de Eliza. Justo entonces, mientras estaban envueltos el uno en el otro consolándose, no estaba seguro de cuál de los dos estaba más celoso. Bajé las escaleras, deteniéndome justo antes de alcanzarlos. ¿Qué demonios podía si quiera decir? Así que, como un cobarde, retrocedí contra la pared alejándome de su vista.

—Oye, ¿quieres ir a algún lado conmigo? —preguntó Eliza a Quarry.

—¿Dónde? —respondió entrecortado.

—Simplemente ven.

Quería la mejor perspectiva para ver cómo iba a manejar esto. Yo había fallado más temprano cuando había tratado de sacar a colación los resultados de la prueba genética dentro de una conversación casual.

No había sabido qué más hacer, sin embargo. Eliza normalmente me habría ayudado con algo como aquello. Habría sabido exactamente cómo decirle a Quarry que se estaba quedando sordo y cálidamente asegurarle a Flint que él no lo estaba.

Rápidamente volví a subir las escaleras, totalmente esperando que lo llevara de vuelta a su departamento, pero Eliza me sorprendió mientras lo guiaba alrededor del lateral del edificio.

Me incliné sobre la barandilla y la observé detenerse en el borde del macizo de flores.

—Bienvenido al purgatorio.

—Um. Purga... ¿qué?

—Purgatorio. Ya sabes... el doloroso punto a mitad de camino entre el cielo. —Señaló por su ventana hacia el espacio enfrente de ellos—. Y el infierno.

—Till se ha inventado eso, ¿cierto?

Eliza rió.

—¿Qué lo ha delatado?

—Nadie es tan raro como para considerar tu ventana el cielo.

—Eso es cierto. —Se rió suavemente.

Mordí mi labio y sacudí mi cabeza para evitar unirme a ella.

—Ven, siéntate —le dijo—. En el purgatorio puedes maldecir tanto como quieras.

Los perdí cuando se sentaron y sus voces se volvieron amortiguadas debido a mi posición en el pasillo. Silenciosamente, bajé las escaleras y me senté en el frío hormigón detrás de la puerta de la habitación de Eliza, tan solo una esquina me separaba de unirme a ellos.

—No quiero saber que no voy a ser capaz de escuchar un día. ¡No es jodidamente justo! ¿Por qué tenía que decirme? ¡Es un imbécil! —gritó Quarry.

—¿Así que estás molesto con Till por habértelo dicho?

—¡Joder sí!

—Q, no tenía opción. Vas a tener citas médicas, tratamientos y todas esas cosas. ¿Se supone que debería haberte mentido? Ese es el tipo de información que necesitas saber.

—¡No! No lo sé. Tal vez.

—No te va a mentir. Y sé de seguro que no querrías eso.

—¡No sabes lo que jodidamente quiero!—gritó Quarry, pero luego se quedaron en silencio. Unos segundo más tarde, su voz volvió en una queja—. Eliza, no quiero quedarme sordo.

Me rompió. Tampoco lo quería. Debería haber sido el único. Felizmente habría llevado esa carga solo.

—Lo sé. ¡Jodidamente apesta! —exageró la maldición para su beneficio.

Estaba seguro que los ojos de él estaban brillantes y los de ella mojados.

—Pero no es culpa de Till. Él te quiere, Q. Conozco el dicho "la tristeza ama la compañía", pero puedo asegurarte que él preferiría enfrentar esto por su cuenta.

Jodida lectora de mentes.

Dios, la extrañaba.

Dios, la amaba.

—Hace un par de semanas, me senté justo aquí en el purgatorio con Till. Era un desastre, volviéndose loco cuando descubrió que podría ser genético.

—No me estaba volviendo loco —susurré para mí mismo.

—Te estabas volviendo loco —respondió, haciendo que mis ojos se abrieran rápidamente.

—¿Qué?—preguntó Quarry.

—Quiero decir, um, antes —dijo, cubriendo nuestra conversación—. Estabas

perdiendo los papeles… justo como tu hermano. Ya sabes, ustedes tienen un montón en común. Quizás, en lugar de estar molesto con él, deberían hablar. No hay una solución mágica para esto, pero no puede hacer daño tener a tu hermano mayor a tu lado en este viaje —dijo la verdad.

Siempre lo hacía. Incluso cuando era demasiado estúpido para darme cuenta.

Desde que había sido atrapado, no tenía sentido esconderme más. Caminé alrededor de la esquina del edificio para encontrarme a Quarry mirando lejos de mí. Su cabeza estaba apoyada en el regazo de Eliza, sus manos torpemente sosteniendo el cuaderno de dibujos que yo había dejado en su ventana. Era una posición que yo había perfeccionado años antes.

Ella estaba dibujando con golpes largos y rápidos que inmediatamente reconocí como pestañas. No miró hacia arriba mientras levantaba la mano que estaba enterrada en el cabello de Quarry y me saludaba. Me quedé parado un segundo, reviviendo el momento en que descubrí por primera vez acerca de mi diagnóstico. Eliza fue la única cosa que me ayudó a no derrumbarme y, honestamente, cada día después de eso. Fue tan sólo la promesa de Eliza lo que salvó al mundo de hundirse cuando, cada día, enfrenté la pérdida de audición.

No puedo perder eso.

Sabía lo que quería, porque era exactamente la misma cosa por la que habría matado por tener con ella. Pero hay unas pocas cosas en la vida que sobrepasan el miedo de perder un alma gemela. No dejaría que el deseo de consumirla fuera una de ellas.

Éramos buenos amigos. Podíamos dejarlo así.

Debíamos dejarlo así.

Me enfurruñé de vuelta a la esquina y los escuché habar un poco más. Mientras la intensidad de la conversación decrecía, también lo hizo el volumen de sus voces hasta que finalmente perdí el sonido de sus palabras.

Sin embargo, estaba satisfecho al saber que ella estaba con él. Si había una persona en el mundo capaz de remendar las heridas de Quarry, esa era ella.

Siempre ella.

Debió de pasar al menos una hora hasta que bordearon la esquina. Inmediatamente me puse de pie. Quarry estaba sorprendido de verme mientras que Eliza inhaló profundamente, no era por la sorpresa.

—Hola —sacudí mi pantalón.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, secando sus ojos enrojecidos.

—Te estaba esperando. —Mi boca habló a Quarry, pero mis palabras eran para Eliza.

Puso los ojos en blanco y apartó la mirada, pero no antes que viera el brillo húmedo detrás de sus pestañas.

—Lo siento. Por, ya sabes… —Quarry habló rápida y débilmente, llevando mi atención de vuelta a él.

—No te preocupes por eso. Estamos bien. —Tomé su nuca y lo empujé contra mi pecho. Era demasiado hombre para devolverme el abrazo, pero tampoco luchó contra mí.

—Juro por Dios que voy a hacer esto bien por ti. No puedo arreglarlo, Q. Pero lo haré bien. —Sentí sus hombros temblar ligeramente y eso era todo lo que podía hacer para evitar unirme a él.

—Me voy a la cama —anunció, alejándose rápidamente.

Observé a Eliza al tiempo que escuchábamos sus pisadas mientras subía las escaleras.

Justo antes que la puerta de mi departamento golpeara, gritó:

—Gracias, Eliza.

—Cuando quieras, Q —respondió, sosteniendo mi mirada.

—¿Podemos hablar? —le pregunté.

—No lo sé. ¿Podemos? —Golpeó el cuaderno de dibujos contra mi pecho.

—Te echo de menos. Realmente te necesito ahora mismo, Garabato. —Di un paso más cerca, pero se alejó.

—Bueno, ya sabes dónde estoy Till. —Abrió su puerta de un empujón y caminó a su departamento—. ¿Quieres pasar? —Inclinó la cabeza.

Ambos sabíamos que significaba que cruzase ese umbral y entrase de nuevo en su departamento. Incluso a pesar de mis ridículas supersticiones, significaría para siempre.

—Garabato, por favor.

—Eso es lo que pensaba. —Con el giro de su cadera, cerró la puerta, otra vez.

—Mierda. —Estiré mi cabello.

Me llevé de vuelta a mi habitación. Tan pronto como colapsé en la cama, abrí el cuaderno de dibujos. Sabía lo que encontraría, pero habría dado cualquier cosa porque fuera sus suavemente curvados ojos en lugar de los míos.

Pero estaba equivocado en ambos casos.

Los ojos de Quarry fueron los primeros en encontrarse conmigo, seguidos de los de Flint unos centímetros más abajo. Había páginas sobre páginas de los ojos de

los chicos con unos pocos míos esbozados aquí y allá.

Apestaba para mí no tenerla, pero había olvidado que estaba completamente sola.

—Puedes verlos siempre que quieras, ya sabes. Incluso si no quieres verme. No tienes que preguntar —dije en voz alta, sabiendo que podía oírme—. ¿Qué tal mañana? Puedes recogerlos del gimnasio y me inventaré una excusa por la que tenga que quedarme más tarde así pueden simplemente salir por unas pocas horas.

No respondió.

—Sin mí. Solo ellos.

Su voz llena de emoción rompió el silencio.

—Bueno.

Fue solo una palabra, pero me llegó hasta los huesos. La estaba perdiendo más rápido de lo que podía entender cómo hacerlo bien y era aterrador.

—Te amo —me atraganté, pero permaneció agonizantemente callada.

Eliza

—Yo también te amo —susurré al techo con lágrimas derramándose de mis ojos—. También te amo.

19

Till

—¡Tú estúpido hijo de puta! —gritó Flint mientras atravesaba furiosamente la puerta principal.

Mis ojos se abrieron hacia Quarry mientras trataba de averiguar qué pudo haber hecho para merecer este tipo de reacción explosiva, pero cuando me di la vuelta hacia Flint, su ira estaba dirigida hacia mí.

—¿Me estás hablando de esa manera? —le pregunté, estupefacto.

Había visto a Flint perder la calma antes, pero nunca así. Eso simplemente no estaba en él. Quarry o yo, seguro. Pero con la excepción de cuando perdía los estribos en el gimnasio con Derrick Bailey, Flint era bastante calmado.

—Eres un idiota. ¡Nos arruinaste a todos! —gritó, deteniéndose a solo unos centímetros de mi rostro.

No estaba seguro de qué jodido tipo de infierno a lo *Viernes de locos* le había pasado y transportado a Quarry en el cuerpo de Flint, pero claramente, algo antinatural había tenido lugar. Estaba tan confundido que no pude siquiera formular una respuesta severa.

—¿Yo? —le pregunté una vez más solo para aclarar, causando que Quarry se riera a mi lado.

—¿Qué demonios te pasa? No pudiste juntar tu mierda, por lo que ahora, ella está saliendo con Derrick.

—¿Quién? —le pregunté a pesar de que ya sabía la respuesta. Pero mi garganta repentinamente se cerró y fue la única palabra que pude forzar a salir.

—¡Eliza! —rugió, empujando mi pecho con ambas manos.

Me tropecé hacia atrás unos pasos, pero tenía menos que ver con su empuje físico y todo con ella.

—No. —Negué, rechazando su declaración.

—Oh sí. Acabo de pasarlos yendo del brazo hacia su Mercedes. —Volvió a acercarse a mi rostro—. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Por qué! —gritó.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no pudiste juntar tu mierda? Maldita sea, ¡ella va a dejarnos! Él es un maldito pedazo de mierda que te odia. Es como si la hubieras envuelto en un bonito lazo rojo y regalado a él. —Se alejó y comenzó a caminar en un patrón familiar—. Till, él es rico. Va a llevarla a lugares agradables y darle cosas buenas. Ella conseguirá un vistazo de aquella vida y no querrá volver a nosotros. Se habrá ido.

Estaba siendo irracional, sin embargo, me quedé enganchado de sus palabras.

—Va a engatusarla y hacerle creer que él es algo que no es y luego, la alejará.

—No es estúpida. No va a creer su mierda —declaré en tono casual, pero en mi cabeza, cada frase fue puntuada con un parpadeante y gigante signo de interrogación.

—¿Por qué iba a salir con ese imbécil? —preguntó Quarry, pero no podía concentrarme.

—Tienes que arreglar esto —soltó Flint—. Comienza a utilizar la maldita puerta.

Suspiré y tomé mi nuca.

—No es tan fácil.

—¿Ah, sí? —Se dio la vuelta y salió por la puerta solo para entrar inmediatamente de nuevo.

Hizo una demostración de girar la perilla y abrir la puerta.

—Estoy bastante seguro de que es así de fácil, cerebrito.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —le espeté.

—Oh, ¿no lo hago? Tal vez te has olvidado que estas plantas funcionan en ambos sentidos. Escuché todas tus jodidas discusiones de fantasía con ella. —Me dio una mirada mordaz.

—Cierto —intervino Quarry.

—¡Entonces deberían entender que no puedo darle lo que quiere!

—Saca la maldita cabeza de tu culo y deja de ser tan marica. Eso de vivir en este mundo de fantasía ridícula está arruinando la realidad para el resto de nosotros. Incluyéndola a ella. —Se dirigió a su habitación, cerrando la puerta detrás de él.

—Cristo. —Dejé caer mi cabeza en mis manos, sintiéndome más perdido que nunca.

—Para que conste, ¿no vas a gritarle por maldecir?

—Fuera de aquí, Q.

—Solo estoy diciendo que…

—¡Vete! —grité, y se arrastró por el pasillo, uniéndose a Flint en su dormitorio.

—¿Qué demonios estoy haciendo? —susurré para mí mismo, pero Eliza no estaba allí para responderme. Ella sabría exactamente cómo solucionar este problema.

Me senté en las escaleras así por más de tres horas. Revisé varias veces las páginas de su cuaderno de dibujo, trazando mis dedos sobre las líneas solo porque sabía que sus manos eran las que los habían dibujado. Eso ligeramente calmó el caos en mi mente.

Finalmente, alrededor de las diez, ella vino paseando por la acera, sorprendentemente sola.

—Hola —dije, observando sus sexys tacones rojos y odiando a Bailey mucho más porque había llegado a disfrutar de ellos.

—Hola —respondió nerviosamente, haciendo girar su cola de caballo.

Suspiré.

—¿En serio, Garabato? ¿Derrick? —Negué con decepción, a mí mismo.

—No es un mal tipo, Till. Es realmente muy agradable.

—Claro. —Asentí—. ¿Pero por qué él? ¿Es esto para vengarte de mí? ¿Una especie de castigo por no darte lo que quieres? Porque debes saber que está funcionando. Jodidamente bien. —Me reí sin humor.

—No estoy tratando de castigarte. —Se detuvo y ladeó su cabeza de lado a lado—. Bueno, tal vez no del todo. —Me sonrió, me dolió tan condenadamente mucho.

Esa sonrisa era un oasis para mí. Sabía que iba a desaparecer, pero provocaría y se burlaría de mí mientras durara.

—Cierto. —Respiré profundamente—. No tengo el derecho de pedir esto, pero lo hago de todos modos. Por favor, no vayas a una segunda cita con él. Garabato, ese chico no es bueno. Esto no viene de ser celoso. Es solo que no quiero ver a alguien tan increíble como tú mezclándose con una basura como esa.

Me dio una mirada de complicidad.

—¿No estás celoso?

—Bueno, tal vez algo. —Me reí, las lágrimas saltaron a sus ojos—. Ven aquí.

No se movió, así que cerré la distancia entre nosotros y la envolví en mis brazos.

—Lamento mucho haber arruinado esto. Solo dime cómo solucionarlo.

Sollozó y retrocedió.

—Abre los ojos, Till. Estoy harta de dejar que la Tierra gire bajo mis pies, mientras que tú circulas a mí alrededor. Debemos estar juntos, pero si eso no va a suceder, tengo que empezar de seguir adelante. —Hizo una pausa para enjugar las lágrimas que goteaban constantemente hasta su barbilla—. No quiero vivir en un mundo donde las ventanas están cerradas y los chicos Page no están en mi vida. Así que te lo ruego, Till. Despierta.

No tuve la oportunidad de encontrar las palabras para responder antes que ella se fuera.

Regresé a mi departamento y me estrellé en la cama. Estaba exhausto, pero nunca encontré el sueño esa noche. Tampoco pude encontrar la manera de despertar tampoco.

—¡Vaya! Cálmate. Acabo de comprar ese saco. —Slate rió mientras soltaba mi agresión—. Voy a cerrar en cinco. Ve a cambiarte y sal de aquí.

Me detuve y sacudí mis brazos.

—¿Te importa si me quedo un rato más? Cerraré cuando me vaya.

—¿Qué está pasando contigo? Pasaste la mayor parte de la noche aterrorizando a mi equipo, luego te fuiste con los chicos, y menos de una hora más tarde, estás de vuelta solo. No me malinterpretes. Me gusta la dedicación. Pero tiene que haber algo más en esto.

Solté un bufido y miré hacia el suelo.

—El auto de Derrick estaba estacionado en mi departamento cuando llegué a casa. No puedo volver allí ahora mismo.

—¿Qué está haciendo en tu casa?

—Nada. Está en la casa de Eliza.

Las cejas de Slate se dispararon cuando la comprensión cruzó su rostro.

—¿Ustedes dos rompieron?

—¿Quién? ¿Yo y Eliza? Nunca estuvimos juntos.

Slate soltó una carcajada.

—Lo siento, amigo, pero creo que tú eras el único que creía eso.

—No. En serio. *Solo* somos amigos.

—Bueno, de todas las veces que los he visto juntos a los dos, no era *solo* algo para ti.

—Lo que sea. —Le resté importancia, pero solo porque sabía que tenía razón.

—Así que, ¿cuál es tu problema con Derrick estando ahí, entonces?

Ahora *eso* sí lo podía responder.

—Odio demasiado a ese tipo. No lo quiero cerca de ella.

—Sí, he oído que ustedes se pelearon hace unas semanas.

Mi cabeza se levantó hacia él.

Antes de eso, no nos había mencionado ni una sola palabra a Flint o a mí sobre esa noche en el gimnasio.

Slate tenía una estricta política de "no pelear fuera del ring", por lo que había imaginado que de seguro habríamos oído hablar de él si se hubiese enterado.

—Sí. Acerca de eso… —comencé, pero me interrumpió rápidamente.

—Así que, ¿estarías bien si se tratara de cualquier otro tipo en su lugar?

—¿Tienes ojos en mi chica, Slate? —le respondí todo listillo, se rió—. Nah. Pero es definitivamente peor, porque es él.

—Lo entiendo. —Me apretó el hombro—. Está bien, quédate todo el tiempo que quieras. Tómalo con calma con mi bolsa, sin embargo. —Me lanzó una sonrisa mientras se giraba para alejarse.

—Ella quiere más —espeté. Necesitaba alguien con quien hablar y el saco de boxeo no me estaba ayudando.

Se volvió hacia mí, cruzando los brazos sobre su pecho e hizo una señal para que le explicara.

—¿Qué pasa si lo llevamos a ese siguiente nivel y no funciona? La perdería para siempre. Pero no puedo hacerla entender, así que me temo que va a suceder de todos modos. —Metí un guante bajo mi brazo y lo desamarré.

—¿Quieres consejos o simplemente quieres que te escuche?

—Consejos. Por favor. Cualquier cosa.

—Vas a perderla sin importar lo que hagas.

—Vaya. Eres terrible en esto —le disparé.

—Till, ella ya no es la chica con la que salías en la secundaria. Una de dos cosas es lo que va a suceder. O bien vas a llevarlo al siguiente paso y hacerla tu mujer o te sentarás y verás que alguien más lo haga. Va a suceder sin importar cuánto trates de luchar contra ello. Si no es Derrick, *será* otra persona.

—No. Ya ha tenido citas en el pasado, pero nunca ha estado en serio con nadie.

—Pero ya no es una niña, sin embargo. Tiene veintiún años y empezará a hacer planes para el futuro. La gente no permanece igual para siempre, especialmente las mujeres. Pero tienes que enfrentar el hecho de que *no puedes* perder esa chica a la que estás tan desesperado por aferrarte… ella ya se ha ido.

—¡No se ha ido! —grité mientras el pánico comenzaba abrirse camino.

—Sí, se ha ido, hijo. Tienes que dejar de lado todo lo que tenían antes y hacer algo nuevo. No estoy diciendo que tienes que casarte con Eliza, pero creo que tienes que averiguar lo que quieres antes que te encuentres sentado en una iglesia, viéndola casarse con otra persona. —Slate caminó hacia adelante, balanceando sus llaves alrededor de su dedo—. Y será mejor que lo averigües rápido, porque las mujeres como ella no se quedan solteras por mucho tiempo.

No tenía una respuesta mientras retrocedía. El hecho que alguien no hubiera encantado a Eliza era un milagro en sí mismo. Pero ella siempre había dejado en claro que me amaba. Fue estúpido e ingenuo, pero no me había preocupado de que terminaría con nadie más. El escenario de verla casarse parecía tan inverosímil que ni siquiera pude evocar la imagen.

Así, en lugar de centrarme en la boda imaginaria de Eliza, cerré mis ojos e imaginé *mi vida* con otra persona.

20

Eliza

Estaba muy emocionada cuando oí el golpe inesperado en la puerta de mi departamento. Pero cuando la abrí, sentí un profundo sentimiento de decepción cuando encontré a Derrick parado en mi alfombra de bienvenida. Había traído comida china para disculparse por tener que irse después de nuestra cita de la noche anterior. Poco sabía él, pero esa había sido mi parte favorita de todo el día. Mis modales ganaron y lo invité a entrar.

Habíamos pasado el rato y hablamos durante un par de horas. Había sido una tarde agradable. No genial. Solo agradable. Cuando le dije la excusa que estaba cansada, captó la indirecta. Le ofrecí un abrazo casto en la puerta, pero él tenía otras ideas. Sus labios rozaron suavemente los míos y en lugar de sentir la chispa de emoción que debe preceder a un primer beso, me encogí. Él no pareció darse cuenta, por lo que con la promesa de una cita la próxima noche, me apresuré a despedirlo.

Derrick era un tipo bastante agradable. Era encantador y toda esa mierda, pero no había ninguna posibilidad que pudiéramos llegar a convertirnos en algo más. Él no era Till. Sin embargo tenía miedo que nadie lo fuera.

Estaba tumbada en mi sofá, luchando con mis manos mientras mis ojos volaban desde el carbón, cuando otro golpe inesperado en la puerta me sobresaltó.

—Um... ¿quién es?

—Soy yo. —La voz de Till tembló con esas dos simples sílabas.

Abrí la puerta de golpe, orando que fuera el momento que había estado esperando, pero sus pies nunca se arrastrando hacia adelante.

—Estoy listo para dejarnos ir —anunció abruptamente.

Nunca en mi vida había sentido un dolor tan profundamente.

Mi corazón se detuvo.

Mis huesos dolían.

Mi alma se marchitó.

—¿Qué? —chillé.

—Ya no somos lo mismo. Lo entiendo. Es mi culpa. Voy a tomarla. —Sus ojos estaban tan huecos como mi pecho se sentía—. Eliza, ya no puedo seguir con esto más.

Eliza. Oh Dios.

Cada pesadilla que he tenido estaba reproduciéndose en frente de mí.

—Para. —Me atraganté alrededor del nudo en mi garganta.

—Lo siento.

—¿Es esto debido a Derrick? No pasó nada, Till. —Me apresuré a decir.

—No. No es eso. Debería haber hecho esto hace mucho tiempo.

—¿Por qué estás haciendo esto? —grité, apenas conteniéndome.

Entonces sucedió.

La más improbable sonrisa de lado creció en su boca, inspirando nueva vida a su vacía expresión.

—Porque estoy listo para una nueva realidad... contigo.

Con una oración y dos pasos, comenzó el para siempre. Till Page caminó a través de mi puerta por primera vez.

Mi boca cayó abierta mientras yo parpadeaba rápidamente, esperando que la vista frente a mí desapareciera. Debería haber estado eufórica, pero estaba tan confundida.

—No sé cómo reaccionar en estos momentos. ¿Vienes o te vas?

—Ambos. —Me atrae hacia su pecho.

Fui de buen grado, necesitando la comodidad y la fuerza que sabía sus brazos podrían proporcionar.

—He estado luchando durante años para mantenernos dentro de la seguridad de mi zona de confort, pero durante ese tiempo, *todo* cambió. Tú cambiaste, el mundo cambió, nuestras situaciones cambiaron, nuestros deseos cambiaron. Pero no estaba dispuesto a cambiar con ellos. Lo siento. Soy un idiota.

—De verdad lo eres. —Tragué un suspiro tembloroso.

—Así que voy a rendirme con esa parte de nosotros. Renuncio. Quiero empezar de nuevo con una nueva relación, preferiblemente una donde pueda llegar a tocarte. Desnuda. Mucho.

Me reí a través de las lágrimas.

—Te amo, Eliza Reynolds, y si por mí fuera, te encerraría en una habitación y te mantendría para mí mismo. Pero si insistes en hacer toda esa cosa de "vivir una vida real", quiero ir contigo.

—Secuestro y encarcelamiento. Tan romántico. —Sorbí, fue el turno de Till de reír. Respiré profundamente, llenando mis pulmones con las promesas que infundían

sus palabras. Entonces me incliné alejándome y miré sus ojos—. ¿Eres realmente serio sobre esto?

—Por supuesto.

—¿Estás emocionado por esto?

—Absolutamente —dijo suspirando, causando que ambos riéramos.

—¿Qué si te dijera que ya no te quiero más?

Su sonrisa cayó y sus ojos se estrecharon causando que los míos se estrecharan a cambio. Una clásica mirada lejana se produjo.

Sin parpadear, él deslizó una mano hacia abajo y apretó mi culo.

—Entonces estarías mintiéndonos a los dos.

Sostuve sus ojos color avellana, no estando dispuesta a mirar hacia otro lado, pero tenía miedo que, un día, no tuviera otra opción. Su gran entrada por la puerta había sido increíble, pero no había curado mi ansiedad.

—Necesito que me jures que esta no es una de tus decisiones impulsivas y a medias, porque no puedo manejar eso, Till. Necesito que esto sea real.

Inclinándose hacia delante, perdió la mirada competitiva cuando capturó mi boca. Fue *realmente* un buen beso, pero no era una respuesta. Traté de moverme fuera de su alcance, pero sus brazos se apretaron alrededor mío.

—Ella era terrible —susurró él.

—¿Quién?

—Mi esposa.

Mi cabeza cayó hacia atrás.

—¿Discúlpame?

—Su nombre era Natasha. Hablaba todo el tiempo y era adicta a los zapatos. Flint y Quarry la odiaban, pero estaba bien porque ella los odiaba más. Mordía sus uñas, por lo que no se sentía muy bien cuando se rascaba la cabeza. Sus pechos eran de un tamaño decente, pero no había una sola peca en ellos. —Tomó un dramático aliento antes de juguetonamente ahogarse—. Ella ni siquiera sabía cómo hacer esas patatas al horno. Era una tortura. —Sonrió entonces, rozó sus dientes a través de mi cuello.

—¿De qué demonios estás hablando? —Le espeté, ni siquiera remotamente divertida por su pequeña historia.

—Pasé la última hora imaginando la pesadilla en la que finalmente me encontraría si no me acomodaba y realmente despertaba. Fue fácilmente la peor hora de mi vida entera. Es solo… He estado tratando de mantener esta abrumadora necesidad de tenerte separada de nuestra amistad durante tanto tiempo, Eliza. Pero las líneas están borrosas, porque nuestra amistad es el por qué me enamoré de ti

con tanta fuerza en primer lugar. Mira, amo a estos. —Pasó el dorso de la mano sobre mis pezones puntiagudos.

Di un grito ahogado.

—Y esto. —Deslizó su mano hasta mi culo—. Y amo sobre todo esto. —Deslizó una mano en mi pantalón del pijama y perezosamente introdujo un dedo a través de mis pliegues.

Aspiré una bocanada de aire, y él gimió mientras dejaba caer su frente en la mía.

—Pero incluso si todo eso hubiera desaparecido de repente, todavía estaría locamente enamorado de ti. Quería pasarla siempre contigo a los trece años. Nada hace o hará que alguna vez vaya a cambiar eso. Eliza, te amo. Y soy sin duda serio sobre pasar el resto de mi vida contigo.

Eran muy buenas palabras.

Pero Till Page estaba diciéndomelas... a mí.

Eran palabras *perfectas*.

Era la verdad.

Todo ello.

—Yo también te amo —dijo con lágrimas rodando por sus mejillas.

Quería secarlas… pero… mi mano aún seguía moviéndose en su pantalón. Era un serio enigma.

Presioné un beso suave en su boca y susurré contra sus labios.

—Tienes que dejar de llorar. No puedo moverme sobre ti si estás berreando.

Se echó a reír, pero lloró aún más duro. Fue una decisión fácil en ese punto.

Con las dos manos, la levanté y la llevé al sofá. Se aferró a mi cuello mientras me sentaba con ella en mi regazo.

—¿Juras que esto es real, Till?

—Bueno, no soy precisamente un experto sobre realidad. —Se rió en mi cuello—. Pero, Eliza, es absolutamente real para mí.

Levantando su cabeza, me miró a los ojos.

—Te amo.

—Yo también. —Tomé suavemente su boca en un beso lento.

A pesar que comenzó tranquilo, Eliza lo tomó más profundo mientras se movía ahorcadas sobre mi regazo. Luego, dejando caer sus manos del agarre en mi cuello, perdí su boca mientras ella murmuraba.

—Muéstrame.

En un movimiento fluido, se quitó la camiseta por encima de su cabeza, dejando al descubierto su falta de sujetador y mi polla al instante creció entre nosotros.

—Podría tocarte todo el día y ni siquiera estaría cerca de mostrarte cómo me siento.

Chupó mi labio inferior en su boca, liberándolo en un suspiro sexy.

—Bueno, creo que deberías probar.

Estoy totalmente de acuerdo con ella. Se levantó de mi regazo mientras yo arrastraba su pantalón hacia abajo. No sería feliz hasta que estuviera completamente desnuda, de la forma en que la imaginaba todas las noches antes de dormirme. Pero incluso mientras permanecía de pie frente a mí, no podía imaginar nada excepto las manos de Derrick en cada curva suya.

Se recostó en mi regazo, sus pechos balanceándose por el movimiento.

Hundí un dedo entre sus piernas.

—¿Él te tocó aquí?

—No.

—¿Aquí? —Deslicé una mano hacia arriba para apretar su pecho.

—No. —Arrastré la punta de mi dedo hasta su cuello mientras ella inclinó su cabeza hacia un lado, sus ojos cerrándose—. No —dijo en voz baja.

Froté suavemente mi pulgar sobre su labio inferior.

—¿Aquí? —Sus ojos se abrieron de golpe. Ella no respondió, pero eso fue suficiente respuesta—. Nunca más. —La besé—. Nadie toca a estos de nuevo. —Pasé mi lengua sobre su labio inferior antes de chuparlo en mi boca—. ¿Sí?

—Sí —Estuvo de acuerdo, rozando su nariz contra la mía, suplicando por más, más de lo que planeaba darle por el momento—. Ahora, vamos a ver lo que podemos hacer por ese beso.

Ásperamente pasé una mano por la parte de atrás de su cabello, haciéndola jadear. Entonces, mientras su boca seguía abierta, la tomé en un beso duro, sin disculpas. Nuestras lenguas se enredaron cuando usé su cabello para controlar el ritmo. Estaba apresurada, pero yo era firme. No había prisa en la eternidad.

—Para siempre —gemí en su boca mientras se mecía contra mi polla, la que desafortunadamente todavía estaba escondida en mis vaqueros—. Dilo. — Exigí, levantando mis caderas para aumentar la presión.

—¿Por qué no estás desnudo? —Se quejó, tomando mi boca en otro beso duro, mientras su mano viajó hasta el botón de mis pantalones.

—Porque estoy borrando donde ese imbécil te tocó. Entonces estamos pasando el resto de la noche volviendo a escribir la manera en que debería haber sido. Pude ser el primero, pero esta vez cuando te haga venir quiero saber que seré el último. Ahora, maldición dime que es para siempre.

Una lenta y sexy sonrisa cruzó sus labios.

—Siempre has sido para siempre para mí.

—No importa lo mal que arruine las cosas, haremos que esto funcione. Para siempre.

Su sonrisa creció.

—Deja de enloquecer y empieza a reescribirlo.

—Eliza...

—Till, cállate. —Salpicó besos sobre mi rostro—. Para siempre. Para siempre. Para siempre. Juro que te amo, Till Page. Incluso si lo arruinaras. —Se echó hacia atrás para atrapar mis ojos—. ¿Mejor?

Solté un suspiro de alivio.

—Mucho. Ahora, para que lo sepas, yo quiero ser el que le diga a Bailey que se vaya a la mierda.

—¡De ninguna manera! Vas a matarlo —dijo ella tan seria que me hizo reír—. Déjame manejar a Derrick. Viene mañana por la noche. Voy a romper con él amablemente entonces.

—¡Mierda no, no lo harás! No va a venir por aquí nunca más.

—¿Realmente estamos peleando por Derrick Bailey mientras estoy sentada desnuda en tu regazo? Esto parece ser una grave pérdida de tiempo. —Se agachó y llevó su uña por encima de mi polla—. Déjame explicarle mañana, entonces puedes decir lo que quieras la próxima vez que lo veas en el gimnasio. —Un gemido retumbó en mi pecho y presioné mi propia mano entre sus piernas—. ¿Podemos volver a reescribir ahora? —Dio vuelta a sus caderas contra mis dedos.

—Sí. —Sonreí, luego empecé a mirar alrededor de la habitación— ¿Dónde quieres empezar? El sexo en el sofá tiene sus méritos, pero creo que me gustaría recostarte en esa mesa.

Sus ojos se calientan, pero ella lanzó la risita más dulce cuando respondió.

—Ambos.

—Un buen plan. —Levantándome del sofá, la deslicé por mi cuerpo hasta que sus pies se posaron en el suelo. Empecé a empujar mis vaqueros por mis muslos, pero me detuve para sacar una larga tira de condones de mi bolsillo trasero.

—¡Gracias a Dios! —Exclamó, empujándome sobre el sofá.

Me reí cuando caí, pero Eliza hizo un trabajo rápido arrastrando mis vaqueros fuera de mis pies, mientras yo arrancaba la camiseta por encima de mi cabeza. Se subió a mi regazo mientras rodé el condón entre nosotros, y en cuestión de segundos, se dejó caer sobre mi polla.

—Mierda. —Maldije mientras comenzaba a montarme.

Quería besarla, pero no podía arrastrar mis ojos de su cuerpo. Debió notar mi mirada hambrienta, porque preguntó.

—¿Te gusta ver? —Mientras deslizaba sus manos sobre sus pechos y en su cabello.

—Mi polla está dentro de ti, Eliza. Puedo ver esto cada puto día por el resto de mi vida.

—Bueno. Porque puedes hacerlo también. —Se empezó a mover más rápido.

—Eso no es exactamente una dificultad. —Me incliné hacia delante solo el tiempo suficiente para arrastrar mi lengua por cada uno de sus pezones, para luego reclinarme contra el respaldo del sofá.

Lamiendo mi dedo, lo deslizo entre nosotros. En cada golpe bajando, golpeé suavemente su clítoris, haciéndola enloquecer encima de mí. Era una visión increíblemente sexy.

Se agachó y guió mi mano hacia su pecho.

—Sin manos. Estoy cerca.

—Vamos, bebé. Dámelo. Esta no es la única vez que te estoy haciendo llegar esta noche. —Miré hacia abajo cuando una vez más encontré su clítoris.

—Quiero decir que... no creo que necesite tu mano. —Jadeó y mis ojos brillaron hacia los suyos.

—¿Sin manos? —pregunté sorprendido.

Negó mientras firmemente envolvía sus brazos alrededor de mi cuello y continuaba moviéndose sobre mí, en busca de su liberación.

Sin. Jodidas. Manos.

Me senté, moviéndome hacia el borde del sofá y comencé a follarla a fondo. Podía sentir sus músculos tensos alrededor de mi polla, pero no podía mantener un ritmo en esa posición para hacerla venirse.

Jesús, ella estaba tan cerca, sin embargo. Me empujé para levantarme con ella en mis brazos.

—No te detengas —exclamó—, por Favor.

—Shhh... —La tranquilicé cuando incliné sus hombros contra la pared— Espera, bebé. —Se aferró a mí, mientras me clavaba dentro de ella. Con cada empuje sus músculos se contraían, impulsándome hacia adelante.

—Más fuerte —suplicó. Sin embargo, si la follaba mucho más duro, íbamos a estar reconstruyendo una pared en su apartamento.

La llevé a la pequeña mesa de comedor antes de soltar sus piernas y salirme.

—¿Qué estás haciendo? —Se opuso con un gemido.

No dije una palabra mientras la daba vuelta en mis brazos y volteaba su rostro hacia abajo sobre la mesa. Posicionándome a mí mismo en su entrada, le susurré:

—Lo necesitas más profundo. No más duro. —Entonces me empujé hasta la empuñadura en su interior.

Lanzó un grito ahogado, pero este se transformó rápidamente en un suspiro entrecortado.

—Sí —dijo entre dientes. Mis manos se apoderaron de sus caderas mientras me la tiraba desde atrás, cada empuje más profundo que el anterior.

Tomó varios golpes para que yo perfeccionara el ritmo. Solo los sonidos de sus gemidos y el apretar de su coño me guiaron, pero finalmente la resolví.

—¡Oh Dios, Till!

Me incliné y pasé mis dientes sobre su hombro y esto debe haber cambiado mi ángulo porque un empuje más tarde, sin el uso de manos, reclamé de Eliza Reynolds su primer final.

Y todos. Y cada. Uno. De sus últimos.

21

Eliza

—Hola —saludé, abriendo la puerta.

—Vaya. Te ves hermosa —mintió Derrick, inclinándose para darme un abrazo.

Me veía como el infierno. Mis labios estaban hinchados y había bolsas bajo mis ojos de quedarme despierta toda la noche con Till. Sonreí al recordarlo.

—Gracias.

Di un paso atrás, dándole espacio para entrar.

—¿Estás lista para irnos?

—Umm... —Me atasqué.

¿Por qué diablos estaba nerviosa? Tenía cero sentimientos por Derrick, pero las mariposas todavía amenazaban con superarme. Estaba tan horrorizada con las confrontaciones. Prefería mucho más simplemente evitar a Derrick que tener esta conversación con él, pero estaba muy segura que no quería que Till la tuviera.

—¿Puedes darme un segundo? —Me retiré a mi habitación.

Necesitaba un poco de apoyo del tipo de Till Page. Miré hacia el techo y susurré su nombre. No respondió, así que me acerqué a la pared y golpeé suavemente.

—Oye —dije en voz alta, pero no fue la atención de Till la que gané.

—¿Estás bien? —preguntó Derrick, mientras dobló la esquina hacia mi habitación.

—Sí. Lo siento. Yo, um... —Atascándome otra vez.

—¿Qué está pasando, Eliza? —Me miró con verdadera preocupación.

Me sentí como una idiota por hacer que se preocupara. No era como si estuviese rompiendo con él. Habíamos tenido una cita, dos si la comida china de la noche anterior contaba. No estaba rompiendo su corazón. Simplemente le estaba informando que ya no me gustaría seguir viéndolo, de ninguna forma.

—Estoy bien. Lo siento. Solo estoy nerviosa. Mira, algunas cosas han cambiado desde ayer por la noche y no voy a ser capaz de salir contigo esta noche... o, bueno, nunca. —Le di una sonrisa tensa y un gesto de disculpa.

—Oh —contestó, levantando su cabeza de golpe, sorprendido—. ¿Puedes al menos decirme lo que ha cambiado? Anoche parecías muy emocionada por salir.

Claramente, había estado en una cita diferente a la que Derrick estuvo, porque emocionada no era un adjetivo que podría utilizar para describir cómo me había sentido.

—Um... Es solo... Till vino y hemos decidido intentar una relación real.

No podía estar segura que hubiera oído nada después de haber dicho el nombre de Till. Sus ojos se habían vuelto inmediatamente oscuros.

—¿Page? —gruñó—. ¿Te lo follaste?

Estaba sorprendida por su transformación, pero no lo suficiente como para mantener la boca cerrada.

—Estoy bastante segura que no es de tu maldita incumbencia.

—Lo hiciste. —Asintió y luego se echó a reír—. ¿Te folló en esa cama? —Se agachó y retiró de golpe la manta, como si las sabanas pudiesen revelar la prueba.

Podría haber tratado con él actuando como un idiota, pero había algo en su tono que erizó el vello de mi nuca. De repente, todo se sintió mal y mis ojos parpadearon hacia la puerta en busca de un escape.

—Tienes que irte.

—Así que déjame entender esto. ¿Estás eligiendo a ese aspirante pobretón de mierda sobre... *mí*? —Señaló a su pecho mientras daba un paso amenazador hacia delante, lo que me obligó a retroceder contra la pared.

—Ehm, no. Simplemente no creo que esto vaya a funcionar. —Me acerqué unos centímetros a la puerta.

—¡Y una mierda! —gritó, inclinándose cerca de mi rostro y poniendo una mano en la pared, al lado de mi cabeza.

Su proximidad era intimidante, pero fue la ausencia de emoción en sus ojos lo que activó las señales de alarma.

—Retrocede —dije con voz temblorosa.

—Sí. Vamos. —Se rió—. Vamos a retroceder hasta cuando te invité a salir y quizás esta vez, me dirás la maldita verdad acerca de tu relación con Till jodido Page. —Escupió su nombre como si quemara en su lengua.

—No tenía una relación con Till cuando me invitaste a salir. Solo éramos amigos.

—¡Mentirosa! —gritó violentamente, saliva volando de su boca.

Miré hacia el techo. Sí, tal vez quedarme en mi habitación era la mejor opción. Al menos Till podía oír si las cosas iban mal.

—Por favor, vete. —Traté de mantener mi voz firme, pero fallé cuando una sonrisa escalofriante apareció en su rostro.

Se inclinó más cerca, inhalando profundamente mientras arrastraba su nariz hasta mi cuello.

—¿Dónde está tu novio ahora?

—Arriba. Está esperando por mí. No hagamos que venga aquí. —Me hice la inocente, pero Derrick sabía que era una amenaza.

Y absolutamente lo era.

Su cuerpo se tensó y, de inmediato, se alejó. Solté un suspiro de alivio, Pero fue completamente prematuro, porque, ni siquiera un segundo más tarde, su puño aterrizó con fuerza contra mi rostro. Mi cabeza se giró hacia un lado mientras me caí y me desplomé contra mi caballete, antes de estrellarme contra el piso.

—¿Crees que estoy muy asustado de él?

Solo tenía una respuesta.

—¡Till! —grité con todas mis fuerzas, golpeando las manos contra la pared.

Se detuvieron cuando otro puño aterrizó en mi mejilla. Mi mente se atontó, mientras trataba de permanecer consciente. Necesitaba ayuda y sabía que estaba a solo una pared del grosor de un papel.

—¡Till! ¡Ayúdame! —grité de nuevo, pero una bota debajo de mi barbilla silenció cualquier grito que siguiera.

Till

—¡Till! Despierta. ¡Till!

Sentí a Quarry sacudiendo mis hombros, pero apenas podía distinguir sus palabras. Abrí los ojos y vi su boca moverse, pero sonaba a un millón de quilómetros de distancia.

—Levántate. Algo le pasa a Eliza. —Su voz comenzó a filtrarse con claridad.

—¿Qué? —Me levanté ante la sola mención de su nombre.

—Estaba gritando por ayuda, así que Flint se apresuró y fue allá. Me dijo que te despertara.

Sin decir nada más, corrí desde mi habitación y justo antes de golpear la puerta principal, escuché algo estrellarse en el apartamento de Eliza.

—¡Quédate aquí!—le ordené, apresurándome por las escaleras.

Cuando doblé la esquina, vi la puerta de Eliza abierta y escuché una disputa. En un segundo, entré sin preocuparme por lo que encontraría. Ella estaba allí. Eso por sí solo, era suficiente para obligarme a entrar a los abismos del infierno.

—¡Ustedes, los chicos Page, realmente son estúpidos! ¿Crees que puedes acabar conmigo? —gritó Bailey desde encima del pecho de Flint, golpeando su rostro.

Las manos de Flint estaban en posición defensiva, pero hicieron poco.

Entré a la habitación, atrapando a Derrick con la guardia baja y tirándolo al piso. Había estado furioso cuando lo había visto golpear a Flint, pero nada en mi difícil vida podría haberme preparado para lo que sentí cuando vi a Eliza golpeada, ensangrentada y echa una bola en la esquina de la habitación. Su mirada se encontró con la mía y la presa se rompió, mientras las lágrimas escapaban de sus ojos. Su cuerpo se sacudió mientras un sollozo escapó de su garganta.

No pasó mucho tiempo para descifrar la situación que tenía delante.

—Estoy bien —susurró, sabiendo exactamente lo que necesitaba oír.

Tan pronto como las palabras dejaron sus labios, mi mente se nubló por completo. Asesinato y rabia llenaron rápidamente el espacio vacío que había dejado atrás.

Derrick estaba poniéndose de pie cuando lancé el golpe más duro de mi vida. En él había más que la simple determinación de ganar una pelea. Rebosaba furia cruda y visceral.

Mis nudillos crujieron mientras golpeaban su rostro. También sentí su pómulo destrozarse por el golpe y eso, me impulsó a seguir. Nadie dijo nada en la habitación,

mientras mi gancho de izquierda aterrizaba fuertemente en su riñón. Se dobló justo a tiempo para que mi gancho golpeara su cabeza hacia atrás. Sus piernas al menos eran inteligentes, porque lo alejaron de mí mientras luchaban por mantenerlo.

Fui tras él, solo acababa de empezar.

—Maldito pedazo de mierda —murmuré, esquivando su intento a medias de un golpe.

—Vete a la mierda. Disfruta de mis sobras. —Se rió con una falsa confianza antes de escupir sangre en el piso.

Hice crujir mi cuello. Sabía que estaba mintiendo, nunca la había tenido. Pero el pobre bastardo realmente pensó que había conseguido algo de ella y, a su vez, algo de mí. Podría haber tocado brevemente lo que era mío, pero nunca había *tenido* siquiera un pequeño trozo de Eliza Reynolds.

Me concentré en mantener mis ojos lejos de ella, sabiendo que una mirada más garantizaría que Bailey terminara la noche en el depósito de cadáveres. Necesitaba llegar hasta ella, pero no hasta hacerle pagar.

—Mira, obviamente, te confundiste en alguna parte. —Me acerqué, dándole un puñetazo en la boca—. Esa mujer, a la que acabas de ponerle tus manos encima, ha sido mía desde que tomó su primera bocanada de aire en la Tierra.

Lancé un derechazo que sorprendente esquivó, pero seguí con un rápido izquierdazo, sentándolo de culo. Entonces me senté sobre él, asumiendo la misma posición que había tenido sobre Flint.

Tomando su garganta, corté su respiración. Sus brazos comenzaron a moverse salvajemente, buscando hacer contacto, pero solo se movían rápidamente en el aire. Sus ojos estaban desorbitados, mientras se ponía rojo.

—Y anoche, finalmente la reclamé de una vez por todas. Esa cita a la que fuiste *nunca* fue acerca de ti. Fue siempre acerca de *mí*. Todo lo que tuviste fue a una mujer enojada tratando de hacerme daño. Pero no te equivoques, cada vez que te miraba, tocaba o incluso te hablaba, siempre fue… —me incliné todo lo que pude—… *¡por mí!*

Con esas últimas palabras, terminé. Golpe tras golpe, le di por diez todo lo que podría, en algún momento, haber repartido. Solo me centraba en cómo se quedaba inerte debajo de mí. Su cabeza rebotaba con cada golpe. Sangre brotaba de sus ojos y boca, pero era físicamente incapaz de detenerme.

—Es suficiente, Till. Vamos. —Flint envolvió sus brazos alrededor de mis hombros separándome, pero seguí.

No podía golpear a Derrick lo suficiente como para satisfacerme. No después de haberla visto así. Mis brazos seguían agitándose, mientras Flint me arrastraba.

—¡Siempre fue mía! —vociferé al cuerpo inconsciente de Bailey—. ¡Mía!

Le di una patada en el hombro y un pisotón a su estómago antes que Flint me arrastrara lejos.

—¡Demonios, detente! ¡Vas a matarlo! —gritó, luchando para mantenerme bajo control—. Maldita sea, Till. Cálmate y ve a cuidar de Eliza.

Ante la mención de su nombre, la furia cegadora comenzó a menguar en mi sistema. *Eliza.*

—¿Eliza? —la llamé cuando no la vi en la esquina—. ¿Garabato? —grité mientras Flint bajaba sus manos, finalmente convencido que ya no iría tras ese pedazo de mierda de Bailey—. ¡Eliza!

Flint me lo aclaró.

—Está en su habitación.

Corrí por el pasillo, hacia su habitación. La bilis subió hasta mi garganta, mientras asimilaba el desorden a mí alrededor.

Mierda.

Su caballete estaba roto y todos sus materiales de arte estaban esparcidos por el piso. La mesa al lado de su cama estaba inclinada y varios marcos yacían destrozados en el suelo.

¿Cómo diablos no escuché esto?

Vi su pequeño cuerpo en la esquina junto a su armario. Con las rodillas pegadas al pecho, la cabeza apoyada encima, sus manos estaban tapando sus oídos. Después de acercarme más, me agaché frente a ella, cuidadosamente tratando de no tocarla; aunque cada fibra de mi ser estaba gritando para que hiciera precisamente eso.

—Eliza —susurré y la oí murmurar algo contra sus piernas que no pude entender—. ¿Eh? —le pregunté.

Levantó la cabeza para mirarme. De verdad, traté fuertemente de no mostrar ninguna reacción a sus heridas, pero verla en ese estado arrancó un pedazo de mí que nunca sería capaz de recuperar. Me destruyó.

Nunca hubo un día que pudiera recordar donde no había querido *ver* a Eliza. Solía contener la respiración con solo echarle un vistazo a sus profundos ojos azules. Sin embargo, habría dado cualquier cosa por ser capaz de borrar de mi memoria el aspecto que tenía en ese momento. Sus ojos ya estaban empezando a inflamarse y un gran hematoma púrpura cubría casi todo un lado de su rostro. Sangre brotaba de un corte sobre su ceja izquierda y un corte en su labio inferior enviaba más sangre a su barbilla.

—¿Lo mataste?

—Ni lo sé, ni me importa. ¿Estás bien? —Aparté el cabello de su rostro empapado de sangre.

Su única respuesta fue de un simple asentimiento antes de arrojarse a mis brazos.

La levanté del piso y la cargué hasta la cama. Tuve que morderme el labio cuando la oí sisear dolorosamente una maldición al bajarla. Luché con la imperiosa necesidad de terminar lo que había empezado con Derrick, pero eso tendría que esperar.

—Voy a buscarte un poco de hielo y algo para limpiar ese corte, ¿de acuerdo?

Asintió.

Cuando comenzaba a alejarme, busqué en su cuerpo maltratado un lugar que besar, pero no encontré nada. Me decidí por su mano, llevándola hacia mi boca y presionando un beso reconfortante en su palma. Pudo no haber hecho nada por ella, pero seguro como el infierno que sofocó el fuego hirviendo en mí interior.

Ella está bien.

Volví a la habitación para encontrar a Flint inclinado sobre Derrick. Parecía seguir inconsciente, pero la ira se extendió una vez más a través de mí.

—Creo que tenemos que llamar a una ambulancia —comentó Flint, con aparente preocupación en su rostro.

Negué y seguí hacia el congelador.

—Lo digo en serio, Till. No suena bien. Su respiración es superficial y no está despertando.

—Me importa una mierda si se muere en ese piso. Cavó su tumba cuando la tocó. Si todavía tiene aliento en sus pulmones en este momento, es demasiado.

—Te meterás en problemas —suplicó.

Pero mi decisión estaba tomada. No movería un solo dedo para ayudar a ese pedazo de mierda, ni siquiera si fuera solo para llamar a emergencias.

—¿Qué demonios? —Resonó desde la puerta de entrada.

Giré para encontrar los grandes ojos de Slate mirando a Bailey. Se apresuró a entrar y se arrodilló a su lado.

—Flint, llama al novecientos once. ¡Ahora! —gritó—. ¿Qué diablos pasó?

—No lo suficiente. —Dirigí mi atención nuevamente a meter hielo en una bolsa.

—Um. Yo…uh… —Eliza tartamudeó desde el pasillo.

—¡Qué demonios! —vociferó Slate.

Pero antes que pudiera mirar por encima de mi hombro para ver la razón de su maldición, estaba inmovilizado contra la nevera.

—¡No! —gritaron Eliza y Flint al unísono.

—¡Qué hiciste!—vociferó en mí oído, tan alto que me ensordeció temporalmente más de lo que ya estaba.

—Détente —gritó Eliza, justo cuando vi aparecer a Flint al lado de Slate.

—Slate, no. Derrick le hizo eso a Eliza. Till vino y le hizo eso a Derrick.

—Es verdad, lo juro —confirmó Eliza.

Debe haber sido suficiente para convencerlo de mi casi inocencia, porque me liberó. Ella, rápidamente se movió a mi lado, haciendo una mueca mientras la acercaba.

—¡Me cago en la puta! —susurró Slate, acercándose para tomar la barbilla de Eliza y mirar su rostro—. Flint —lo llamó sin apartar la vista—. Ve arriba y pídele a Erika que venga. Luego llama al nueve, uno, uno y diles que necesitamos una ambulancia.

—Sí, señor —respondió Flint mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Slate con una sonrisa forzada, pero gentil.

—Yo, um, eso creo —chilló Eliza, acercándose aún más mí.

—Bien.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Q llamó. Dijo que algo estaba mal y estaba preocupado. Erica y yo estábamos justo saliendo del gimnasio, así que vinimos hasta aquí. Tengo que ser honesto, no me esperaba esto. —Hizo un gesto con las manos alrededor de la habitación.

—Sí, yo tampoco —me burlé, pero solo era para cubrir las emociones reprimidas en los recuerdos del momento en que me apresuré a través de esa *puerta*.

—¡Oh, Dios mío! —Jadeó Erica mientras entraba al apartamento.

Miraba fijamente a Derrick en el piso, pero cuando levantó la vista, vi el segundo exacto en el que observó a Eliza. Se llevó las manos a la boca y sus ojos saltaron a Slate. Quién inclinó la cabeza hacia Derrick y se acercó, deteniéndose delante de ella.

—¿Estarás de acuerdo con esto? —Puso su cabello rubio, largo hasta los hombros, detrás de sus orejas.

Lo miró por un breve segundo antes de aclararse la garganta y asentir.

—Por supuesto que sí —murmuró él, besando su frente—. Creo que Eliza está bien, pero puedes asegurarte que ese no se esté muriendo. La ambulancia está en camino.

—Sí, claro —respondió con nerviosismo antes de mirar de nuevo a Eliza—. ¿Estás bien?

—Eso creo.

Eliza miró hacia abajo, avergonzada y me dieron ganas de matar a Derrick de nuevo.

—¿Te importa si hablo con Till un minuto en el pasillo? —preguntó Slate y todo su cuerpo se tensó.

—Em…

Me apretó con más fuerza mientras sus ojos se dirigían a Derrick, que seguía tendido en el piso. Al parecer, finalmente estaba empezando a volver en sí.

Slate debe haber visto su mirada penetrante, porque gritó por encima del hombro:

—Johnson.

—¿Qué pasa? —El hombre con pinta de peligroso entró.

—Confío en ese hombre con mi vida. Sigue a Erica por todas partes —le aseguró Slate a Eliza—. Ella lo odia, pero me hace sentir mejor. No dejará que nada suceda. Lo juro. —Sonrió de verdad, pero no hizo nada para calmar Eliza.

—¿Puedo… emm, solo subir a tu departamento y tal vez limpiar? —preguntó, levantando la cabeza para mirarme.

—Sí, bebé. Por supuesto. Vuelve abajo cuando estés lista. —Besé la cima de su cabeza y sus hombros se relajaron.

Los tres salimos por la puerta y Eliza siguió, subiendo por las escaleras.

Luego, los sonidos de sirenas sonaron a través de la noche.

—Está bien. Tienes unos sesenta segundos antes que la policía se presente. ¿Qué ocurrió exactamente? —Slate se inclinó para mirar hacia el estacionamiento.

—Entré. Encontré a Derrick a horcajadas de Flint. Lo derribé. Entonces vi a Eliza. Me volví completamente loco. Punto. —Me pasé una mano por el cabello, enfureciéndome de nuevo.

—Mierda —maldijo en voz baja—. ¿Se defendió?

—Sí.

Las sirenas se acercaban.

—¿Acertó algún golpe?

—Ninguno.

—Ahora voy a ser completamente honesto, hijo. No estoy seguro que los policías vayan a pensar que esto fue en defensa propia cuando Derrick se ve así… y tú no tienes ni un solo rasguño.

—Lo sé. —Me encogí de hombros—. Slate, estoy bien con cualquier cosa que la ley dicte sobre esto. Sé que hice lo correcto. Ninguna cantidad de libertad condicional en el mundo podría enseñarle a ese imbécil la lección que le acabo de dar.

—Resulta que estoy de acuerdo contigo. —Respiró profundamente—. Atención. Viniendo. —Apuntó la barbilla hacia el corredor.

Me armé de valor para una avalancha de uniformes. Aún no había acabado de girar la cabeza para mirar en esa dirección, cuando un puño duro se estrelló en mi ojo y me obligó a retroceder un paso. Antes que pudiera levantar las manos para cubrirme el rostro, me dieron de lleno en la boca.

—¡Hijo de puta! —Me balanceé en los talones y, defensivamente, levanté las manos preparándome para el próximo golpe.

—Bueno, ¡mira eso! Derrick se defendió. —Slate sonrió mientras sacudía su mano.

—¡Dios! ¿Qué mierda? —Me limpié la boca para encontrar que me salía sangre de los labios.

—Él tiene una pinta horrorosa, pero si hubiera tocado a Erica, no me habría detenido hasta que su culo estuviera en un ataúd. Hiciste bien, Till. —Se inclinó hacia delante para apretarme el hombro e instintivamente retrocedí, lo que le hizo reír—. Ve a buscar a tu mujer. La policía va a querer hablar con ella, también. Van a estar aquí en cualquier momento. —Hizo una pausa para señalar mi ojo—. No le pongas hielo a esa mierda tampoco. Haz que se vea bien.

—Sí. Gracias —dije sarcásticamente, mientras me frotaba el rostro hinchado.

—Oye, recuérdame que tenemos que trabajar en tus reflejos. Dije claramente *viniendo* —bromeó, mientras entraba otra vez al departamento.

No pude evitar reír mientas mis hombros caían. Se sentía tan increíblemente bien saber que tenía su respaldo.

—Lo juro por Dios, ¡demonios! —refunfuñé mientras paseaba por la habitación de Eliza en el hospital.

Acababa de salir, pero mi ira y ansiedad llenaban la sala en su ausencia.

—Cálmate —indicó Slate desde la puerta—. No es la gran cosa. El papá de Derrick está forrado. No es tan malo como parece. Lo recuperaré.

—Púdrete.

—De nada. Ahora, tranquilízate y recuerda con quién demonios estás hablando.

Eliza no tiene seguro y se había vuelto loca cuando el médico le dijo que quería hacerle una tomografía, debido al traumatismo en el rostro y la cabeza. Se había negado completamente, escupiendo alguna mierda sobre no entrar en la deuda al

acumular una enorme factura del hospital que finalmente tendría que pagar. Había jurado que estaba bien, pero yo no estaba ni de cerca parecido a bien.

Me había vuelto loco. Exploté en su contra como un maldito idiota. Entonces le grité al médico por razones que ni siquiera tenían sentido. Lo que como resultado hizo que amenazara con llamar a seguridad, lo que solo me molestó más. La habitación era un desastre, hasta que Slate entró y me inmovilizó físicamente contra la pared. Mientras estaba tratando de controlar mi mierda, Erica estaba, aparentemente, informando en administración que ella y Slate serían financieramente responsables de la visita al hospital de Eliza.

Aunque me sentí aliviado cuando la sacaban en silla de ruedas de la habitación, estaba enfermo y tan cansado de sentirme como un pobre inútil, todo el tiempo. Como siempre, mi enojo estaba dirigido al lugar equivocado y Slate era el único hombre en la habitación.

—¿Que me tranquilice? —Mi corazón latía con fuerza en mi pecho y todos los músculos de mi cuerpo se tensaron bajo toda la presión—. Me gustaría ver cómo diablos reaccionarías tú si Erica se viera así y no hubiera ni una maldita cosa en el mundo que pudieras hacer para ayudarla.

Los ojos de Slate se oscurecieron mientras apretaba la mandíbula.

—Fue diferente. Pero he pasado por eso —declaró con total naturalidad—. Fue el peor día de mi vida. Ni siquiera fui el que le hizo pagar a la mierda esa. Pero, sinceramente Till, a veces tienes que aceptar que no es la manera de hacer las cosas o quien las hace. Siempre y cuando, las cosas se hagan. Le están haciendo una tomografía en este momento y esta noche puedes dormir tranquilo sabiendo que está bien. No importa lo más mínimo quien firma el cheque que paga por ese tipo de paz mental.

—Me importa a mí. No tienes ni puta idea de lo que se siente ser tan condenadamente impotente todo el tiempo. No puedo seguir haciendo esto. Solo la he tenido verdaderamente por menos de veinticuatro horas y ya he fallado en protegerla *y* en mantenerla. Mi entrenador de boxeo tuvo que pagar sus facturas médicas. ¡Es vergonzoso!

—Solo es vergonzoso si dejas que lo sea. —Se encogió de hombros y se acomodó en la silla junto a la puerta.

Seguí caminando. No podía superar el peso del fracaso comprimiéndome el pecho.

—¿Por qué carajo querría conformarse con alguien como yo? Fracasé en la secundaria. Trabajo sesenta y tres horas por semana por un salario mínimo para apenas poder pagar las cuentas de un departamento de mierda. ¡Maldición!, tengo dos hermanos a los que quiero darles el mundo, pero la semana pasada, ella tuvo que *comprarnos* alimentos. Ah y siempre está el divertido hecho de que me estoy quedando sordo. ¡Un día, realmente tendrá que cuidar de mí! No puedo enfrentarme a saber que tiene que conformarse con un futuro lleno de luchas para poder estar

conmigo. La amo. ¡Joder! Realmente lo hago. Pero, ¿en qué momento la dejo ir porque sé que tendría una mejor vida con otra persona? —Terminé mi perorata con un grito.

—Vaya. Hoy has perdido el control. No es un cachorro al que puedes encontrarle un mejor hogar. —Estiró las piernas y las cruzó en los tobillos.

Si es posible, se las arregló para hacerme enojar más. Estaba teniendo una crisis emocional y él se estaba poniendo cómodo.

—Solo déjame en paz. No puedo lidiar con tu mierda en este momento.

—¿Quieres ir a las profesionales? —preguntó de la nada.

—Lo que quiero es que te vayas.

—¿Eso es un no? —Se cruzó de brazos—. Me parece que tengo una vacante ahora, ya que alguien casi mató a mi holgazán.

—¿De qué demonios estás hablando? Nada ha cambiado. Todavía no tengo tiempo. Honestamente, creo que tengo que dejar el boxeo por completo. Tal vez tratar de encontrar otro trabajo o algo así.

—Voy a financiarte con ochocientos a la semana. Deja tus trabajos y ven a trabajar para mí en el ring. Viene con seguro de salud para ti y los chicos también.

Lo miré, asombrado. Eso era el doble de lo que traía a casa cada semana.

Siempre había oído que no se podía juzgar el carácter de un hombre por el balance de su cuenta bancaria. Gracias por eso, porque en carácter era en lo único en lo que no estaba al descubierto.

Y en ese mismo momento, la oferta de Slate sonaba un poco como por pena. No importa lo atractivo que sonara, quería hacerlo sin tener que depender de nadie más. No podía permitirme el lujo de sacrificar mi carácter.

—¿Por qué haces esto ahora? ¿Qué parte de esa conversación te confundió? No quiero tu caridad.

—No es caridad. Voy a hacer toneladas de dinero con tu culo. Este no es un viaje gratis. Voy a quedarme con todas tus ganancias hasta que me hayas devuelto el dinero. Entonces, cualquier cosa que hagas más que eso, me quedo con el treinta y tres por ciento. Erica ha estado queriendo ese departamento en la playa de Florida. Espero que me puedas ayudar a comprárselo.

Genial. Slate quiere comprar un condominio en la playa y yo solo quiero mantener la electricidad.

—Tiene que ser difícil ser tú. —Mi voz goteaba sarcasmo, pero solo hizo que Slate sonriera.

—Supongo que no lo sabrás hasta que lo intentes. Hice cada centavo que tengo boxeando. Si crees que el dinero va a resolver todos tus problemas, entonces

deja de lado todas las nociones preconcebidas que tengas sobre mis motivos y toma mi oferta. Pero si decides rechazarla, debes saber que no voy a hacerla de nuevo.

—¿Por qué ahora? Hace menos de un mes me dijiste que no estaba listo. ¿Dónde estaba tu oferta para financiarme entonces?

—No voy a mentirte. No estás listo. ¡No si quieres ser grande! Pero con el tiempo suficiente, puedo hacer que lo seas. Eres principiante en este momento y a pesar de lo que creas, estás impulsado por algo más grande que el todo poderoso dólar o sueños de estrellato. —Se levantó y caminó hacia mí—. Para responder tu pregunta sobre por qué ahora, me equivoqué. No quieres algo más de la vida. Quieres *todo* de ella. Puedo trabajar con eso.

»¿Siquiera te escuchaste mientras hablabas? Ni una sola cosa que dijiste fue porque Till Page quisiera más dinero o un auto más bonito. Estabas preocupado por Eliza y los chicos… pero nunca por Till. —Me tocó el pecho, justo sobre el corazón—. Estoy haciendo una inversión en ti, Till. No es limosna. Creo que vas a prender fuego en el mundo del boxeo porque cada vez que te pongas esos guantes, lo estarás haciendo por *ellos*. Di que sí. Acepta la oferta. Deja tus trabajos. Tómate una semana de descanso para cuidar de ella y luego trae tu culo al ring.

No tenía palabras. Si hablaba, iba a parecer una pequeña perra sollozando. Así que, en su lugar, asentí.

—Bien. Voy a encontrar Erica y traer un poco de café. Enviaré los contratos y tu primer cheque por la mañana. —Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Me quedé de pie en medio de una habitación de hospital vacía, donde mi fantasía y realidad habían chocado. Finalmente, tenía el cambio que había soñado, pero casi pierdo a Eliza para conseguirlo. Siempre recordaría lo que sentí en ese momento. Haciendo sonar mi cuello y sacudiendo los brazos, decidí que había terminado de dejar que el mundo me pasara por arriba.

Slate me acababa de dar una única oportunidad de hacer una vida mejor y la tomaba con guantes ardientes. Por primera vez en mi puta vida, estaba subiendo a través de las cuerdas.

22

Eliza

Una conmoción cerebral, dos costillas rotas, dos ojos morados, seis puntos de sutura y demasiados moretones como para contarlos. Pero cuando me saqué la enorme camiseta de On The Ropes sobre mi cabeza y me instalé en la cama de Till, estaba más preocupada por él.

—¿Estás bien? —pregunté cuando se dobló en la cama junto a mí.

Se volvió a verme.

—¿Uhhh, *tú* estás bien? ¿Por qué preguntas por mí?

—No sé. Esta ha sido una noche loca.

—Realmente lo ha sido. —Suspiró y me jaló hacia su lado.

Me estremecí ante el movimiento.

—Y has estado actuando extraño.

—¿Huh? —Se inclinó y bajó la mirada hacia mi boca.

Till había tenido problemas de audición durante años. *Huh* y *qué* eran probablemente dos de sus palabras más usadas. Bien, esas y *joder* y tal vez *Garabato.*

Pero esta noche había sido infinitamente diferente. Varias veces, le había hablado en el hospital y él ni siquiera me había prestado atención. Rezaba para que solo se hubiera perdido en sus pensamientos, distraído por todo el maldito día. Pero sabía, en mi corazón, que esto era más.

Entonces, en lugar de repetir mi difusa declaración, solté:

—¿Dónde estuviste esta noche?

Esta no era una acusación, pero incluso cuando salió de mis labios, se sintió así.

—Dormido. Mierda, Garabato. Lo lamento tanto.

—Eliza —corregí solamente para dejarle claro que estábamos en mi realidad y no en la suya.

Su labio tembló.

—Es solo costumbre. Garabato o Eliza, eso no cambia nada.

Asentí, todavía no convencida.

—No tengo idea de cómo no escuché esa mierda en tu dormitorio. Lamento que no pudieras haber gritado mi nombre o algo. Siento tanto no haber llegado allí más rápido. —Sus músculos se tensaron, y sin comprender lo miré.

Fui golpeada por la comprensión de que Till no tenía idea de lo que realmente había pasado en mi dormitorio. Él pensaba que se había dormido cuando ocurrió todo y la culpa reflejada en su rostro era apabullante. No había forma en el infierno que le dijera que había gritado repetidamente por él o que había suplicado su nombre una y otra vez a Dios cuando había recuperado la conciencia. Él no necesitaba saber eso. *Jamás.*

—Llegaste. Eso es todo lo que importa. —Pegué una sonrisa falsa que lastimó mis labios.

Solo dos noches antes, Till había dicho: "salud" cuando había estornudado. De ninguna manera él pudo quedarse dormido mientras gritaba por ayuda. Algo pasaba, y no podía decidir qué era más angustiante, el hecho que su audición de repente había empeorado muchísimo o que él de veras ni siquiera se había dado cuenta todavía.

Para probar la teoría, metí mi cabeza bajo y besé la curva musculosa de su pecho. Pensé en una sola declaración que a ciencia cierta enfurecería a Till. En una voz lo suficientemente alta como para que fácilmente fuera capaz de comprender, incluso sin mirarme, dije:

—No creo que nosotros deberíamos estar juntos. —Levanté mi cabeza para atrapar sus ojos con una mirada cuestionadora—. ¿Está eso bien contigo?

Sus ojos color avellana buscaron en mi rostro por la pregunta mientras los míos suplicaban por una reacción a mi falsa afirmación. Todo el tiempo, recé para estar equivocada.

—Sí. Está bien —dijo tranquilamente con una sonrisa que astilló mi corazón.

Mi barbilla comenzó a temblar. No me importaba si Till Page fuera ciego, sordo, mudo y tonto, pero sabía que a *él* le importaba. Me di la vuelta, así no me vería derramar lágrimas que él no entendería.

Con tanto dolor en mis ojos morados como en mis costillas rotas, sollocé por el hombre cuyos brazos fuertes me sostenían seguramente metida contra su pecho.

—Shhhh. Te tengo. Lo juro por mi vida, Eliza. Nunca dejaré que nadie te haga daño otra vez —susurró en mi cabello.

El día había sido agotador y en pocos minutos, la conversación estuvo terminada y el sueño se apoderó de nosotros. Till me sostenía dolorosamente apretada, pero en ningún momento me alejé. Necesitaba sentirlo tanto como él necesitaba sostenerme.

—¡Till! ¡Oh mi Dios! ¡Levántate! Son las siete. Llegarás tarde al trabajo.

—Mmm. —Es todo lo que dijo mientras cuando se giró sobre su estómago.

—Vamos. ¡Levántate! —Golpeé su espalda—. No pusiste la alarma.

—No voy a trabajar hoy.

—¿Estás loco? ¡Levántate! No te pagarán si no vas a trabajar. —Me senté y mi cuerpo entero se contrajo. Sentí náuseas por el dolor cuando mis costillas se rebelaron—. Oh, Dios.

—¿Qué diablos haces? Regresa a la cama. —Till de repente estaba de pie y moviendo mis piernas de vuelta bajo el cobertor.

—Iba a hacerte algo de café. Tienes que ir a trabajar —gemí, sosteniendo mi estómago.

El dolor bajó cuando me recliné en mi espalda. Mientras no me moviera, nada dolía. Estaba a punto de establecer mi residencia permanente en la cama de Till. Podría pensar en peores lugares para vivir, sin embargo.

—Solo quédate quieta. Te haré algo para desayunar. Está bien si te preparo Ramen, ¿verdad? —Me dio una sonrisa burlona.

—No tienes tiempo para hacerme el desayuno y sobre todo nada de Ramen. ¡Tienes que ir a trabajar!

—Te dije que no voy a trabajar hoy. Así que solo relájate y déjame hacerme cargo de ti. —Puso sus manos sobre sus caderas, pero sus ojos bailaron con entusiasmo.

—No puedes faltar al trabajo. ¿Y por qué me miras así?

—Porque tengo un secreto —dijo con orgullo.

—¿Es que ganaste la lotería? Porque lo voy a repetir: no te pagan si no vas a trabajar.

—Voy a dejar mi trabajo.

—Bien, haré que te internen. Tal vez esto es por los demasiados golpes en la cabeza o algo, pero definitivamente te volviste loco.

Se carcajeó.

—No. Conseguí un nuevo trabajo. —Su sonrisa era tan amplia que me preocupé sus labios no serían capaces de aguantar.

—Um, ¿qué tipo de nuevo trabajo? —pregunté con desconfianza.

—Este paga el doble lo que ganaba antes. El jefe es un buen tipo, aunque puede ser verdadero idiota a veces. No está lejos de aquí, así que seré capaz de ahorrar el dinero de la gasolina. Oh y ya no tienes que llevar a los chicos al gimnasio en las mañanas.

—¿Paga doble?

—Ochocientos a la semana. —Continuó con la extraña sonrisa y respuestas evasivas.

—Deja de jugar conmigo. ¿Qué maldita clase de trabajo es ese?

Parecía disfrutar de mi frustración, pero finalmente lo contó:

—Slate me va a financiar así puedo ir a la profesional.

—¿Qué? —espeté con sorpresa.

De alguna manera, la sonrisa de Till se volvió extremadamente más amplia.

—Cállate. ¿En serio?

—Sí. —El orgullo en su rostro cuando contestó con esa sola sílaba era algo que nunca lo había visto usar, pero Dios, le quedaba bien.

—¡Santa mierda! ¡Till, vas a ser un boxeador profesional! —chillé, y comenzó a reírse.

—Quiero abrazarte tan mal ahora mismo, pero también tengo miedo de moverme.

Las lágrimas brotaron de mis ojos, pero por primera vez en largo tiempo, eran porque estaba *realmente* feliz. Después de años de romperse el alma, Till finalmente estaba consiguiendo algo que quería. Y era enorme.

—¡Ven aquí y abrázame! —exigí.

—Bien, bien. Si tú insistes. —Avanzó lentamente de regreso a la cama y suavemente envolvió sus brazos alrededor mío.

—¡Vas a ser increíble! Lo sé.

—Dios, eso espero. Slate me dio la semana libre y dijo que enviaría los contratos y mi primer cheque hoy. —Besó la esquina no lastimada de mi boca—. Déjame llevarte a cenar esta noche. Será como nuestra primera cita real. Ah, oye. ¿Quieres casarte? Mi nuevo trabajo tiene seguro médico también.

Mi corazón se detuvo. Morí. Estiré la pata. Me llevó la huesuda. Fallecí. Todo eso.

La cantidad de veces que había soñado con Till Page pidiéndome que me casara con él, a todas luces, deberían haber sido embarazosas, pero ni una sola vez

en mis numerosos sueños la propuesta fue seguida de: *"Mi nuevo trabajo tiene seguro médico".*

—¿Um, acabas de preguntarme si quería casarme... así yo podría usar tu seguro médico?

—Te pedí salir en una cita también. No olvides eso.

—Bien, entonces voy a darte una pequeña advertencia que probablemente te beneficiará enormemente en el futuro. —Dolorosamente, me rodé para enfrentarlo—. Si *alguna vez* me preguntas si quiero casarme y no es seguido de "porque te amo para siempre" o "no puedo respirar sin ti", o demonios, "voy a tomarte porque tu cuerpo me ha arruinado para todas los demás".

Se rió en voz baja y arqueé una ceja que rápidamente lo hizo callar.

—Haré que eliminen la peca debajo de mi pecho permanentemente.

Su sonrisa rápidamente se apagó.

—¡No lo harías! —siseó.

—¿Quieres apostar?

Estrechó sus ojos y yo los míos enseguida. El cruce de miradas fue breve porque lo rompió con un beso.

Uno suave, pero que todavía me hizo sentir muy bien.

—Bueno. Entiendo tu punto. Sin embargo, para que lo sepas, te amo eternamente. —Me besó—. Y no puedo respirar sin ti. —Me besó de nuevo—. Y tu cuerpo definitivamente me ha arruinado para todas los demás. —Apretó mi trasero—. Y un día, voy a hablar en serio cuando te pida que te cases conmigo. Así que empieza a practicar tus sí y déjame llevarte afuera esta noche. —Me besó de nuevo, deslizando su lengua en mi boca.

—No —respondí, cuando se apartó.

—¿No? Bueno, no hay manera que alguna vez me proponga contigo lanzando no a tontas y locas.

Me reí.

—Till, ni siquiera puedo salir de la cama. Mucho menos salir a cenar. Estoy segura que me veo como el infierno. Pidamos comida china y alquilemos una película. Y así guardas la cita para cuando pueda recompensarte con sexo.

—¿En la primera cita? —Fingió sorpresa.

Justo cuando estaba a punto de darle una explicación detallada de lo que podía esperar después de esa primera cita, hubo un golpe en la puerta, que fue rápidamente seguido por la voz agitada de Quarry.

—¡Till! ¡Despierta! ¡Llegas tarde al trabajo!

—¿Debemos jugar con ellos un poco más, decirles que me despidieron?

—Oh Dios, ¡eso es mezquino! —Golpeé su pecho, pero no pude decirle que no a la emoción en sus ojos—. Está bien, pero solo por unos minutos.

—Voy a buscar un trabajo de verdad —anunció Flint mientras se paseaba por la habitación—. Puedo dejar el gimnasio y empezar a trabajar a tiempo completo después de la escuela.

—Yo también —accedió Quarry desde su lugar en el borde de la cama.

—Solo no entiendo por qué te despedirían. Nunca has llegado tarde antes. —Flint comenzó a morder su uña cuando alguien llamó a la puerta principal.

—Yo me encargo. —Till salió de la cama, dejándome con las consecuencias de su cruel broma.

Me sentía terrible viéndolos estresarse sobre cómo mantener la renta al día.

—No lo despidieron. Está bromeando con ustedes —anuncié después que salió de la habitación.

—¡Ese idiota! —dijo Flint entre dientes con una mezcla de alivio y rabia.

—Demasiado.

—¡Hijo de puta! —gritó Quarry, poniéndose de pie.

Flint presionó una mano contra su pecho y lo empujó hacia abajo cuando Till volvió.

—Entonces escucha, Till. Sé que esto no es muy convencional, y no quería decírtelo, pero dadas las circunstancias actuales, creo que tengo una solución —dijo Flint.

—Oh sí. ¿Cuál es? —Till se mordió los labios para luchar contra una sonrisa mientras se acomodaba en la cama, abriendo un gran sobre de manila.

—Hice, como, doscientos dólares desnudándome para esta despedida de soltera el fin de semana pasado. Mentí sobre mi edad, pero a esas viejas les encantó que fuera joven. Incluso, una me ofreció cien extra por sacarme todo. Deberías haber visto sus ojos cuando lo hice. Podría hacerlo, como, una vez a la semana. Mi cuerpo podría pagar nuestro alquiler.

Tenía que aplaudir a Flint. Su rostro estaba tan serio. Sabía que estaba bromeando, pero casi me había comprado su historia.

—¿Perdón? —Till tiró el sobre.

Quarry se unió a la diversión.

—¡Oye! ¡Yo podría ser tu guardaespaldas!

Pensé que los ojos de Till estaban a punto de salir de su cabeza.

—¿Hiciste qué? —Till dio un paso hacia él.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Flint cuando dijo:

—Tus chistes apestan.

Till dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Tu cuerpo va a pagar el alquiler? —se burló mientras tomaba a Flint en una llave de cabeza—. Estaríamos sin hogar si contaba con eso.

Durante diez minutos, lucharon en el piso mientras Quarry hacía de árbitro.

Dios, se sentía bien tenerlos de vuelta.

Cuando Flint finalmente se rindió, Till se subió a la cama a mi lado.

—Bueno, no me despidieron. Pero conseguí un nuevo trabajo. —Lanzó su brazo alrededor de mis hombros e infló su pecho de orgullo—. Slate va a financiar mi transición a profesional.

Los ojos de Flint fueron a los míos para validar que esto no era otra de las bromas de Till.

Cuando asentí, su boca se abrió.

—Estás bromeando. —Respiró.

Quarry hizo lo que siempre hacía. Dejó escapar una maldición.

—De. Ninguna. Jodida. Manera.

Till ni siquiera se molestó en regañarlo cuando respondió:

—Sí la hay.

—¿En serio? —preguntó Flint, aún sin creerlo.

—¡Eres un boxeador profesional! —gritó Quarry, saltando sobre la cama.

—¡Oh, Dios! —grité cuando mi cuerpo se movió por el rebote.

Flint rápidamente lo tiró de la cama por la parte de atrás de su camiseta.

—Lo siento —dijo Quarry tímidamente.

Las manos de Till me recorrieron como si estuviera inspeccionando nuevas heridas.

—¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien. No te preocupes por eso, Q. Volvamos a la cosa del boxeo —alenté incluso mientras mis costillas dolían.

—De acuerdo. —Till me miró, inquieto, pero llevó su atención a los chicos—. Así que las cosas van a cambiar por aquí. Voy a estar ocupado, pero mis horas deberían ser al menos más predecibles. Con suerte, puedo pagarlo, así que puedo

trabajar mientras ustedes están en la escuela. Luego, los puedo ayudar en las tardes. La otra buena noticia es que Slate duplicó lo que estaba haciendo antes. Así que Flint, quiero te ahorres todo lo que ganas en el gimnasio a partir de ahora y Q quiero comenzar a darte una mesada por ayudar en la casa.

—¡Genial! —Quarry movió su puño.

—Oh y Eliza se va a mudar.

—¿Qué? —grité, sentándome y lamentándolo de inmediato—. ¡Mierda! —siseé, colapsando sobre las almohadas.

—¿Ves? Estás entusiasmada por eso. —Till deslizó un brazo bajo mis hombros y me arrastró suavemente a su costado.

—¿Exactamente cuándo decidimos que me voy a mudar?

—¡Oh, buena idea! Puede cocinar para nosotros todo el tiempo —anunció Quarry.

—Síp. Y ella odia tu desagradable Ramen también, así que al menos tendría refuerzos en ese asunto —añadió Flint.

—Está bien, entonces. Está decidido. Moveremos sus cosas el próximo fin de semana.

—¿Qué demonios acaba de pasar? No accedí a mudarme contigo. La semana pasada me estabas diciendo que no podíamos estar juntos, ¿y ahora quieres que me mude?

—No mires así. Me dijiste para siempre. —Sonrió.

—Bueno, ¿y si no funciona? ¡Voy a terminar sin hogar! —Me tiré hacia atrás, pero olas de calor se estrellaron en mi pecho. Había luchado tan duro durante tanto tiempo para conseguir que nos diera una oportunidad, y allí estaba él, saltando.

—¿Qué clase de imbécil crees que soy, Eliza? Nunca te dejaría estar sin hogar. —Parecía herido y al instante me sentí culpable—. Al menos te dejaría dormir en el sofá —bromeó.

—¿Y si nos relajamos y dejamos que las cosas ocurran un tiempo? No hay prisa, Till. No voy a ninguna parte.

—Entonces, ¿por qué esperar? Tú eres la que dijo que básicamente estamos casados. Y después de esa mierda de anoche, no hay chance en el infierno que tendrás que dormir sola de nuevo. Tengo a los chicos, así que tiene más sentido que te mudes con nosotros.

—¿Esto es porque quieres que vivamos juntos o porque te preocupas por mí? Porque si esto es por mi seguridad, Till, voy a pasar.

—¿Por qué no puede ser ambos? Sí, me gustaría saber que estás a salvo todas las noches. Pero también te amo y quiero pasar tanto tiempo contigo como sea

posible. ¿Por qué estamos discutiendo esto? La cosa es que estás bastante obsesionada conmigo. —Sus labios se levantaron en mi forma favorita.

—¿Obsesionada? No soy la que ha pasado los últimos ocho años entrando por las ventanas. Si hay un acosador entre nosotros, definitivamente eres tú.

—No acoso. Vigilo. —Me guiñó un ojo.

Si bien no entendí su estúpida broma, igual reí con los dos brazos sosteniendo mi estómago. Levanté la mirada y los ojos de Flint y Quarry todavía estaban haciendo la pregunta a la que todos esperaban la respuesta.

—¿Qué pasa si digo que no? —le pregunté a Flint.

—Sería desafortunado. Pero tus pertenencias ya han sido programadas para la reubicación. —Hizo crujir los nudillos—. Bienvenida a casa, Eliza. —Hizo un gran gesto hacia la habitación.

—Entonces, ¿qué dices? —Till movió mi cabeza hacia atrás y me miró fijamente a los ojos.

—Creo que es demasiado pronto.

—¡Quarry, te toca! —gritó, sin dejar mi mirada.

—Puh, puh, por favor, Eliza. Tenemos hambre —exageró Quarry, moviendo sus largas pestañas negras.

Till se mordió el labio para no reír, pero Flint lo hizo libremente.

Puse los ojos en blanco.

—Van a mover mis cosas sin importar mi respuesta, ¿verdad?

—Sí.

—Absolutamente.

—Claro que sí.

Puse los ojos en blanco una vez más, pero una sonrisa increíblemente amplia me traicionó.

—¡Está dentro! —declaró Till.

No estaba equivocado.

23

Till

En las primeras semanas después que Eliza se mudara, prácticamente era un manojo de nervios cada minuto, todos los días. Esperaba que desapareciera, demostrando mi teoría de que no era real. Pero cada mañana cuando se despertaba en mis brazos, de a poco empezaba a creer que podría tenerlo todo.

Superficialmente, las cosas volvieron a ser de la manera en la que siempre han sido entre nosotros.

Excepto que en lugar de colarme a escondidas por la ventana de su dormitorio, me colaba a escondidas en su ducha. No podía tener suficiente de ella. Después de años luchando contra mi constante deseo de estar con ella, no podía mantener mis manos alejadas de su cuerpo. Debe haberse sentido de la misma manera, porque si estaba a su alcance, también me estaba tocando. Su cuerpo estaba sanando, pero todavía me lo ofreció y lo tomé cada maldita vez.

Derrick Bailey fue removido oficialmente de nuestras vidas. Había sido detenido y declarado culpable por asalto. Ni siquiera su querido papá había sido capaz de librarlo del cargo y Dios sabe que lo intentó. Gracias al testimonio de Slate en su sentencia, su castigo fue bastante extenso. Todavía no lamentaba lo suficiente por lo que le había hecho a mi Eliza, pero cada noche respiraba fácilmente sabiendo que nunca podría tocarla de nuevo, no mientras durmiera a mi lado.

Después de mi semana de descanso para ayudar a sanar a Eliza, comencé formalmente el boxeo profesional en On The Ropes. Slate no programaría mi primera pelea hasta que sintiera que estaba listo, y si la forma en la que me estaba entrenando era una indicación, había estado en lo cierto al retenerme. Estaba batallando para mantenerme al día con el increíble régimen que había creado para mí. He entrenado duro toda mi vida, pero este era un nivel completamente diferente. Para el momento en que cada noche llegaba a casa desde el gimnasio, apenas podía mantener mis ojos abiertos. Pero cada día, mientras miraba fijamente esa pintura en la pared, sabía que valdría la pena. Él no podía hacerme ejercitar lo suficiente como para borrar la imagen que tenía de alguien pintando mi nombre en ese espacio en blanco. Estaba empeñado en hacerlo realidad.

Casa de Till Page

Primer Campeón Mundial de On The Ropes

Con el nuevo sueldo, las cosas se relajaron en la casa Page. No éramos ricos desde ningún punto de vista, pero para un grupo de chicos que realmente sabían lo que significaba estar en *quiebra*, seguro se sintió de esa manera. Sobre todo en las ocasiones en que realmente podíamos darnos el lujo de celebrar.

—¡Feliz cumpleaños, Quarry! —Eliza aplaudió cuando el camarero trajo los platos para la torta en la cual había pasado la mitad del día horneando.

—Once se siente bastante bien. —Se frotó su estómago, deslizándose para reclinarse en la cabina.

Flint se rió a su lado mientras devoraba su hamburguesa.

—Lo digo en serio. Podría acostumbrarme a esta vida. —Q deslizó su dedo por el lado de la torta, quitando el glaseado y metiéndoselo en la boca.

—Así que estaba pensando. ¿Qué tal Till "El Terminador" Page? —pregunté.

—¡Aburrido! —Eliza y Flint vetaron.

—Oye, me gusta un poco.

—¡Gracias, Q!

Chocamos los cincos sobre la mesa.

Mi nuevo apodo del boxeo ha sido el tema candente de conversación durante las semanas anteriores. Slate había puesto una cláusula especial en el final de mi contrato de boxeo afirmando que, Till "El Asesino" Page no tenía suficiente onda. Sí.

En realidad utilizó exactamente esa frase en un documento legalmente vinculante. Pensó que era muy gracioso, pero cuando le pregunté si estaba bromeando, me había contestado con un rotundo no.

No podíamos decidirnos por ninguno. Se sentía como si todos los buenos ya habían sido utilizados o simplemente no encajaban. Más temprano esa tarde, Slate me había informado de que mi nuevo nombre debía estar para el día siguiente o sería despedido por incumplimiento de contrato. Lo había dicho con una sonrisa, así que dudaba que hablara en serio, pero había decidido ir por lo seguro por si acaso.

—¿Furia Viciosa? —Flint sugirió luego se metió una patata en la boca.

—¡*Puños* de Furia! —Eliza gritó con entusiasmo.

—Ya ha sido utilizado, nena. —Dejé caer mi servilleta en mi plato y pasé un brazo sobre sus hombros—. ¿El Torbellino?

Quarry vetó esa. —Estúpido.

—Muy bien, ¿qué tal Till "La fuerte voluntad" Page? —Eliza sugirió mientras comenzaba a cortar la torta.

—Oh no. —Flint puso las manos sobre su boca, fingiendo miedo—. Nunca vencerás a Till Page, tiene una... una... —su barbilla comenzó a temblar dramáticamente—... ¡fuerte voluntad!

Todos rompimos a reír. Bueno, todos excepto Eliza. Solo arrojó la vela.

—Bueno... ¿qué tal Till "Se apagan las luces" Page? ¡Vamos! ¡Tienen que admitir que es una buena! —Quarry exclamó antes de meterse torta de chocolate en la boca.

—¡Oh! Me gusta que juegue con tu nombre en esa —respondió Eliza, pasándome una rebanada.

Me froté la barbilla, pretendiendo considerarlo.

—Bueno, me encanta. Mi única preocupación es, ¿qué si lucho con alguien que no le teme a la oscuridad como Q?

—¡No le tengo miedo a la oscuridad!

Incluso Eliza se rió esta vez.

—El beso fatal. —Se inclinó y suavemente me dio un pico en mis labios.

Causó que Quarry hiciera un sonido de náuseas, que Flint gritara:

—¡Prohibido! —Y que yo dejara caer mi mano en su regazo. Sus ojos se agrandaron y sus mejillas se calentaron mientras la metía por debajo del borde de su falda.

—¡El portavoz del infierno! Ya sabes, gracias a ti y a toda la cosa del purgatorio. —Los ojos de Quarry brillaron hacia Eliza, quien estaba mordiéndose el labio mientras sacaba mi mano de entre sus piernas.

—Siento que *esto* es el purgatorio —murmuré—. Vamos. Salgamos de aquí. —Me deslicé fuera de la cabina, arrastrándola conmigo.

Puse un brazo sobre sus hombros y los cuatro caminamos hacia el auto de Eliza. Estaba *genuinamente* feliz posiblemente por primera vez en mi vida. Le acabo de pagar a toda mi familia la cena en un restaurante decente y no tuve que ahorrar durante seis meses para hacerlo. Tenía un trabajo que amaba, Quarry tenía un regalo de cumpleaños esperándolo en casa y Eliza iba a terminar la noche diciendo mi nombre. La vida era buena.

Y me ponía *tan* paranoico.

—Oye, ¿puedes manejar hasta casa? —Eliza me entregó las llaves.

—¿Estás bien?

—Tengo una idea. —Se puso de puntillas y presionó sus labios con los míos, mordiendo mi labio inferior mientras se alejaba.

—De repente, yo también tengo ideas. —Enrollé un brazo alrededor de su cintura y roté mis caderas contra las de ella.

—Bueno, necesitas deshacerte de esas ideas —susurró mirando sobre su hombro a donde los chicos estaban esperando junto al auto—. Estoy con mi periodo.

—Ah, sí. La naturaleza por sí sola bloquea mi polla. —Asentí antes de soltar un gemido de frustración.

Se rió.

—Sí, pero también significa que puedo empezar mi control de natalidad para que podamos deshacernos de los condones. —Levantó sus cejas sugestivamente.

Respiré profundamente.

—Oh, mujer. Ahora estás hablando un idioma que entiendo. —Tomé ambos lados de su rostro y planté un duro beso con la boca cerrada en sus labios.

—¡Vámonos! —gritó Flint, llamando nuestra atención.

—La próxima semana es el bloqueo en el gimnasio. Habrán desaparecido por toda una noche. Deberías descansar mientras puedas. —Guiñé mientras me alejaba.

Mientras que subíamos al auto, sacó un cuaderno de dibujo y se puso a trabajar. No reconocí los movimientos a medida que su lápiz se deslizaba a través del papel. Traté de mirar por encima de su hombro en cada luz roja, pero nunca fui capaz de captar ni un vistazo. Estaba actuando raro y mi corazón se aceleró mientras esperaba que cayera el cielo.

—¿Estás segura que estás bien?—Apreté su pierna.

Levantó la mirada con una sonrisa cálida.

—Lo juro. Solo quería dibujar algo. —Levantó mi mano de su pierna y besó la palma, leyendo mis nervios como un maldito libro.

Tan pronto como entramos por la puerta principal, Eliza nos sentó a todos.

—Así que… —empezó, pero nada siguió durante varios segundos—. No estoy segura de cómo se van a sentir con respecto a esto, pero tuve una idea en el restaurante. Sé que este es una especie de tema delicado, pero no creo realmente que ignorarlo le haga algún bien a alguien. —Pasó el cuaderno de dibujo.

Parpadeé.

Flint se quedó sin aliento.

Quarry maldijo.

Había dibujado una pistola que parecía estar disparando una onda de sonido intrincada, que finalmente caía plana. Dentro de los picos de la onda estaban las palabras "el Silenciador" en letras de imprenta.

—Till, no quiero sonar como una Debbie Downer, pero cada día que pasa, luchas para mantener el silencio a raya. Creo que es justo que tus oponentes tengan que enfrentarse a “el Silenciador”.

—¡Claro que sí! —Quarry se levantó rápidamente.

Flint me observaba de cerca por una reacción, pero mirando al papel, yo estaba sin habla.

Si pudiera retroceder, me habría dado cuenta que el logo que había dibujado en un viaje en auto hasta casa de veinte minutos era simplemente bueno y el apodo que había escogido era pegajoso.

Pero no podía hacer nada de eso. Lo que había puesto en ese papel era extraordinario para mí.

Le dio poder a mis defectos, muestra mi sentencia de por vida y orgullece mi futuro en el silencio.

Era un símbolo que representa quién yo era, elaborado por las mismas manos que me habían hecho lo que era.

Mentalmente prometí que, a partir de ese momento, siempre sería Till "el Silenciador" Page.

Nerviosamente mordía su labio mientras todos en la sala esperaban que hablara. Me levanté del sofá y me acerqué a donde estaba parada. Después de tomar el cuaderno de dibujo de su mano, arranqué bruscamente la página superior.

—Fue solo una idea. No te enojes —dijo, comenzando a disculparse.

—Oh, estoy furioso —respondí, tomando su nuca—. Me has estado ocultando esto. No tenía idea que pudieras dibujar otra cosa excepto ojos.

Comenzó a reír, pero la besé indecentemente.

Me había olvidado que los chicos estaban en la habitación hasta que oí gemir a Quarry con disgusto. Sin embargo, me importaba una mierda quien nos estuviera viendo.

—Me encanta —le dije mientras se alejaba—. Se lo diré a Slate en la mañana, y si no le gusta, renuncio.

—Bien, ahora, no vas a enloquecer aquí —replicó.

—Por lo tanto, ¿es el indicado? —preguntó Flint, arrebatándome el papel.

Me quedé mirando los ojos azul oscuro de Eliza cuando respondí:

—Es para mí.

24

Eliza

Cuatro meses después...

—¡Quarry, baja del auto!

—No. —Hizo un mohín.

—¡Te ves bien!

—¡Parece que me oriné encima! Puede haber chicas allí.

—No. Parece que pisé los frenos, provocando que derramaras soda en todo tu regazo. Si las chicas preguntan, solo échame la culpa. Ahora, vamos.

Flint se rió entre dientes a mi lado.

—¡Ves! ¡Se está riendo! —exclamó Quarry—. No voy a entrar así. Llévame de vuelta a casa.

Respiré profundamente para calmarme, pero mis nervios estaban destrozados. Esta noche, Till "el Silenciador" Page estaba listo para hacer su debut en un ring de boxeo profesional, y yo estaba parada en el estacionamiento de una pequeña arena deteriorada, en las afueras de Chicago, discutiendo con un niño de once años, rey del drama.

—¡Es un viaje de tres horas de regreso a nuestro departamento! —Miré a Flint y levanté mis manos en señal de frustración.

Negó y luego se quitó su sudadera azul pálido y se la arrojó a Quarry con una sonrisa.

—Ponte esto. Es lo suficientemente grande como para cubrir tus bragas orinadas.

Quarry echaba humo mientras se la puso, pero finalmente salió del maldito auto.

Cuando entramos en el lugar, era obvio que la multitud charlando no estaba allí debido a Till. Cada palabra que escuché decir era sobre el gran retorno de Slate al boxeo profesional. El lugar tenía impreso los programas y la foto de Slate era al menos tres veces más grande que la de cualquier otra persona. Till estaba en la parte de atrás.

Estaba lleno de gente parada y, aunque era a mediados de otoño en Chicago, bien podría haber sido una habitación para asar. Quarry estaba sudando su culo dentro de esa sudadera, pero se negaba a quitársela.

—¡Leo! —Flint gritó desde nuestros asientos reservados en la primera fila.

—Que pasa, hombre. —Se inclinó sobre la barricada de metal para darle la mano a Flint—. Hola, Eliza.

—No sabía que iban a venir —le dije, regresando el abrazo amistoso de Leo.

—¿Estás bromeando? Hemos estado esperando mucho tiempo por esto. —Señaló hacia el balcón, donde Sarah y Érica saludaban con entusiasmo.

Traté de ocultar lo conmovida que estaba de que todos estuvieran allí para apoyar Till.

—Gracias —le susurré a Leo mientras regresaba sus saludos con ambas manos.

Sus ojos se calentaron mientras me observaba luchar contra las lágrimas. Era un desastre. Incluso más de lo habitual.

Era un gran momento para Till. Tenía derecho a estar emocional.

—¿Vino Liv? —Preguntó Quarry, saltando sobre sus pies.

—Nah. No le gusta esto del boxeo. ¡Guao! Q, ¿mojaste tus pantalones? —Comenzó a reírse mientras miraba hacia abajo en donde la sudadera se había subido.

—¡No! Eliza me hizo derramar soda. ¡Lo juro!

Flint se echó a reír histéricamente a su lado.

—De acuerdo. —Leo guiñó—. Está a punto de iniciar la pelea. Esta noche estoy manejando la seguridad de Slate, así que avísenme si tienen algún problema.

—Gracias —contesté.

Miró hacia abajo, a los pantalones de Quarry, y se rió entre dientes mientras se alejaba.

Justo cuando Leo desapareció por la esquina, la arena se volvió loca. Todos estábamos mirando alrededor para averiguar lo que nos estábamos perdiendo, cuando la multitud empezó a cantar, "Slate". Incluso a través del caos, vi a Till al segundo que comenzaron a caminar hacia el ring. Ni siquiera estaba segura que los aficionados presentes se dieron cuenta que estaba allí en absoluto.

Pero yo lo hice.

Usando un bata roja con el logotipo que había dibujado bordado en su espalda, vi "el Silenciador" Till Page, colándose a través de las cuerdas. El asombroso orgullo trajo lágrimas a mis ojos. Flint debe haberlo visto, porque puso un brazo alrededor de mis hombros y me atrajo hacia su lado. Sin embargo, a juzgar por sus caras, ambos chicos estaban tan abrumados por este momento como yo. Su hermano mayor era un boxeador profesional, e incluso si fuera solo esa pelea, lo había hecho a lo grande a sus ojos.

Cuatro rounds más tarde, Till ganó su primera pelea por decisión unánime.

—¿Cuánto dinero ganaste? —Quarry le preguntó a Till cuando llegamos a los sucios vestidores después de la pelea.

—No ganó nada —respondió Slate—. Pero yo gané seiscientos dólares. —Movió sus cejas.

—¿No ganaste *nada*?

—Nop. No obtengo dinero hasta que gane más de lo que Slate me paga todos los meses.

—¡Bueno, eso apesta! —Quarry exclamó.

Slate comenzó a cortar la cinta de las manos de Till.

—Muy bien, así que hablé con algunos de los promotores antes de la pelea. Te conseguí tres peleas, más de cuatro asaltos. Una cada treinta días. Ciento cincuenta dólares por round. ¿Estás bien con eso?

—Sí. Definitivamente. —Till respondió rápidamente.

—Después de eso, podemos pasar hasta seis rounds y esperemos que entres en el ring con algunos rivales decentes con una cartera.

—¿Qué pasó con esa posible pelea en Nueva York que mencionaste el otro día?

—Bueno, estaba dispuesto a correr el riesgo contigo siempre y cuando hiciera un jodido encuentro y lo saludara antes de la pelea. Le colgué. —Slate hizo una pausa incómoda—. Escucha, lo siento por esa mierda en el camino hacia el ring. Esta es parte de la razón por la que siempre dudé de volver como entrenador. Con el tiempo, la novedad de que estoy de vuelta en el negocio va a desaparecer y la gente ni siquiera se dará cuenta que estoy más allí, pero por los próximos meses, me preocupa que este pudiera ser el curso de las cosas.

—Está bien. No me importa —Till contestó—, en serio. No me molesta. Te olvidas que también soy un fan de Slate Andrews. Bueno, lo era… hasta que casi me mataste al obligarme a correr alrededor de la pista en jeans. —Le dio a Slate una sonrisa de medio lado que reconocí como genuina.

—Así que, ¿cuándo Till recibirá la gran paga? Me niego a creer que Érica tiene un guardaespaldas y ganabas seiscientos dólares por pelea —preguntó Quarry, saltando sobre la mesa junto a Till.

Slate rió, sacudiendo su cabeza.

—Supongo que todo depende de con quién luche. A quién venza. Contra quién *pierda*. Voy a hacer mi trabajo y conseguirle las peleas. El resto depende de Till.

—Por lo tanto, ¿se le paga por round? ¿Qué pasa si noquea a alguien? —Flint preguntó desde la esquina.

—Los promotores quieren un buen espectáculo para que puedan vender entradas. Los nocauts son agradables, pero lo que mantiene a la gente feliz es sentir como si obtuvieran el valor de su dinero. Así que a las peleas de apertura se les paga por cada round. Después de eso, te pagan basado en tu contrato que se negoció con antelación. Ganes o pierdas. Decisión o nocaut técnico, no importa en ese punto. El boxeador establecido gana la mayor parte del dinero, y el oponente gana mucho menos.

—Espera... ¿qué? —Flint se acercó más—. Incluso si gana, ¿todavía se le paga menos dinero?

—¿No debería el perdedor ganar mucho menos?

—No funciona así. Mira, la meta es llegar a ser el campeón. No es solo el prestigio. Hay un montón de ceros en la parte posterior de ese cinturón que mantiene a la gente en ese ring.

Till inclinó su cabeza en la confusión.

—¿Por qué te retirarse cuando tenías el título, entonces? Debiste haber estado ganando un montón de dinero como él seis veces campeón del mundo. ¿Por qué no seguiste con ello hasta que perdieras?

Slate se encogió de hombros.

—Supongo que ya había terminado. —Till soltó una risa, y los ojos de Slate se pusieron serios—. Recuerdo que cuando gané mi primera pelea profesional, fue casi exactamente como te sucedieron las cosas esta noche. Estaba tan entusiasmado cuando salí de esa arena, pero luego, cuando llegué a casa, toqué fondo. Me senté y me quedé mirando el sobre lleno de dinero durante horas. Tenía miedo de siquiera tocarlo. Estaba convencido que era lo único que conseguiría. Durante varios meses, solo lo dejé guardado en un cajón. La promesa de dinero es lo que me llevó al deporte. El punto es que he estado donde te encuentras, así que sé exactamente lo ridículo que esta declaración va a sonar. Pero espero que, algún día, entiendas que el dinero es tan importante como lo que te da. No estoy hablando de autos deportivos o grandes casas. Estoy hablando de paz mental. Cuando me alejé del boxeo, rechacé una revancha en donde habría ganado más de sesenta millones.

—¡Mierda! —Me oí maldecir, y fue acompañado por opiniones similares de todo el mundo en la habitación.

—Para mí, el dinero perdió su valor el día que conocí a Érica. No podía comprarme tiempo con ella. Tenía más que suficiente para vivir cómodamente, y eso

era todo lo que alguna vez realmente quise. Así que renuncié. El incentivo ya no valía la pena el sacrificio.

Estuvimos todos en silencio durante varios segundos antes que la sala estallara en el caos.

—¡Tú rechazaste sesenta millones de dólares por una chica!

—¡Tienes que estar bromeando!

—¡De ninguna manera! ¿Qué está mal contigo?

—¿Sesenta millones de *dólares* o pesos?

Slate solo se rió.

—Nunca deberías volver a contar esa historia. —Till le informó, haciendo reír a Slate aún más fuerte.

—¡La peor historia del mundo! —declaró Flint—. ¿Sabes qué lección aprendí de esa historia? Que Till necesita terminar con Eliza, inmediatamente.

—¡Oye! —objeté.

—Sí. Estoy de acuerdo. —Quarry saltó de la mesa y se enfrentó a Till—. Si tuvieras sesenta millones, podrías contratarla para que duerma contigo.

Till puso una mano sobre su boca, pero eso no amortiguó su risa.

Quedé boquiabierta antes que gritara:

—¡No *soy* una puta!

—¡Por supuesto que no! —Flint frotó mi hombro con dulzura antes de agregar—. Todavía esperaríamos que cocines para nosotros. Las putas no cocinan. —Guiñó un ojo.

—¿Cómo diablos sabes lo que hacen las putas? —repliqué.

Toda la habitación estaba muerta de risa en este punto y no pude evitar unirme a ellos.

Till se dirigió hacia mí y me envolvió en sus brazos.

—Bien. Bien. Nadie va deshacerse de Eliza. Puedo ganar sesenta millones *y* conservarla. —Continuó riéndose incluso mientras besó la cima de mi cabeza.

—Vaya. Gracias.

Y esa era la forma en que funcionábamos. Bromeábamos el uno con el otro sin tregua y reíamos descaradamente. Ellos peleaban. Yo arbitraba. Era perfecto, de verdad.

Éramos una familia.

25

Till

Un año más tarde...

—¡El Silenciador está en casa! —Escuché gritar cuando entré en el gimnasio.

Quarry se rió a medida que salía del programa extra escolar que hace mucho tiempo había aprendido a amar.

Rápidamente me había convertido de aficionado a una persona poderosa alrededor del gimnasio.

Con más de siete peleas bajo mi cinturón, estaba en camino para ascender en la categoría. Las peleas se hacían más grandes y me gustaba eso. Para el final del primer año, había depositado más de quince mil dólares por encima de lo que Slate me pagaba en la semana. Había dejado todo en una cuenta de ahorros y había rechazado tocarlo. Nunca me había sentido más estable y seguro en mi vida. Solo saber que estaba allí calmaba la ansiedad que ni siquiera sabía que albergaba.

Eliza estaba terminando su último semestre en la universidad y había comenzado a buscar puestos en contabilidad. Decía que estaba entusiasmada sobre conseguir uno verdadero, pero sabía que temía pasar sus días estudiando números en lugar de cuadernos con bocetos. Después que un caso civil con Derrick Bailey pagó sus préstamos estudiantiles, rechacé permitirle sacar más. Estaba ahí para siempre con Eliza y la última cosa que quería era empezar con una carga de deuda.

Dios, peleábamos por el dinero, pero no como la mayoría de parejas. Nunca fue porque no teníamos suficiente o uno gastaba demasiado. Era siempre sobre quién conseguiría pagar las cuentas. Estaba manejando bien el dinero y demonios estaba decidido a cuidar de ella del modo con el que siempre soñé. Y bien, no le gustaba sentirse como una vividora siendo cuidada. Me gustaban esas peleas. Sus pezones se ponían todos duros cuando gritaba cuanto me encantaba atenderla.

Entonces ella pateaba el piso y declaraba que quería dividir las cuentas. Lo que causaba que mi pene se pusiera duro... lo que hacía que sus ojos se calentaran mientras se movían abajo a mi pantalón... lo que originaba que me pusiera tan caliente que me veía forzado a quitarme la camiseta... provocando que se lamiera sus labios... lo que me hacía avanzar precipitadamente y hacerle el amor sobre la

superficie horizontal más cercana que podía encontrar. Realmente, era un círculo vicioso.

—¡Page, ven aquí! —gritó Slate desde su oficina.

—¿Qué pasa? —pregunté, sentándome en la silla frente a su escritorio.

—¿Quarry y tú fueron al doctor ayer?

—Sí. Estoy bien. No está seguro por qué esto va y viene a veces. Mi evaluación está alrededor del setenta por ciento todavía.

—¿Y Quarry?

—Todavía está en el ochenta por ciento. Ningún cambio verdadero.

—Esa es una buena noticia. —Se levantó, caminó a la puerta y la empujó cerrándola antes de jalar las persianas que cubrían las grandes ventanas de cristal del gimnasio.

Mi curiosidad creció, porque hasta ese momento, no sabía que esas persianas todavía fueran funcionales.

—Bien. Ahora, hay algo más que tengo que hablar contigo. —Se sentó en la esquina del escritorio—. Clay Page ha estado llamando al gimnasio buscándote. Casi todos los días, tenemos una llamada por cobrar desde la prisión.

—Joder —salió volando desde mi boca.

—Correcto. Bien, he estado manteniendo a Querry fuera del servicio telefónico. No quiero ponerlo en la posición de tener que colgarle a su propio papá si llama por casualidad.

—Aprecio eso.

—Bueno, entonces ya sabes, estaré contactando con la prisión para ponerle un alto a esa mierda. Dirijo un negocio. No necesito a reclusos haciendo estallar mis teléfonos.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. —Me levanté, listo para trabajar y desahogarme un poco.

—¿A dónde vas? Vuelve a sentarte, no he terminado todavía.

—Por favor, dime que no hay más —resoplé, dejándome caer de nuevo en la silla.

—Cambio de planes sobre tu pelea del fin de semana. Summers se lesionó y no pueden encontrar a alguien para que lo sustituya en tan poco tiempo. Tu pelea fue retirada del calendario.

—¡Hijo de puta! —Retumbé, levantándome—. Era una gran pelea. —Comencé a pasearme—. ¿La reprogramaremos?

—No. —Sonrió con diversión.

—¿Por qué demonios no?

—Estás demasiado ocupado. —Su sonrisa creció.

—Um, no. No lo estoy. Esos eran veinticinco grandes. Estoy bastante seguro que mi horario es un trasero amplio abierto.

—Te conseguí una nueva pelea para la noche del sábado —anunció y de repente entendí la sonrisa.

—¿Con quién?

—Oh, ya sabes… algún tipo del que probablemente nunca has escuchado llamado Larry Lacy.

—¡Cierra la puta boca! —Respiré, dando un gigantesco paso hacia él—. ¿El antiguo campeón de peso pesado, Larry Lacy?

—Oh, entonces has escuchado de él —bromeó mientras yo comenzaba a saltar sobre los dedos de mi pie—. Bueno, no te emociones demasiado. Esto no es un pago por evento ni nada. Esta pequeña, desconocida cadena lo televisará. Mierda. Ni siquiera puedo recordar el nombre. —Frotó su barbilla.

Sabía que estaba jodiendo conmigo… arduamente. Casi estaba tan emocionado como yo.

—Creo que la llaman… ESPN.

Me quedé helado.

—De ninguna. Jodida. Manera.

—Ocho rounds. Cincuenta de los grandes. Filadelfia. Sábado por la noche.

—Juro por Dios que es mejor que no estés jodiendo conmigo ahora mismo.

Se echó a reír mientras me entregaba una carpeta de manila.

—Lacy tan solo tiene un año que salió de rehabilitación y está tratando de hacer una reaparición. Se suponía que debía ir contra Pryor, pero este salió ayer por razones que no fueron reveladas a mí. Y sinceramente, no me importó lo suficiente como para preguntar.

Pasé las páginas del contrato y seguro como la mierda, todo estaba allí en tinta negra. Mis ojos se alojan en los cuatro ceros de la segunda página.

Cincuenta mil dólares.

—Mierda. Esto es increíble. —Mi corazón estaba golpeando en mi pecho.

—Esta es una gran oportunidad para tu carrera profesional. La gran cantidad de promotores que estarán viendo esta pelea será ridícula. Todo el mundo se muere por ver lo que Lacy puede hacer ahora que está sobrio, pero quiero que se vayan de esa arena hablando de Till Page.

—Claro que sí —le susurré.

—Ahora firma esa mierda y entra al ring. Tenemos que desarrollar una nueva estrategia para Lacy.

Al empujarme sobre mis pies, te juro que todo mi cuerpo estaba entumecido.

—Gracias, Slate —grité al salir de su oficina. Mientras me dirigía por el pasillo, paso la sala principal del armario y voy a uno de los vestuarios en la parte posterior. Necesitaba hacer una llamada telefónica.

—Mierda. Literalmente, estaba pensando en hacer patatas horneadas dos veces para la cena y me llamas. Es una especie de obsesión grave, Till. —Eliza se echó a reír.

—Estaré en ESPN —dejé salir y su risa se detuvo.

—¿Qué?

Me temblaban las manos mientras la sorpresa y el regocijo amenazaban con darme alcance.

—Slate me consiguió una pelea en ESPN. Cincuenta mil dólares. —Rompí en una risa maníaca—. Oh, Dios mío, Garabato. Esto es tan jodidamente enorme.

—Espera. ¿Cuándo?

—¡Este fin de semana! —grité mientras rebotaba en todo el vestidor como un niño en la mañana de Navidad, lanzando mis puños de la forma más mala posible.

—¡Cállate! —me gritó.

Conocía a Eliza, apostaba a que estaba lanzando un par de puños hacia arriba por su cuenta.

—¡Till! ¡Eso es increíble! ¡Felicidades!

—Hay una muy buena posibilidad que mi pecho estalle antes de llegar a casa hoy. —Seguí a paseándome por la habitación.

—Ew. No explotes. Entonces, ¿estás volviéndote loco bien o volviéndote loco mal?

—Sinceramente, no lo sé. No estoy nervioso por la pelea, así que supongo que, ¿es tal vez de la buena clase? Caray, no lo sé. No suelo volverme loco del buen tipo como para saber la diferencia. —Me reí, pero no era una broma.

—Esto suena como una cosa muy buena, Till.

Podía escuchar la calidez de su voz y me calmó de inmediato.

—Te amo —le dije en voz baja, a pesar que merecía más atención de la que podía darle solo con palabras.

—También te amo. Estoy muy orgullosa de ti.

Di un suspiro contenido. —No tengo ni idea de lo que haría sin ti.

Se rió.

—Probablemente estarías demacrado por tu dieta toda ramen y atascado colgando en la ventana del tercer piso.

—¿Por qué del tercer piso?

—Porque si alguna vez nos separamos, los chicos decidirían que querrían vivir conmigo. Me dijeron que le gustaba más que tú. —Se rió—. Y viví en la planta baja durante el tiempo suficiente. Royal se morirá al saber que me gustaría mi habitación en el tercer piso esta vez.

Sonreí mientras me hundía en el banco.

—Vaya. Suena como una gran casa, bolsas de dinero.

—Sí. Mi novio era un boxeador de peso pesado en grande. La compró para mí.

—Jesús. Quiero hacer eso —le susurré.

De repente, su risa desapareció.

—No necesito eso, Till. Solo estaba bromeando.

—Sé que no lo necesitas, pero te lo daré de todos modos.

—Solo te necesito a ti. No importa dónde estamos.

Era un sentimiento dulce que cualquiera podía reconocer, pero para mí, era todo.

Ella lo era todo.

Me aclaré la garganta para cubrir la intensa emoción y luego cambié de tema:

—Tienes razón. Es una buena salida.

—Siempre tengo razón. —Se rió y alivió mi mundo entero.

—Así me han dicho.

—¿A qué hora vendrás a casa?

—Probablemente tarde. La nueva pelea necesita un nuevo plan.

—Bueno. Nos vemos entonces. —Hizo una pausa—. Incluso podría estar desnuda cuando llegues.

Dejé escapar un gemido.

—Mmm... Me encanta tu forma de pensar. Ahora, háblame sucio y dime que estarás sosteniendo un plato de dobles patatas horneadas.

Se echó a reír y mis labios se abrieron en una sonrisa. Escuché un rato, saboreando el sonido.

Por último, se quedó de nuevo en silencio.

—Te amo, Till.

—También te amo. Nos vemos esta noche. —Después de un rápido adiós, colgó, pero me quedé mirando mi teléfono durante varios minutos.

Había conseguido una pelea de cincuenta mil dólares que sería televisada para que todo el mundo la viera. Sin embargo, de alguna manera… ni siquiera era la mejor parte de mi día.

Respiré profundo.

Sí. Estaba decidido a llegar tarde esa noche. Había llegado el momento de aprovechar mi cuenta de ahorros… y darle un golpe a la ferretería.

Eliza

Yo: Los chicos estarán pasando la noche fuera.

Envié el mensaje en el momento en que vi los faros del auto de Till entrar en el estacionamiento. Entonces corrí a la habitación y conté hasta diez.

Yo: patatas dobles horneadas. Comprobado.

Le envié una foto de un plato lleno de ellas y luego conté hasta veinte mientras me acomodaba en la cama.

Yo: Desnuda. Comprobado.

Hice una foto rápida de mis pechos, asegurándome de que el pecado favorito de Till había estado en la foto. Riendo, presioné enviar.

Entonces grité con todos mis pulmones mientras veía su rostro iluminado por el resplandor de su teléfono afuera de nuestra ventana.

—Diablos —gimió, sin dejar de mirar el teléfono incluso cuando me asusté al otro lado del cristal.

—¡Mierda! ¿Qué estás haciendo? —Le pregunté mientras miraba por la ventana abierta.

—Estoy guardando esa imagen para mi pantalla de inicio. —Finalmente me miró.

—¿Por qué estás en una escalera?

—Oh, ¿esto? No es nada. La vida acabó por sentirse demasiado real hoy. Quería un poco de fantasía. —Su mirada pasó por mi cuerpo desnudo—. Y claro, llegué a la ventana correcta.

Sus ojos eran juguetones, pero todavía me preocupaba que subiera a través de una ventana hasta el segundo piso.

—Till... —empecé.

—Así que tengo una teoría. —Se apoyó en sus codos, metiendo la cabeza por la abertura.

—Esa noche, cuando me empujaste fuera de tu puerta, había venido originalmente por la ventana. ¿Y qué si la vida que hemos estado viviendo desde entonces es como una fantasía dentro de una fantasía? —Mi estómago se retorció—. Tienes que admitir. Que ha sido bastante increíble. —Sonrió.

Algo no estaba bien con él. Lo sentía y me asustaba hasta la muerte. Extendí la mano para tocarlo, pero tomó mi mano en el aire y apretó los labios en mi palma.

—Verás, las ventanas nunca me defraudaron antes. Y esta podría ser la mayor fantasía de todas. Necesito toda la ayuda que pueda conseguir esta noche. —Puso una pequeña caja, negra en el alféizar—. Cásate conmigo, Eliza.

Respiré profundo mientras lágrimas inundaban mis ojos. De repente, no estaba segura de la fantasía que estábamos teniendo en absoluto, porque Till Page me estaba ofreciendo su para siempre, todo el tiempo había sido el mío.

—Till... —Lo miré a los ojos—. ¿En serio?

—Completamente. Te amo, Garabato. Siempre, ¿recuerdas?

Completamente desnuda, me lancé por la ventana. Hasta apenas permanecer en la escalera mientras asaltaba su boca. El anillo, que todavía no había visto, cayó al piso, por suerte en el interior. Mi lengua rodó en su boca mientras mis manos se doblaban en su cabello. Con un brazo asegurado alrededor de mi cintura, profundizó el beso mientras se arrastraba hasta el fondo. Mis pies se levantaron del piso mientras él nos llevaba a la cama. Colgaba en sus brazos, pero nunca en mi vida me sentí más aterrizada.

—¿Eso es un sí? —preguntó mientras me dejaba en la cama y me pasaba la camiseta por la cabeza.

—Hubiera dicho que sí a los trece años. —Arrastré su boca hacia abajo con la necesidad frenética de sentirlo de nuevo, pero su boca por sí sola no era suficiente. Recordé sus palabras de hace tantos años—. Tómame. Reclámame para siempre, Till.

Con un gruñido, se levantó de la cama y se dirigió a la ventana. Levantando la caja en el suelo, dijo:

—No hasta que estés usando mi anillo.

Abriendo la caja, esta reveló un anillo de compromiso solitario con un diamante redondo. Era pequeño y simple, nada en absoluto como el hombre que me estaba proponiendo matrimonio. Era, sin embargo, perfecto.

Lo deslizó en mi dedo y luego dejó escapar un enorme suspiro de alivio.

—Es magnífico. —Me levanté de mis rodillas, deslizando mis manos sobre su pecho cincelado.

Sus ojos vieron el anillo en mi dedo deslizarse sobre su piel. Los míos vieron el calor de sus ojos.

—Siempre has sido hermosa... pero joder, Eliza. Llevando mi anillo... casándote conmigo... eres increíble. —Sus ojos brillaban de abrumadora emoción, pero cuando me incliné hacia delante para ofrecerle un beso tranquilizador, Till Page el hombre apareció.

Sus ojos se oscurecieron. Con un brazo en la parte posterior de mi cuello, tomó mis piernas debajo de mí con la otra. Aterricé sobre mi espalda y la boca de Till fue a trabajar en morder y pellizcar mi cuello. Sus manos hicieron un trabajo rápido en quitarme el pantalón y, en cuestión de segundos, estaba enterrado dentro de mí.

—Vas a casarte conmigo —repitió mientras se conducía dentro de mí.

No era una pregunta, pero cada vez, todavía respondía:

—Sí.

Después de un tiempo, su mano se metió entre nosotros, forzando mi orgasmo antes que pudiera tratar de luchar contra él, no con su mano. Nunca con su mano.

Mientras me venía dije su nombre, hasta que se vació dentro de mí con sus propias palabras reverentes.

—Mi esposa.

26

Till

No solo vencí a Larry Lacy. Lo noqueé en el quinto asalto.

Slate había tenido razón. No había una persona que dejara esa arena que no supiera mi nombre.

Fui presentado en cada maldita cadena principal de deportes, periódico, y revista al día siguiente. Pude haber sido un luchador relativamente desconocido al entrar en ese cuadrilátero, pero había salido como el hombre del momento.

Odiaba que Eliza no hubiera estado allí para verlo, pero los chicos no podían faltar más a la escuela, así que se había quedado en casa con ellos. Antes que incluso hubiese salido del ring, me habían entregado un teléfono con ella gritando en el otro extremo. La multitud se estaba volviendo loca, pero ella era todo lo que oía. Hicimos una gran conferencia de prensa al día siguiente antes de volver a casa, y por primera vez, incluso mientras una celebridad como Slate Andrews se sentaba a mi lado, la atención fue toda mía. El pago de cincuenta mil dólares fue bueno, aunque el de Lacy fue jodidamente mucho más grande, pero la emoción de ese día era embriagadora.

Todo en lo que podía pensar, sin embargo, era en llegar a casa y *realmente* celebrar.

—¡Para! —Eliza alejó mis manos.

—No, tú para. Te extrañé —bromeé ya pasando mi mano por debajo de su camiseta y sellé mi boca sobre la de ella.

—Los chicos todavía están despiertos.—Pasó sus uñas sobre mi espalda.

—Oh diablos, no. ¡No voy a esperar que se duerman! Quarry tomó suficiente Mountain Dew esta noche como para nunca dormir de nuevo. Saben que tenemos sexo. Lo superarán. —Presioné mi endurecida polla contra su núcleo, lo que la hizo tirar la cabeza hacia atrás con un jadeo.

—Eso no significa que quiera que sean capaces de contabilizar cuántas veces me vengo.

—¿Contabilizar? ¿Cuántas veces estás planeando venirte, mujer?

Se rió y, con solo el sonido, mi polla se volvió increíblemente dura. Mordí su pezón para hacerla callar, pero no funcionó, porque se convirtió en un gemido que juro que sentí en mis bolas.

Necesitaba tenerla... y pronto.

—Vamos a estar callados. —Metí mi mano en sus bragas, encontrando su clítoris antes que incluso pudiera protestar.

—No puedo estar callada —jadeó, deslizándose por la cama y fuera de mi alcance.

Dejé caer mi cabeza contra la almohada. Estaba debatiendo si sería un error de mi parte darle a Flint veinte dólares para sacar a Quarry, e ir a sentarse en mi camioneta por una media hora, cuando su lengua giró alrededor de la cabeza de mi polla.

—Mierda —susurré.

—Tú estarás callado. Te despertaré en unas pocas horas y será mi turno. ¡Considéralo un regalo de felicitación!

Sus labios formaron la forma más perfecta de luna creciente cuando me sonrió. Solo fue superado por la "O" que hicieron cuando chupó mi polla hasta el fondo de su garganta.

Me desperté con el culo desnudo de Eliza frotándose contra mí. Después de haberme venido en su boca, le había rogado que me dejara devolverle el favor, pero se había empeñado en esperar hasta que los chicos se durmieran. No tenía idea de cuánto tiempo había pasado desde que nos quedamos dormidos, pero Flint y Quarry debieron haberse desmayado, porque la casa estaba en silencio. No podía ver su rostro, pero estaba callada, el movimiento de sus caderas era la única prueba de que no seguía dormida. O tal vez lo estaba y, aun dormida, su cuerpo deseaba el mío.

Rocé mis dientes en el lóbulo de su oreja.

—Mmm. Despierta, bebé. —Sentí la vibración en mi pecho, pero no escuché nada.

¿Qué carajo?

—Eliza —llamé, esperando que el resultado fuera diferente, pero una vez más, el silencio era penetrante.

De inmediato ella se dio la vuelta para mirarme con los ojos muy abiertos, pero no podía concentrarme en nada excepto mi incapacidad para hablar.

—¡Eliza! —grité como si de alguna manera ella pudiera hacer que mi voz funcionara de nuevo.

Observé su lengua tocar sus dientes en lo que sabía era el "ll" en la parte final de mi nombre, pero ella no podía hablar tampoco.

Es una pesadilla. *Tiene que serlo*.

—Garabato, ¿estás bien? —le grité tan fuerte como pude, con la esperanza de irrumpir a través de cualquiera fuerza desconocida que estuviera comprimiendo el sonido.

Con un estremecimiento doloroso, ella se cubrió la boca con la palma de su mano. Sus labios se movían con palabras de gran alcance, ninguna de las cuales llegaron a mis oídos.

Quité su mano de mi boca.

—¡No puedo hablar! —grité, tambaleándome fuera de la cama. Golpeé casi cada maldita cosa en mi huida frenética, pero no me detuve hasta que mi culo estuvo contra la pared.

Sujetando una mano en mi cabello, vi las lágrimas caer de sus ojos mientras articulaba lo que decidí era la palabra "para" una y otra vez.

Se subió encima de la cama y tomó un cuaderno de dibujo de la mesita de noche, garabateando rápidamente un mensaje que terminaría efectivamente mi vida como la conocía.

Puedo oírte. Cálmate.

El peso de estas sencillas palabras era indescriptible.

Eliza

Sus ojos eran salvajes. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, y la confusión era solo un poco menos dolorosa que la destrucción total que desmoronó su, de otro modo fuerte, cuerpo al segundo que leyó mis palabras.

—Está bien. —Mi voz se quebró mientras me acercaba lentamente al hombre asustadizo que reconocía como mi roca. Me sequé las lágrimas porque sabía que no harían ningún bien. Él no necesitaba de esas. *Me* necesitaba.

Parpadeó rápidamente mientras lo tranquilizaba con palabras que no podía oír.

—¿Eliza? —preguntó en voz alta una vez más mientras la comprensión penetraba, provocando que lágrimas se construyeran en sus ojos.

—Shh. —Puse un dedo sobre mi boca. Esta temblaba violentamente aunque intenté desesperadamente mantenerla quieta. No quería que viera mi ansiedad, pero rompí en sollozos cuando tomó mi nuca y me apretó contra su pecho.

De alguna manera, Till de repente estaba sordo y *me* reconfortaba.

—¿Está todo bien?—llamó Flint desde fuera de nuestra puerta.

Alejándome, me sequé los ojos y tiré un pantalón en la dirección de Till.

—Vístete —le dije antes de recordar que era inútil. Entonces tomé el cuaderno de dibujo del piso.

Vístete. Vamos al hospital.

—¿Eliza? —dijo Flint cuando tocó la puerta.

—Sí. Todo está bien —respondí, poniéndome mi propia ropa y luego abriendo la puerta.

—Escuché a Till gritando. ¿Estás bien? —Miró a mi alrededor para echar un vistazo a su hermano, quien nerviosamente se ponía a tientas su camiseta. Sus manos estaban temblando tan violentamente que no podía ponérsela—. ¿Qué está mal?

Retirándolo de la habitación, susurré:

—Escucha, tengo que llevar a Till al hospital. Necesito que mantengas un ojo en Q y llames a Slate por mí.

Dio un paso asustado alejándose.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Um… —Me entretuve, tratando de averiguar qué decir, pero al final, solo había una respuesta—. No puede oír nada. Va a estar bien, sin embargo. Solo tenemos que llevarlo a un médico.

—¿No puede oír *nada*? —preguntó Quarry sorprendido cuando dobló la esquina de su habitación.

—Mierda —murmuré para mí misma.

Decirle a Flint era una cosa. Quarry era algo totalmente diferente.

—No lo sé todavía. No lo parece. Solo llama a Slate. Dile lo que está pasando. —Retrocedí hacia la habitación y tomé la mano de Till.

Sus ojos estaban por todo el lugar, pero a medida que caminábamos pasando a los chicos, se las arregló para reconocer la ansiedad de Quarry. Se detuvo el tiempo suficiente para lamer su dedo y pegarlo en el oído de Quarry. Su intento de broma a medias no hizo nada para calmar los temores de su hermano. La barbilla de Quarry se estremeció cuando se dio la vuelta y se marchó.

Conduje al hospital con mi mano anclada en el muslo de Till. Ninguna fuerza en el mundo podría haberla arrancado. No era un gesto posesivo como había visto a Till hacerlo muchas veces antes.

No. Era una conexión simple y llanamente de amor, ambos lo necesitábamos.

Tomados de la mano, fuimos acompañados a la parte posterior de la sala de emergencias casi de inmediato.

Se sentó en una cama rígida de hospital con su cabeza gacha. No teníamos ni idea de lo que pasaba, pero conocía a Till. Estaba segura que tenía completamente los peores escenarios flotando a través de su cabeza. Necesitaba una distracción. Metí la mano en mi bolso, saqué un cuaderno de notas y un bolígrafo.

Arrastrándome en su regazo, besé cada centímetro de su rostro que mis labios pudieron alcanzar. Su pecho se movía, pero no de la manera sexual a la que estaba acostumbrada. Till estaba luchando contra sus propias emociones. No me necesitaba para presenciar eso.

Así que comencé a dibujar.

No era gran cosa. Solo una figura de palitos subiendo a través de una ventana. Pero pareció ayudar. Dibujé una mujer en el otro lado y le di enormes tetas. Till me miró entonces, una pequeña sonrisa tirando de un lado de su boca. Tras arrebatar el lápiz de mi mano, añadió una peca bajo su pecho derecho. Me reí y sus ojos se voltearon hacia los míos. Su mirada se dirigió a mi boca cuando tragó duro. Pero finalmente perdió la batalla.

Enterrando su rostro en mi cuello, Till lo perdió por completo. Se aferró a mí mientras sus hombros temblaban.

No podía decir si alguna lágrima en realidad cayó de sus ojos, pero su cuerpo estaba siendo devastado. Él nunca lo admitiría, pero pensé que estaba más asustado que molesto. Me sentía impotente, pero lo mantuve lo más apretado posible y le susurré palabras de aliento que nunca serían escuchadas, esas eran para mí.

Unos segundos más tarde, Slate entró en la habitación y levanté una mano para detenerlo. Till habría estado mortificado si el único hombre al que consideraba un padre era testigo de su crisis, sin importar que tan comprensible podría haber sido. Bajando la vista a Till en mis brazos, Slate asintió comprensivamente y salió por la puerta.

Respirando hondo, decidí que la fiesta de compasión del fin del mundo tenía que ser terminada. No estaba ayudando a nadie. El hecho era que, mientras odiaba esto por Till, no era el fin del mundo.

Nadie estaba muerto o moribundo. Millones de personas vivían vidas felices a pesar de su incapacidad para escuchar.

Till no era diferente. Seríamos felices, también.

Me deslicé fuera de su regazo y sus ojos enrojecidos saltaron a los míos inquisitivos.

—No más —anuncié muy lentamente para que pudiera leer mis labios. Le apunté con mi dedo y lo clavé en su pecho—. Estás bien.—Luego lo moví a mi propio pecho—. Yo estoy bien. —Entonces hice un gesto entre nosotros—. Estamos bien.— Tomé la libreta y anoté las palabras: *Nada más importa.*

Se quedó mirando el cuaderno de notas durante unos segundos, pero con el tiempo, sus hombros se relajaron. Un segundo más tarde, se enderezaron, y un segundo después de eso, Till había terminado con la fiesta de compasión también. Levantó su cabeza e inhaló profundamente. Todavía estaba pálido y nervioso como el infierno, pero Till "el Silenciador" Page oficialmente se había presentado a la pelea.

Sus ojos intrépidamente sostuvieron los míos, y le di una sonrisa débil.

Levantando su mano, besé su palma.

—Te amo.

Respondió con su boca, pero no fue con palabras.

Deslizó una mano, tomando mi nuca, y me jaló en un duro beso de boca cerrada. Tan pronto como hubo terminado, me acomodó en su regazo, pero esta vez, los brazos fuertes de Till estaban protectoramente *sosteniéndome*, no al revés.

Slate está aquí, escribí. ¿Quieres que lo deje entrar?

Asintió y me dejó salir de su regazo. Cuando abrí la puerta de la habitación, Slate estaba parado en el pasillo, hablando por teléfono.

—Está bien, Q. Él va a estar bien. Te lo prometo —dijo, tomando su nuca y paseándose por el pasillo—. Mira, Johnson va a estar allí en pocos minutos. Déjalo entrar. Va a pasar el rato con ustedes hasta que Till vuelva. No, sé que no necesitas una niñera. Solo compláceme. —Negó y me miró—. Oye, me tengo que ir, Eliza acaba de salir. Te mantendré informado.—Colgó y deslizó el teléfono en su bolsillo—. ¿Cómo está?

—Mejor, ahora.

—¿Puede oír algo?

No tuve que responder aparte de solo mover mi cabeza.

—Miiierda —soltó, pasando una mano por su cabello.

—Quiere que entres, pero ya no estamos más de duelo, ¿de acuerdo? Es la hora de luchar.

Slate sonrió y apretó mi hombro antes de usarlo para empujarme en un medio abrazo.

—Eres una buena mujer, Eliza.

—Gracias —le respondí, pero me aferré al momento de consuelo y tranquilidad que su abrazo proporcionaba, sentimientos que normalmente estaban reservados para el hombre al otro lado de la puerta.

Slate entró en la habitación primero y se detuvo frente a Till. Luego recogió el cuaderno y el lápiz de la cama y comenzó a escribir. Till me hizo señas para reunirme con él. Cuando besó la cima de mi cabeza, reanudé mi posición en su regazo.

Por un momento, pensé que Slate escribía una novela. Finalmente, pasó el cuaderno de vuelta y luego cruzó sus brazos gruesos sobre su pecho.

Así que estamos en la misma página acerca de algo, "la Tormenta Silenciosa" es mi apodo. Lo tenía registrado como marca hace años. No tengo absolutamente ningún problema en demandarte por todo lo que tienes si intentas robar esa mierda. No importa cuán adecuado puede ser para ti ahora.

Till soltó una carcajada cuando terminó.

Slate lo miró cálidamente antes de decir:

—Vas a estar bien.

Till asintió, una vez más, negándose a hablar.

No pasó mucho tiempo antes que el médico se dirigiera a la habitación. Hicieron pasar a Till por lo que parecieron un millón de pruebas, al menos tomó el tiempo suficiente para ser un millón. Slate salió al pasillo y pasó la mayor parte del tiempo en su teléfono mientras me sentaba torpemente, sola y en silencio, igual que

Till. Lloré incluso a pesar que sabía que se suponía que tenía que estar luchando, pero estaba tan jodidamente entumecida.

Por último, nos acompañaron a la oficina de un médico especialista al otro lado del hospital. El hecho que había un otorrino en su oficina a las tres de la mañana me llevó a creer que Slate había estado ocupado llamando a más que Quarry mientras había estado en el pasillo. Till se instaló en la silla junto a mí, tomando mi mano para apoyarla en su muslo. Hubiera preferido estar de vuelta en su regazo, pero esto no era ni el momento ni el lugar para la comodidad. Este era el lugar de la verdad sobre el futuro.

—Está bien, Till actualmente está escuchando menos de cinco por ciento. —Miró a Till y señaló la pantalla por encima de su escritorio, donde las palabras se formaban mientras él les hablaba.

—¿Su audición regresará? —le pregunté esperanzada.

—No. Estoy bastante seguro que no lo hará.

Till se aclaró la garganta e hizo tronar su cuello cuando el pronóstico del médico apareció en la pantalla.

—Teniendo en cuenta su historia, no anticipamos que su audición desapareciera así de repente. Me han dicho que eres un boxeador profesional, y mientras que el trauma puede causar pérdida de la audición, es más probable que tu condición genética sea la culpable aquí. Sin embargo, como te dije, un implante coclear es una gran solución para tu tipo de pérdida auditiva.

—Espera. ¿Qué? —Salté de mi silla.

El médico miró a Till antes de regresar a mirarme.

—¿Él es elegible para un implante? ¿Podría oír otra vez?

—Bueno, esa parte le corresponde a Till. Pero sí, es elegible.

Till negó y se puso de pie, envolviendo sus brazos alrededor de mis hombros. Me moví fuera de su alcance mientras lágrimas de alegría brotaban de mis ojos.

—¡Oh, Dios mío, serás capaz de escuchar de nuevo! —Me reí, pero él me miraba sin comprender—. ¿Qué? —le pregunté cuando mi sonrisa se desvaneció.

Recogió un lápiz y papel del escritorio del médico. *No implante. Cuesta demasiado dinero.*

Arranqué el papel de su mano.

—Tienes seguro ahora —hablé en voz alta mientras escribía. Entonces me volví al médico y le pregunté—: El seguro cubrirá el implante, ¿verdad?

—Bueno, sí. La mayor parte. Sin embargo, todavía podría ser muy costoso. Hay programas que pueden ayudar a los pacientes que no pueden permitirse el procedimiento.

—No es el dinero —intervino Slate detrás de mí—. Él sabe que yo pagaría por ello.

Till levantó el lápiz para escribir de nuevo, pero robé el papel antes que tuviera la oportunidad.

—Habla —exigí, entrecerró sus ojos hacia mí—. ¿Por qué no vas a recibir el implante?

Negó, así que se volvió hacia el doctor.

—¿Cuál es el truco aquí?

—Voy a salir un minuto para que todos puedan discutir esto a solas. —Él salió de la habitación, dejándome aún más confusa e irritada que nunca.

Respiré profundamente y levanté el papel.

¿Qué está pasando? ¿De qué me estoy perdiendo? ¡Podrías escuchar otra vez! ¡¡¡¡¡¡Esto no tiene que ser permanente!!!!!!! Casi rompí la pluma, mientras agregaba con fuerza cada signo de exclamación.

Los ojos de Till brillaron hacia Slate, quien se hallaba asomado detrás de mí. No tenía idea de qué demonios pasaba, pero, sinceramente, no me importaba. Solo había una cosa que importaba.

Vas a recibir el implante garrapateé definitivamente.

Till finalmente encontró su voz en el tono de un gruñido de rabia.

—¡No!

—¿Por qué no? —refunfuñé respondiéndole.

—Porque no podrá boxear más con el implante —dijo Slate, desatando la serpiente venenosa de la verdad en la habitación, antes de salir y dar un portazo.

Oh. Mi. Dios.

¿Preferirías luchar que escuchar? Incliné mi cabeza, incrédula.

Su respuesta fue un encogimiento de hombros que al parecer lo decía todo.

Till

La tensión era pesada mientras Eliza nos llevaba a casa, del hospital. Podía sentir la ira irradiando de ella, pero ni una vez dejó mi lado. Sin embargo, puso el bolígrafo y el papel en su bolso, poniendo fin efectivamente a cualquier otra conversación. Podría no haberse comunicado, pero había sostenido mi mano cuando el médico hubo regresado y programado una cita de seguimiento para el día siguiente. Él había llenado una bolsa con libros y folletos, incluyendo un calendario de cursos de lenguaje de signos en el centro comunitario local.

Era tan surrealista.

Cuando entramos por la puerta de nuestro departamento, los chicos saltaron del sofá.

La boca de Quarry se movía a un millón de kilómetros por minuto y la vista desgarró mi pecho.

Flint le dio un codazo rápidamente para hacerle callar. Ambos me miraron, tan inseguros de cómo reaccionar como yo. Así que les lancé una sonrisa forzada y me dirigí a mi habitación. Pude ver la preocupación en los ojos de Flint mientras lo pasaba, así que extendí la mano y le di un puñetazo en el hombro. Fue juguetón y duro, pero a juzgar por su rostro, no era reconfortante en lo más mínimo.

Normal. Solo necesitaba cosas para sentirme normal, incluso si ellos no lo decían.

Apagué la luz y caí en la cama. Mi mente estaba por todo el lugar mientras trataba de averiguar cómo diablos iba a funcionar con mi nueva existencia. Me encontraba enojado conmigo mismo por no haberme preparado mejor para este día. Sabía que iba a venir; solo que no esperaba que fuera tan pronto.

Después de una media hora, me aburrí de estar solo y fui a buscar a Eliza. Ella probablemente seguía enojada conmigo, pero podría vivir con eso todo el tiempo que estuviera a mi lado.

La encontré sentada en el sofá, rodeada por ambos lados. Flint se sentaba en uno de los lados con sus codos en las rodillas y la cabeza apoyada en sus manos, mientras Eliza rascaba su espalda. Quarry permanecía en el otro lado metido bajo su brazo. Su cuerpo estaba rígido como si no quisiera la simpatía física, pero su cabeza estaba apoyada en su hombro, como si nunca hubiera necesitado nada más.

Las lágrimas corrían de sus ojos.

Jesús. *Quarry*. Había crecido recientemente que, a veces, se me olvidaba que todavía era solo un niño de doce años, quien se enfrentaba a mi mismo destino.

Cuando me aclaré la garganta, todos alzaron la vista. Q inmediatamente comenzó a secarse los ojos y apartó la mirada. Casualmente me acerqué al sofá y le

revolví el cabello. Él odiaba cuando lo hacía, pero esta vez, no se retorció. Usando ambas manos, hice una seña para que se separaran e hicieran espacio para mí. Apretándome entre Flint y Eliza, lancé mis brazos sobre el respaldo del sofá y rudamente los arrastre a todos en un abrazo de grupo. Sus cabezas chocaron entre sí y estaba seguro que todos se quejaron, pero quería mantenerlo ligero. Sin embargo, esos tres segundos cuando toda mi vida estuvo segura en mis brazos estarían grabadas en mi memoria para toda la eternidad.

Mañana no parecía tan temible cuando me hallaba en ese sofá con ellos.

Nos sentamos incómodamente apretados durante varias horas. Por lo que yo sabía, nadie dijo nada. Todos nos perdimos en nuestra propia imaginación de lo que el futuro sostendría. El sol estaba comenzando a asomarse por la ventana cuando Eliza me dio un codazo y señaló a Q, quien estaba dormido en su hombro. Miré a Flint, quien también estaba tirado, su cabeza volcada hacia atrás y su boca abierta. Era el momento de culminar el día. Recogí a Q de su regazo, luego lo llevé a la cama. Flint adormilado tropezó hacia la habitación detrás de mí y Eliza se apoyó sobre la jamba de la puerta, mirándome lanzar las mantas sobre los dos.

No era una imagen perfecta. La mitad del cuerpo de Flint colgaba de la cama doble y la cabeza de Quarry estaba torcida de una manera que le causaría dolor por una semana. Yo estaba sordo, pero Eliza seguía sonriendo.

Todo era un error.

Pero en ese momento, se sentía exactamente correcto.

Después de cerrar la puerta en silencio, la conduje por el pasillo hasta el dormitorio. Nos derrumbamos contra las sábanas frescas, agotados por la noche, pero lejos de ser capaces de encontrar cualquier descanso. La sostuve cerca mientras ella dibujaba mis ojos. Entonces me cansé de observar el movimiento fluido de su mano a través del papel y empecé a ver su rostro.

Sus ojos entrecerrados con cada curva y su boca se torció en el momento en que comenzó los trazos alargados que sabía que serían mis pestañas. Ni una sola vez levantó la vista para estudiar mis ojos; los conocía de memoria.

Me llamó la atención cuando levantó el cuaderno en mi línea de visión.

Háblame, había dibujado en grandes y redondeadas letras en todo el papel.

Negué y luego me deslicé para descansar sobre la almohada, frente a ella.

Tiene miedo.

Tomé el lápiz de su mano. *¿Quién?*

Empecé a entregárselo, pero recogió otro de la mesa de noche.

Quarry, escribió.

Va a estar bien.

Si tú te derrumbas, no lo estará. Me dio una mirada impaciente.

No podría decir que estaba equivocada. Diablos, sabía que tenía razón, aunque quería fingir que no.

Lo intentaré.

Entonces habla conmigo.

—Por favor —murmuró. Su barbilla tembló y sus fosas nasales se dilataron.

Jesús, ella estaba luchando duro, lo cual era absolutamente todo lo que yo *no estaba* haciendo.

Abrí la boca, pero ni un solo sonido salió, al menos no para mis oídos.

—¿Sueno raro? ¿Cómo una persona sorda?

Me dio una enorme sonrisa que hizo que sonar completamente ridículo valiera la pena. Lágrimas se agrupaban en sus ojos mientras rápidamente negaba y decía:

—No. —En letras grandes, escribió: *Tú todavía suenas como MI Till. Pero siempre fuiste raro, así que tal vez la respuesta debe ser afirmativa.*

Vi como su boca se abrió y su pecho se estremeció con la risa. Jodidamente casi me mató el saber que me estaba perdiendo el sonido que debería haber acompañado a la misma.

Necesitas hablar con ellos mañana. Muéstrales que todavía eres tú.

—De acuerdo.

Pero tal vez un poco más bajo. Estás gritando.

—Mierda. Lo siento —le contesté, tratando de hablar en voz baja a pesar que no tenía ni idea de cómo medir mi volumen.

Mejor. Sonrió. *Ahora habla conmigo acerca de por qué no recibirás el implante.*

Supongo que no estaba andándose por las ramas.

—Garabato, no lo sé. Tengo que pelear. No tengo nada que esté fuera de ese cuadrilátero.

Eso no es cierto en absoluto y lo sabes. Me tienes a mí y a los chicos.

—¡Eso es exactamente! Te *tengo* a ti y a los chicos. Y por fin encontré algo en lo que puedo hacer suficiente dinero para proveer para todos ustedes. No voy a renunciar a eso. ¡No puedo! ¡Simplemente *no puedo*! —De seguro estaba gritando, pero no podía parar.

Hace dos días, había hecho cincuenta mil dólares en quince minutos, lo que era más de lo que había hecho en dos años trabajando hasta agotarme. No podía volver a luchar solo para mantener la comida en la mesa, ni siquiera por oír de nuevo.

No estoy pidiéndote que renuncies a eso, Till. Solo quiero entender tus razones. Ni siquiera sabía que el implante era una posibilidad hasta hoy. Nunca me hablaste de esta cosa.

—Solo me enteré hace unos años atrás, cuando *nunca* habría sido capaz de conseguir el dinero para ello. Pero, sinceramente, no quiero pensar en eso, Eliza. No contigo.

¿Fantasía?

—Es un poco lo mío. —Sonreí tímidamente.

Su boca comenzó a moverse y solo parpadeé. La vi soltar la palabra:

—Mierda.—Antes de volver al papel.

¿Qué nos haces lo tuyo?

—Puedo hacer eso. Pero no puedo recibir ese implante —anuncié nuevo.

Se mordió los labios y se alejó.

—Mírame. —Le di la vuelta, y las lágrimas esperadas ya estaban presentes.

—¿Sabías que Slate cree que puede conseguirme una pelea dentro de unos meses por el doble de lo que hice la otra noche? Eso es cien mil dólares, Garabato. Piensa en ello. Si gano esa, ¡quién sabe! Podríamos ser millonarios antes de finales de año.

No estaba impresionada y puso los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Podría suceder.

Forzadamente garabateó en el papel: *¡Es solo dinero!*

—¡No, no lo es! —grité, saltando de la cama—. Es una vida. Es la seguridad. Se trata de ser capaz de proveerte. Se trata de ser capaz de enviar a Flint a la universidad y pagar para conseguirle a Quarry los mejores médicos para que nunca tenga que experimentar *esta mierda*. Es comprarte una casa y un auto, tal vez todo un puto estudio donde puedas sentarte y dibujar por el resto de su vida. ¡A la mierda la contabilidad! La odias. —Cuanto más hablaba, más enojado me ponía. No estaba enojado con ella. Solo odiaba la maldita realidad—. ¡Es más que dinero! Se trata de ser capaz de hacer bebés contigo y no tener que romperme el culo en un trabajo que odio cuando todo lo que realmente quiero estar haciendo es sentarme en ese sofá de mierda. —Señalé a la sala de estar—. Con *nuestra familia*.

—¿Tienes alguna idea de lo que se siente para un hombre no ser capaz de mantener a su familia? ¡Es agobiante! No me hagas sentir culpable por tomar esta decisión. Maldita sea, estoy haciendo esto por todos nosotros. Si esto quiere decir que los chicos son atendidos, me sentaré en silencio durante el resto de mi puta vida.

En el momento en que terminé, las lágrimas brotaban de sus ojos. Ella no quería que sufriera, entendía eso. Esta era mi vida sin embargo. El sufrimiento era una garantía. La seguridad no lo era.

—Está bien.

Leí sus labios mientras se ponía de rodillas y envolvía sus brazos alrededor de mi cintura. Entonces la abracé, alisando su cabello hasta que fui capaz de calmarme.

Ahuequé ambos lados de su rostro y estudié sus ojos.

—¿Está bien? Eso fue demasiado fácil.

Su respuesta fue nada más que un encogimiento de hombros.

Cuando nos arrastramos de vuelta en la cama, tomé su boca en un beso suave. No se volvió nada más profundo, pero estaba allí para el consuelo, nada más.

Eliza se apartó primero y tomó su cuaderno.

Tengo dos condiciones.

Puse los ojos en blanco, pero me ignoró.

Júrame, que al momento que tu carrera en el boxeo esté terminada, recibirás el implante.

—Sabes que Slate no se retiró hasta los treinta y tres años —bromeé.

No me importa si tienes trescientos. Promételo.

—¡No puedo pelear hasta los trescientos años! —Me reí, entornó sus ojos—. Bueno. Bien. Lo prometo. Solo dame diez años.

—¿Diez años? —Me puso una cara de cachorro triste que me hizo reír más duro. Dios, se *sentía* bien.

—Tal vez más. —Le rocé la mandíbula con los dientes antes de mirar su papel—. ¿Y la número dos?

La familia Page oficialmente se está inscribiendo en las clases de lenguaje de señas. Todos nosotros.

—La familia Page, ¿eh?—Mi sonrisa se hizo dolorosamente amplia—. ¿Eres una Page ahora?

Bueno, no legalmente. Sabes que todavía estoy casada con Justin Timberlake.

Me reí luego tomé el cuaderno de sus manos.

—Entonces le enviaré mis disculpas a Justin, porque estoy a punto de follar a su esposa.

La chispa de humor desapareció de sus ojos, pero el anhelo y el deseo aparecieron con la misma rapidez.

—¿Estás seguro? —sobre-enunció, para que yo pudiera leer sus labios.

—Ahh... —Arqueé una ceja en confusión. Siempre estaba seguro cuando se trataba de ella—. Por favor, no me digas que las personas sordas no pueden tener relaciones sexuales —bromeé y saqué su camiseta por su cabeza—. Solo quiero que las cosas se sientan normales, Eliza. Y lo normal que quiero sentir esta noche es a ti viniéndote contra mi polla mientras me vacío dentro de ti.

Una tímida sonrisa se deslizó en su boca, pero sus manos audazmente se deslizaron sobre mi polla, la cual se estaba engrosando en mis vaqueros.

No me pude sacar mi ropa lo suficientemente rápido.

Comenzó lento, conmigo de rodillas a su lado, mirando mis dedos mientras los deslizaba dentro y fuera. Ella acarició perezosamente mi eje y me miró mientras la observaba.

Lamí sobre sus pechos; ella pasó sus uñas sobre mi espalda.

Estaba en esto. Completamente. Pero cuando me guié a mí mismo dentro de ella, su cabeza cayó hacia atrás por placer y fue como si alguien me hubiera pateado en el estómago. No había ni un solo ruido para acompañarlo.

Con cada golpe, la vi calladamente desmoronarse debajo de mí. Deseé que mis ojos transmitieran mágicamente de alguna manera el sonido que veía salir de su boca a mis oídos, pero sin importar cuánto lo intentara, todavía se venía en un grito silencioso.

Luché para encontrar mi propia liberación, follándola más duro que nunca. Estuve en una misión loca por más de una hora, perforándola en todas las posiciones posibles que podía pensar. No fui de ninguna manera suave y para el final, tenía que haberse vuelto doloroso para ella. Pero ni una sola vez intentó detenerme mientras tomaba cada onza de ira que tenía como objetivo mi propio cuerpo.

Estaba cubierto de sudor cuando empecé a cansarme, igual de lejos de encontrar mi orgasmo de lo que lo estaba cuando empezamos. Ya estaba dispuesto a renunciar, cuando ella nos dio la vuelta y empezó a montarme. Luego Eliza Reynolds demostró una vez más que era mágica. Me hacía mejor. Todavía estaba sordo, pero me mostró que había otras maneras de oírla.

Levantó mi mano para agarrarle la garganta y gimió mientras se deslizaba sobre mi polla. Lo escuché.

Tal vez no con mis oídos, pero las vibraciones de su garganta me dieron la suficiente sensación para hacerme creer que lo hacía. Mis ojos se agrandaron cuando lo hizo una y otra vez. Entonces, una pequeña sonrisa se formó en mis labios y los de ella se llenaron de amor absoluto.

Fue de lejos el peor sexo que hemos tenido, pero en cuestión de segundos, me estaba viviendo más duro de lo que jamás lo haría de nuevo.

Poco después que termináramos, Eliza se quedó dormida. Nunca fue una persona de roncar, con la excepción de su consciente suspiro final, no había sonido asociado a ella durmiendo. Así que me quedé despierto durante horas viéndola.

Realmente se sentía normal y hacía fácil para mí olvidar el pánico que se seguía construyendo en mi pecho.

Yo estaba bien.

Ella estaba bien.

Estábamos bien.

Nada más importaba.

27

Eliza

La frustración de Till por su incapacidad para comunicarse nos abrumaba a todos. La más simple de las tareas había llegado a ser imposible y la más mínima provocación lo volvería loco. Mi novio despreocupado se había ido. Demonios, incluso el chico nervioso y estresado había desaparecido. En su lugar, había un hombre cabreado, resentido con todo el mundo.

Nos inscribimos en las clases de lengua de señas y empezamos a integrarla en cada una de nuestras conversaciones. Flint y Quarry la aprendieron bastante rápido, pero Till era un poco más lento. Se encargó de aprender cada mala palabra, pero esa era toda su sed de conocimiento. Odiaba pasar dos horas cada noche en clase y se escapaba en cualquier momento que pudiera encontrar una excusa plausible. Era un equilibrio difícil, porque podríamos aprender todas las señas que quisiéramos, pero si Till no las entendía, eran inútiles.

Nuestra relación también se vio afectada. Todavía me sostenía cada vez que podía, pero se parecía, de una manera rara, a nuestros años de juventud. Era afecto, pero no sexual. Lo extrañaba, incluso cuando estaba sentado justo frente a mí. Todavía teníamos sexo cada vez que yo lo iniciaba, pero era duro y le llevaba un montón de tiempo correrse. Simplemente no era lo mismo. Boxear parecía ser lo único que le importaba e incluso eso era un reto para él.

No le anunciamos al público que de repente Till perdió la audición. Se había hecho conocido en el mundo profesional del boxeo después de ganarle a Lacy, pero no era como si la prensa estuviera tirándonos la puerta abajo para una conferencia oficial ni nada. Creía que a Till le gustaba así también. Odiaba anunciar sus defectos y así era exactamente como veía esto.

Slate pasó meses desarrollando un sistema que le permitiera a Till saber cuándo un asalto había terminado. La mayoría de las veces, el árbitro se metería y separaría a los luchadores, pero si Till seguía moviéndose después que tocasen la campana, se arriesgaría a perder un punto valioso. En casa, en el gimnasio silencioso, Till podía débilmente distinguir la campana. Pero en una arena llena de gente, era engullido por el ruido de los fanáticos alentándolo. Diez segundos antes del final de la pelea, Slate golpeaba tres veces la alfombrilla y Till contaba en su cabeza antes de

parar de moverse. Era simple, pero le llevó algo de tiempo acostumbrarse. Con el tiempo, lo perfeccionó… probablemente, un poco demasiado bien.

—¡Hijo de puta! —gritó Slate mientras Leo James trataba de apartarlo a la fuerza del otro entrenador.

Se me caían las lágrimas, mientras Till estaba tirado en la lona, luchando por recuperar el conocimiento.

—¡Te arruinaré! —amenazó Slate violentamente mientras la multitud comenzó a sacar fotos de un enloquecido "La tormenta silenciosa".

Eso era todo lo que podía hacer para no acompañarlo.

El Silenciador acababa de sufrir su primera derrota. Nocaut técnico[2] en el sexto asalto. No tenía ninguna duda de que en las puntuaciones de los jueces iba ganando por varios puntos. Estaba dominando la pelea en todos los aspectos, excepto en oír la campana.

Vi al otro entrenador observar a Slate en todas las rondas. Había visto a Slate golpear la lona y miró Till para ver su reacción. Sabía que algo estaba pasando, solo que no sabía qué.

En el sexto asalto, faltando treinta segundos, el entrenador del rival golpeó tres veces en su lado del ring. Slate comenzó a gritar inmediatamente, pero era demasiado tarde. Estaba sentada en la primera fila, conteniendo la respiración mientras, nerviosa, contaba hasta diez. Cuando llegué a nueve, vi a Till lanzar un último golpe haciendo que su oponente diera un paso atrás. Cuando el árbitro se acercó, Till bajó las manos y comenzó a dar la vuelta. Como estaba completamente desprotegido, un guante aterrizó en su barbilla y lo mandó al suelo.

Una ovación estalló a través del ring y bueno… ahí fue cuando Slate estalló también.

—¡Cálmate, joder! —vociferó Leo mientras Slate seguía gritando malas palabras al otro rincón.

Flint saltó la barandilla y corrió al ring, donde estaban tratando de poner un taburete debajo de Till. Yo estaba sin aliento a medida que lo veía, poco a poco, volver a estar consciente. Flint estaba haciendo señas a mil por hora. Pero el rostro de Till decía las palabras reales… y eran trágicas.

—Vamos. —Leo apareció a mi lado mientras veía a un Slate mucho más calmado, ayudar a Till a salir del ring.

—¿Está bien? —le pregunté mientras tiraba de la camiseta de Quarry para quitar su atención de la de sus hermanos.

—Sí. Su orgullo es lo único que realmente sufrió daños.

[2]**Nocaut técnico:** cuando se da por terminado un combate debido a que uno de los luchadores fue superado en la pelea. Por retiro del boxeador, la regla de los tres nocauts o lesión grave.

—Eso fue tan jodido —dijo Quarry a medida que Leo nos hacía pasar de nuevo a los vestuarios.

—Sí que lo fue —replicó.

Cuando llegamos a la puerta, pude escuchar a Slate gritar y me armé de valor esperando una reacción similar de Till, pero ni bien atravesé la puerta, sonrío y comencé a llorar.

—Oh, Dios, está llorando —bromeó mientras caminaba hasta mí y me abrazaba.

—Estoy bien —le aseguré, pero eran lágrimas de furia. No había manera de calmarlas.

Me alejé e hice señas mientras hablaba.

—*Eso fue tan jodido*.

—Sí, lo fue. Sin embargo, estoy bien.

—*¿Estás seguro? Estás demasiado tranquilo ahora mismo*.

—Creo que él está enojado por los dos.

Ambos miramos a Slate, quien estaba caminando alrededor de la habitación con el teléfono pegado a su oído. Le estaba gritando a alguien algo acerca de la comisión del boxeo y la integridad. Era algo tan inusual en Slate que no pude evitar reír.

—*Entonces, ¿ahora qué?* —preguntó Quarry mientras hacía señas.

—Ahora vamos a comer algo —replicó Till.

—*No, quiero decir, ¿cuán malo es que hayas perdido?*

—Bueno, apesta. Pero el cheque se cobra igual. —Me guiñó el ojo—. Oye, Slate, vamos a buscar comida. Vamos a tener que armar otro plan para la campana.

Slate lo saludó con la mano mientras seguía despotricando al teléfono.

Vi como Till se alejaba aparentemente imperturbable. Era inquietante y preocupante.

Till

Oh, Dios. En silencio me susurré mientras me hundía contra la pared hasta el frío suelo de baño.

Repetí la cuenta[3] en mi cabeza por lo menos un millón de veces. Una y otra vez, traté de encontrar la manera de hacer cambiar el resultado. Las palabras de Quarry atravesaron mi mente.

¿Y ahora qué?

No tenía ni puta idea.

Perder una pelea no era el fin de una carrera, pero tal vez quedarse sordo sí. Y esa pequeña revelación me sacudió hasta la médula. No tenía ninguna segunda opción. Me encantaba el boxeo, pero siempre se trataba del sueldo. Observar la cuenta de ahorros crecer significaba más para mí que cualquier cinturón que pudiera envolver en mi cintura. La búsqueda de grandeza y sueños de ser una leyenda eran geniales, pero Eliza y los chicos no confiaban en mí por esas cosas. Su futuro estaba sobre mis hombros. Los mismos hombros que habían estado a toda máquina en la lona, porque ni siquiera podía oír una maldita campana.

Era un mal trago, pero los efectos eran los que realmente hacían peor el daño.

Tener hambre de más era una cosa, pero estaba tan harto de arrastrarme por los restos que la vida arrojaba a mis pies. Y justo cuando pensaba que había encontrado mi única oportunidad de escapar de las mazmorras de la realidad, mi puto cuerpo me había saboteado.

Necesitaba salir de allí.

Me levanté y me puse algo de ropa, sin siquiera molestarse con la ducha.

No podía hacerles ver cuánto me había destrozado perder. Todo mi cuerpo dolía con decepción, no necesitaba la suya también. Flint trataría de arreglarlo, Quarry se preocuparía y Eliza tendría que salvar mi culo una vez más. Estaba tan harto de ser una carga para ellos. Era apenas un hombre. Ni siquiera podía follar a mi propia mujer sin tener una crisis nerviosa. Solo tenía que irme. Pero cuando me vi en el espejo, me di cuenta que correr no me haría ningún bien. No había más ventanas.

—¡Joder! —grité mientras golpeaba mi puño en mi reflejo. Se rompió contra mi mano y deseé poder hacer lo mismo con la venganza de la vida tenía mi contra.

Como predije, Eliza entró corriendo, lista para cuidar al paciente roto que se hacía pasar por su prometido.

[3]**Cuenta:** el árbitro cuenta hasta diez cuando un boxeador está noqueado. Si al finalizar no se levanta, el combate lo gana el oponente en pie.

—*¿Estás bien?* —preguntó, luego levantó mi mano para inspeccionar mis nudillos ensangrentados.

La aparté de su alcance.

—No me trates como a un bebé —refunfuñé—, no puedo manejarlo esta noche. Déjame en paz.

—*Hablemos de ello*.

—No. No quiero una intervención esta noche. —Tomé una toalla del piso y la envolví alrededor de mis nudillos—. Me estoy cansando de sentirme como una perra esta noche sin que lo empeores.

—*¿Empeorarlo?* —Inclinó la cabeza con confusión.

—Sí, empeorarlo. Solo déjame ocuparme de mis bolas por esta noche. Me aseguraré de devolverlas mañana a primera hora.

—Vaya. *No sabía que ayudarte era lo mismo que tomar tus bolas. Pero ¿sabes qué? Ahora que lo mencionas, tal vez tengas razón. Estaré encantada de dejar de tratar de hacerte cambiar de idea cuando entres en una de tus depresiones en toda regla. ¿Eso evitaría que fueras un imbécil todo el tiempo?* —Dejó caer las manos con frustración.

—Un imbécil, ¿eh?

—*Sí. Siempre estás bien enojado, enfadado o abatido*. —Me señaló cuando acabó de hacer señas.

—Solo fui noqueado porque no puedo escuchar. Creo que tengo derecho a sentirme así.

—*¿Así que eso* —señaló el espejo roto—, *es por la pelea? ¿O estabas aquí revolcándote en amargura y pena?*

Odiaba que me conociera tan bien.

—¡Tengo el derecho de estar amargado! —grité.

—*¡No. No. Lo. Tienes!* —Acentúa cada sílaba silenciosa—.*Es posible que no hayas elegido perder tu audición, pero optaste por ser sordo.*

—¿Disculpa?

Entrecerró los ojos, pero no en la forma juguetona que normalmente instigaba una de nuestras partidas de mirarnos fijamente. En realidad, era un poco aterradora. Sus manos comenzaron a moverse rápidamente, pero sus labios no la acompañaban. Mi lenguaje de signos era, por lo general, solo lo suficientemente bueno para darme las claves del contexto sobre lo que sus labios decían. Sin eso, sin embargo, era inútil.

—No tengo idea de lo que estás tratando decir con señas.

—*¡Eso es porque te niegas a aprender!* —gritó mientras hacía señas.

Su rostro se puso rojo por el esfuerzo, pero llegó a mis oídos. Fue probablemente solo una sola nota de su voz, pero la oí.

Fue a la vez doloroso y vigorizante.

Inhalé y sonreí real y honestamente por primera vez en meses.

—*Y ahora estás sonriendo. Fantástico.* —Levantó las manos en el aire y se dirigió hacia la puerta.

—Extraño tu voz. Echo de menos escucharte hablar mientras entiendo las cosas. Demonios, incluso extraño a Justin Timberlake en este momento, porque ese terrible CD era como la banda sonora de Eliza Reynolds. Daría cualquier cosa por escucharlo ahora mismo.

Se dio la vuelta para mirarme con los ojos brillantes por las lágrimas.

—*Bueno, ¿sabes qué? Simplemente te extraño.*

—Garabato yo…

—*Esto es temporal, Till. Y es una mierda jodidamente mala, pero esa fue una decisión que tomaste. Entiendo por qué elegiste esta vida y te apoyo completamente. Pero no puedo vivir con este hombre desgraciado en el que te has convertido por los próximos diez años. Devuélveme a mi hombre. Incluso tomaré al chico, si eso es todo lo que tiene para dar. Pero maldita sea, estoy luchando demasiado y realmente necesito a Till ahora.*

Su barbilla tembló y me rompí.

—*Lo haré mejor* —dije a través de señas con torpeza, caminando hacia ella—. Lo haré mejor, te lo juro.

Enrollé mis brazos alrededor de su cintura y la atraje contra mi pecho. No supe si dijo algo más, pero sus palabras se reprodujeron en mi cabeza.

Me necesitaba y me había centrado demasiado en mi propia mierda para darme cuenta de que también estaba luchando. Era el momento para convertirme en hombre de una puta vez. No podía hacerlo por mí mismo, pero estaba muy seguro de poder hacerlo por Eliza.

28

Eliza

—¡MIERDA SANTA! —Till saltó del sofá y fue seguido rápidamente por Flint y Quarry.

—Tres... Cuatro... —Flint contó, arrastrándose más cerca de la TV.

—¡Se acabó! ¡Se acabó! —Quarry gritó con toda su capacidad.

—Oh, Dios mío. —Me tapé la boca.

—*¡Noqueaste al campeón mundial de peso pesado!* —Flint dijo con señas entusiasmado, luego empujó a Till en el pecho. Se rió salvajemente mientras caía sobre los cojines.

—No puedo creer que ese hijo de puta en realidad ganó.

—*¿Ganó? No puedo creer que alguien le dio a su culo una oportunidad por el título* —respondió Flint.

—¿Estás bromeando? ¡Es Pared de Ladrillos! ¡Él *nunca* ha sido noqueado! ¿Qué opción tenían? —dije con sarcasmo.

Rick "Pared de Ladrillos" Matthews acababa de ganar el cinturón de campeón. Era el mismo Pared de Ladrillos que Till había noqueado durante su primera y única pelea amateur. El mismo Pared de Ladrillos que rápidamente había estado haciendo su camino hacia arriba. Su arrogancia acerca de nunca haber sido noqueado y su capacidad de respaldarlo lo hicieron un favorito de los fans y se le permitió saltarse algunos de los peldaños que Till todavía navegaba.

—*No puedo creer que él tiene el jodido título ahora...* —Till dijo con señas mientras hablaba.

Mi estómago se retorció mientras esperaba las consecuencias de ver a alguien que tan obviamente lo dejó atrás, pero nunca llegaron.

A lo largo de cuatro meses, mi Till había regresado. Él se había lanzado a aprender el lenguaje de señas, e incluso nuestra vida sexual había retornado a algo en cierta forma normal. Sin palabras en la oscuridad, Till se vio obligado a leer mi lenguaje corporal, ahora eso era algo en lo que se destacó. Las cosas nunca volverían a ser como eran antes que Till perdiera la audición, pero todos estábamos ocupados

forjando un nuevo camino con la vida que se nos había entregado. A veces apestaba, pero, como una familia, nunca nos enfocamos en eso durante demasiado tiempo.

—Oye Flint, ¿todavía vas a reunirte con Tiffany? —Till le preguntó cuando le di la vuelta a la televisión.

—*Nop. Su toque de queda es a las once. Para cuando llegue allí, simplemente tendría que dar la vuelta y volver a casa*.

—¿Rapidito? —Till movió las cejas burlonamente.

—*¡Till!* —Di una palmada a su pecho.

—No me digas Till. ¡Cuando teníamos su edad, yo ya te había tenido! —Él se rió.

—*Oh dulce Jesús*. —Cerré los ojos, negando.

—*Es un hombre, Eliza*. —Quarry intervino—. *Los hombres tienen rapiditos*.

—*Voy a vomitar*. —Me levanté y me dirigí a la cocina, pero Quarry continuó.

—*El sexo es una parte natural de la vida. No es nada de qué avergonzarse*.

Moví mi labio con disgusto y le supliqué a Till.

—*Haz que deje de hablar de sexo*.

—De ninguna manera. Sucede que estoy de acuerdo con Q. Además, no parecías estar avergonzada en la ducha esta mañana.

Mis ojos se hicieron más amplios mientras lo miraba. Flint negó, pero todos ellos se echaron a reír.

—*Definitivamente estás consiguiendo quedarte sin eso* —dije con señas a espaldas de los chicos.

—*Mentirosa* —respondió solo con sus manos. Entonces se levantó de su asiento en el sofá y sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón—. Además, ¿quién dijo que estaba hablando de Flint teniendo un rapidito? Estaba hablando contigo. —Le entregó a Flint uno de veinte, pero sus ojos estaban pegados a los míos.

—Estoy hambriento. Vayan a conseguir algo de pizza y vayan a ese buen lugar por el gimnasio. Vale la pena el conducir.

—*¡Oh, mierda! ¿Van a hacerlo?* —Quarry preguntó, mirando hacia atrás y adelante entre nosotros hasta que Flint le dio una palmada en la parte posterior de la cabeza.

—Vamos. —Él tomó las llaves del auto en la mesa, y los dos se dirigieron hacia la puerta.

Tan pronto como hizo clic detrás de ellos, Till estaba sobre mí. Su boca se estrelló en la mía mientras me levantó sobre el mostrador de la cocina. No iba a pelear con él. Era tan raro conseguir tiempo a solas que ni siquiera me importaba

que acababa de anunciar a los chicos que estábamos planeando tener sexo. Más cosas embarazosas habían sucedido.

Movió su boca hasta mi cuello mientras mis manos se deslizaron bajo la camisa y hasta sus duros abdominales.

—Así que estaba pensando. Ya que gané la pelea de anoche, estoy libre por unos días. —No lo estaba mirando, no iba a quitar mis manos para responder, así que solo dije.

—Hmmm. —En reconocimiento.

Continuó besando mi cuello.

—Sé que las cosas han sido una locura en los últimos meses, pero has estado usando ese anillo de compromiso por demasiado tiempo. ¿Qué te parece si nos casamos mañana?

Sacudí mi cabeza para llamar su atención.

—*¿Mañana?*

—Sí. Estaba pensando que podíamos ir al palacio de justicia, hacerlo oficial, luego, hacer una gran cena con los chicos, Slate y Érica, tal vez algunos de los chicos del gimnasio. Entonces podríamos conseguir una habitación de hotel por un par de noches. Pasar algo de tiempo teniendo mucho más que solo rapiditos. —Se mordió el labio inferior.

—*¿Mañana?* —pregunté otra vez sorprendida.

—Mañana.

—*Pero no tenemos anillos* —dije con señas. Era una pequeña excusa.

Tomó mi mano y la jaló a su boca, besando mi palma.

—*Vamos a conseguir algunos*.

—Umm... —Postergué, pero no estaba muy segura de por qué. No había realmente nada que pensar. Había estado casada con Till desde el primer momento en que había puesto los ojos en él. Till no lo había sabido durante mucho tiempo, pero siempre lo estuve. Había realmente solo una respuesta.

—Está bien, pero los hoteles son caros. Veamos si los chicos simplemente pueden pasar algunas noches con Slate.

—Deja de ser tacaña. Tenemos más que suficiente en ahorros para cubrir algo como esto. Nos vamos a casar. Quiero un par de noches en un buen hotel en el que podamos pedir servicio a la habitación y una buena botella de champán. Tal vez ponernos un poco borrachos y pasar el resto de la noche buscando nuevas maneras de hacernos llegar el uno al otro. Vas a necesitar el día extra para recuperarte.

—Muy bien, despilfarrador. Entonces también quiero un vestido nuevo.

—¡Jesucristo, Eliza! No estoy hecho de dinero. —Guiñó un ojo.

Me derretí.

—Bebé, puedes tener lo que quieras si simplemente prometes casarte conmigo mañana. No voy a esperar más.

—*Está bien* —respondí con señas, incapaz de hablar alrededor del trozo de emoción alojado en mi garganta—. *Estoy tan contenta de que hayas vuelto.*

—Bien. Ahora, desnúdate. Te voy a follar por última vez como mi novia.

Me reí mientras él retiraba la camisa sobre mi cabeza. Entonces me quedé en silencio mientras chupaba mi pezón en su boca. Unos minutos más tarde, gemía mientras cumplió su promesa y me folló en nuestro mostrador de la cocina.

Till

En un esmoquin alquilado mal ajustado y un par de Converse negras, vi a Eliza Reynolds convertirse en Eliza Page.

Mi pequeño escenario del juzgado había sido vetado rápidamente cuando había llamado a Slate para invitarlo a cenar al día siguiente. Érica había puesto sus garras en Eliza, y en las tres horas siguientes, había planeado que toda la boda tomara lugar en la glorieta del jardín de su casa. No tenía idea de cómo lo habían logrado, pero para las seis de la tarde, Eliza había caminado por el pasillo improvisado cubierto de pétalos de rosa. Llevaba un vestido blanco corto sin tirantes, que ciñó su cuerpo en maneras que hablaban a mi alma, o, por lo menos, a mi polla. Su largo cabello caía en cascada sobre un hombro y un velo transparente flotaba en la brisa detrás de ella.

Yo era un hombre. No lloré, por lo menos no en ese momento. No, salvé esa exhibición de virilidad para cuando en realidad tuve que hablar y me ahogué con alguna que otra palabra para que todos oyeran. Estaba bastante seguro que nunca me dejarían olvidarlo. También estaba razonablemente seguro que no me importaba una mierda.

Me estaba casando con Eliza.

Érica había encontrado un oficiante agradable que había recibido instrucciones de hacer los votos de boda tradicionales. Pero mientras me quedé mirando esos ojos de color azul oscuro que representaban el resto de mi vida, sabía que tenía que decir algo por mi cuenta. El problema era averiguar *qué decir* en el momento en que cada uno de los sueños que he tenido estaba de repente realizado.

—Discúlpeme por solo un segundo. ¿Puedo decir algo? —dije con un suspiro tembloroso—. Eliza, no tengo absolutamente la menor idea de lo que hice para que te enamores de mí. Pero puedo decir honestamente, que pase lo que pase a partir de ahora, siempre será mi mayor logro en esta vida. Eres increíble, y el hecho que alguien como tú se enamorara de un chico pobre en jeans sucios que estaba demasiado asustado para caminar a través de las puertas para demostrarlo. —Mi voz trastabilló, y sentí la humedad caer de mis ojos traidores—. Cuando te dije que esto… —Señalé mis oídos—… era mi futuro, nunca te inmutaste. Y cuando la realidad se hizo más de lo que podía manejar, le declaraste la guerra a lo inevitable por mí. Siempre dices que me amas, pero me has dado mucho más. Y debido a eso, voy a pasar el resto de mi vida luchando para darte el mundo.

Las lágrimas cayeron de sus ojos mientras respondió solo con sus manos.

—*Ya lo tengo*. —Entonces se lanzó a mis brazos, besándome antes de lo que se suponía debía hacerlo.

Sus manos temblaban mientras intercambiamos alianzas de boda. Tan pronto como colocó la mía en mi dedo anular, rompió las reglas no escritas de la boda una vez más por besarme otra vez.

Nos pronunciamos marido y mujer, y Flint inmediatamente se robó mi esposa en un abrazo de oso de felicitaciones. Quarry estaba más entusiasmado con la cena, así que chocamos las manos y se dirigió hacia el interior, donde Érica había convertido su comedor en una recepción de boda elegante.

Ella y Slate habían insistido en pagar la cena como nuestro regalo de bodas y había aceptado a regañadientes cuando me enteré que quería hacer algo en casa. Yo había estado pensando en pollo a la parrilla, pero ella había tenido otras ideas. Para lo que cuenta, había exagerado. Fueron menos de diez personas, pero tenía a tres chefs privados y una torre de cupcakes que era aproximadamente tan alta como Eliza. Cuando mi mandíbula cayó abierta después de ver lo que había reunido, Slate me jaló a un lado, puso de golpe una cerveza en mi mano y me dijo que mantuviera la boca cerrada. Él nunca me había encaminado mal antes, así que hice precisamente eso.

Al final de la tarde, Johnson nos condujo a Eliza y a mí a nuestro hotel. Era un lugar agradable y sonreí con orgullo mientras Eliza decía *oohs* y *ahhs* por cada cosa. Entonces me aseguré que decía *oohs* y *ahhs* debajo de mí cuando la tomé contra la pared por primera vez como mi esposa.

Horas más tarde, mientras nos tumbamos en la cama desnudos, nos quitamos los anillos y leímos lo que el otro había inscrito en su interior.

El suyo: *Mi fantasía más salvaje.*

El mío: *Esta es la realidad*.

Ese día había sido una combinación tan surrealista para los dos, que todavía no estoy seguro de quién estaba en lo cierto.

29

Eliza

Por tres meses completos después de la boda, nuestras vidas se volvieron felizmente aburridas. Encontré un trabajo de contabilidad que odiaba, Flint se graduó de la escuela secundaria, Quarry estaba empezando a llamar la atención nacional en el circuito de boxeo amateur y Till... Bueno, él sonreía más a menudo que no. Y con otra victoria en su haber, su carrera estaba luciendo aún más prometedora, cada pelea generando más dinero que la anterior. Había dinero en el banco, comida en la mesa, y planes para salir de nuestro apartamento cutre tan pronto como pudiéramos encontrar una casa para alquilar. Por primera vez en todo el tiempo que podía recordar, la vida era fácil.

Eso fue hasta que una noche del viernes, cuando a Quarry le dio una infección estomacal. Rápidamente asoló su camino a través de Flint y Till. Serví como enfermera a los tres hasta que me enfermé también. A medida que los chicos se pusieron mejor, los papeles se invirtieron. Aunque pensé que era muy dulce verlos mimarme, no mostré signos de mejoría después de una semana completa. Honestamente, parecía que me estaba poniendo peor. Entonces Till realmente comenzó a preocuparse y finalmente me arrastró al médico.

—*¿Estás volviéndote loco?*

—No.

—*Sí, lo estás.*

Los labios de Till se torcieron en una sonrisa de un solo lado.

—No, no lo estoy.

—*Estás totalmente volviéndote loco.*

Se sentó en el borde de la mesa de examen y me apretó la mano.

—Garabato, *¿te estás* volviendo loca?

Inhalé profundamente antes de rendirme.

—*¡Sí!* —Lloré cuando dejé caer mi cabeza contra su pecho.

Sentí sus hombros temblar antes de escuchar su risa tranquila.

Me enderecé, sollozando.

—¿Por qué te ríes?

—Porque después de todo lo que hemos pasado, ¿decides enloquecer por estar embarazada? Estoy feliz y mi pequeña *Señorita Arregla Todo* es presa del pánico. Lo siento, pero eso es divertido.

—¿Estás feliz? —Mi voz chirrió al final.

—Um… ¿por qué no iba a estar feliz? Mi esposa está embarazada, y por fin estoy en un punto en mi vida donde creo que podríamos darnos el lujo de formar una familia. Tal vez no sea el momento ideal, ¿pero a quién le importa? No es un *mal* momento tampoco. Vamos a hacer que funcione. Es lo que hacemos.

—Sabes, realmente no soy aficionada a este Till sensato.

Soltó una carcajada.

—Estás bien. Estoy bien. —Se inclinó y puso su mano sobre mi estómago—. Estamos bien. —Besando la parte superior de mi cabeza, dijo—: Nada más importa.

Las palabras familiares calmaron mis nervios.

Hubo un golpe en la puerta, y lo codeé para que bajara de la mesa. El médico y la enfermera entraron empujando un carro grande que casi llenó la habitación ya llena de gente. Till se deslizó hacia atrás contra la pared para permitir más espacio, y sentí la pérdida de su comodidad a pesar de que solo estaba a medio metro de distancia.

—Muy bien, señorita Page. Puesto que usted no sabe qué tan avanzada está, vamos a hacer una ecografía rápida para ver si podemos conseguir una medición del feto y estimar una fecha de parto.

Asentí, mis ojos pegados a Till. Estaba tan nerviosa, y al parecer, se leía en mi cara.

Una sonrisa apareció por la comisura de sus labios y señaló: *He oído que las mujeres embarazadas están cachondas todo el tiempo. Esto podría realmente trabajar en mi favor.*

Mi rostro se ruborizó, y recé para que nadie en la sala entendiera el lenguaje de signos. Till se encontraba demasiado lejos, y cuando el médico lubricó mi estómago, le hice señas para que se uniera a mí.

Con una sonrisa, apretó su cuerpo musculoso en torno al doctor y me tomó la mano, besando mi palma.

Desde nuestro punto de vista, no podíamos ver la pantalla, pero el médico entrecerró sus ojos e presionó el aparato más en mi vientre, moviendo su muñeca.

—¿Cuando dijo que fue su último periodo? —preguntó.

—Hace aproximadamente dos semanas.

—Y usted estaba en control de natalidad, ¿verdad? —preguntó, sin dejar de mirar a la pantalla.

—Sí. La píldora.

—Eso fue sin duda un sangrado residual, entonces. Parece que estás cerca de ocho semanas. —Se inclinó hacia delante y giró una perilla pequeña.

Un sonido silbante y hermoso llenó la habitación. Una mano voló a mi boca mientras mis ojos comenzaron llenarse de lágrimas.

Till se apoderó de mi mano y nerviosamente preguntó:

—¿Qué?

El latido del corazón señalé incapaz de decir las palabras y luego hice una señal intermitente, abriendo y cerrando el puño al ritmo del sonido.

En la cara de Till se formó una sonrisa falsa que demostró que sabía exactamente lo que se estaba perdiendo y jodidamente lo odiaba.

Por suerte, el médico debió de haber visto nuestro intercambio.

—Aquí. —Giró el monitor hacia nosotros—. Se puede ver en la pantalla. —Puso su dedo por debajo de una luz parpadeante pequeña.

Nada acerca de esa imagen en blanco y negro era ni remotamente reconocible como un bebé, pero su pequeño corazón seguía latiendo constantemente. No tenía mucho sentido. Era el bebé de Till; su corazón siempre había sido su característica más definitoria.

Till jadeó mientras llevaba mi mano a su boca y la besaba varias veces. Se quedó mirando en silencio esa pantalla hasta que el médico la giró de nuevo, e incluso entonces, se trasladó hacia mis pies con el fin de mantenerlo en su línea de visión.

—¿Puede decir si es una chica? —preguntó.

El médico se rió antes de volverse hacia él y sacudió la cabeza.

—¿No, no es una niña, o no, no puede decirlo?

—Es demasiado pronto para decirlo —respondió.

Los ojos de Till brillaron esperando mi traducción.

Ante la respuesta, soltó una respiración ruidosa y se pasó una mano por el cabello.

—Bueno. Voy a necesitar que sea una niña, y si pudiera influir en eso por mí, se lo agradecería mucho.

El médico se rió mientras le entregaba a Till unas cuantas fotos granulosas que servirían absolutamente para ningún propósito que no sea perder horas de nuestro tiempo mientras tratábamos de distinguir la forma inexistente de nuestro bebé. Tal vez eso hacía las imágenes más preciosas de todo, sin embargo.

—Prosiga y vístase. Todo se ve muy bien, y podemos discutir los detalles y citas futuras en mi oficina. —El doctor salió de la habitación, dejándonos todavía conmocionados y emocionales.

Agité una mano para captar la atención de Till, pero cuando levantó la vista, sus ojos habían perdido su alegría.

—*¿Estás bien?* —le pregunté.

Tragó saliva antes de pintar una sonrisa de aspecto doloroso.

—Mucho mejor que bien —respondió poco convincente.

—*Till...*

—Vamos. Quiero escuchar lo que tiene que decir acerca de mi hija. —Se apartó de mí, deteniendo cualquier conversación.

Me preocupé al instante de que Till se me hubiera unido en el tren de la locura. Me puse mi ropa mientras estaba de espaldas a mí, pero pude ver sus ojos enfocados en las fotos de su mano. Cuando me acerqué, me extendió la mano y tracé una mano por el hombro. Él cogió mi brazo y lo giró, envolviéndolo alrededor de su cuello.

—Vamos a tener un bebé —susurró con una sonrisa de un solo lado. Fui transportada en el tiempo hasta el momento en que me enamoré de él.

—Quiero comprar una casa con un gran patio. Quiero poner un enorme columpio atrás y conseguir uno de esos estúpidos juegos de té.

Empujé mis manos delante del papel y señalé:

—*Como que quiero un niño.*

Sus ojos volaron a los míos.

—*Uno con tus ojos color avellana y esa sonrisa torcida.*

—De ninguna manera. Ella tiene que ser inteligente como tú.

—*De ninguna manera. Él tiene que tener tu corazón* —repliqué.

—Vamos a tener un bebé —repitió, pero no lo dijo con felicidad o incluso miedo. Lo dijo con orgullo y victoria—. La primera vez que perdí mi oído, me quedé despierto una noche volviéndome loco por el hecho de que nuestros hijos podrían tener que hacerle frente a esto algún día. —Se refirió a sus oídos—. Pero, Eliza, ¿a quién le importa? Mira lo perfecta que ella es. —Sostuvo la imagen en alto.

—*Till, escúchame. Él...*

Entrecerró sus ojos.

—*... no va tener que experimentar esto. Quarry tampoco. Pueden conseguir el implante. Hiciste eso a un lado por todos nosotros. Quisiste darnos a todos una vida mejor. Y lo has hecho. No somos millonarios, pero hemos logrado salir adelante. La única pregunta ahora es: ¿Cuándo es el turno de Till de tener una vida mejor*?

30

Till

—*¿Has visto esto?* —preguntó Slate cuando entré en su oficina.

—¿Visto qué? —contesté.

Le dio la vuelta a su ordenador portátil para enfrentarme, e inmediatamente reconocí la vista previa. Era la organización de la noche amateur en On The Ropes. Presionó *reproducir* y me vi ascendiendo en el taburete de la esquina. Mis ojos estaban mirando penetrantemente a través del ring.

Me incliné más cerca del ordenador y apenas pude distinguir a Eliza sentada con Derrick Bailey a su lado. Su brazo se encontraba alrededor de la parte de atrás de su silla, e incluso cuando sabía que habían pasado dos años desde esa noche, la misma rabia burbujeó en mi estómago. Ambas ocasiones, en la pantalla y en vivo, vi a Eliza hasta que Rick "la Pared de Ladrillos" Matthews corrió hacia mí.

Vi mi atención dejarla solo lo suficiente como para dar un paso hacia delante y lanzar dos puñetazos, los cuales tumbaron a Matthews a la colchoneta. Ni si quiera me quedé para celebrar mi victoria. Simplemente irrumpí hacia la esquina y empecé a sacarme los guantes. Todavía podía sentir mi desesperación por conseguir alejarla de él. *Desesperación justificada.*

De repente el video se cortó y miré a Slate mientras arrogantemente desempolvé mi hombro.

Dejó salir una risa silenciosa.

—*Desperté con un millón de llamadas de teléfono y emails esta mañana. Esta cosa ha sido vista un millón de veces en veinticuatro horas.*

—¡Bien! —Sonreí y presioné de nuevo *reproducir*.

—*La gente se está volviendo loca intentando encontrar más sobre el único hombre que ha bajado a "la Pared de Ladrillos".*

Levanté mis cejas con sorpresa.

—¿De verdad?

—*Sus pelotas están adoloridas.*

—No puedo culparlo. —Lo observé mientras una vez más se derrumbaba mientras me alejaba sin inmutarme.

—Ha construido un imperio basándose en el hecho de que nadie puede derrumbarlo.

Puse mis ojos en blanco y presioné *reproducir* otra vez. Cada vez, solo mirándola.

Slate empujó una mano en frente de la pantalla.

—Aparentemente, está recibiendo bastante mierda por este pequeño video. Fue puesto en un circuito en ESPN anoche mientras él estaba en una entrevista por teléfono.

Mis ojos se ampliaron.

—¿En serio?

—Quiere una revancha.

El tiempo se congeló.

Signos del dólar parpadearon.

Mi sonrisa creció.

—Le dije que se jodiese.

Salté a mis pies.

—¿Por qué? —grité—. ¡Llámalo!

—Ningún título en juego y quieren pagarte una mierda. Hiciste más en tu última pelea.

Apreté mi labio inferior entre mis dedos.

—¿Podemos negociar el precio?¿De una pelea cuán grande estamos hablando?¿Vegas?

—Potencialmente. Su imagen está herida. Van a querer hace esto enorme. Escúchame. Están intentando usarte como un bum para salvar su reputación, y si pierdes, eso es exactamente en lo que te convertirás.

Pero lo que posiblemente él no podía saber era que, en el periodo de veinticuatro horas, mis prioridades habían cambiado dramáticamente.

—Eliza está embarazada —espeté.

La mandíbula de Slate se abrió y su boca formó una "O" en shock.

—Fuimos al doctor ayer, y yo… —Me detuve porque era la primera vez que iba a admitir mi decisión. No se la había dicho todavía a Eliza. Hasta este momento, decirlo en voz alta parecía demasiado real—. Hicieron ese pequeño ultrasonido y no pude escuchar su latido del corazón.

»Me di cuenta que no sería capaz de escuchar su llanto, o su risa, o voz. —Hice una pausa para darme tiempo de realmente asimilarlo—. Todo en lo que puedo pensar es si ella sonará como Eliza. Slate, no puedo perdérmelo. Me dijiste tiempo atrás que el dinero es tan bueno como lo que puede comprarte. Bueno, es oficial. El incentivo ya no está valiendo el sacrificio. —Respiré profundamente y finalmente tiré la bomba—. Quiero el implante.

—*Está bien* —dijo, como si eso no fuera nada.

Y a lo mejor no lo era. Puede que fuese la elección lógica contra la que he estado luchando todo el tiempo.

—Tengo algo de dinero en el banco, pero no durará. Necesito esa pelea, Slate. Mi carrera está acabada, ganar o perder. Bum o campeón, no me importa.

—*Así que, ¿es eso todo?¿Solo quieres el dinero?*

Negué.

—No. Lo *necesito*. No tengo ni idea que mierda voy a hacer después de esa pelea. No tengo una educación o cualquiera habilidad genial, aparte de mano de obra. Necesito esa oportunidad para mantenerme por un tiempo. Para que veas lo que puedes negociar por pagar. Lucharé con un oso bailarín en este punto siempre y cuando pongan mi nombre en un cheque gordo.

—*¿Qué si tomamos un enfoque diferente?*

—¿Tu enfoque me permitirá escuchar a mi hija cuando nazca?

—*No. Pero te dará una solución a largo plazo.*

—Solo escúpelo. —Mordí mi labio mientras empecé a perder mi paciencia.

—*Nos negamos a aceptar a menos que ponga el título en juego.*

—Nunca estará de acuerdo con eso. Tiene demasiado que perder.

—*Entonces lo forzamos.*

Incliné mi cabeza en confusión y le hice señas para que continuara.

—*Si ya está recibiendo mierda por el video como para ofrecer una revancha, entonces añade algo de gasolina al fuego. Deja que golpeen los medios de comunicación. Hacemos un comunicado de prensa para decirle al mundo cuán fácil es en realidad derrumbar a "la Pared Invencible". Hacer saber que no te dará una oportunidad porque está asustado de "el Silenciador". Vamos a empezar bien con algunas entrevistas y dejaremos que el mundo conozca a Till Page. Podemos hacer que el público suplique por esta pelea.*

—Puedo hacer eso —respondí mientras reflexioné sobre los posibles escenarios.

—*Pero esto va a tomar tiempo.*

—Tiempo es una cosa que no tengo.

—¿Para cuándo es la fecha de Eliza?

—Siete meses.

—Necesito que te comprometas por un año más.

—¿Un año?

—Son dos peleas. Vamos a avergonzar a ese imbécil para que ofrezca el título, y vas a arrebatárselo. Entonces vas a defenderlo. Y luego, conseguirás el implante.

—Asumamos que lo venzo. ¿Cuánto podría hacer en la siguiente pelea como el campeón defensor?

—Millones.

El sonido de su palabra nunca llegó a mis orejas, pero lo escuché. Era el sonido cristalino de toda una vida de seguridad.

—Haz los arreglos —solté.

Slate aplaudió y se levantó mientras yo aturdido contaba dólares en mi cabeza. Millones de dólares.

Me senté con palmas sudorosas durante horas mientras Slate hizo numerosas llamadas entre agentes, abogados, managers, e incluso entrenadores. Al final, los medios de comunicación no fueron necesarios.

Cuando Slate les dijo que estaríamos dispuestos a hacer una concesión sobre el pago a cambio de una oportunidad por el título, se abalanzaron. Considerando el instantáneo bombo publicitario sobre la lucha, sería alrededor de treinta millones, y con menos de trescientos mil dólares escritos en mi contrato, iría por Matthews.

Sin embargo valía la pena la apuesta. No tenían planes de pagarme nada sustancioso por la pelea, pero con el título en juego, los signos del dólar eran infinitos.

31

Eliza

Cuatro meses más tarde…

—SANTA. MIERDA. —Quarry giró con sus brazos extendidos a lo ancho en el centro de nuestra suite de Las Vegas. Luego perdió el equilibrio y casi me tiró.

—Oye, idiota. —Flint lo tomó por la parte de atrás de su camiseta en el último segundo—. ¡Mira por dónde diablos vas!

—Mi error. —Quarry le dio unas palmaditas a mi vientre y luego, con entusiasmo, volvió a bailar alrededor de la habitación.

—Cristo ¿Qué empacaste, Eliza? —Till resopló y dejó mis tres grandes maletas—. ¿Y qué demonios es eso? —Señaló la pequeña bolsa de color rosa, con una B rosada marcada con un monograma en el lateral.

—*Es la bolsa de Blakely* —contesté, y él capturó mis manos antes que tuviera la oportunidad de terminar de señalar completamente mi explicación.

—¿Blakely, nuestra hija por nacer? —Mordió su labio para reprimir una carcajada.

—*No puedes estar muy seguro, Till. ¿Qué pasaría si de repente entro en trabajo de parto mientras estamos aquí? ¿Qué usaría para llevarla a casa desde el hospital?*

—Bueno… solo estaremos aquí durante siete días. Si entraras en trabajo de parto, llegaría tres meses antes. Tendríamos problemas mucho más grandes que lo que usaría para ir a casa desde el hospital. —Guiñó un ojo y me jaló de nuevo para un beso húmedo.

—*Oye, renuncié a mi trabajo para estar aquí. No te atrevas a ponerte todo insolente acerca de lo que empaqué*.

Sus labios temblaron.

—Odiabas ese trabajo.

—*No. No lo odiaba.*

Su sonrisa se hizo a toda regla.

—¡*Lo detestaba! Gracias*. —Presioné un beso exagerado y lleno de humor en su boca.

Se rió contra mis labios.

—Te amo.

—*Estaba nerviosa por el vuelo, ¿de acuerdo? Me hizo sentir mejor tener una pequeña bolsa para ella por si acaso*.

Fingió en broma morder mis manos mientras hacía señas.

—¡Alto! —Golpeé su pecho.

—Um, dije te amo. —Me besó en la frente.

—Oh*, correcto. Olvidé brevemente cuán necesitado eres* —bromeé—. *También te amo*.

Till comenzó a hacerme cosquillas y, cuando levanté la mirada, vi a Flint observándonos. Sonrió y rápidamente desvió la mirada. Hice una nota para hablar con él más tarde. Realmente había estado actuando un poco raro, aún más introvertido que de costumbre.

Alguien tocó la puerta y Quarry corrió a abrirla.

—¡Amigo, eres enorme!

Slate rió mientras entraba con Leo, Johnson y un nuevo tipo al que no reconocí. Pero Quarry estaba en lo cierto. Era enorme.

—*Bueno. ¡Escuchen!* —Slate crispó su labio, y Till negó ante su intento de broma.

—*Leo está encargado de la seguridad de todos nosotros este fin de semana. Sé que han visto la publicidad, pero esto no será como lo es en casa. Son celebridades aquí. Serán reconocidos*.

Till se puso detrás de mí y cruzó sus brazos, envolviéndome, para posarlos sobre mi vientre.

—*No salgan de esta habitación sin seguridad. Y punto. Este es Alex Pearson. Ha estado con Leo por alrededor de un año, pero este es su primer viaje con nosotros. Por favor, no lo asusten. Estoy hablando contigo*, Q.

Todos nos reímos, a excepción de Quarry, que sonrió maliciosamente.

—*Repetiré. No salgan de esta habitación sin uno de ellos*. —Nos pasó a todos una tarjeta—. *Programen todos sus números en los teléfonos. Leo estará conmigo y Till la mayor parte del tiempo, pero Alex y Johnson son todo tuyo si quieres ir a explorar o lo que sea. Érica estará aquí este fin de semana, junto con Sarah y Liv.*

—¡Liv! —Quarry gritó antes de poner una mano sobre su boca.

Los labios de Leo se crisparon, pero bajó la mirada hacia Q.

—Te estoy vigilando, muchacho.

Quarry mordió su labio, pero su sonrisa se mostró por delante de ello.

—*Bueno. Ahora tenemos que irnos, Till, vístete. Vamos a echarle un vistazo al gimnasio.*

Slate salió, dejando a Leo, Alex y a Johnson charlando con Flint. Quarry volvió a revolotear alrededor de la suite.

—¿Quieres salir a cenar esta noche? —Till me preguntó.

Deliberadamente bajé la mirada a mi vientre.

—*Como que voy a decir que no*.

Sonrió y luego me dio un suave beso en los labios.

—¡Eliza, mira! ¡Hay una cocina! ¡Puedes cocinarnos aquí también! —Quarry gritó desde arriba del travesaño que dividía las habitaciones.

Puse los ojos en blanco, pero mi sonrisa escapó, delatándome.

32

Quarry

—Quinn.

—No.

—Queen.

—Dios no.

—Quillan.

—Ahhh… Estoy bastante segura que inventaste ese, así que voy a seguir con mi respuesta original. No —dijo Eliza, desechándome por centésima vez.

—¡Vamos!

—Aunque aprecio tus esfuerzos, ya elegimos un nombre.

—Sin embargo, Blakely es estúpido. Todo el mundo va a terminar llamándola Blake, para abreviar. Q es un apodo rudo.

—También es tu apodo. Confía en mí. No necesito gritar "Q" más de lo que ya lo hago. No puedo manejar a dos de ustedes. —Se rió mientras raspaba los champiñones que había estado cortando en lonchas en una cacerola sobre la estufa.

—Oh, lo que sea. ¿Qué estás cocinando de todos modos?

—Demonios si lo sé. Champiñones simplemente sonaban realmente bien.

—¿Solo champiñones? —Curvé mi labio mientras me acomodaba en el taburete frente a ella.

—¡Sí!

—Eres repugnante. —Me reí cuando alguien llamó a la puerta—. ¡Oh! Apuesto a que son nuestras camisetas de "el Silenciador" para la pelea.

—¡Dios, eso espero! Se suponía que iban a estar aquí ayer.

Abrí la puerta de un jalón y un hombre bien vestido, que no reconocí estaba parado en el otro lado. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, una sonrisa blanca y brillante cubría su rostro.

—¿Puedo ayudarle?

—Estoy buscando a Till. ¿Está por ahí?

—No.

—Perfecto —ronroneó mientras lentamente sacaba las manos de sus bolsillos, dejando al descubierto un tatuaje enorme de color verde con la cabeza de un dragón disparando llamas rojas por sus dedos, los mismos dedos que estaban puestos en el gatillo de una pistola—. ¿Quarry, supongo? —Usó la punta de su arma para empujarme dentro.

Cuando la puerta hizo clic detrás de nosotros, escuché a Eliza desde la cocina.

—¿Quién era?—preguntó mientras doblaba la esquina.

Ni siquiera tuve la oportunidad de reaccionar antes que el brazo del tipo se envolviera rápidamente alrededor de mi cuello para descansar el arma en mi sien. Los ojos de Eliza se ampliaron y sus manos volaron a su boca.

—Dios mío.

Yo estaba en absoluta conmoción. No conocía a este tipo, pero estaba aterrorizado y no por mí.

—Está bien —traté de calmarla mientras mi corazón se golpeaba en mi pecho.

—¡¿Quién diablos eres tú?! —habló el pedazo de mierda, me enfureció.

—Um, ¿quién eres *tú*? —Los hombros de ella se movieron como si estuviera buscando el mostrador, pero la barra bloqueaba nuestro punto de vista de su cuerpo.

—¡Pon tus putas manos arriba! —vociferó él.

Esto causó que su barbilla temblara y la rabia irradió a través de mí.

—Eliza —respondió lentamente, levantando las manos en señal de rendición.

—Bueno. Ahora, *Eliza*. ¿Quién demonios eres y dónde carajo está Till Page? —Apuntó el arma hacia ella.

Incluso a través de mi furia cegadora, sabía que ella no tenía necesidad de responder a esa pregunta.

—Es mi niñera. Till está en el gimnasio —mentí rápidamente, orando que él pensara que los chicos de trece años todavía necesitaban niñeras.

—Bien. Bueno, Eliza, esto podría realmente funcionar. Necesito que le entregues un mensaje a nuestro buen amigo Till. Llámalo y hazle saber que Frankie Dragon se detuvo para cerrar algunos asuntos pendientes. Es imperativo que reciba este mensaje. ¿Entiendes? —Su tono no fue duro, pero sí francamente amenazante.

Asintió rápidamente.

—Sí. Absolutamente. Se lo diré.

—Genial. Ahora, para asegurarme que este mensaje sea entregado en el momento oportuno, estoy llevándome a Quarry conmigo. —Había una sonrisa en la voz del hombre, pero el rostro de Eliza cambió a blanco fantasmal.

—¡No! Voy a entregar el mensaje. Lo juro. Solo déjalo aquí.

—Sí. Eso no va a suceder. —Se rió—. Creo que Till va a necesitar un poco de incentivo extra para lo que necesito. Todos sabemos lo mucho que ama a nuestro pequeño Quarry aquí —dijo condescendientemente.

Una oleada de alivio me golpeó cuando el arma se apartó de ella y apuntó de nuevo contra mi sien.

—Por favor, no hagas esto. Solo déjalo. Estoy segura que Till hará cualquier cosa que tú quieras. No necesitas a Quarry.

—Sí. Lo siento. Me gusta más mi plan.

Lo sentí encogiéndose de hombros mientras comenzaba a arrastrarme hacia la puerta. Yo no luchaba. Estaba demasiado dispuesto a ir con él si lo sacaba de esa suite, lejos de ella.

—¡Detente! ¡Espera! Por Favor. Soy la esposa de Till. ¡Llévame en su lugar!

—¡No! —grité por encima de sus palabras, pero ya era demasiado tarde.

Salió corriendo detrás del mostrador, dejando al descubierto su vientre embarazado y causando que Frankie jadeara.

—Solo llévame. Deja a Quarry en paz —gritó.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le grité, pero Frankie apuntó el arma de nuevo hacia ella.

—¿*Su esposa*? —preguntó antes de reírse agudamente.

—Por favor. Simplemente déjalo irse.

—Esto acaba de ponerse mucho mejor.

Todo mi cuerpo se puso rígido, y los ojos de Eliza se ampliaron increíblemente cuando él me empujó rudamente, enviándome tambaleando hacia adelante. Con la misma rapidez, tomó a Eliza y la arrastró hacia la puerta.

—¡No! —Me puse de pie. Él no tenía ni el puto derecho siquiera que hablar con ella, pero lo mataría antes de dejarlo lastimarla—. ¡Saca tus malditas manos de ella! ¡No vas a llevarla a ninguna parte!—Corrí hacia adelante.

Oí a Eliza gritar con cada paso, pero la adrenalina me alimentó.

Ella era nuestra. No lo dejaría tenerla.

—Oh, por el amor de Dios. —Lanzó a Eliza a un lado justo cuando me acerqué, enviándola a estrellarse contra el suelo.

Aterricé de un golpe a su lado, pero su mano se envolvió alrededor de mi garganta y el frío extremo de metal de la pistola aterrizó con fuerza contra mi rostro. El dolor explotó y alguien apagó las luces.

Sentí mi cuerpo estrellarse en el suelo, pero me esforcé por mantener los ojos abiertos. Era vagamente consciente de Eliza gritando mi nombre mientras luchaba contra sus brazos.

—No —traté de hablar, pero mi cuerpo me había traicionado.

Segundos después, la oscuridad me consumió por completo.

Till

Mi teléfono vibró en mi bolsillo mientras Slate y yo veíamos la última pelea de Rick por al menos la centésima vez. Tuve mucho tiempo para memoriza cada matiz suyo en el cuadrilátero, pero todavía miraba cada segundo como si fuera a cambiar.

—Oye, páusalo.

Un texto de un número desconocido encendió mi pantalla.

Desconocido: Creo que tengo algo que te pertenece.

Leí el texto varias veces, tratando de dejarlo procesar, pero antes que pudiera responder, una imagen que nunca sería capaz de no ver llegó. Una visión que, con una sola mirada, estuvo marcada en mi alma.

Era Eliza. Su boca estaba cubierta con cinta y sus ojos derramaban lágrimas. Se hallaba sentada en el suelo de una habitación de hotel que era exactamente igual que la nuestra. Apenas podía distinguir la redondez de su estómago mientras mis ojos seguían su brazo hasta un pomo de una puerta al que ella estaba atada.

Dimensiones enteras se plegaron sobre sí mismas en ese momento.

En menos de tres segundos, había planeado la muerte de quien la había puesto allí. Esa imagen podría haber sido la broma que oré que fuera, pero alguien pagaría por completo por la forma en que mi pecho se estaba derrumbando mientras miraba mi teléfono.

Yo: ¿Qué carajos es esto?

Parpadeé hacia el teléfono, desesperado por una respuesta, pero mi mente finalmente entró en velocidad.

Había una alfombra detrás de ella, una alfombra que reconocí.

Corrí de la sala de conferencias con un destino en mi mente.

Mis piernas se movieron más rápido de lo que creí posible mientras corría hacia el ascensor. Los segundos que me vi obligado a esperar a que llegara fueron los más largos de mi vida. Fue solo la última célula racional de mi cerebro la que me obligó a permanecer estar parado allí, sabiendo que me tomaría más tiempo correr por las escaleras hasta el trigésimo séptimo piso. Justo cuando se abrieron las puertas, Slate me alcanzó y se puso delante de mí.

Su boca y manos se movían con rabia, pero no podía concentrarme lo suficiente para averiguar lo que decía. Empujándolo fuera del camino, frenéticamente presioné el botón a nuestro piso y él apenas logró meterse en el interior antes que el ascensor comenzara a moverse. Estaba perdiendo mi mente tratando de acelerarlo cuando mi teléfono sonó de nuevo en mi mano.

Desconocido: Tu viejo amigo Frankie Dragon, por supuesto.

Esto fue seguido por otra foto de Eliza con los ojos cerrados y una bota presionada contra su estómago.

El mundo se volvió a cámara lenta, pero mi ira creció rápidamente.

Yo: No tengo ni la más mínima idea de lo que quieres, pero tu vida ha terminado.

Él: ¿La mía? ¿O la suya?

El texto fue seguido por una foto de una pistola inclinada hacia la sien de Eliza. Mi mano aferró el teléfono dolorosamente fuerte.

Slate se puso delante de mí para llamar mi atención.

—¿Qué diablos está pasando?

—¡Se llevaron a Eliza!—grité y el eterno viaje en el ascensor terminó.

Cuando las puertas comenzaron a abrirse, me escurrí entre ellas, corriendo a nuestra suite. Mi hombro se estrelló contra la puerta mientras retorcía el mango, pero la puerta se mantuvo en su lugar. Palmeé mis bolsillos, dándome cuenta de repente que ni siquiera tenía mi tarjeta-llave para abrirla. Me encontraba en un infierno absoluto. Ella estaba allí, con una pistola en la cabeza, y yo atrapado en el otro lado de una maldita *puerta.*

Golpeé tan duro como me fue posible.

—¡Abre la maldita puerta! —Pero si alguien respondía, nunca lo sabría.

Slate apareció a mi lado con su teléfono en la oreja y algo en el otro lado de la puerta de inmediato despertó su interés. Se inclinó y apretó la oreja contra la madera. Vi su boca formar una palabra que hundió aún más mi corazón.

—¡Quarry! —Él comenzó a sacudir la manija para abrir la puerta.

Cuando retrocedí, dispuesto a arrasar esa maldita puerta, vi a Flint y Leo correr por el pasillo. Flint rápidamente sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. Trató de entrar primero, pero enganché la parte posterior de su camiseta para evitar que corriera dentro. No tenía idea de lo que nos esperaba al otro lado de esa puerta,

pero iba a averiguarlo primero. Le di la vuelta hacia el pasillo y luego irrumpí dentro con Leo directamente detrás de mí.

Encontramos a Quarry tumbado en el piso con sangre saliendo de su nariz. Luchaba para sentarse y su boca se estaba moviendo a un millón de kilómetros por minuto.

—¿Qué está diciendo? —grité mientras lo ayudaba a sentarse, pero mis ojos escudriñaron la habitación, desesperado por encontrarla.

Me puse de pie, listo para arrastrar del culo por el pasillo hasta el dormitorio, pero Leo me detuvo.

Con su arma sacada, hizo un gesto para que nos fuéramos. Debían de haber perdido su maldita cabezas, sin embargo, porque no iba a ninguna parte sin ella.

Quarry hizo un gesto para llamar mi atención.

—No está aquí. Se la llevó. Traté... —Sus manos cayeron a los costados y su cabeza colgaba.

Leo hizo un trabajo rápido de revisar el baño y verificar que Quarry estuviera en lo cierto.

Me concentré de nuevo en mi teléfono. Cuando mis dedos comenzaron a volar por encima de mi teclado, Leo, Quarry y Flint se acercaron a mi lado para leer sobre mi hombro.

Yo: ¿Dónde diablos está?

ÉL: Uf, eso te tomó bastante tiempo.

Yo: Lo juro por mi vida, voy a matarte. Regrésamela.

ÉL: Sin policías. Dile a tu papá Slate que se detenga.

La cabeza de Slate se echó hacia atrás mientras bajaba el teléfono de su oreja. Y mi teléfono inmediatamente sonó una vez más.

ÉL: Mejor.

Leo empezó a mirar alrededor de la habitación.

ÉL: Dile al señor James que probablemente debería estar más preocupado por su propia familia en lugar de en dónde se encuentra mi cámara. Su hija parecía asustada cuando maté a su inútil guardaespaldas.

De repente, con los ojos muy abiertos y los rostros pálidos, Slate y Leo volaron fuera de la habitación.

Yo: Lo juro por Dios, te mataré.

ÉL: Sí. Sí. Sí. He oído todo eso antes. Así que ahora que estamos solos, tengo que pedirte un favor a cambio de la devolución de tu preciosa esposa.

Flint tiró del borde de mi camiseta. *Tenemos que irnos. No hables. Solo señala. Leo me dijo que los llevara a los dos a la sala de conferencias.*

Yo: ¿Qué quieres?

ÉL: necesito que pierdas la pelea. He apostado 200 mil dólares que no tengo exactamente en existencia a que pierdes en el tercer asalto. Nocaut Técnico.

Yo: Hecho. Ahora déjala ir.

Flint siguió tirando de mi brazo mientras me sacaba de la habitación.

ÉL: Tan pronto como la campana final suene, ella es toda tuya.

Yo: ¿Y qué pasa con ella si algo sucede antes de eso? No puedo garantizar que voy a lograrlo en el tercer asalto.

Alex dobló la esquina en cuanto despejamos la puerta. Nos metió a los tres en el ascensor, mientras yo hacía agujeros en mi teléfono.

ÉL: Oh, tengo la sensación que vas a hacerlo muy bien.

ÉL: Dime, Till. ¿Qué tan buena es su boca?

Eso fue seguido por una foto de Eliza apoyada contra la pierna de su pantalón. Ella tenía los ojos fuertemente cerrados y la mano de él se hallaba envuelta firmemente alrededor de su garganta, la punta de sus dedos clavándose en su carne.

Yo: No te atrevas a tocarla.

ÉL: Estaremos en contacto. Debes ir a prepararte. Tienes una pelea que perder.

Yo: Voy a pagarte más de lo que vas a hacer en la pelea. Solo entrégamela de una jodida vez.

Pero a medida que nos dirigíamos a la sala de conferencias, mi texto no obtuvo respuesta.

Eliza

—¡Realmente no creí que esto sería tan divertido! —Se rió maniáticamente cuando arrancó la cinta de mi boca—. Shhh. Mantén tu puta boca cerrada o volveré por el muchacho. —Me guiñó un ojo.

Me había sentado sin poder hacer nada, viendo la cámara funcionar en la ordenador portátil de Frankie mientras cada mensaje que enviaba aterrizaba en el rostro de Till. Las fotos eran lo peor.

—¿Quién diablos es esa? —preguntó un hombre que reconocí vagamente cuando entró en la habitación.

—*Esa* es la póliza de seguro que te permite vivir un día más.

—¿De qué diablos estás hablando? Pensé que Till perdiendo la pelea era la póliza de seguro. Solo tengo que hablar con él durante unos minutos. No pude contactarlo solo antes…

—Bueno, ¿sabes qué? Realmente me cansé de jodidamente esperar a tu culo perezoso hiciera un puto movimiento. La lucha es esta noche. Estaba empezando a creer que no ibas a seguir adelante con esto en absoluto. —Él inclinó la cabeza hacia un lado acusadoramente—. El trasero de ambos está en juego.

—Te dije que me encargaría. Voy a conseguir tu dinero. Luego habré terminado aquí.

—Bueno, jodidamente perdóname por no confiar en un mentiroso pedazo de mierda que acaba de salir de prisión. Deberías estar besando mis putos pies en este momento. De nada, por cierto. —Sacudió la cabeza con fastidio—. Clay, conoce a tu nuera. —Me dio una palmada—. ¡Felicitaciones! ¡Vas a ser abuelo! —se burló con entusiasmo antes de poner los ojos.

Mi estómago se anudó y la bilis subió por mi garganta. *Clay jodido Page*.

—Vaya. Espera un puto minuto. Nunca dijiste nada acerca de involucrar a su familia.

—Bueno, al principio, solo planeaba involucrar a *tu* familia. Pero pensé que ella sería un poco más atractiva que tu engendro más joven.

—¿Fuiste detrás de Quarry? —gritó Clay mientras daba un gran paso hacia delante.

Frankie se trasladó a la cocina y se sirvió una copa de licor ámbar.

—Sabes, tengo que concedértelo. Para ser un pendejo, te las arreglaste para criar unos chicos audaces.

—Él no los crio —interrumpí en su conversación mientras miraba a Clay—. Till lo hizo. *Yo lo hice.* Él no tuvo nada que ver con esos chicos. No te atrevas a darle

ningún crédito por quienes se han convertido —me quejé. No debería haber dicho nada, pero Clay Page estaba involucrado de alguna manera en esta mierda y me enfureció que pudiera hacerle esto a su propio hijo… de nuevo.

Puso sus manos en sus caderas y me igualó con una mirada.

—Patrañas. Esos son mis hijos. Los crie a todos hasta que me encerraron.

—Estás tan lleno de mierda. Has arrojado a Till a los lobos dos veces. Flint es un jodido desastre nervioso y cuando fui arrastrada fuera de la habitación del hotel, Quarry estaba inconsciente en un charco de sangre. ¿Es esa tu idea de criarlos? —Me levanté, mi brazo aún conectado a la puerta—. ¿Sabes qué?—Volví mi atención a Frankie—. Nunca me necesitaste como seguro. Till habría sido feliz de perder la lucha si solo te comprometías a poner una bala en la cabeza de ese imbécil. —Asentí hacia Clay. Mi pecho jadeaba con fuerza mientras terminaba.

Frankie se echó a reír, escupiendo el licor de su boca.

—Esa perra está atada a una puerta y aún habla mierda de ti, Page. Me gustan sus agallas.

Clay sostuvo mis ojos mientras su lengua se deslizaba sobre sus dientes. Luego tronó su cuello, pero no respondió.

—¡Oh mira! El guardaespaldas hundido en mierda está de vuelta. —Frankie se inclinó sobre el equipo que mostraba una imagen granulada de mi habitación de hotel.

Traté de inclinarme a su alrededor para ver la pantalla, pero su espalda bloqueó mi vista.

Clay hizo señas para llamar mi atención. Aspiré una bocanada de aire mientras sus manos entrecortadamente hacían gestos: *Siguen siendo mis hijos. Siéntate. Cállate.*

—¿Por qué nadie estaba vigilándolos?—le grité a Slate.

—*Ellos estaban en el interior de la habitación. Leo estaba en la puerta, pero llevó a Flint a comer algo. Ellos no pueden estar en todas partes.*

—¡Pura basura!—troné—. ¿Qué mierda sobre Alex?

—¡*Él está vigilando en las noches*! —explicó Slate por al menos décima vez—. *Ni uno solo de nosotros podría haber esperado que algo como esto sucediera. Todo lo que importa ahora es que tenemos que traerla de regreso. Así que cálmate de una puta vez y vamos a resolver esta mierda.*

Cada músculo en mi cuerpo se estremeció, pero calmarme no era una posibilidad, no cuando estaba perdida. Entrelacé mis dedos y los apoyé en la cima de mi cabeza.

—Lo encontré. —Leo se precipitó en la habitación y lanzó una diminuta y negra cámara, del tamaño de un borrador de lápiz sobre la mesa—. Es barata. De gama baja que te permite grabar en casi cualquier lugar. Este tipo no es un jodido profesional.

Tan pronto como hubimos llegado a la sala de conferencias, habíamos averiguado que, aunque Frankie obviamente sabía que Johnson estaba asignado a Sarah y Erica, nada en realidad les había sucedido. Todos estaban sanos y salvos en el restaurante de la planta baja cuando Leo se puso en contacto con él.

Todos nos congregamos en la sala de conferencias, con Alex y Johnson haciendo guardia en la puerta.

—No es profesional. Es un corredor de apuestas de poca monta, arruinado. Lo conocí una vez, cuando tenía dieciocho años. Esto tiene algo que ver con mi padre. No sé si él está en esto o qué, pero encuentra a Clay Page. Él tendrá algunas jodidas respuestas.

—Fue liberado la semana pasada y ya se saltó la libertad condicional. Me llevará más tiempo localizarlo de lo que va a llevar encontrar a Eliza —respondió Leo mientras Flint furiosamente gesticulaba hacia mí.

—*Esto está fuera de control. Tenemos que llamar a la policía* —anunció Slate.

—¡No! —grité—. Sin policías.

Leo se puso delante de mí y empezó a hablar, pero se vio obligado a ver a Flint completar las palabras.

—Till, no hay garantías de que incluso la liberará después de que pierdas. Necesitamos a algunos refuerzos aquí.

—No, no lo necesitamos. Solo encuéntrenla.

—Estoy trabajando en conseguir acceso a las cámaras de vigilancia del hotel. Es un casino. No hay ni una pulgada de este hotel que no podamos ver. Pero estoy golpeando las paredes a cada paso. Necesito una tarjeta de identificación. Voy a explicar la situación y conseguir un mínimo de oficiales, sin uniformes.

—¿Y si él se entera? Va a matarla… ¡Las matará! —grité antes de sentir mi garganta cerrándose y me vi obligado a depender de mis manos—. *No puedo correr el riesgo.*

—Lo siento, pero creo que estás equivocado acerca de esto. Voy a resolverlo.

Cuando Flint terminó hacer con señas las palabras de Leo, exploté y me apresuré al otro lado del cuarto.

—¡No! ¡Esa no es tu maldita elección! —Tumbé el teléfono de su mano, enviándolo a volar por la habitación.

Slate envolvió sus brazos alrededor de mis hombros desde atrás y Flint se puso delante de mí.

—Esa es mi esposa. Mi hija. Maldita sea, tengo el derecho de decidir cómo se va a resolver.

—Till, estás tomando decisiones con el corazón basado en el miedo justo ahora. Estoy tratando de pensar con lógica.

Mis ojos brillaron de Flint a Leo.

—A la mierda tu lógica. No voy a arriesgarme a llamar a la policía cuando toda mi vida está en la línea. Y si intentas decirme que no jugarías a lo seguro si se tratara de Sarah y Liv, entonces eres un maldito mentiroso. —Dejé de pelear y pellizqué el puente de mi nariz, apenas aferrándome al borde de la cordura.

Slate me soltó y me empujó hacia una silla en la esquina. Trató de forzarme a sentarme, pero no había manera posible que pudiera haberme relajado. Quería sangre.

Slate señaló para mi beneficio mientras le explicaba la situación a Leo.

—Si llamamos a la policía, la Asociación de Boxeo cancelará la lucha si hay alguna sospecha de que Till pudiera perderla. Este tipo ha dejado más que claro que tiene dinero montado en esta lucha. Pero tiene que haber algo más. Till se ofreció a pagarle, pero no ha obtenido una respuesta. Suena como alguien que tiene un interés personal en el ganador real de la lucha.

—¿Crees que Matthews tiene algo que ver con esto?—Mi furia asesina se hizo palpable.

—No lo sé. Puede ser. Lo más probable es que un tramposo corredor de apuestas, de gran monta, esté utilizando a uno de poca monta para hacer una enorme cantidad de dinero. Apuesto a que este tipo Dragon ni siquiera sabe cuánto dinero está realmente en la línea.

—Que alguien, por favor, simplemente la encuentre de una vez. Jesucristo, ya no me importa una mierda esta pelea. ¡Solo necesito que alguien la encuentre! —Me pasé una mano por el cabello. La ira estaba rápidamente amainándose mientras mi ansiedad se asentaba.

Flint se movió a donde estábamos todos hablando.

—¿Qué tal si llamamos a los policías...

Mis ojos se abrieron como platos, pero él levantó una mano para hacerme callar.

—... pero no les decimos acerca de perder la pelea. Solo les decimos que alguien se llevó a Eliza. De esa forma, si en el momento de la pelea, no han averiguado nada sobre Eliza, Till todavía puede perder la pelea. Tenemos dos salidas en lugar de una.

Slate se volvió hacia mí.

—Esa sí que es una idea.

Mis ojos saltaron hacia Leo.

Él se encogió de hombros.

—Estoy de acuerdo con eso.

Jugué con mi labio inferior mientras mi mente repasaba todos los escenarios posibles, pero llegué con las manos vacías. Perderla no era una opción.

—Sin uniformes. Sin autos de policía. Nada.

—Puedo hacer eso —anunció Leo, adelantándose y fijando su mirada con la mía—. Voy a encontrarla. Lo prometo.

Respiré profundamente mientras leía sus labios. Él podía prometerlo todo el día, pero nada me haría relajarme hasta que ella estuviera en mis brazos otra vez.

Flint

—¡Encuéntrenla! —gritó Till a todo pulmón. Sus palabras mal articuladas por la fuerza que ejerció.

—Estamos tratando —explicó Leo, golpeando el ordenador portátil, cerrándola.

Till había insistido en ver el video que Leo había adquirido de Eliza siendo arrastrada desde el hotel. Después de más de una hora de tratar de convencerme de lo contrario, Leo finalmente había cedido en cuanto Till se fue y comenzó a demoler toda la sala de conferencias.

Todos nos habíamos acurrucado alrededor de la computadora y vimos como Eliza salió voluntariamente de la habitación con Frankie. Todo fue bien hasta que trató de empujarla fuera del hotel a través de una salida trasera. Plantó sus pies y trató de arrebatar su brazo de su agarre, pero esto solo causó que la jalara por la puerta. Tropezó y cayó boca abajo. Inmediatamente se volvió a parar sobre sus pies, pero observar su caída sobre su vientre de embarazada había sido más que suficiente para enviarnos a todos en un ataque de rabia.

—¡Traten jodidamente más duro!—Till echaba humo.

—Mira, sabemos que está en el edificio. O al menos lo estaba cuando esas imágenes te fueron enviadas. Vamos a revisar las imágenes de todas las entradas solo para ver cuándo y dónde entraron de nuevo. Solo que esto toma tiempo —dijo Leo mientras yo traducía—. Tú métete en ese cuadrilátero y haz lo que tengas que hacer. Voy a hacer lo que tengo que hacer aquí fuera.

La cosa entera era tan surrealista. No podía envolver mi mente alrededor de nada de esto. Leo había cumplido con su palabra y todo era de muy bajo perfil. Tanto era así que casi se sentía como si nada se estuviera haciendo en absoluto. Dos detectives vestidos de civil rondaban, pero cuando me enteré de que uno estaba sentado comiendo un sándwich, había perdido mi mierda también. Les tomó a Leo y Slate evitar que empujara ese maldito sándwich por su garganta.

Todos habíamos pasado el día con agitación. Sarah y Erica zumbaban alrededor de la habitación, tratando de mimarnos, pero eran un manojo de nervios justo como el resto de nosotros. Till era un lío humeante, era comprensible. Se paseaba mucho y despotricaba contra cualquiera que quisiera escucharlo. Quarry se había transformado en un niño llorón y deprimido. Se sentó solo en la esquina, negándose a hablar con nadie. Parecía que mis hermanos habían descubierto sus mecanismos de supervivencia, pero yo brincaba hacia atrás y adelante entre la ira y la desesperanza.

Dios. Eliza. Ella debió haber estado tan asustada. Esto retorció mis entrañas y envió llamas a través de mi sangre. Nunca había experimentado este nivel de miedo antes y estaba desorientado sobre cómo canalizarlo.

Pero, de nuevo, nunca me había sentido por alguien de la manera en que lo hacía por Eliza Reynolds Page.

Había estado enamorado de ella desde el día en que hubo entrado por primera vez por la puerta principal de Till. Apenas había sido un adolescente, pero cuando me hubo sonreído, supe que nunca sería el mismo.

Y no lo era. No había una chica en el mundo que siquiera me hiciera tener ese sentido de pertenencia que sentía cuando la tocaba. Era hermosa, divertida y tan buena para todos nosotros. Era tan jodidamente equivocado que la quisiera de la forma en que lo hacía, pero incluso la culpa no podía pararme.

Siempre supe que estaba enamorada de Till. Ni siquiera podía estar molesto por esto porque era obvio lo mucho que él también la quería. Al menos, si estaban juntos, tenía una manera de mantenerla en mi vida. Pero en este momento, con su desaparición y sin tener absolutamente ningún control sobre dónde estaba o lo que sucedía, era insoportable.

Un golpe repentino en la puerta llamó toda nuestra atención.

—¡Diez minutos! —gritaron desde fuera de la puerta.

Slate se puso delante de Till.

—Tienes que tranquilizarte o vas a tener tu culo noqueado en la primera ronda. ¿Qué bien va a hacerle eso a ella? Tienes diez minutos para meter tu cabeza en la lucha.

Till podría haber asentido, pero sabía con certeza que él no estaría en la pelea, no mientras que Eliza estuviera desaparecida. Yo no sabía cómo iba a hacerlo. Yo apenas podía respirar, sin embargo, él tenía que luchar.

—Vamos, Flint —Alex llamó desde la puerta—. Es hora de que te sientes.

Slate había tomado la decisión de que Erica, Sarah y Liv podrían ver la pelea desde su habitación de hotel con Johnson haciendo guardia. Yo había insistido en ver el cuadrilátero. Tenía que estar allí. A Quarry le habían dado la opción, pero solo se había encogido de hombros y seguido a las mujeres cuando hubieron salido.

Alex había sido asignado como mi guardaespaldas para la lucha y mientras odiaba absolutamente la idea de que ellos asumieran que no podía protegerme, no había discutido. Sabía que mi terquedad solo habría estresado más a Till. Él tenía suficientes líos sin tener que preocuparse por mí también.

Me acerqué a la puerta y me detuve para hacerle señas a Till: *Resuelve esto.*

—Sí. Lo tengo. —Forzó una sonrisa tensa y luego se dio la vuelta para ponerse la bata que Slate mantenía abierta.

Caminé hacia la arena con Alex apenas a un paso detrás de mí.

—¿Puedes no hacerme parecer como un endeble con una niñera?—Sonreí todo tenso.

—Lo siento, hombre. Es mi trabajo.

—¿Puedo, al menos, tener un poco de espacio para respirar?

Se rió entre dientes, pero se separó un par de metros.

Navegamos a través de numerosos pasillos serpenteantes, la multitud aglomerándose más a medida que nos acercábamos a la arena hasta que finalmente había un cuello de botella en una intersección.

—Lo siento—dijo un hombre cuando se estrelló contra mi pecho.

Solo lo miré el tiempo suficiente para notar una gorra de béisbol calada sobre los ojos.

—No hay problema. —Sonreí, hasta que sentí algo siendo empujado en mi mano. Bajé la vista y encontré una llave de habitación mientras el hombre rápidamente se alejaba. Escrito en marcador negro estaba el número 3716.

Confundido, vi al hombre meterse entre la apretada multitud. Justo antes que diera la vuelta a la esquina lejos de la arena, se volvió hacia mí. Ojos azules familiares se levantaron hacia los míos.

—¿Papá?—susurré para mí mismo.

Me dio una sonrisa tensa, luego levantó las manos y gesticuló: *No sabía que él iba a llevársela. Dile a Till que lo siento.*

Solté un grito ahogado luego miré la tarjeta en mi mano.

Eliza.

Eliza

—¿Estás lista para la gran pelea? —me preguntó Frankie mientras se acomodaba en el sofá con una copa en su mano.

—¿De verdad vas a dejarme ir si pierde?

—No lo sé. Será bastante inútil para mí después que quede fuera de combate. —Puso sus pies sobre la mesa de café y cruzó las piernas por los tobillos—. Además, lo último que necesito es que sueltes ese bebé sobre mí. No me gustan los niños, eso es. No me puedo imaginar cuanto odiaría a uno con sangre Page. —Agitó su bebida con el dedo y luego se dio la vuelta al televisor.

Yo miraba desde el suelo cuando la imagen de Till y las estadísticas brillaron en la pantalla. Mi pecho dolía por salir de allí y regresar a su lado, pero me dolía que estuviera perdiendo su única oportunidad de grandeza. Debería haber estado sentada en el cuadrilátero, mareada con el entusiasmo y la esperanza. Él tendría que haber estado caminando a ese ring con la cabeza bien alta y su determinación firmemente intacta.

Todos habíamos perdido, sin embargo.

—Era casi la maldita hora de que volvieras. ¿Me trajiste...? ¡Que mierda!—gritó Frankie, saltando a sus pies cuando Flint irrumpió por la puerta. Sus ojos azules eran oscuros y bárbaros.

Frankie se precipitó a la mesa donde estaba su pistola, pero Flint fue más rápido. Tomando su garganta, golpeó a Frankie contra el suelo. Sus cuerpos enredados golpeaban sobre la mesa, enviando la pistola a trompicones por el suelo alfombrado. Flint no dijo ni una sola palabra mientras conectaba golpe tras golpe con su mano derecha. Cada golpe aterrizaba más duro que el anterior, pero nunca soltó su agarre sobre la garganta de Frankie. Los nudillos de Flint se volvieron blancos mientras el rostro de Frankie se ponía rojo.

Me deslicé tan lejos como la puerta a la que estaba atada lo permitiría mientras Flint desataba un salvajismo que nunca había visto antes. Quería detenerlo. Esa mirada brutal no pertenecía al rostro de mi Flint, pero yo exactamente no debería estar atada a una puerta así. Frankie yacía inmóvil debajo de él y con la amenaza ida, realmente solo quería salir pitando de allí.

—¡Flint! —grité, su cabeza se volteó hacia la mía.

—Mierda. Eliza. —Se arrastró y palmeó mi estómago y los costados, en busca de lesiones.

—¿Estás bien?

—Um...quiero ir a casa. —Intenté ahogar el llanto, pero era una batalla perdida.

Flint tomó ambos lados de mi rostro y se inclinó para besar mi frente.

—Entonces vamos a salir de aquí.—Se puso de rodillas delante de mí y empezó a trabajar para desatar el nudo en mi muñeca.

La esperanza comenzó a hincharse en mi pecho. Estábamos tan cerca de salir de allí. Todo estaba cayendo en su lugar de la forma en que se suponía que era. El universo cruel había dado un buen tiro, pero la familia Page había ganado en la ronda final. Till estaba en el ring, el rugido de la multitud en la televisión me dijo eso y ahora que me hallaba a salvo, en realidad podría tener una pelea justa.

Mi cuerpo entero zumbaba con la idea que por primera vez realmente podríamos tenerlo todo.

Tal vez.

—¡No te muevas maldito!—fue gritado desde la puerta.

Las manos de Flint se congelaron cuando se volvió para mirar por encima de su hombro. Vi a Alex en la puerta, su arma dirigida a Frankie. Flint inmediatamente se deslizó enfrente a mí y me empujó hacia atrás. No fue hasta que sentí el primer disparo que me di cuenta de lo equivocada que estaba realmente.

Oí el segundo disparo mientras yacía en el piso con Flint encima de mí. La sangre brotó de la cabeza de Frankie cuando también se derrumbó en el piso.

Tal vez tenerlo todo no estaba destinado para nosotros.

Till

A medida que la campana sonó para poner fin a la segunda ronda, me senté en el taburete, exhausto. Después de los acontecimientos del día, NO estaba en condiciones de luchar en absoluto. Sin embargo, luchaba por ella, no había un boxeador en el mundo que pudiera tumbarme. Pero caería de todos modos.

Abrí la boca para escupir mi boquilla cuando uno de los chicos de agua se puso delante de mí. Como mi entrenador, Slate debería haber sido el que lo hiciera, por lo que mis sentidos se pusieron inmediatamente en estado de alerta. Miré por encima de mi hombro para encontrarlo justo fuera del ring, susurrando en secreto con Leo. Era un estadio con entradas agotadas en Las Vegas. Nadie debería haber estado susurrando en ese caos.

Leo señaló a un lado, y los ojos de Slate flotaron por solo un segundo antes de que se precipitara al ring. Su rostro estaba pálido, pero su expresión era asesina.

—¿Qué pasa?—Me puse de pie, pero más o menos me empujó hacia abajo—. ¿Ella está bien?

Se puso en cuclillas frente a mí.

—Un asalto. Entonces estoy terminando la pelea. Noqueas a este hijo de puta en este momento o se acabó.

—Se supone que yo caiga—dije mientras el pánico se construía en mi estómago. Me levanté—. ¿Qué diablos está pasando? ¿Dónde está ella?

Él bajó la mirada hacia Leo y tragó duro. Leo respondió con una inclinación de cabeza, y Slate levantó lentamente su brazo y señaló hacia el otro lado de la arena. Levanté mi cabeza para seguir su dirección.

Mi aliento me falló cuando el peso del mundo desapareció.

Eliza.

Se hallaba envuelta en una manta y rodeada por dos agentes uniformados, pero era más hermosa de lo que la había visto alguna vez. Al segundo que nuestros ojos se encontraron, se echó a llorar, y fue todo lo que pude hacer para evitar que mis rodillas se doblaran.

—Oh, Dios. —Respiré. Levanté mis manos para gesticular antes de recordar mis guantes.

—Estoy bien—murmuró con un flujo constante de lágrimas goteando de su barbilla.

Asentí y tragué el nudo en mi garganta. No lo creería hasta que la abrazara. Había empezado a trepar por las cuerdas cuando Slate me agarró del brazo.

—No. Termina esto.

Volví a mirar a Eliza y sonreí débilmente.

—¿Por qué solo un asalto si ella está bien?—le pregunté a Slate sin quitar los ojos de Eliza. Reboté sobre los dedos de mis pies y sacudí mis brazos, tratando de ponerme de nuevo en la pelea, pero encontrándolo imposible.

Slate no tuvo la oportunidad de responder antes que Eliza me diera la respuesta.

Desde debajo de la manta, levantó una mano temblorosa para enjugar sus lágrimas, pero sus dedos dejaron un hilo de sangre en su mejilla.

Mis ojos se pusieron como platos.

—¡Eliza! —grité, pero no había manera que ella me pudiera oír sobre la multitud.

Te amo. Estoy bien, gesticuló mientras uno de los oficiales comenzaba a guiarla lejos.

—¡Eliza! —grité mientras recorría las cuerdas por un lado del cuadrilátero para seguirla. Fui vagamente consciente que el árbitro me empujó de nuevo a mi esquina, pero todo lo que podía ver era la sangre tiñendo su rostro.

Slate se colocó delante de mí mientras ella desaparecía por la esquina.

—Un asalto más.

—¿Por qué está sangrando? ¿Qué mierda está pasando? —Empujé su pecho.

—Ella está bien. Mantén tu culo en esa esquina. Tres minutos. Luego estás fuera de aquí.

Estudié sus ojos.

—¿Me juras que ella está bien? ¡Júralo!—grité, retrocediendo hacia mi esquina.

—Ella va a estar bien. Ahora, date prisa con esto de una puta vez. Tienes un asalto para asegurar todo tu futuro. Hay millones en el otro lado de esa campana. Reclámalos. —Señaló a través del ring mientras se salía—. *Siléncialo.*

Eso podía hacerlo.

Con una respiración profunda, convoqué a toda la fuerza que me quedaba. La saqué de Eliza y las imágenes de la vida que íbamos a tener juntos. El futuro que podría proporcionar no solo a Blakely, sino también a Flint y Quarry. Podía ganar esto para ellos.

La pelea había sido algo de un solo lado hasta ese punto y no del mío. Era obvio que Matthews no era el mismo peleador al que fácilmente hube noqueado hace tantos años.

Por desgracia para él, no era el mismo Till Page tampoco.

Sesenta segundos después, con la misma combinación con que lo hube dejado fuera la primera vez, hice mis propios sueños volverse realidad. Rick Matthews se

tambaleó hacia atrás contra las cuerdas antes de caer a la lona. La combinación no era nada especial o única en el boxeo, pero fue concebida a partir de una necesidad desesperada de llegar al lado de Eliza. Y solo por eso, fue imparable. Conté alrededor de mi boquilla mientras el árbitro emitía un conteo de diez, pero podría haberte dicho en tres segundos que la pelea había terminado.

Cuando el árbitro agitó sus manos para terminar la lucha, la multitud se volvió loca. Las vibraciones de los festejos de los aficionados eran inolvidables, pero fue la vista de miles de aficionados volteando sus manos abiertas en un aplauso de lenguaje de señas lo que me conmovió. Levanté un guante en agradecimiento a los fanáticos en los cuatro lados del ring, pero esa fue mi única celebración.

—¡Vamos!—le grité a Slate cuando comenzó a sacar mis guantes. Para un hombre que acababa de ganar su primer cinturón de campeón, mi esquina estaba completamente contenida.

—*Espera* —gesticuló en respuesta—.*Déjalos levantar tu guante y estamos fuera de aquí, ¿de acuerdo? Hay un auto esperando en la parte trasera.*

—¿Un auto? ¿Dónde está ella? —le pregunté mientras el entrenador contrario se acercaba a ofrecer un apretón de manos y las felicitaciones habituales. Pero no iba soportarlo. Me acerqué rodeándolo y me metí en la visión de Slate—. ¿Dónde diablos está? —gruñí.

Sus manos se levantaron para responder, pero las dejó caer y dijo:

—Lo siento.

—¿Lo siento? ¿Qué demonios está pasando?—Mi estómago cayó.

Busqué en su rostro por respuestas, pero las tenía todas estoicamente escondidas. A la mierda el tener mi guante levantado en el aire. Si había un auto atrás para buscar a Eliza, iba subirme en el mismo.

Lo empujé fuera del camino y trepé fuera del ring, sin siquiera molestarme con los escalones mientras saltaba del borde y me abría paso entre la multitud. La gente palmeó mi espalda mientras me alejaba del ring y no fue hasta que abrí de golpe la puerta de atrás que me di cuenta que Leo y Slate me habían seguido.

Slate abrió de un tirón la puerta del Escalade con lunas polarizadas y me arrastré dentro. Tan pronto como la puerta estuvo cerrada, grité:

—Comienza jodidamente a hablar. ¡Ahora!

—*Eliza está bien. Al igual que la bebé.*

Solté un suspiro de alivio, pero continuó:

—*Ella está en el hospital con Flint.*

Mi cabeza se echó hacia atrás, sorprendido.

—¿Flint?

—Me temo que sí, hijo. Él fue quien la encontró. Frankie dio batalla, y Flint recibió un disparo en la refriega.

—¿Flint? —Apenas logré decir mientras mi pecho asimilaba el golpe doloroso de sus palabras—. ¿Está bien?

—Le disparó en la espalda, pero de acuerdo con Johnson, estuvo hablando cuando los paramédicos se lo llevaron.

—¿En la espalda?—susurré.

Leo dijo algo y mis ojos brillaron hacia Slate para que tradujera. Con un movimiento rápido de sus manos, el orgullo y la culpa me consumieron.

—Él estaba protegiendo a Eliza.

33

Eliza

—¡Till!—grité tan pronto como abrió la puerta de mi habitación del hospital.

Sus manos estaban todavía marcadas por la lucha, solo vestía su pantalón corto y una camiseta de On The Ropes, pero era la furia en sus ojos lo que parecía fuera de lugar. Todo su rostro se suavizó cuándo me vio.

Corrió hacia la cama y me envolvió en sus fuertes brazos. Había estado manteniéndome fuerte hasta ese momento, pero lo perdí en cuanto enterré mi rostro en el cuello de Till.

—Por Dios, Eliza.

Cuando me levantó de la cama, los cables que colgaban de mi estómago se desprendieron. Me aferré a él aún más.

Suavemente, me sentó de nuevo.

—¿Qué es todo esto? —Señaló los monitores sujetos en mi estómago—. ¿Está bien el bebé?

—Ella está bien. Cuando estaba hablando con la policía, empecé a tener contracciones. —Sus ojos se abrieron—. *Solo estaba estresada —aclaré rápidamente— . No he tenido más desde que me monitorizaron.*

—Gracias Dios —exhaló, descansando su mano en la curva de mi estómago.

—¿Cómo está Flint? ¿Te dijeron algo?

Tragó muy fuerte y en lugar de hablar, solo hizo señas de nuevo.

—Está en cirugía.

Asentí tristemente y levantó mi mano para besar la palma.

Me senté aquí durante varios minutos mirando al vacío. Estaba en los brazos de Till, pero mi cuerpo seguía rígido.

—Eliza, la policía y Alex me pusieron al tanto sobre lo que pasó en el hotel, pero, ¿quieres hablar de ello?

Negué y jugué nerviosamente con sus dedos. Luché muchísimo para ocultar lo que realmente estaba pasando por mi cabeza. Fue un error y me sentí muy culpable

por siquiera pensarlo. Sin embargo, eso no me impidió sentirlo. Las lágrimas caían de mis ojos, sabía que no sería capaz de esconderlo de Till.

—*Es solo... estoy muy enfadada con él.* —Hice una pausa para recomponerme, pero fallé—. *Es tan malditamente estúpido. ¿Por qué demonios no fue a la policía en vez de irrumpir e intentar ocuparse él mismo?* —*Mi pecho dolía con los recuerdos llenando mi mente*—. *No debería haber estado allí, en absoluto. Es muy jodido, pero quiero que salga de cirugía así puedo... darle una patada o algo.*

Till soltó una risa que estaba llena de emociones.

—También estoy enfadado. Pero tomo una bala por mi hija y mi esposa. Voy a tener que encontrar una forma de superarlo.

Aunque no podía dejarlo pasar. Habría hecho cualquier cosa por esos chicos y, aparentemente, él sentía lo mismo.

—*Conocí a tu padre* —comenté, mientras hacía todo lo posible para detener el recuerdo de Flint atravesando la puerta del hotel.

—Eso escuché —se burló Till.

—*¿Cómo diablos sabe lenguaje de signos?*

—No tengo ni idea. Pero si encuentro a ese hijo de puta, no tendrá tiempo suficiente para suplicar. —Me miró y besó mi frente.

Nos sentamos tranquilamente durante unos minutos, perdidos en nuestros propios pensamientos; pero los míos eran solo una interminable repetición del día. Mi ansiedad creció con la visión de una pistola golpeando el rostro de Quarry, luego Flint...

Till interrumpió mi espiral de pensamientos.

—Estas temblando. Háblame.

No pude parar las palabras cuándo se me escaparon de la boca.

—*Fue horrible, Till. Nunca podré olvidar la forma en la que el cuerpo de Flint saltó cuándo la bala le golpeó. Incluso cuando cayó encima de mí, estaba pensando lo suficiente como para sostenerse con un brazo, para así no golpear mi estómago. Tiene que estar bien. No podemos perderlo.*

Till estaba mordiendo su labio inferior, sabía con certeza que no necesitaba escuchar nada de eso. Pero estaba completamente segura que, si no lo compartía con alguien, me hundiría. Así que, egoístamente, seguí adelante.

—*Oh, Dios. Realmente pensé que estaba muerto. Entonces, cuando la ambulancia llegó, se despertó, pero solo repetía mi nombre.*

Bajé la barbilla a mi pecho. Traté de librarme de los recuerdos que me perseguirían para siempre.

—Shh. Te tengo. Él está bien. Estaremos bien —aseguró Till, antes de abrazarme.

No podía verle, pero eso estaba bien. Hablar no estaba ayudando mucho con el dolor de mi pecho, que estaba amenazando con devorarme.

Eventualmente había ajustado su enrome cuerpo en la cama a mi lado y me dejó llorar en su pecho hasta que caí dormida. Amaba a Till Page, pero ni siquiera sus brazos me dieron consuelo esa noche.

Till

—Lo siento —dijo el cirujano, quitándose el gorro—. No tengo ninguna respuesta.

Slate traducía al lado del doctor. Eliza estaba sollozando en la cama y, a ciegas, alcancé su mano para sostenerla.

—Tú… —Me detuve cuando mis piernas empezaron a temblar—. Eres un doctor. ¿Cómo no puedes saberlo? —pregunté con dureza.

—Los daños en la médula espinal son difíciles de predecir. En realidad, depende de cada caso. Vamos a hacer todo lo que podamos, pero hay una gran posibilidad que no vuelva a caminar.

Respiré entrecortadamente por la sorpresa. Quarry salió corriendo de la habitación. Con Erica pisándole los talones.

—Bueno, solo tendremos que esperar y ver. Dale tiempo para que se recupere y que su cuerpo sane.

Vi las manos de Slate, pero cuándo lo miré a los ojos, estos reflejaron mi propia devastación.

—No. Esa no es una respuesta lo suficientemente buena. Cúralo. —Era inútil. Sabía que no había nada que el doctor pudiese hacer, pero eso no me impidió que diese un paso enfadado hacia adelante y le demandase otra vez—. Cúralo maldita sea.

Slate se puso frente a mí, pero no exploté como seguramente él esperaba. Estaba exhausto. Así que en lugar de eso, me apoyé y senté en el borde la cama de Eliza. Envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y miré hacia Slate.

—Estoy tan cansado de luchar.

Se echó adelante y tocó mi hombro.

—*No puedo culparte. Pero solo esperemos que Flint no se sienta de la misma forma. Esta ya no es tu lucha.*

Besé la parte de arriba de la cabeza de Eliza y descansé mi mano en su estómago. Esto iba a matarme, pero Slate tenía razón. Esta vez tendría que observar desde fuera del ring.

Era el turno de Flint para luchar.

Epílogo

Eliza

Blake Page nació tres meses después de ese horrible día en las Vegas. Ella era la luz brillante durante la época oscura para todos nosotros. Con la cabeza llena de cabello liso y negro de Till y mis ojos azules profundos, era hermosa, no había discusión sobre eso. Ella tenía un pequeño lunar del tamaño de una peca en la parte superior de su mano que hasta Till rápidamente cayó enamorado. Era un magnifico padre. Aunque siempre pensé que lo sería.

Till "el Silenciador" Page perdió su cinturón después de la revancha con Rick Matthews solo unos meses después. Sin embargo, como el campeón defensor, el contrato que leí era un poco diferente esta noche. Con una garantía de ocho figuras en su bolsillo. "El pobre niño luchando por una vida mejor."

Till Page sonrió con genuino entusiasmo cuando el guante de La pared de ladrillos fue levantado en el aire. No me importaba ni un poco que hubiese perdido su pelea final como boxeador profesional. Till era el ganador absoluto mientras que salía del ring.

El día que Till recibió su implante coclear fue extremadamente agridulce. No había ni uno ojo seco en la sala cuando él escuchó el llanto de Blakely por primera vez. Desafortunadamente, no todos estaban allí presenciándolo de primera mano.

Flin y Quarry nunca regresaron verdaderamente de Las Vegas. Seguro, ellos regresaron a casa con nosotros cuándo Flint estuvo lo suficientemente bien para viajar, pero mis chicos no estaban en ese vuelo.

Ellos vivían bajo el mismo techo, pero después de eso, las sonrisas nunca fueron tan amplias ni las risas tan fuertes. El departamento se convirtió demasiado tranquilo. Entendía por qué Flint había cambiado tan drásticamente, pero incluso mi dulce, malhablado Quarry se retiró. Tratamos muy duro hacerle volver a como solían ser, pero al final, estábamos siendo obligados a dejarlos ir y hacer lo mejor en el presente.

La primera cosa que Till hizo después que perdiese su título fue escribir dos enormes cheques. Slate estaba más que feliz de venderle su cincuenta por ciento de la propiedad de On The Ropes. A pesar que los fondos fueron transferidos electrónicamente, Slate hizo una gran producción de Till llegando al gimnasio una

noche para entregar personalmente el cheque. Pero fue todo una estratagema. Cuando Till entró por la puerta, Slate le sorprendió con su nombre pintado en un codicioso espacio en blanco en la pared.

Till era, de hecho, el primer campeón del mundo en de On The Rope y él había estado en cada noticia posible y red de deportes que te pudieses imaginar, pero nada validaba más su éxito que ver su nombre en la pared.

El segundo cheque que Till extendió fue a la vieja empresa de construcción en la que solía trabajar.

Pasamos una semana dibujando la casa de nuestros sueños. Tan pronto como terminamos, Till corrió hacia una firma de arquitectos para tener planos formales. No era algo enorme, pero para nosotros era una mansión. Yo tenía prohibido visitar el sitio de construcción. Sabía que estaba ocultado algo, pero Till me daba una clásica sonrisa cada vez que sacaba el tema, así que lo dejé ir.

Finalmente, el día que nos presentamos con nuestras llaves, me dejó entrar en su pequeño secreto.

—¡Cierra tus ojos, Garabato!

—¡Estoy llevando un bebé, Till!

—Bien, entonces, dame al bebé. —Tomó a Blakely de mis brazos.

Ella se fue más que voluntariamente y chilló cuándo le hizo cosquillas en el estómago.

Toda la casa estaba vacía ya que no nos habíamos mudado todavía, pero entonces, entramos en la habitación principal, había cortinas rosa pálido en una de las ventanas.

—No te tomé por un tipo de color de rosa.

—Sabes, cuando compramos esta tierra, no estaba completamente vendida. Pero una mirada a través de la ventana y decidí que nunca querría vivir en ningún otro lugar.

—En serio, compruébalo. —Él inclinó su cabeza.

Entrecerré los ojos cuándo me moví hacia la ventana. Él sostuvo mi mirada, pero una enorme sonrisa amenazaba con dividir su rostro.

Después de una última mirada sobre mi hombro, moví las cortinas. El otro lado de la ventana no estaba fuera en absoluto. Conducía a una pequeña habitación que era exactamente como nuestro pequeño departamento abandonado. Había cojines contra la pared como un sofá, nuestra despensa archivador y el caballete que años antes había edificado para mí. Hasta había hecho algunas adiciones propias también. Había una mesa cubierta de bloc de dibujos, y varios materiales de arte y pinturas alineadas en un estante. Una foto de nuestra boda colgaba en nuestra pared junto con fotos en blanco y negro de Blakely, Flint y Quarry cubrían la otra.

—Till —susurré, incapaz de apartar mis ojos.

Con Blakely en un brazo, me rodeó con el otro mi cintura. Me mecí para apoyarme contra su pecho.

—Sabía cómo te sentías sobre las puertas, así que tuvimos que añadir una en el armario.

Me volví para mirar los ojos almendrados y dije:

—Creo que preferiría utilizar la ventana.

Él sonrió y colocó un dulce beso en mis labios.

—Esto es asombroso. Yo… yo incluso no puedo decirte cuándo lo amo. —Usando su dedo pulgar, limpió las lágrimas de mis mejillas y se encogió de hombros—. ¿Qué puedo decir? Soy bueno en fantasías.

Respiré débilmente mientras que miré hacia Till Page, mi *marido*, sosteniendo a *nuestra* hija en nuestra *casa*, con nuestras fotos de *familia* cubriendo los muros. No podría haber pedido más.

—Eres muy bueno, en realidad, demasiado.

Fin

Próximamente...

Fighting Shadows

Vengo de una familia de luchadores. Siempre pensé que seguiría en las sombras, volviéndome imparable en el ring. Eso cambió el día que salvé la vida de la mujer que amaba, pero que nunca podría tener.

Mi hermano me aclamó como un héroe, pero mi recompensa fue una silla de ruedas.

Paralizado, mi vida se convirtió en una inevitable pesadilla.

Hasta que la conocí.

Ash Mabie tenía una sonrisa de infarto y una risa que adormecía la ira y el resentimiento que hervía dentro de mí. Me enseñó que incluso en la noche más oscura aún había estrellas y no importaba en lo más mínimo que estuviera agobiado para verlas.

Era un idiota que se enamoró de una chica con una habilidad para salir corriendo. Ni siquiera podía caminar, pero pasaría la vida persiguiéndola.

Ahora, estoy en las cuerdas atravesando las batallas más duras de mi vida.

Luchando con las sombras de nuestro pasado.

Luchando para recuperar mi futuro.

Luchando por ella.

Adelanto de Fighting Shadows

Prólogo

Ash

—¿Dónde diablos has estado? —gruñó la voz de un hombre tan pronto como entré en la sala de conferencias.

Lo miré sólo un segundo antes de reconocerlo. La puerta apenas había hecho ruido detrás de mí, pero ya quería salir corriendo. Mi corazón se aceleró y mi boca se secó.

Tenía que salir de allí.

—Um… —dije, dándome tiempo para formular un plan.

—Siéntate —ordenó, empujando la silla de su lado, pero no había manera de que me acercara tanto.

—Estoy bien —dije, dando un paso hacia atrás dirigiéndome a la puerta.

—Ni siquiera pienses en ello —dijo—. Lo juro por Dios, si apenas abres esa puerta… —Sus palabras pudieron haberse detenido, pero la amenaza fue clara.

Tragué y lentamente fui hacia la silla más alejada de él, en la punta, esperando el momento justo para escapar.

Miró la tarjeta de identificación alrededor de mi cuello y arqueó una ceja.

—¿Victoria?

—Puedes llamarme Tori si es más fácil. —Traté de sonreír, pero solo pareció enfurecerlo. Respiró profundamente para calmarse, pero no funcionó para aliviar a sus ojos furiosos.

—He estado buscándote, Ash —gruñó mi nombre.

—¿Oh sí? Bueno, misterio resuelto. Aquí estoy. —Me levanté, pero me detuve cuando su puño golpeó la mesa. Salté cuando todo mi cuerpo se estremeció de la sorpresa.

Cuando la sala se quedó en silencio, levanté la vista lentamente para encontrarlo mirándome con una mirada asesina. Incluso sentado, noté que era enorme, y mientras sostenía mi mirada, los músculos tensos de su cuello y hombros tiraban contra el algodón de su Henley gris. Parpadeó unos segundos antes de encontrar su voz de nuevo.

—Vives en un refugio para desamparados —afirmó, como si las palabras contaran una historia propia.

Y tal vez lo hacían.

—Trabajo en un refugio para desamparados —corregí rápidamente.

Me corrigió igual de rápido.

—A cambio de un lugar permanente para vivir. En. Un. Refugio —anunció cada sílaba.

Aparté la vista porque era la verdad.

Una verdad que odiaba.

Pero era la pura verdad.

Las lágrimas brotaron de mis ojos y luché para mantenerlas a raya.

Mi vida era dura, pero él estando en ella la hacía infinitamente más dura. Si tan solo pudiera escapar de esa habitación, podría desaparecer de nuevo. No era lo ideal, pero tampoco era él apareciendo.

—Quiero que te vayas —mentí con toda la falsa valentía que pude reunir.

—No puedo hacer eso. Robaste algo mío.

—Mira, no tengo más tu libro.

Una sonrisa apareció en un lado de su boca.

—Mentirosa —susurró, alcanzando la silla junto a él y revelando el libro hecho deteriorado, lo dejó caer ceremoniosamente sobre la mesa.

Mis ojos se abrieron y, sin pensar, me tiré en la mesa para recogerlo.

Eso era mío.

Ni siquiera él podría tenerlo.

Tan rápido como apareció el libro, lo alejó y tomó mi muñeca.

Me bajé de la mesa y traté de soltarme. Fue un intento inútil, porque incluso si me hubiera liberado, sus ojos azules me mantenían en el lugar.

—Tres malditos años —dijo furioso.

—Tuve que hacerlo —chillé mientras las lágrimas corrían por mis mejillas.

—Tres. Malditos. Años, Ash. Tomaste algo que me pertenecía. —Me soltó el brazo y se puso en pie.

Mi boca se abrió y un jadeo se me escapó cuando dio dos pasos imposibles hacia adelante.

Sujetándome contra la pared con su cuerpo duro, llevó una mano a mi garganta y la deslizó hacia arriba hasta que su pulgar acarició mi labio inferior. Usando mi barbilla, giró mi cabeza, y arrastró a su nariz por mi cuello, deteniéndose en mi oído.

Respiró profundamente y lo soltó con una demanda.

—Y la quiero de vuelta.

Mi respiración se atoró.

Había esperado años para escuchar esas palabras.

Si tan sólo pudiera confiar en ellas.

—Flint, por favor.

Sobre la autora

Aly Martinez

Nacida y criada en Savannah, Georgia, Aly Martinez es un ama de casa de cuatro locos niños menores de cinco, incluyendo unos gemelos. Actualmente vive en Chicago, pasa el poco tiempo libre leyendo cualquier cosa y todo lo que llega hasta sus manos, preferentemente con una copa de vino a su lado.

Después de un poco de aliento de sus amigos, Aly decidió agregar "autor" a su creciente lista de título de trabajo. Así que toma una copa de Chardonnay o una botella si tú estás reuniéndote abordo con ella en el loco tren que llama vida.

Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos

Simply Books